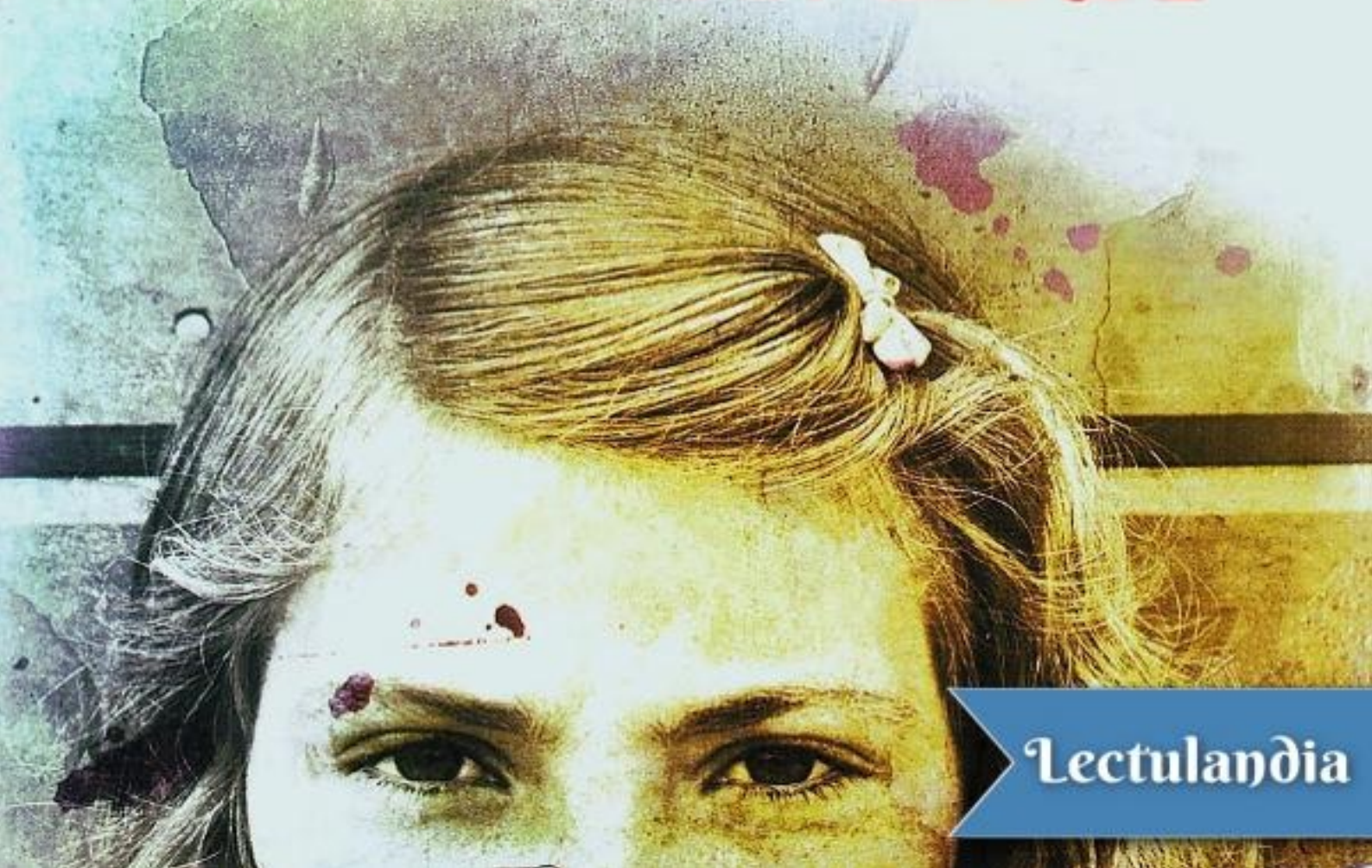


JOSÉ LUIS IBÁÑEZ

TAMBIÉN

MUEREN
ANGELES

EN PRIMAVERA



Lectulandia

Barcelona, primavera de 1937. El detective Toni Ferrer identifica el cadáver de una niña a la que lleva semanas buscando. Lo que parecía un encargo rutinario va a convertirse en una lucha desesperada contra el tiempo, a la caza de un monstruo dispuesto a seguir matando hasta que la ciudad estalle. Ferrer se topa con un muro de mentiras y silencios. La policía parece más interesada en echar tierra sobre el asunto que en atrapar al asesino. ¿Por qué? En un país convulsionado por la violencia, el detective —ahora enrolado en los servicios secretos— debe enfrentarse, además, con agentes rusos e italianos dispuestos a cambiar el rumbo de la guerra.

Lectulandia

José Luis Ibáñez

**También mueren ángeles en
primavera**

Toni Ferrer - 2

ePub r1.0

Titivillus 15-04-2018

Título original: *También mueren ángeles en primavera*
José Luis Ibáñez, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres, Mariana y Pepe

¿Cómo sabes si la Tierra no es más
que el infierno de otro mundo?

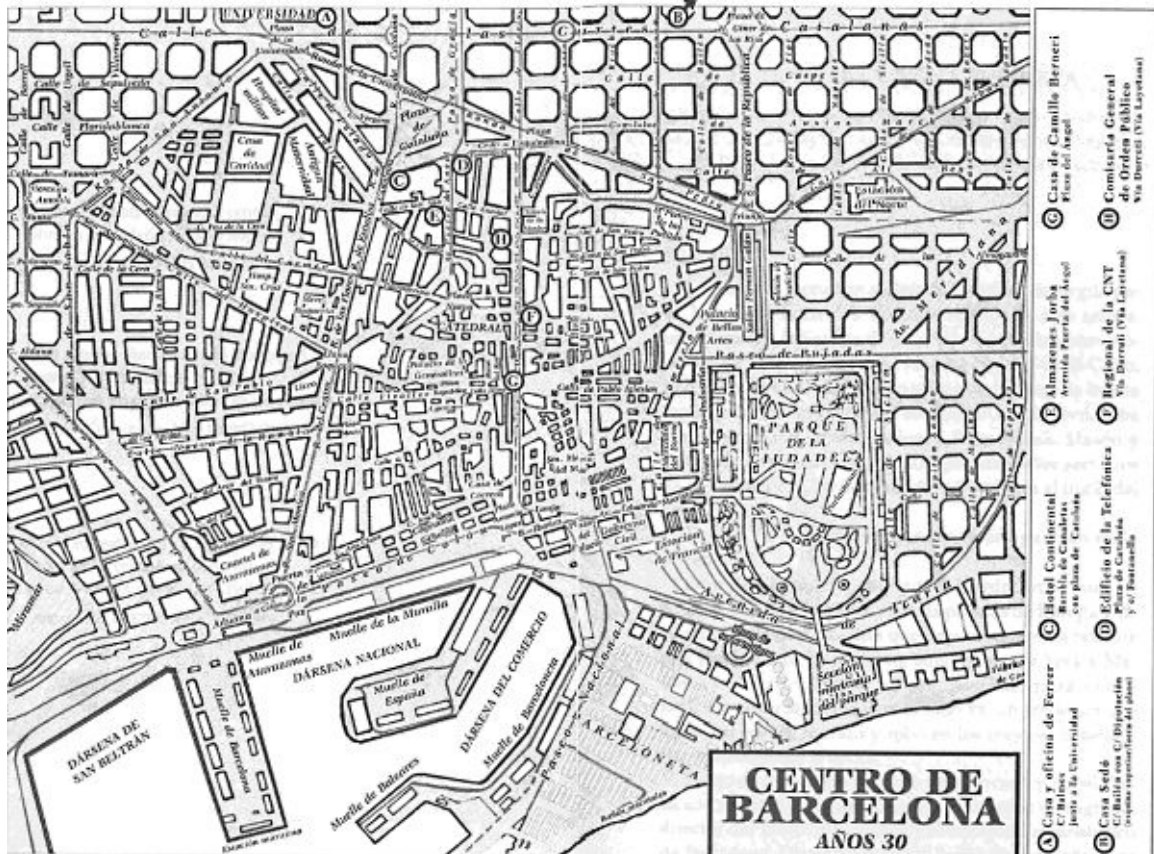
ALDOUS HUXLEY, *Contrapunto*

La policía secreta española tenía parte
del espíritu de la Gestapo,
a la que no se podía comparar en eficacia.

GEORGE ORWELL, *Homenaje a Cataluña*

Aquí, en España, siempre hemos tenido
un poco de decoro y honradez.
Siempre lucharemos con armas limpias.

FEDERICA MONTSENY, discurso



EL ESPÍA, EL LADRÓN Y EL POLICÍA

Aunque le llamaban *el Egipcio*, Marcelo de Argila parecía un holandés. Era alto, rubio y de ojos azules, una rareza en la España de los años treinta, más bien morena y de estatura modesta. Nacido en 1905 en El Cairo, hijo de un periodista catalán y de una italiana de buena familia, estudió química y, al estallar la Guerra Civil, daba clases en una afamada academia barcelonesa. Masón y políglota, Marcelo de Argila dirigió uno de los servicios de información más eficientes de la República al inicio del conflicto.

Es uno de los personajes reales que aparecen en la novela.

Otro de ellos es el mallorquín Eduardo Arcos Puig. Se supone. Eddy —*Fantômas* para las policías de Europa y de América— usó tantos alias que desconocemos su nombre real y el lugar de nacimiento, aunque Nueva York y Mallorca anden revueltas en sus orígenes. Fue, quizá, el mejor ladrón de guante blanco del siglo xx; un *gentleman* que viajó por medio mundo y robó en los mejores hoteles y transatlánticos de la época.

El trío de personajes de carne y hueso con un papel destacado en esta historia lo completa José López de Sagredo, director del recién inaugurado Laboratorio Criminalístico de Barcelona. López de Sagredo luchó durante años por modernizar la policía española e intentó, desde el Laboratorio, dar un impulso a nuestra criminología científica.

Junto a ellos desfilan políticos, diplomáticos, agentes secretos y criminales — también reales— que enmarcan las figuras del detective Toni Ferrer y de Regina Urgell, protagonistas de unos hechos terribles que sacudieron la retaguardia republicana en la lejana primavera de 1937.

Barcelona, primavera de 1937

I

LAS OSCURAS GOLONDRINAS

Shakespeare sabía de lo que hablaba cuando hizo aparecer el cuerpo de Ofelia poco después de que se ahogara en un arroyo; unos días más en remojo y Hamlet hubiese tenido que mostrar su pena con un pañuelo sobre la nariz para no vomitar, una escena realista pero poco emotiva. Ferrer pensó en la desdichada novia del príncipe de Dinamarca cuando vio, torrente abajo, el cabello de la niña enredado entre unas ramas. Quien comparó la muerte con un sueño no había tropezado con muchos cadáveres en aquel estado.

—¿El inspector Belmonte? —preguntó—. Me está esperando.

El guardia señaló hacia el riachuelo, más allá de unos pinos esquilmados por los buscadores de leña. Cuatro tipos con carretones cargados de troncos observaban la escena. La curiosidad podía más que la necesidad de vender la mercancía. Hombres.

—Procura ir por el camino —le aconsejó el uniformado—. Los del Laboratorio nos colgarán por los cuajos si dejamos que alguien pise donde no debe.

Ferrer se dirigió hacia los árboles. Había llovido hacía unos días y el suelo estaba blando. A uno y otro lado del sendero, la primavera mostraba su cara más atractiva: campanillas blancas, margaritas amarillas y claveles de campo tejían un tapiz que los domingos atraía a un buen número de acuarelistas aficionados. Los campos de Horta eran un oasis de color en el desierto gris de la ciudad en guerra.

Conforme se acercaba al agua, el hedor iba haciéndose más presente. Un cuerpo en descomposición. No había visto muchos, los suficientes para no olvidar su olor dulzón y pegajoso.

—Cuida donde pones los pies. —La cabeza del que supuso el inspector asomó tras unas matas—. ¿Eres del Laboratorio?

—No, me llamo Toni Ferrer. —Aguardó a que se incorporara—. Me ha telefonado uno de sus compañeros hará cosa de una hora... si es usted el inspector Belmonte.

—Lo soy, Santiago Belmonte. —Se sacudió los pantalones, tenía algo de barro en las rodillas, y le tendió la mano—. Fue usted quien denunció la desaparición de una niña y nos dejó la fotografía, ¿verdad?

—Sí. Agustina Peña se llama. —Se le iba abriendo un boquete en el estómago. «Que no sea ella», recitó mentalmente, «que no sea ella»—. Tiene once años.

—¿Le han pedido que trajera otro retrato? Estábamos en un servicio de vigilancia y no nos ha dado tiempo de pasar por la comisaría. —Miró hacia su compañero; interrogaba a dos viejecitas que hipaban a unos diez metros de ellos. No les llegaban las voces, por la lejanía y por el zumbido de los insectos—. Son las que han

encontrado el cuerpo, estaban recogiendo tomillo para la comida.

Sopa de tomillo. Menos es nada, calentaba las tripas y olía bien.

Ferrer le dio la fotografía.

—No es un espectáculo agradable —le advirtió Belmonte—. Puedo intentar una primera identificación yo solo.

—Le agradezco el detalle, pero no se preocupe por mí, estoy curado de espanto. Soy... fui detective antes de la guerra. —El inspector encajó la información sin un parpadeo.

Descendieron el pequeño desnivel de la torrentera y, de piedra en piedra para no mojarse los zapatos, caminaron por el arroyo. El aire era irrespirable. Sacaron pañuelos y se cubrieron la nariz y la boca.

Allí estaba.

Un cuerpo deforme atrapado entre las ramas de un arbolillo arrancado de raíz y arrastrado por la última avenida. El pelo largo y muy negro de la niña parecía trepar entre una maraña de ramillas, como si quisiera escapar de aquel horror. Vestía una camisola corta que apenas le tapaba el pecho y la barriga. Las piernas desnudas eran delgadas y frágiles, aún por formar. No había que ser muy observador para apreciar los cortes profundos en la zona genital.

Se agacharon junto al cadáver. Con la mano libre, Belmonte espantó las moscas, tomó la barbilla de la niña y le giró la cabeza para verle mejor el rostro.

Era Agustina.

No se dijeron nada durante un minuto. El policía que interrogaba a las ancianas se había acercado y también permanecía en silencio; no se protegía con el pañuelo, debía tener un buche de hierro.

El inspector dejó ir la cabeza. Con un gesto les invitó a volver al camino. Era un hombre en la cuarentena, moreno, de mediana estatura y rasgos agradables. Una cicatriz reciente en la sien derecha le achinaba el ojo, tiñendo de desconfianza la mirada azul.

—¿Es usted pariente de la niña? —Sacó una libreta pequeña y un lápiz.

—No, un amigo de la familia —mintió a medias Ferrer—. La madre estaba demasiado alterada por la desaparición y me ofrecí para ir a la comisaría a poner la denuncia.

Belmonte anotó el nombre y la dirección de la mujer.

—Tendré que hablar con ella —dijo.

—Lo sé —escogió las palabras con esmero para que no creyera que se entrometía en su trabajo—, aunque, si no le importa, quisiera ser yo quien le dé la noticia.

—Como guste, le aseguro que no nos peharemos por eso. —Una pausa—. No se me ocurre nada peor que perder a un hijo.

Un pequeño alboroto los distrajo. Los técnicos del Laboratorio Criminalístico y los servidores de la ambulancia del Depósito Judicial habían llegado a la vez y discutían sobre quién tenía prioridad.

Belmonte miró al cielo y suspiró:

—Deben estar locas.

—¿Quiénes? —Ferrer también levantó la vista.

—Las oscuras golondrinas, que dijo el poeta. Han vuelto. —Volaban sobre el pinar; eran las primeras que se veían aquel año—. Nadie en su sano juicio volvería ahora a este país.

Los niños correteaban por el vestíbulo. Al entrar, Ferrer casi se llevó por delante a un chiquitajo que huía de dos niñas que pretendían sanarlo en su *hospital*, improvisado con cojines de seda bajo las escaleras de mármol. Una mujer, sentada en un butacón, los vigilaba mientras amamantaba a una criatura envuelta en una toquilla.

—¡Ten cuidado, Paquito! Vas a tropezarte con este señor. —La mujer riñó al niño; tenía acento andaluz—. Y vosotras, a ver si me dejáis al chiquillo en paz.

—Buenas tardes —saludó Ferrer.

Se quitó el sombrero y cruzó entre los niños hacia las escaleras. Llegó ileso.

La casa, una lujosa mansión cercana al palacio de Pedralbes, había sido incautada por la Generalitat y convertida en centro de acogida de refugiados. En los últimos meses, el gobierno catalán había echado mano de todo tipo de edificios para alojar a las decenas de miles de desesperados que huían de la guerra. Los internos del manicomio de Ciempozuelos, por ejemplo, acabaron en residencias de Salou, en la costa de Tarragona.

Ferrer subió al primer piso. Una galería interior rodeaba toda la planta. Las paredes estaban tapizadas con telas anticuadas. Rectángulos de color más vivo indicaban los lugares en los que hubo cuadros.

La habitación que compartían la niña asesinada y su madre se encontraba en una esquina. La puerta estaba entornada pero no llegó a entrar.

—La Beatriz no está. —Una mujerona asomó desde el cuarto contiguo.

—¿Sabe si anda por la casa? —Pregunta retórica, claro que lo sabía.

—En el jardín, supongo; la vi salir con un canasto de ropa. —Señaló la puerta abierta de su vecina—. Y no debería ser tan confiada, que luego le pasa lo que le pasa.

Estaba de espaldas, entre cordeles en los que ondeaban piezas de ropa de todos los tamaños. Beatriz dobló una falda húmeda y la extendió en la cuerda; iba a asegurarla con dos pinzas de madera cuando sintió la presencia de Ferrer. Se giró y se llevó la mano a la boca. Fue incapaz de pronunciar una palabra, leyó la tragedia en el rostro del detective. Poco a poco se fue dejando caer sobre la hierba hasta quedar sentada e inmóvil.

Beatriz tosió, el líquido le quemaba la garganta.

Ferrer la había cargado hasta la cama tras su desvanecimiento en el jardín. Sentada junto a ella, una amiga sostenía un vaso con Agua del Carmen, el remedio infalible de los monjes contra la histeria; con dos tercios de alcohol de ochenta grados, no había desmayo que se le resistiera.

—Vamos, un traguito más... haz un esfuerzo. —Le acarició la mejilla y le acercó la bebida a los labios—. Te sentará bien.

—No es necesario, de verdad. —Beatriz apartó la cara. Lloraba.

La amiga bufó resignada. Ferrer insinuó un gesto con la cabeza para que los dejara solos.

—Bueno, me voy, tendrás cosas que hablar con este señor. —La mujer dejó el vaso en la mesilla de noche; disimulaba con torpeza, su disgusto era evidente—. Estaré abajo.

Se fue con dignidad y sin dar un portazo. Una buena samaritana frustrada pero con educación.

En el cuarto todo estaba igual que una semana atrás —la segunda de abril—, cuando Ferrer se avino a colaborar en el caso.

Recordaba palabra por palabra aquel primer encuentro con Beatriz.

El asunto le llegó a través de Juan García Oliver, ministro de Justicia, dirigente anarquista —no estaba mal el cóctel— y uno de los hombres más poderosos del país. Se habían conocido y entablado amistad durante la investigación del asesinato de tres patrulleros de la CNT, en otoño de 1936. Ferrer resolvió el crimen pero se dejó en el empeño un par de dientes, dos costillas fracturadas y un amor.

García Oliver se lo había pedido como un favor personal: la hija de un compañero del sindicato había desaparecido y los padres no tenían a quién acudir.

Ferrer no supo negarse.

—En la policía solo me dicen que tenga paciencia, que la mayoría de niños regresa a su casa a los pocos días de haberse escapado —empezó Beatriz.

La niña llevaba, entonces, tres días en paradero desconocido. El trágico desenlace —la escena del torrente— era una entre varias posibilidades.

La mujer mantuvo la compostura a duras penas; había acumulado más nervios de los que parecía poder soportar su cuerpo menudo. Descargaba la tensión en un pañuelito de batista que retorció en su regazo una y otra vez.

—Y usted no cree que se haya escapado —aventuró Ferrer.

—No, no lo creo. Nunca ha hecho una cosa así.

—Pero... —Había notado una ligera vacilación; no quería que omitiese nada, por nimio que le pareciera.

—Es muy fantasiosa, lee mucho y tiene pocos amigos. —La mujer sonrió con tristeza—. Le gusta jugar sola... se inventa historias y sueña despierta. Por eso, un

día se extravió; estaba cerca de casa pero no sabía volver. Esta vez pensé que le había sucedido lo mismo, que se había despistado y que no tardaría en regresar acompañada por un guardia. Fue un error, el peor de mi vida. —Se le escurrió una lágrima, un anuncio de tormenta—. Debería haberla buscado inmediatamente... a lo mejor hubiese dado con ella.

Ferrer la calmó. Si el llanto y el sentimiento de culpa iban a más, distorsionarían los recuerdos de las últimas horas que habían pasado juntas; necesitaba esa información con la mayor objetividad posible.

Fue un interrogatorio intenso en el que tomó muchas notas. Beatriz era maestra de escuela y se expresaba con precisión.

—¿Ha buscado fotografías de Agustina? —concluyó el detective.

—Sí, hay cuatro en las que se la ve bien, como me dijo por teléfono. —Buscó en un cajón y se las dio.

Tras examinarlas, Ferrer separó un retrato de estudio:

—¿Es reciente?

—De hace tres meses. Llevaba el pelo más corto. Tuvimos que hacernos fotografías para los nuevos documentos y aproveché para que la retrataran.

—Veré qué puedo hacer. Por lo pronto, encargaré algunas copias y se las daré a un amigo de la Comisaría General para que las pase a inspectores de confianza. Esperemos que, entre todos, la podamos encontrar.

No le comentó nada sobre la posibilidad de que algún depredador urbano la hubiese encontrado antes.

—Discúlpeme —Beatriz logró contener las lágrimas tras unos minutos de llanto silencioso; era una persona a la que no le gustaba exteriorizar sus sentimientos.

Se la veía muy vulnerable en la gran cama de matrimonio; los ojos oscuros y hundidos por el dolor acentuaban su fragilidad.

—No se preocupe por mí. —El detective se agachó hasta situar su cara a la altura de la de la mujer; recordó las palabras del inspector Belmonte—. Esta es una prueba muy dura para usted, la más dura por la que puede pasar una madre.

La habitación era espaciosa; al mobiliario original, la cama y un armario de cuatro cuerpos, le añadieron dos piezas más para la niña: un pupitre, con la enciclopedia y un cuaderno abierto tal y como los dejó la pequeña, y una camita en la que descansaba su muñeca de trapo.

—La puso a dormir antes de irse... era su muñeca favorita. —La voz de Beatriz se convirtió en un susurro—. Fue lo único que pudo llevarse cuando nos escapamos; no le dejé coger ningún bulto para no delatarnos.

Madre e hija se habían evadido de Zaragoza en enero. Su marido era uno de los dirigentes locales de la CNT antes de la guerra; huyó en julio, tras la victoria de los militares facciosos en la ciudad. El hombre andaba ahora por el frente aragonés al

mando de una columna del POUM, un partido revolucionario que se las tenía tiesas con los rusos y sus aliados comunistas españoles.

—¿Sufrió mucho? —Había angustia en su expresión.

—No, no lo creo. —Ferrer odiaba las mentiras piadosas pero no tenía corazón, ni estómago, para decirle la verdad—. Agustina parecía dormida y tampoco apreciamos heridas defensivas en el primer examen.

—¿Saben quién lo hizo?

—Todavía es muy pronto y hay muchas cuestiones por responder.

La mujer no dijo nada, se tragaba la aflicción en un esfuerzo por no derrumbarse.

—¿Cuándo me la devolverán?

Esta vez la pregunta lo cogió desprevenido. No lo sabía.

—Hasta mañana, como pronto, no podrán practicarle la autopsia.

Ferrer se dio cuenta enseguida de su brusquedad e intentó remediarla. La violencia le estaba embotando el sentido común y la sensibilidad.

—El Laboratorio Criminalístico necesita reunir indicios para que la policía detenga al asesino —se explicó.

—No me fío de la policía —replicó ella.

—Conozco al director del Laboratorio, es un profesional más que competente.

La mujer negaba con la cabeza; cuanto argumentara Ferrer le entraría por un oído y le saldría por el otro.

—Sé lo que me digo. —Beatriz se incorporó—. Los rusos son los que mandan de verdad en la policía y solo les interesa acabar con quien no se somete a Moscú. Llevan meses haciéndole la vida imposible a mi marido. ¡No me pida que me fíe de ellos!

Se dejó caer. Con la perorata había gastado la poca energía que le quedaba. Un lagrimón se escurrió por el pómulo hacia la almohada. Cerró los párpados.

Ferrer, inmóvil, no sabía qué hacer o qué decir.

—Perdóneme, otra vez, Toni. —Beatriz empezó a tiritar—. Se ha portado como un amigo estos días y no se merece que pague con usted mis miserias.

El detective la cubrió con la colcha, era tarde y refrescaba.

Beatriz abrió los ojos.

—Prométame una cosa —dijo. Su mirada estaba encendida—. Prométame que seguirá adelante... hasta que el canalla que ha matado a mi niñita lo pague.

—Me gustaría decirle que lo haré pero estaría mintiéndole; apenas me queda tiempo para ocuparme de nada que no sea mi trabajo. —Ferrer le tomó la mano—. Tampoco tengo autoridad ni medios para investigar un asesinato.

La mujer le agarró el antebrazo y lo apretó con una fuerza sorprendente.

—Lo sé... sé que ahora no puede hacerlo, que vivimos en medio de una maldita guerra y que los dramas personales no importan. Solo quiero que de vez en cuando le recuerde a algún policía decente que ha muerto un ángel y que el asesino debe pagar. —Lo soltó y volvió a quedar exangüe—. Prométame que no se olvidará de ella.

Ferrer fijó la vista en la pared, por encima de la cabecera.

—Se lo prometo.

Las promesas son como bombas de relojería con el mecanismo estropeado: estallan cuando uno menos se lo espera. Un poeta alemán lo resumió con maestría al advertir del daño que una promesa podía causar en quien le exigía demasiado y en quien — como Ferrer— prometía demasiado, también. De haber intuido hacia dónde le llevaría la palabra dada a Beatriz, se hubiese inventado una buena excusa para no empeñarla.

Ya era demasiado tarde.

La maquinaria mortal se había puesto en marcha.

Que la patata fuese el objeto de la apasionada discusión de tres hombres sin dotes culinarias ni intereses agrarios era un signo de los tiempos.

—No va a servir de nada. —Lorenzo Blanes, el chófer, era el más vehemente del trío; pecados de juventud—. El efecto durará una semana.

—Demos una oportunidad al gobierno, ¡leches! No podemos acusarlo siempre de que no actúa y ponerlo a caer de un burro cuando lo hace.

El técnico hablaba desde la trasera del vehículo, sin dejar de atender los diales del radiogoniómetro, un sofisticado aparato que captaba las ondas de radio y localizaba las estaciones clandestinas. El terror de los espías y de los quintacolumnistas.

En teoría.

De momento, el mejor sistema para atraparlos seguía siendo la delación. Un buen chivato era mucho más eficaz que la moderna tecnología, especialmente en el caso de los quintacolumnistas, gente corriente que colaboraba con el enemigo cometiendo atentados, haciendo sabotajes o facilitando información de carácter militar a través de transmisiones de radio codificadas.

—Estoy contigo. —Ferrer se giró en la cabina de la camioneta, un obsequio de la General Motors que aún olía a nuevo y que habían aparcado junto a un solar en construcción—. Somos un país de insatisfechos crónicos; primero nos quejamos del problema y, después, de la solución al problema.

El gobierno acababa de adoptar una medida imaginativa —¡repicar de campanas!— contra los acaparadores que especulaban con la nueva cosecha de patatas.

Era la comidilla del día.

El precio oficial del kilo descendería cinco céntimos cada quince días, desde los setenta que costaba aquella semana hasta los cincuenta y cinco que se pagarían en junio. Muchos cuestionaban la eficacia de esta medida; el mercado negro, sostenían los críticos, permitiría a los especuladores resarcirse de las pérdidas del comercio regulado.

—Ahí están. —Lorenzo fue el primero en ver los vehículos: dos autos de Investigación y Vigilancia y un camión de guardias de asalto.

Empezaba la fiesta.

—Ya era hora. —Ferrer miró su reloj—. Hace cincuenta minutos que les avisamos.

Paciencia. Ellos comprobaban la existencia de emisoras secretas pero solo la policía podía proceder a la detención de sus dueños. Un reparto de tareas que había carburado, hasta el momento, con las inevitables suspicacias y sin excesivos sobresaltos.

Mientras los guardias tomaban posiciones alrededor de una finca de cinco plantas, en la parte alta de la calle de Muntaner, los policías de paisano bloquearon con sus coches los dos extremos de la manzana. Fueron rápidos y sigilosos.

El jefe del despliegue se les acercó con cara de malas pulgas:

—¡Joder! Si colgaseis un mozo de escuadra en la antena no llamaríais más la atención.

Ferrer conocía al personaje, un comisario de tercera clase recién trasladado a Barcelona desde Castellón. Parecía sacado de la factoría que, de un tiempo a esa parte, nutría a la policía con sujetos de idéntica catadura: traje gris comprado a crédito, gastados zapatos negros con suela de goma y careto de perpetuo hastío.

—Nos hemos ocultado lo mejor posible —argumentó Ferrer.

Aunque le doliera reconocerlo, el comisario tenía razón. Algún burócrata tuvo la feliz ocurrencia de pintar sus vehículos de un color blanco brillante, con cartelones laterales que los identificaban como pertenecientes a los Servicios de Información de la Generalitat. Agentes secretos de película cómica.

—Poco más podemos hacer hasta que nos hagan caso y camuflen estos cacharros —concluyó.

La camioneta apenas asomaba el morro tras dos grandes montones de escombros de la parcela en obras.

—Al menos no os ven desde el edificio. —El policía ofreció la paz.

Ferrer la aceptó; bajó de la camioneta y le entregó una cuartilla.

El comisario leyó la nota dos veces.

—¿Lo habéis comprobado? —Se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Sí, las agujas casi se vuelven locas, la señal es muy potente. —A pesar de las pullas, ambos sabían que aquellos radiogoniómetros eran los más precisos con que contaban—. Hace días que recibimos el soplo de un vecino. Hemos vigilado el piso y tenemos intervenido el teléfono, pero hasta hoy no había radiado ningún mensaje.

—¿Tu chico ha entrado? —Miró a Lorenzo, el chófer de la camioneta, que iba vestido como un empleado de la Telefónica—. ¿Cuánta gente hay?

El *chico*, molesto por el sustantivo, se removió en su asiento antes de responder:

—Dos personas, y se han tragado lo de la revisión de la línea —dijo con un punto de mosqueo y mostrando una tablilla con la hoja oficial de la compañía—. Tienen el

teléfono en el salón y atravesé la casa. Todas las puertas estaban abiertas menos una, al lado de la cocina; supongo que es allí donde esconden la radio.

—¿Tienen armas? —preguntó el comisario.

—No lo sé. Desde luego no estaban en un lugar visible. El que me ha recibido es un fulano de pocas palabras y aire... marcial, no me extrañaría que fuese militar.

Ferrer asintió. Había aprendido a respetar su intuición. Se conocían desde hacía un lustro y seguía admirando el sexto sentido con el que Lorenzo percibía el carácter de un individuo al primer contacto. A finales de 1931, cuando el éxito de su agencia de detectives amenazaba con desbordarle, lo contrató por recomendación de un colega.

Fue una de sus decisiones profesionales más acertadas.

Tras el pronunciamiento militar, Lorenzo desapareció varias semanas, hasta que se presentó en el despacho para pedirle un certificado laboral con el que solicitaría el ingreso en las fuerzas de seguridad de la Generalitat. Por uno de aquellos giros dramáticos a los que tan dados son los periodos turbulentos, Ferrer, ahora responsable operativo de los Servicios de Información, volvía a ser su jefe.

—¿Quieres acompañarme? —La invitación del comisario parecía sincera—. Al fin y al cabo, habéis levantado la perdiz.

—Gracias, pero lo nuestro es la información, no la represión. Luego enviaremos un equipo para que desmonte la emisora y peine la casa. —Ferrer insinuó una sonrisa—. Cuanta menos gente nos relacione, tanto mejor.

—Que no se diga que no lo intenté. —Se despidió con un simple golpecito en el ala del sombrero.

Mientras se alejaba, el comisario soltó la trabilla que sujetaba su pistola en la funda sobaquera. Era una señal: los guardias forzaron la puerta y entraron a tropel, detrás corrieron los policías de paisano. Los conductores se quedaron abajo, apurando sus cigarrillos, atentos a una improbable fuga de los sospechosos.

—Nos vamos. —Ferrer subió a la camioneta—. Aquí no pintamos nada.

Se apeó frente al Oro del Rhin, uno de los restaurantes más famosos de la ciudad. La camioneta siguió su camino a la busca y captura de ondas hostiles; estaría de ronda toda la noche.

A través de las cristaleras, Ferrer observó la actividad en el salón, donde una tropa de camareros vestía las mesas para la cena.

Tras los primeros meses de revolución, en 1936, en los que se impuso un igualitarismo formal, la vida había vuelto por donde solía: la gente humilde se dejaba la salud en las colas para conseguir comida, en tanto que los nuevos ricos —los viejos ya habían puesto tierra de por medio— y las élites dirigentes disfrutaban de una excelente cocina en los establecimientos de lujo.

El paseo hasta la Casa Sedó era corto, un cuarto de hora como mucho, y le

ayudaría a despejarse.

Necesitaba pensar.

Durante la guardia en la camioneta había repasado del derecho y del revés todos los periódicos del día sin encontrar una sola referencia al asesinato de Agustina, ni un ambiguo titular al estilo de «Hallado el cuerpo de una niña en Horta».

Nada.

Ni siquiera el comisario general de Orden Público, que no se perdía una oportunidad de aparecer en los papeles, había dicho esta boca es mía.

No era normal. Tenía que averiguar qué se ocultaba tras aquel silencio.

La historia de los Sedó era la típica epopeya familiar catalana, en la que industria y política se dieron la mano durante varias generaciones desde mediados del siglo XIX.

Antonio Sedó, el fundador de la saga, procedía de Reus. Tras varias intentonas en solitario y con su hermano Esteban, se hizo con el control de una fábrica textil que tomó su nombre —A. Sedó y Cía.— y prosperó. Conservador en lo político pero innovador en lo empresarial, creó una colonia para sus trabajadores en Esparraguera y construyó una de las primeras centrales hidroeléctricas de España.

Su hijo Luis heredó el talento para los negocios. En 1911, alcanzó la presidencia de la patronal catalana, Fomento del Trabajo Nacional, a la que modernizó. Entre quienes colaboraron con su gestión destacaba otro próspero industrial textil, Joaquín Ferrer; era el padre de Toni.

La Casa Sedó, una mansión de la zona noble del Ensanche, en la esquina de las calles Diputación y Bailén, fue el símbolo de su pujanza.

—Buenas tardes, señor Ferrer. —El portero le abrió la verja. Vestía un anodino traje oscuro y corbata negra, a juego con el discreto portal que custodiaba—. He oído que ha tenido usted sarao.

—Un poco de alboroto, nada más. —Sonrió—. Lo de siempre.

Los guardias permanecían ocultos en diferentes rincones del jardín. Marcelo de Argila, el director de los Servicios de Información, no quería que se hiciera evidente la condición de sede gubernamental, bastante cruz tenía ya con la dichosa pintura blanca de los vehículos.

Las enredaderas cubrían la fachada y daban un aire misterioso a la casa. Cuando era un niño y acompañaba a su padre a visitar a Luis Sedó, Ferrer había trepado por ellas en busca de emociones. Un costalazo, desde unos dos metros de altura, puso fin a sus aventuras como escalador.

—Hola, Joan. —Se dirigió al pequeño mostrador del conserje y firmó en el registro de entrada—. ¿Todavía anda por aquí mi gente?

—He visto a su secretaria no hará ni un minuto. —Apuntó con la mano hacia uno de los salones, habilitado como archivo—. Cargaba algunas carpetas.

El trato de usted y las fórmulas tradicionales de cortesía se habían recuperado.

Entre el personal de la administración —fuese o no de un organismo secreto— hacía mucho que se había desterrado el tuteo, propio del periodo en el que los anarquistas fueron la fuerza dominante.

El despacho de Ferrer era un anexo de la antigua biblioteca, de la que lo separaba una pesada puerta de roble. Por lo que recordaba, fue el salón de fumadores, en el que se reunían los hombres para hablar de negocios mientras sus esposas tomaban el té en un pequeño invernadero junto al jardín.

—El señor de Argila ha preguntado por usted varias veces. —Irene, su secretaria, irrumpió sin darle tiempo a colgar el sombrero; lo dejó sobre la mesa—. Ha dicho que era muy urgente y que subiera con los expedientes italianos.

—¿Está en su oficina o en el desván?

—En el desván, me temo. —Irene colgó el sombrero en el perchero.

Ferrer se ahorró la protesta, sabía que no le serviría de nada. La buena mujer, a punto de estrenar los sesenta, no toleraba el más mínimo desorden en su entorno y, como una madre omnipresente, colocaba cada cosa en su sitio, con o sin permiso del interesado.

—Está bien, allá voy. —Hojeó los documentos—. Váyase a casa, Irene, es tarde y mañana será un día de mucho papeleo.

—Sí, va siendo hora de recogerse.

Como casi todo el personal de los Servicios, era voluntaria; fue seleccionada de entre una veintena de aspirantes por su dominio de la lengua francesa. Además del idioma, de su padre belga recibió el cabello rubio y un físico centroeuropeo que, en sus años mozos, llevó de cráneo a más de un hombre. De hecho, aún era capaz de desviar alguna mirada madura cuando iba arreglada. *Madame* eficiencia.

—¿Qué tal, Marcelo? —Pilló al director poniendo en la vía una réplica de la locomotora francesa *Atlantic*.

—Ya ve, Toni, ordenando el tráfico ferroviario. —Cuidándose mucho de pisar una casita, un árbol o, qué horror, un tren, Marcelo de Argila regresó al puesto de mando—. Sé que suena raro, pero me relaja mucho después de las reuniones difíciles. Y últimamente, todas lo son.

Una sonrisa tímida.

—Creo que me devuelve a la infancia, me recuerda el último viaje que hice con mis padres en Egipto, desde El Cairo a Alejandría. Los ingleses nos acababan de expulsar por motivos políticos.

—No seré yo quien le critique. —Ferrer se sentó en una butaca arrimada a la pared, para evitar accidentes, y bufó con humor—. A mí también me gustaría poder retroceder en el tiempo, aunque fuese durante un ratito.

El desván estaba ocupado por una espectacular red ferroviaria en miniatura. Se habló de retirarla y de montar en su lugar parte de la instalación de la emisora de radio, pero, al final, los beneficios terapéuticos se impusieron a las necesidades técnicas. Además, en la finca sobraba el espacio.

—¿Cómo le ha ido esta tarde? —De Argila manipuló unos botones y la *Atlantic*, soltando vapor por la chimenea, arrancó a buena velocidad.

—Ha caído otra emisora pirata. Voy a enviar a un equipo para que examine la vivienda a ver qué encuentra, pero me da en la nariz que la policía se habrá llevado lo más valioso.

—Que busquen panfletos fomentando el enfrentamiento entre partidos y sindicatos. Me gustaría ver alguno. —Ahora seguía las evoluciones de una máquina con los distintivos de la Great Western Railway—. Uno de nuestros simpatizantes en el servicio secreto inglés nos ha hecho llegar la transcripción de varias comunicaciones del consulado alemán en Génova.

De Argila detuvo el tren en un cambio de agujas. Miró a Ferrer. Los ojos azules desmentían la aparente tranquilidad de sus gestos.

—Los ingleses llevan tiempo espionando las comunicaciones de los alemanes en el sur de Europa —continuó—. Según esas transcripciones, los italianos echan el resto para provocar incidentes en nuestra retaguardia; quieren que estalle una guerra entre anarquistas, catalanistas, comunistas y la madre que parió a todos los *istas*.

El consulado alemán en Genova actuaba como centro neurálgico de una red de comunicaciones que partía de Barcelona y acababa en Berlín, Roma o Salamanca, según los casos. Un yate francés, fondeado entre Mallorca y el golfo de León, recibía y reemitía las señales de radio de la capital catalana.

—He traído lo que nos ha pedido. —Ferrer le pasó los expedientes italianos—. Están al día.

El director repasó el índice de los documentos.

Aunque sus subordinados le llamaban el Egipcio, su aspecto era más bien el de un holandés elegante: treinta y pocos años, alto, bien vestido, con el pelo rubio rojizo y la piel clara y pecosa. Profesor de química en la afamada Academia Cots, había participado en política desde un partido de extrema izquierda del que fue candidato al parlamento catalán en 1932.

De Argila había nacido en Egipto de padre catalán y madre italiana; era masón y políglota. Su padre, Jaime, fue periodista y activista del Comité Panislámico, una organización que luchaba contra el colonialismo en el norte de África y Oriente Próximo. Jaime de Argila representó al Comité en España y se ganó a intelectuales como Fernando de los Ríos, Clara Campoamor o Gonzalo de Reparaz, con quienes fundó la Asociación Hispano-Islámica.

A su muerte, Marcelo lo sustituyó y participó en las fallidas negociaciones para sublevar Marruecos contra los militares facciosos a cambio de la independencia; de haber salido bien, la guerra se hubiera acabado. Fue en septiembre de 1936. De Argila viajó a Ginebra para entrevistarse con nacionalistas marroquíes. Los convenció y regresó a Barcelona con una delegación. Las conversaciones fructificaron y se firmó un pacto con el Comité de Milicias Antifascistas que no recibió el beneplácito de los gobiernos de Madrid y París.

—Hay agentes italianos hasta en la sopa. —De Argila dejó las carpetas en el suelo—. ¿Sus fuentes son seguras?

—Hasta ahora siempre lo han sido.

Ferrer se incorporó a los Servicios en enero. A propuesta de García Oliver, Marcelo de Argila le hizo una oferta para que se uniera al equipo de dirección. Ferrer aceptó. No quería ser un mero espectador de un conflicto en el que había tantas cosas en juego.

—La tensión entre los comunistas y los anarquistas va a más cada día... y los catalanistas radicales también aprietan. —De Argila desdobló una hoja mecanografiada que llevaba en el bolsillo de la chaqueta—. Esta es una lista con los incidentes violentos de los últimos meses, acollona lo suyo.

—Teme que detrás estén los provocadores a sueldo de Mussolini, ¿no?

—Franco quiere que rebajemos la presión en Aragón y ha pedido socorro a sus amigos de Roma. —Los masones mantenían líneas internacionales de comunicación propias—. Necesita que nos peleemos en retaguardia.

—Dividir para vencer. Siempre funciona. —Ferrer echó un vistazo a la relación de incidentes; era cierto, asustaba—. Es imposible controlar a todos los italianos. Además, tienen títeres catalanes que les hacen el trabajo sucio.

—Y la cosa irá a peor en mayo, Toni. A menos que nos saquemos un as de la manga...; pero, por desgracia, ni usted ni yo somos unos tahúres.

De Argila se equivocaba. Había un as rodando por la ciudad y Ferrer esperaba poder reclutarlo.

Durante la cena saldría de dudas.

Si se daba por cierto el relato bíblico, la bella viuda israelita Judit fue la primera agente que utilizó sus encantos para ganarse al enemigo y asestarle un golpe mortal. Por la misma regla de tres, al general asirio Holofernes le cupo el dudoso honor de ser el primer militar de alto rango que pagó con su vida un desliz sexual: Judit le cortó la cabeza mientras dormía la mona durante el sitio de Betulia.

Habían pasado más de dos mil quinientos años desde entonces, pero las *judits* y los *holofernes* seguían siendo consustanciales con la guerra. En el restaurante del hotel Continental el drama de la seducción y del espionaje se representaba a diario.

—En menos de dos horas, ese bombón le habrá sacado hasta el color de los calzoncillos que hoy lleva el presidente Azaña. —Eddy levantó la copa y ofreció, con descaro, un brindis a una muchacha sentada tres mesas más allá.

La joven no se cortó, le devolvió una sonrisa coqueta y siguió pelando la pava con un oficial del Ejército Popular.

—Los muy estúpidos pierden la cordura a la que ven un escote bonito. —Ferrer estaba indignado.

Cualquier otro en su lugar lo estaría. La *cocotte* embobaba a uno de los

responsables de los envíos de suministros al frente. Estaban, todavía, en la primera fase del juego sensual, la cena; más tarde, en la cama, le acabaría de arrancar la información.

—No entiendo cómo no protestáis a París. —Eddy llamó al *maître*—. Este hotel es un nido de bonitas espías francesas a la caza de jefecillos incautos y de bragueta fácil.

—No les podemos montar una escandalera. Para nosotros es vital movernos por Francia con libertad; los fascistas tienen allí una infraestructura importante. Si nos indispusiéramos con el *Deuxième Bureau* nos harían la vida mucho más difícil. —Suspiró resignado—. Por si acaso, tenemos un hombre en recepción que controla las llamadas y la correspondencia de las mozas. A la salida trincamos a los casanovas de pacotilla y les damos un buen susto. No suelen repetir la experiencia.

El *maître* se acercó y tomó nota. Ferrer aguardó a que se fuera antes de continuar:

—De vez en cuando, a alguno de nuestros muchachos le toca la lotería erótica y se deja caer por aquí haciéndose pasar por un mandamás; una de las chicas lo *seduce* y le pasamos información amañada. —Observó a la mujer—. Hay cola cada vez que pedimos voluntarios.

El *Deuxième Bureau*, el servicio de información militar francés, había destinado a Barcelona a mujeres jóvenes y muy guapas con la tapadera de periodistas. Su misión era obtener datos sobre los proyectos políticos y militares de la España *roja*. La mayoría se alojaba en el Continental, un muy buen hotel situado en la esquina de las Ramblas de los Estudios con la plaza de Cataluña. Más céntrico, imposible.

—Es uno de los pocos sitios en donde la bodega vale la pena. —Eddy miraba al trasluz el tinto que había pedido—. ¿De qué sirve que les soltéis un embuste a los franceses si son neutrales?

—El gobierno lo es, pero sus servicios secretos no; están muy infiltrados por la extrema derecha. Sabemos que pasan información a La Cagoule, un grupo terrorista que colabora con Franco en ambos lados de la frontera.

El camarero les sirvió el primer plato, unas verduras al vapor.

—Deliciosas. —Ferrer apenas había comido desde el desayuno. Cambió de tema—. ¿Cómo llevas lo del viaje oficial de la duquesa?

—He encontrado alojamiento decente para todos los que la acompañan. Empiezan a llegar mañana.

La duquesa de Atholl, a pesar de formar parte del Partido Conservador británico, era muy crítica con la actitud de su país hacia la República. Llevaba tiempo advirtiendo del riesgo que representaba el envalentonamiento de Hitler y su cada vez mayor implicación militar en España. Era una voz clamando en el desierto.

—Los he repartido entre el Majestic y el Continental —continuó Eddy—. Yo me alojaré aquí con Margaret.

La tal Margaret era una *lady* que había estado en Barcelona con ayuda humanitaria en varias ocasiones. En una de esas visitas fue objeto de las atenciones

de Eddy, que se convirtió en su cicerone y amante. Ahora regresaba como compañera de delegación de la duquesa y había pedido su colaboración para alojar a todo el séquito.

—Ya te explicaré cómo nos va. —Eddy se limpió los labios con una servilleta de hilo.

Eduardo Eddy Arcos, *Fantômas* para las policías de Europa y de América, era un atractivo cuarentón de estatura media, cuerpo esbelto, melena morena partida en dos mitades simétricas por una crencha y ojos negros de mirada profunda. Durante tres décadas vivió de sus dotes de seductor, robando joyas en los hoteles de lujo de París, Londres, Berlín y Buenos Aires, entre otras grandes capitales.

—Supongo que no has venido a hablar de mis *affaires* con la nobleza inglesa.

—No, a pesar de lo entretenidas que son tus historias. —Ferrer dejó los cubiertos sobre el plato—. Me preocupa Berneri. No se da cuenta de que su vida corre peligro; debería aceptar mi oferta y alojarse en una de nuestras casas seguras.

—He intentado convencerle por activa y por pasiva, pero sigue en sus trece. Es muy testarudo.

Camillo Berneri era un filósofo anarquista italiano de renombre internacional que residía en Barcelona desde que estalló la guerra. En octubre de 1936, publicó el primer número del periódico *Guerra di classe*, en el que reflejaba su pensamiento y denunciaba los excesos del fascismo italiano y del comunismo estalinista, malos enemigos ambos.

Cuando Eddy habló de él por primera vez con Ferrer, Berneri decía haber reunido documentos comprometedores sobre los planes de Mussolini para España y la presencia de los servicios secretos italianos en las fuerzas políticas catalanas; unos papeles —aseguraba— con los que se podría desenmascarar a sus agentes provocadores.

Una bomba.

Mejor: un as en la manga, como sugirió el director de Argila.

Ferrer quería convencer a Berneri para que le dejase evaluar los documentos y habían intercambiado varios mensajes a través de *Fantômas*. El filósofo vivía en un edificio fuera de la zona protegida por los anarquistas y era un blanco fácil para cualquiera de sus rivales.

—Si los rusos o los italianos lo descubrieran, es hombre muerto —resumió Ferrer.

Eddy había conocido a Berneri durante unos meses en los que residió en Roma haciéndose pasar por escritor.

Los presentó la rebelde heredera de un imperio hotelero de la costa adriática con la que *Fantômas* mantuvo un corto e intenso idilio; fue alumna de Berneri, que acudía a su casa para participar en tertulias políticas. El amante y el profesor de la joven simpatizaron de inmediato y su amistad se prolongó más allá de la ruptura de la pareja y de sus avatares personales en los agitados años treinta.

—¿Le hiciste llegar mi última nota? —preguntó Ferrer—. ¿Le dijiste que le

conviene que hablemos en persona?

—Sí. Y está de acuerdo. Me propuso el sábado Primero de Mayo; las calles estarán muy transitadas y cree que te será más fácil pasar desapercibido y entrar en su casa sin llamar la atención. —Eddy se encogió de hombros: *es lo que hay*—. Toma, su dirección. —Dos palabras garabateadas en un tarjetón—. No tiene teléfono para avisarle; no le des plantón.

La noche era templada y les apetecía pasear la cena. Salieron a las Ramblas, desangeladas y vacías, y cruzaron la plaza de Cataluña hacia Ronda Universidad. Ferrer vivía a dos pasos, en la calle de Balmes.

Medio minuto después de que abandonaran el hotel, lo hizo otro hombre. Decía ser representante comercial y cenó solo en un rincón del restaurante. Hablaba francés con un fuerte acento que el *maitre* no supo ubicar. Ya en la calle, no le fue difícil distinguir a sus dos objetivos —el ladrón y el detective—, caminaban tranquilamente absortos en una conversación. Se acomodó la ropa, procurando que no se notara el bulto del revólver, y empezó a seguirlos.

II

LOS PIRATAS DE LA GRANDE FRÉGATE

La España contemporánea no era pródiga en espías de alto nivel. Con la honrosa excepción de Domingo Badía, a principios del siglo XIX, los agentes patrios no alcanzaban, ni de lejos, la notoriedad de sus colegas alemanes, ingleses o franceses.

En 1803, Badía adoptó el nombre árabe Ali Bey el-Abassy e inició un largo periplo por tierras musulmanas en misión secreta para la Corte española. Fue el primer europeo en pisar La Meca y en besar la piedra negra de la Kaaba. En 1808, se ofreció a Napoleón Bonaparte y colaboró con Francia en Oriente hasta su presunto envenenamiento por los británicos, en 1818, cerca de Damasco.

En el siglo XX, sin un imperio que defender y con un papel secundario entre las potencias europeas, los sucesivos gobiernos de Alfonso XIII invirtieron más esfuerzo en la represión policial que en formar una red de espionaje y contraespionaje.

Con la República cambiaron los actores pero no el libreto.

Las nuevas autoridades prefirieron controlar a sus enemigos políticos, en especial en el seno del ejército, que montar un servicio de inteligencia moderno. Para vigilar al exilio antirrepublicano en París llegaron a contratar a una agencia de investigación que, en realidad, estaba a las órdenes del Deuxième Bureau; la hazaña más memorable de aquellos detectives fue llevarse quince mil de las veinte mil pesetas que se dedicaban cada trimestre a la operación. Una pasta.

En el ínterin, los agentes de Hitler, Mussolini y Stalin extendieron sus tentáculos por todo el país.

Al estallar la guerra, los servicios de información españoles estaban en mantillas y divididos, de ahí que la Generalitat y el Comité de Milicias Antifascistas —con competencias en cuestiones de seguridad y defensa— encargasen al comandante Vicente Guarner la creación de un servicio propio. Trabajo no iba a faltarles.

—Este tal Medina debe mandar una célula de la Quinta Columna.

Hacía veinticuatro horas que habían desmantelado la estación de radio de la calle de Muntaner. Ferrer dirigía la habitual reunión matutina con sus hombres de confianza en la Casa Sedó y aquel era el tema estrella.

Estudiaban las llamadas telefónicas del propietario de la vivienda y de la emisora.

—Cada día charlaba por teléfono con ese Medina —resumió Ferrer.

—Marcaban objetivos para los bombardeos. Las transcripciones no dejan lugar a dudas, cualquier tribunal las admitirá. —Uno de los criptógrafos les leyó varias frases—. Usaban una clave antigua que conocemos bien.

—Me extraña que todavía mantengan los códigos viejos; en Salamanca saben que

los podemos descifrar. —Ferrer sacudió la cabeza—. Tienen que cambiarlos cuanto antes... hay que estar atentos a la entrada por la frontera de correos y enlaces.

Una auxiliar se había pasado la madrugada transcribiendo las notas taquigráficas de aquellas conversaciones telefónicas; las había tomado un técnico destinado a las escuchas en la central de la Telefónica de plaza de Cataluña.

—¿Qué vas a hacer con Medina? Tenemos suficientes cargos contra él. —Se interesó Lorenzo—. ¿Enviarás su expediente a la policía?

—No, aún no. Prefiero esperar y seguirle —respondió Ferrer—. Apenas sabemos nada sobre sus vías de escape de la ciudad; intentará irse al saber que hemos detenido a su compinche. Tenemos que estar allí cuando lo intente.

Como responsable operativo, planificaba las operaciones de contraespionaje y coordinaba la red de informadores.

—Señor Ferrer —su secretaria asomó por la puerta—, siento interrumpirle pero le telefonan de la aduana del puerto. Es el comisario Úbeda; dice que es urgente.

—Páseme la llamada, Irene. —Se puso en pie, sus hombres lo imitaron—. Ya hemos acabado. —Tomó del brazo a Lorenzo—. Si hueles que Medina va a fugarse, actúa, pero no te precipites. Quiero averiguar por dónde se nos escurrió Tamburini.

Ferrer y los Servicios tenían clavada la espina de Tamburini. Este agente fascista italiano había llegado a Barcelona antes de la guerra y se hizo muy popular en los ambientes más radicales del anarquismo. Con el conflicto, ascendió hasta convertirse en responsable del paso de armas desde Francia para los milicianos de la CNT. En febrero, al saberse descubierto, desapareció. Semanas más tarde reapareció, sin disfraz, en Perpiñán.

La comunicación telefónica desde la aduana fue corta y desconcertante; el comisario Úbeda tenía uno de sus días graciosos.

Dominada por el monumento a Colón, en el perímetro de la Puerta de la Paz se hallaban las Dependencias Militares, la aduana y el cuartel de las Atarazanas, cuya rendición supuso un punto de inflexión en las sangrientas jornadas del 19 y 20 de julio. Desde el muelle de Atarazanas partían cada mañana, a las nueve, las lanchas que transportaban abogados y familiares de presos hacia el buque-prisión *Uruguay*.

Macizo y colosal, el edificio de la aduana, construido bajo el dedo de Colón y frente al mar, era el lugar en el que se controlaban los víveres, las armas y los pasajeros que llegaban a la ciudad por vía marítima. De su seguridad se ocupaba, entre otros, el comisario Matías Úbeda, un fulano malhumorado y corrupto que evitaba colaborar con otros servicios si no se lo ordenaban o le reportaba algún beneficio.

Al teléfono se había mostrado parco de palabra:

—Déjate caer por aquí —le dijo—, creo que te interesará interrogar a una persona que mis hombres trincaron ayer.

Ferrer hubiese jurado que el tono era jocoso. O quizá fuese su imaginación, se le desbocaba cuando acumulaba cansancio.

Los guardias del acceso principal a la aduana lo conocían y no se demoraron en los trámites de identificación.

El edificio tenía forma de H tumbada, lo que permitía la organización de los almacenes en dos patios a derecha e izquierda de un bloque central. Los andenes para la carga y descarga de trenes de mercancías estaban cubiertos con marquesinas translúcidas. La actividad era frenética. Docenas de hombres movían sacos, cajas y grandes bultos en una coreografía enloquecida.

El cuerpo central de la H alojaba las viviendas de los funcionarios y los despachos administrativos. Los pasillos estaban llenos de gente atareada que maldecía en media docena de lenguas; la burocracia indignaba por igual a tirios y troyanos.

El comisario Úbeda estaba en su oficina, en la sección menos transitada del edificio; no le convenía que hubiese oídos indiscretos cuando trataba sobre sus tejemanejes.

—Coño, Ferrer, vas hecho un figurín. —Le ofreció asiento. De ser bajito y delgado, no se le hubiese visto tras las pilas de papeles que cubrían la mesa—. Tienes que darme el nombre de tu sastre, aunque con mis ingresos no sé si me lo podré permitir.

—Tendrías que haberte pasado al sector privado cuando te lo aconsejé. —Ferrer lanzó el sombrero hacia un colgador—. Pero te gusta demasiado ser el rey de los tinglados del puerto.

—Soy solamente el marqués. —Se llevó a los labios un cigarro puro, eran más que escasos, y lo encendió dando largas caladas en un mensaje de advertencia: *aquí sigo mandando yo*—. Los reyes de los tinglados están en los sindicatos, unos rufianes que no dudarían en traficar con sus madres si se las pagaran bien.

Hacía años que intercambiaban las mismas chanzas, con ligeras variaciones.

En 1933, se declaró en el puerto una violenta huelga de estibadores que se saldó con tres esquirols muertos y cuatro atentados contra capataces y patronos. Algunas empresas aprovecharon la ocasión para desembarazarse de material obsoleto acusando a los trabajadores de haberlo destrozado y reclamando indemnizaciones que no les correspondían. Las compañías de seguros encargaron a Ferrer que consiguiera pruebas. Casi lo matan.

Úbeda, por entonces inspector, se ofreció de mediador a cambio de un modesto porcentaje. Todas las partes aceptaron. Fue el principio de su carrera como muñidor de las bandas que hacían negocios sucios en los muelles.

—Has estado muy misterioso por teléfono —empezó Ferrer.

—Es que no sé por dónde meterle mano al caso. Hemos detenido a una persona

que intentaba colarse. Viajaba en un buque francés y creemos que es un enlace o un correo, que diríais los *matajaris* de los servicios secretos.

—¿Con qué cobertura se ha presentado, hombre de negocios o periodista? —Los de las Brigadas Internacionales preferían el ferrocarril al barco.

—Eso es lo curioso, la cobertura... una muy buena cobertura, tienes que verla. —Apagó el cigarro sin estropearlo, hasta él debía tener dificultades con el suministro—. Vamos, está en uno de los calabozos de abajo.

Salieron al pasillo y caminaron hacia unas escaleras.

—¿De qué nacionalidad es? —preguntó Ferrer.

—Tiene pasaporte cubano; de conveniencia, diría yo.

Muchas embajadas y consulados americanos distribuyeron pasaportes para proteger vidas y haciendas de personas amenazadas durante los meses de descontrol en los que la justicia fue una ficción. Sin embargo, en bastantes casos, aquel derecho de asilo *sui generis* devino en encubrimiento de civiles y militares que participaron en el golpe contra el gobierno.

—Asegura que salió en diciembre. —Pese a su volumen, el comisario bajó las escaleras con agilidad—. La excusa que nos ha dado me remosquea.

Aquel sector del edificio estaba vacío, el único ser vivo era el centinela de una garita acristalada situada en la intersección de dos pasillos.

—Se niega a responder a nuestras preguntas. —Úbeda no necesitó pedir la llave, el guardia se la pasó a través de una abertura del cristal—. Se agarra a una trola que trae preparada y no se desvía de ella ni un milímetro.

Se detuvieron frente a una puerta reforzada con una plancha de acero, un calabozo. Ferrer lo conocía, había interrogado allí a muchos sospechosos.

—Quise apretarle, en todos los sentidos —el comisario metió la llave en la cerradura y sonrió; los ojillos porcinos le brillaron con algo parecido a la lujuria—, pero pronunció la palabra mágica.

—¿Cuál?

—Tu nombre, amigo mío. —Abrió la puerta—. Pronunció tu nombre.

Ferrer entró solo. Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la oscuridad.

La vio junto a la ventana, mirando la calle a través de los resquicios que quedaban entre los cartones con los que la habían cegado. La poca luz que se colaba en la celda iluminó su cara antes de que se fundieran en un abrazo.

La besó y acarició para comprobar que no era una ilusión, un sueño.

No lo era.

Regina había vuelto.

—Estaba desmayada. —Mojó un bizcocho en el café con leche—. Me han tenido casi

veinticuatro horas en ayunas.

—Es un sistema para ablandar a los detenidos. —Ferrer le tomó la mano—. Tendrías que haber dado mi nombre en el momento en el que te arrestaron.

—No me dieron tiempo. Cuando desembarcamos me hicieron preguntas que parecían de rutina y unos guardias me separaron del resto del pasaje. Eran sordos y mudos. —Liberó la mano y siguió atacando los bizcochos—. Luego me encerraron en aquella horrible celda y me dejaron sola hasta que esta mañana ha aparecido el policía gordo.

—Úbeda.

—¡Menudo cerdo! Me manoseó e intentó propasarse hasta que le dije que tú y García Oliver me avalaríais.

—Debiste de provocarle una pérdida de deseo inmediata.

—Las manos se le encogieron. —Regina se rio. No era la risa franca que Ferrer le conocía, había un poso de tristeza tras ella—. Lo otro, no lo sé.

—Estuvo lanzándome indirectas burdas todo el rato y no las pillé hasta que te vi. A su desconfianza hacia mí, ahora tendré que sumar la envidia.

Desayunaban en la Granja Royal, en la calle Pelayo, después de que Ferrer firmase unos cuantos formularios para sacarla de los calabozos. Se habían sentado en el salón interior, un comedor en dos plantas algo pretencioso y muy del gusto burgués, con sus grandes columnas coloreadas, la cúpula bajo la que colgaba una araña de forja y la recargada ornamentación de Utrillo.

—Mi madre murió en febrero, Toni.

Lo dijo de sopetón, mientras apartaba el cestillo con los bizcochos en un gesto inconsciente con el que separaba lo material de lo emocional.

—Cuando llegué a San Sebastián, en diciembre, ya estaba muy mal. No me reconoció.

—Lo lamento. —Ferrer le acarició el dorso de la mano—. Sé lo unidas que estabais.

—Lo peor es que sentía que la había perdido aun antes de que muriese... era poco más que un vegetal. —Los ojos le brillaban. Lágrimas que pugnaban por caer—. La miraba y no veía a mi madre; ya no era ella.

—Es que no lo era. Respirar y alimentarse como una planta no es estar vivo; al menos no como entiendo la vida.

—Tuvo una apoplejía en noviembre, cuando yo andaba por aquí. —Algunas lágrimas solitarias empezaron a rodar, Ferrer se las enjugó con delicadeza—. Se moría y no me tuvo junto a ella.

—Sentirte culpable no te la devolverá —la consoló.

—No, no me la devolverá. —Hizo un esfuerzo por no llorar—. Intento convencerme de que yéndome antes tampoco hubiera podido hacer nada.

—Eres injusta. Te quedaste en Barcelona porque no tenías otra alternativa, necesitabais dinero para poder empezar de nuevo dondequiera que fueseis.

Toni Ferrer y Regina Urgell se conocieron a principios de 1936, durante la investigación del incendio de los estudios de cine Orphea en Montjuich. Ella dirigía una empresa familiar que suministraba material luminotécnico a los estudios; simpatizaron enseguida y, tiempo después, se hicieron amantes.

Tras una dolorosa ruptura —Regina estaba casada y, aunque la relación con su marido era casi inexistente, no contemplaba el divorcio—, reapareció en la vida del detective en otoño, en plena guerra. Las bases sobre las que ella había construido su mundo se habían hecho añicos: la empresa había sido colectivizada sin indemnización y su madre malvivía en San Sebastián, a donde fue a pasar el verano y le sorprendió el pronunciamiento militar. Regina necesitaba vender la colección de monedas de oro de su padre para poder salir de Barcelona y establecerse en la *otra* España. Ferrer le ayudó, pero el amor y un triple crimen lo complicaron todo.

—¿Y Martín?

—Solo he visto a mi *querido* esposo dos veces en estos meses. —Regina se secó las mejillas húmedas—. Odia San Sebastián, dice que está lleno de cobardes que huyeron de Barcelona en vez de luchar.

—¡Y que se queje él!

Martín era un coronel de Estado Mayor que se las compuso para estar en Navarra cuando el pronunciamiento; intuía que el golpe fracasaría en Barcelona y prefirió buscarse un buen pretexto para no sacrificarse junto a sus compañeros.

Era la persona menos adecuada para hablar de cobardía.

—Suenas a excusa de mal pagador —añadió Ferrer—. ¿Crees que odia la ciudad, como dice?

—¿Bromeas? Es demasiado frío para dejarse llevar por un sentimiento tan primario. —Era puro sarcasmo—. Un amigo me dijo que tiene una *protegida* en Pamplona, una viuda joven y muy guapa. El descanso del guerrero, eso sí es propio de él.

Regina le explicó una vez que Martín le fue infiel desde el día en el que se casaron. Solía visitar los acuartelamientos de la región y aprovechaba para irse de juerga con sus amigos. Conocía todos los burdeles catalanes.

—¿Sigues con el general Mola?

—Es uno de sus oficiales de confianza. Está destinado al frente del norte y, por lo que sé, viaja con frecuencia a Burgos y Salamanca.

Ferrer llamó a una camarera y le pidió dos tazas de té.

—¿Quieres comer algo más?

—No, gracias. Voy a reventar. —Ahora fue ella quien le tomó la mano—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti.

—Ni siquiera te he preguntado... —se ruborizó.

—¿... si ha cambiado mi vida sentimental? —Completó la frase Ferrer—. Prometí a una señora testaruda y muy atractiva que la esperaba. Y siempre cumplo

mis promesas.

Regina se inclinó por encima de la mesa y le besó.

—La señora testaruda te lo agradece.

Callaron mientras la camarera dejaba las tazas y una tetera.

—No soportaba estar lejos de ti —continuó ella—. Además, el ambiente era asfixiante; me sentía como si hubiese retrocedido en el tiempo veinte años: las mismas caras, las mismas actitudes, la misma hipocresía.

—Aparentemente hay mayor tranquilidad en las calles.

—Eso depende de cómo definas tranquilidad. Es verdad que no te tropiezas con grupos de incontrolados; hay más autoridad y se nota. —Bajó el tono de voz, algunas mesas a su alrededor ya estaban ocupadas—. Pero si sales de la zona en la que se ha instalado la gente bien de Barcelona y te dejas caer por los barrios populares, palpas el miedo. Las represalias son terribles; pueden ejecutarte por haber pertenecido a un sindicato o a un partido. Una vieja rencilla, una denuncia anónima... y estás perdido.

—Me asombra la facilidad con la que una persona normal puede convertirse en un asesino en defensa de no-sé-qué sagrados principios. —Sirvió el té—. Aquí y allí.

Regina alzó su taza y la sostuvo entre las manos.

—Tras la muerte de mi madre, nada me retenía en San Sebastián y decidí volver. Malo por malo, aquí estabas tú.

—No te debió resultar fácil conseguir un salvoconducto para Francia.

—En absoluto. —Un ligero, ligerísimo titubeo—. Con los antecedentes que me ayudaste a construir y la autorización de mi marido, la excusa que les di sonó creíble.

—¿Qué les dijiste?

—Que tenía que llevar a cabo algunos trámites relativos a la herencia de mis padres en bancos franceses.

—Suenan convincentes.

—Eso me pareció a mí. Martín también se lo creyó. Después, al embarcar en Marsella, me presenté como enfermera y funcionó... hasta que llegamos a Barcelona.

Ferrer sintió otra vez aquella turbación casi imperceptible.

—¿Hay algo que te preocupe? —dijo.

—No, nada... —Suspiró con algo de teatralidad—. Es el cansancio, supongo. Estoy agotada. —Un guiño travieso—. ¿Qué tal si lo comentamos con la almohada?

—Me parece un plan perfecto. —Se levantó—. Voy a pedir la cuenta y a telefonar a mi secretaria; le diré que me tomo unas horas libres para una gestión personal.

—¿Ahora soy una gestión personal? —Regina simuló enfadarse.

Ferrer se agachó y le susurró al oído:

—Los agentes secretos llamamos así a nuestras aventuras galantes.

Se besaron.

El detective no pudo dejar de admirar la elegancia con la que ella había esquivado su pregunta.

Estaban estirados, cubiertos por la sábana, satisfechos y sudados tras entregarse al viejo juego del amor carnal. Lo vivieron con la ansiedad de quienes acaban de descubrirse. Más de cuatro meses sin verse es una eternidad si se está enamorado.

Al tocar su piel, al abrazarla, Ferrer notó la tensión: los músculos rígidos, la reacción tardía a determinadas caricias y, de vez en cuando, la sensación de ausencia, de tener la mente en otro lugar. Ya lo había advertido mientras desayunaban y lo achacó al marco —el restaurante—, al temor a ser escuchada por extraños; en la intimidad del dormitorio de Ferrer no tenía sentido. A menos que alguna cosa la intranquilizara.

—¿Qué es lo que te preocupa? —Ferrer se incorporó para mirarle a los ojos—. Te lo pregunté antes y no me respondiste.

Regina desvió la vista.

—Nada... ya te lo dije —contestó—. Es el viaje, ha sido duro.

—No me vengas con evasivas, conmigo no cuélan. —La tomó de la barbilla y le besó—. Sé que te sucede algo, tu cuerpo lo está gritando.

Confusión en los ojos oscuros. Una pausa. Silencio. Una inspiración profunda.

—No sé por dónde empezar, Toni... —El principio de una confesión—. Salvo decirte que estoy metida en un lío tremendo.

—Vamos, explícamelo. Entre los dos podremos hacerle frente. —Ferrer se tumbó a su lado y ella se giró; quedaron cara con cara, casi sin espacio entre ambos—. Hemos superado juntos muchas dificultades.

—No como esta. —Cerró los ojos; no podía sostenerle la mirada—. El comisario de la aduana tenía razón, técnicamente soy una agente fascista.

—Cuando detuvieron a aquel criminal, se creyeron la bola sobre mis méritos como agente secreto y me convertí en una heroína.

Regina pasó el paño por una copa; había traído dos botellas de oporto compradas en Francia y no era mal momento para catarlo. Además, ocupándose de tareas peregrinas le era más fácil hilvanar el relato.

Tenía treinta y cinco años más que bien llevados —siete menos que Ferrer—. No era alta, aunque las piernas esbeltas y el cuerpo proporcionado le hacían parecer más espigada. Lucía una media melena morena y rizada que enmarcaba un rostro inteligente y unos ojos de color avellana llenos de vida.

—Los responsables de propaganda quisieron publicar mis andanzas en los periódicos y en la radio —continuó—, pero los servicios de inteligencia se lo impidieron.

—Tenían pensado utilizarte en el futuro y no querían quemarte.

Después de calmarla en el dormitorio, Ferrer le propuso sentarse en el salón y charlar con tranquilidad sobre el tema. Los nervios no eran buenos aliados en las

situaciones de riesgo; él representaba a los Servicios de Información y, puestos en lo peor, sabría cómo *vestir* el caso ante sus superiores o en los tribunales.

—Andan tan escasos de buenos agentes como nosotros —apuntó él— y tú eras mucho más que una promesa: les pusiste en bandeja el pez más gordo que han pescado hasta ahora.

Como si se tratase de una comedia policiaca de William Powell y Myrna Loy, Regina había jugado un papel fundamental en la resolución del asesinato de los tres patrulleros de la CNT, en octubre. Una jugada muy peligrosa diseñada por Ferrer con la colaboración del ministro anarquista García Oliver.

—Me dejaron en paz mientras cuidaba a mi madre pero cuando murió y solicité permiso para ir a Francia, reaparecieron. —Abrió un cajón del aparador del comedor—. ¿Dónde tienes el sacacorchos?

Con un gesto de complicidad, Ferrer se puso en pie:

—Ven y siéntate. Trae las copas, ya abriré yo el vino; viéndote ir de un sitio para otro, me cuesta concentrarme en tus palabras.

Regina aún no había deshecho la maleta y llevaba una camisa de hombre que le llegaba a medio muslo. Era difícil no despistarse con su belleza.

Ella lo miró con ironía y un pellizco de ternura:

—Solicité los salvoconductos para pasar la frontera con la excusa de la herencia...

—... y entonces apareció alguien del servicio de inteligencia, ¿no? —Ferrer encontró el dichoso sacacorchos—. Aguardaban a que movieras ficha. ¿Quién fue? ¿Un militar?

—No, era un civil; catalán, por más señas. Parecía un comerciante y no un espía. Se presentó como *señor Costa*.

—Un nombre falso; todos los usamos con terceros. —Dedicó unos segundos a abrir la botella—. Es uno de nuestros amigos de Biarritz.

Regina asintió:

—Me llevó allí. ¿Lo conoces?

—No en persona... pero su fama los precede. Cuando llegues a esa parte, te explicaré algo sobre los piratas de La Grande Frégate.

Dejó el oporto sobre la mesa de centro y se sentó en el sofá, frente al sillón que ocupaba ella.

—Me entregó los salvoconductos y me dijo que tenía que pedirme un favor, un servicio a la causa nacional para el que yo era la persona más indicada —continuó Regina—; una orden en forma de invitación.

—Practicamos mucho estas habilidades; es una manera educada de ponerte entre la espada y la pared.

—Improvise algunas excusas pero tenía respuestas preparadas a todas mis objeciones. —Frunció los labios—. Me llevó a un punto en el que si no aceptaba me hubiese puesto en evidencia.

Hicieron un alto, un paréntesis para ordenar aquel caudal de información y saborear el vino.

Una bendición.

La última botella de la bodega de Ferrer pasó a mejor vida en enero. Un desastre.

—Y fuiste a Biarritz.

—En realidad, me llevaron. —Regina dobló las rodillas bajo el cuerpo—. Fui en un automóvil oficial hasta Irún, crucé el puente a pie y, en el lado francés, me esperaba el señor Costa en un coche de lujo. Me trataron como a una reina.

—Les sobra el dinero. Grandes industriales catalanes han donado una fortuna para montar una red de espionaje. Están muy bien organizados y se mueven con relativa libertad por Francia. Tienen su cuartel general en Biarritz, en un casón que se llama La Grande Frégate.

Gracias a algunos infiltrados en el bando rebelde y a los partidarios que la causa de la República tenía entre las fuerzas del orden francesas, se habían hecho una idea de la estructura de los Servicios de Información de la Frontera del Nordeste de España, conocidos por sus siglas: SIFNE.

Desde Biarritz se coordinaba el trabajo de saboteadores en suelo francés, de espías en capitales europeas y de agentes encubiertos que actuaban en Barcelona. En la Ciudad Condal contaban, además, con colaboradores en el puerto, que facilitaban información sobre el tráfico de buques mercantes; los fascistas camuflados en el ejército les pasaban informes sobre las operaciones en el frente aragonés y antiguos falangistas, carlistas y miembros del somatén emboscados señalaban los blancos más apetitosos para la aviación. Era, en fin, un rival temible y un organismo con mejores medios que sus homólogos republicanos.

—La verdad es que el señor Costa sabía más cosas sobre mí que yo misma. —Regina estaba impresionada por lo que le había explicado Ferrer—. Tomamos un aperitivo en la terraza del bar Basque y me interrogó. Fue educado pero implacable.

—No se fían de nadie, un principio sagrado de este oficio.

—Cuando estuvo satisfecho me llevó a almorzar al Café de París. Nos encontramos con un hombre mayor al que no me presentó; su cara me sonaba mucho pero, por más vueltas que le doy, no consigo recordar quién es.

—Te traeré fotografías que tomaron nuestros agentes en Biarritz, a ver si lo reconoces e identificamos.

Regina fue hacia el recibidor y regresó con un libro de tapas raídas, una novela ligera para matar el tiempo en un viaje. Lo había dejado sobre la mesita lacada en la que descansaba el teléfono. Ferrer apenas le había prestado atención.

—Me dio esto. —Puso el libro sobre el sofá—. Se lo tengo que entregar a un enlace de la Quinta Columna; me dijo que es el hijo de unos antiguos amigos de mi padre.

—¿Sabes su nombre?

—No, no lo necesito saber para cumplir la misión. Me hicieron memorizar unas

instrucciones sencillas para ponerme en contacto con él por teléfono, cuando el general Queipo de Llano diga unas palabras concretas en una de sus charlas por Radio Sevilla.

—¡Qué jodidos! Siempre sospechamos que bajo las sandeces que suelta Queipo se esconden mensajes para sus agentes. —Cada noche, el general lanzaba unas famosas arengas radiofónicas.

—¿Y qué pinta el libro en todo esto? —preguntó Regina—. Lo he leído pero no he visto nada.

Ferrer lo tomó y hojeó. Tampoco descubrió nada de interés.

—Lo pasaré al laboratorio a ver qué encuentran. Puede haber mensajes escritos con tinta simpática. Llevamos semanas esperando un correo con nuevas claves para las comunicaciones; podrías ser tú.

—Pues eso lo complica todo mucho más. —Se llevó la mano a la nuca y giró varias veces la cabeza en un intento por relajarse—. Si no entrego el libro y descubren que estoy en Barcelona, me señalan como traidora y me convierto en un peligro para ellos... e intentarán eliminarme.

Ferrer no dijo nada. ¿Qué podía decir?

—Si denuncio el caso, detendréis al espía y es muy probable que acabe en el paredón. Su muerte pesaría sobre mi conciencia y no me lo perdonaría nunca. —Se sirvió algo más de oporto—. La tercera opción tampoco es mucho mejor: si entrego el libro, tal y como me pidieron, estaría colaborando con ellos y me repugna.

—No desesperes, estoy seguro de que daremos con una salida. Es cuestión de tiempo... y de rezar para que Queipo tarde unos días más en emitir las órdenes.

Horas después, el antedespacho del comisario general de Orden Público era un caos. Había rastros de metralla en las paredes y en el techo. Agentes con la camisa arremangada sacaban muebles destrozados y los lanzaban por las escaleras para que otros policías igual de sudados los cargaran en un camión descubierto.

A lo que parecía, el Manco sobrevivió al atentado y vociferaba en su oficina contra todos y contra todo. Tenía la puerta abierta y las maldiciones se oían desde el portal, un piso abajo, en Vía Layetana.

—Yo no entraría en sus dominios, Ferrer; lanza fuego por los ojos y todo quisque está recibiendo hostias. —El jefe de guardia intentaba poner orden en aquella casa de locos.

Fue él quien telefoneó a la Casa Sedó reventando los planes que Ferrer había hecho con Regina para la noche del sábado: cine, cena en un buen restaurante y baile.

—Cuida no te des de hocicos con las mangueras —le advirtió el policía—, los bomberos las han dejado conectadas, por si las moscas.

—¿Está herido?

—¿Quién? ¿El Manco? ¡Qué va! El *macarroni* de mierda ha lanzado las dos

granadas aquí, cuando vio que no le dejábamos pasar; siempre palmamos los mismos. Por suerte nos dio tiempo a salir por piernas.

Era imposible no escuchar la conversación telefónica del comisario general Eusebio Rodríguez Salas, *el Manco*, con un jefe del gobierno; a grito pelado, acusaba del incidente a los anarquistas y exigía una respuesta oficial inmediata.

—¿El italiano detenido es anarquista? —se interesó Ferrer.

—Eso jura el comisario, pero el pavo no ha dicho ni mu y no lleva documentación encima. —El Manco vomitaba ahora su bilis sobre los dirigentes de la CNT-FAI y sus madres—. Ya lo estás oyendo, las bombas de ese *chalo* le han puesto a huevo una buena excusa para meter en cintura a los anarquistas.

Salieron hacia el rellano.

—¿Qué necesitas de los Servicios?

—Hace un par de días nos ordenaron que os comunicásemos los incidentes graves en los que estuvieran metidos los *macarronis*. Al Manco no le hizo mucha gracia pero tuvo que tragarse el sapo: la orden la firmaba el presidente de la Generalitat.

Ferrer recordó la conversación con De Argila en la Casa Sedó, sus quejas por las reuniones interminables en el palacio del gobierno catalán y su súbito interés por los expedientes italianos. El puñetero había convencido al presidente Companys para que apretase las tuercas a la policía. *Chapeau*.

—En sus pantalones encontramos un papel con lo que parecen instrucciones, pero apenas se leen porque está roto y lavado. A lo mejor vuestros químicos consiguen algo. —El policía se rascó el cogote, estaba agotado; su turno se había acabado hacía cinco horas—. He mandado llevar al gachó a una sala, a ver si tú le sonsacas algo; nosotros nos hemos rendido. Es muy duro, casca nueces con los huevos, el puerco.

Lo único que le pudo sacar fue el nombre: Giuseppe Piccone.

Un tipo rocoso del sur: pelo negro, piel cetrina, rostro trabajado a golpes de azada, cuerpo nervudo, manos de campesino y traje basto. Era más de monosílabos que de oración con sujeto, verbo y predicado. Claro que, cuando Ferrer intentó interrogarle, el fulano tampoco estaba como para largar discursos; los policías le habían sacudido a base de bien y el labio inferior le abultaba el triple de lo normal, se le empezaba a amoratar el ojo izquierdo y sangre seca le taponaba la nariz.

A la una de la madrugada, el detective desistió y regresó a la Casa Sedó.

—Hemos conseguido recuperar el mensaje completo, señor Ferrer. —La voz del técnico del laboratorio sonaba orgullosa—. Le dejo en su mesa la copia del original en italiano y la traducción.

—Muchas gracias. —Ferrer apartó la manta y se levantó; había pasado la noche en el sofá del despacho.

—Hemos estado seis horas con el papel lavado y, si tengo que serle sincero, no creía que lo lográramos, se encontraba muy deteriorado.

Ferrer tomó la hoja con el texto.

—Buen trabajo —ojeada de cortesía—, felicite a sus hombres.

Salieron juntos del despacho. Los pasillos de la Casa Sedó estaban inusualmente tranquilos; los domingos, la mayor parte del personal descansaba y solo se quedaba un retén. El técnico se despidió y Ferrer fue a la cocina a prepararse un café aguado; la jornada iba a ser larga y tediosa.

El contenido de la nota que Giuseppe Piccone creía haber destruido y los químicos recompusieron, confirmaba los indicios sobre los infiltrados fascistas cuya misión era ayudar a que estallara una guerra interna en la retaguardia republicana.

El atentado contra el Manco supuso ascender un peldaño en esa escalada suicida.

A lo largo del siglo XIX, chocaba la querencia por nuestro país de idealistas, pistoleros y terroristas italianos de toda laya. De sus muchas acciones destacan dos: en 1897, el anarquista Michele Angiolillo mató a Antonio Canovas del Castillo, presidente del consejo de ministros, y, en el colmo de las casualidades, un 18 de julio, exactamente sesenta y cuatro años antes del pronunciamiento militar de 1936, otro revolucionario de la misma nacionalidad intentó asesinar a su paisano y rey de España Amadeo de Saboya.

Revisando los expedientes sobre los agentes italianos, Ferrer se maravilló de la osadía de sus identidades falsas. Abundaban las referencias a grandes artistas; el tipo que atentó contra Amadeo se hacía llamar Pellegrino de Pellegrini Tibaldi, pintor y arquitecto lombardo al que debemos los frescos de la biblioteca del Escorial.

Con una consulta a la Espasa, la mitad de aquellos pájaros quedaría al descubierto.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia, Toni?

Ferrer se sobresaltó. No había oído entrar a De Argila.

—Pensaba que si enviásemos una enciclopedia a los puestos fronterizos, detendríamos a casi todos los enviados de Mussolini. —Le enseñó algunos sobrenombres—. Fíjese en sus alias.

—¡Qué descaró! —Se sentó—. Lo malo es que no nos diésemos cuenta antes.

—Tratábamos los expedientes de forma individual y siempre cabía una coincidencia; ahora que buscamos puntos en común es más fácil notarlo.

—No me imagino enviando un espía a Roma con el pasaporte de Francisco de Goya y Lucientes.

—A lo mejor no lo descubren... la cultura general no es requisito indispensable para ingresar en la policía. —Consultó su reloj, era casi mediodía—. ¿Qué hace por aquí un domingo a esta hora?

—Tengo una reunión en la Generalitat con el secretario de Relaciones Exteriores. Va a recibir a una delegación de excombatientes franceses de la Gran Guerra y quieren que esté presente.

—¿Es sobre los Cruces de Fuego?

De Argila asintió:

—Vienen a interceder por George Valette.

—No entiendo qué pretende París. —El tema le sulfuraba—. Tenemos fotografías y documentos que demuestran que su consulado está metido hasta las orejas en las redes de evasión de personas y de capitales.

—No se fíen de nuestra administración de justicia. Temen que si los procesamos, convirtamos el juicio en un circo amañado para denunciar el apoyo del fascismo europeo a los facciosos y hacer más evidente la soledad de la República.

Ferrer llevaba tiempo intrigado por la diligencia con la que actuaba el gobierno francés en aquel asunto. Tanta agilidad no era propia de una de las burocracias más elefantiásicas del mundo.

—Me escama esta partida de ajedrez absurda que jugamos contra ellos, Marcelo. Es como si previeran nuestros movimientos.

—¿No pensará que el Deuxième Bureau tiene un informador dentro de la Generalitat?

Ferrer calló.

—Vamos, Toni, un espía francés en la cúpula del gobierno catalán... no lo dirá en serio, ¿verdad?

De Argila aguardó la respuesta: esta vez no daría por buena la llamada, no con una acusación tan grave.

—Todo este asunto de los Cruces de Fuego está azuzando mi paranoia. —Se justificó el detective—. Tengo la sensación de estar eliminando la grama de un jardín: la arrancas en un lado y compruebas que sus raíces se han extendido hasta el otro... ¡y no acabas nunca!

Unas semanas atrás habían desmantelado la estructura en Cataluña de la organización francesa de extrema derecha Cruces de Fuego. La dirigía José Martínez, el antiguo director de la Oficina de Turismo de Francia en Barcelona, que ahora vivía en París. Sus enlaces eran *monsieur* Bayarde, un vendedor de productos químicos, y *monsieur* Robin, que era el encargado de los embarques de joyas y dinero. Personal del consulado francés facilitaba a partidarios de los militares rebeldes refugio, pasaportes, visados y billetes para los barcos correo hacia Marsella.

—No vea fantasmas, Toni. La preocupación de nuestros vecinos es normal; todo este maldito asunto es un escándalo para su diplomacia y necesitan taparlo. — De Argila se levantó—. Me esperan... y usted no debería pasarse el día aquí; está siendo tranquilo, aprovéchelo y descanse.

Alguna vez, alguien expondría una exitosa tesis sobre la molesta tendencia de una situación a empeorar en el momento más inoportuno.

Aquel domingo se torció a media tarde:

—¿Puede venir a la sala de radio? —le preguntó el operador por el teléfono interno—. Es grave.

Las voces metálicas que salían por los altavoces transmitían urgencia e indignación. Hablaban con el lenguaje críptico de las comunicaciones policiales.

—¿Qué sucede?

El técnico —joven, entusiasta, inexperto— estaba desbordado.

—Unos incontrolados han asesinado a Roldán Cortada en Molins de Llobregat. —Tragó saliva—. Se va a liar la gorda.

Gorda, no. Gordísima.

Roldán Cortada era el secretario del *conseller* de Trabajo, el comunista Rafael Vidiella, y un peso pesado de la UGT en Cataluña.

—¿Cómo ha sido?

—Parece que iba a pasar el día fuera de Barcelona y lo han interceptado en un control ilegal. Al bajarse del auto para enseñar la documentación, lo acribillaron; dicen que eran anarquistas, gente de la FAI.

Las voces de los policías alcanzaron el nivel máximo en la escala Ferrer de histeria. No se les entendía nada:

—¿Ha podido sacar algo en claro de este galimatías?

—Lo normal. —El muchacho reguló los diales—. Han puesto en alerta a las fuerzas de orden público y hablan de suspender permisos de soldados acuartelados en la ciudad.

—Manténgame informado de cualquier novedad.

—Descuide, si se monta le avisaré.

Hacia las nueve quedó claro que la tirantez política, al menos aquella noche, no acabaría en guerra abierta. Ferrer reforzó la guardia y volvió a casa antes de que circular por las calles desiertas fuese más peligroso. Los pistoleros, como los monstruos que pueblan nuestras pesadillas, preferían la oscuridad.

III

SENTADOS SOBRE UN BARRIL DE PÓLVORA

Lo despertaron los golpes. Fuertes, insistentes. Se deshizo con delicadeza del abrazo de Regina, apartó las sábanas y se levantó. Ambos dormían desnudos y el frescor de la madrugada le puso la piel de gallina.

Guipó el despertador. Las tres. Mal asunto.

Más golpes.

Buscó a tientas el revólver bajo la almohada. Desde que se había incorporado a los Servicios no dormía sin él; sus enemigos se habían multiplicado y no era cuestión de ponérselo fácil.

Acarició la frente de la mujer hasta que abrió los ojos; le cubrió la boca con la mano para evitar que hablase.

—Escóndete en el baño —le susurró al oído—. Asegura la puerta y no abras a nadie.

En pelotas, descalzo y de puntillas se acercó al recibidor.

Oyó voces en el rellano.

Deslizó apenas la placa metálica que cubría el ventanillo y miró. Un hombretón con el uniforme de mando de las columnas de Aragón aporreaba la puerta de su oficina, contigua al piso en el que vivía. Cuatro tipos armados vigilaban las escaleras.

Iba a preparar una barricada, cuando apareció Beatriz, la madre de la niña asesinada, y agarró del brazo al militar para que no siguiera con los mamporros. El corpachón del hombre la había ocultado.

Se fijó mejor en él.

Aunque deformados por una barba, Ferrer recordaba sus rasgos de una de las fotografías familiares que le había enseñado la mujer: era el padre de la pequeña Agustina.

—¡Voy a abrir! —Dejó el revólver sobre la mesita, no quería que le tirotearan por una confusión estúpida—. Estoy desarmado.

Descorrió el pestillo, abrió la puerta, asomó la cabeza y les enseñó las palmas de las manos en una postura algo forzada. Dos de los fulanos le apuntaron; no bajaron los fusiles hasta que su jefe los tranquilizó con un guiño sin alegría.

—No estoy presentable. —Ferrer se dirigió a Beatriz—: me pongo algo encima y les atiendo.

Toni Ferrer, el primer detective nudista podría ser un buen reclamo publicitario cuando acabara la guerra.

—Siento mucho la hora, pero Enrique acaba de llegar del frente y no tiene permiso; quería hablar con usted antes de que las cosas se compliquen aún más —se disculpó Beatriz—. Como una vez me dijo que su casa y su oficina eran una misma cosa, nos arriesgamos a venir.

—Vivo al lado y he unido los dos pisos con una puerta.

Estaban en el despacho, una estancia de buen tamaño que recordaba el escritorio de un abogado próspero: maderas oscuras, líneas clásicas, decoración cálida, una buena biblioteca y dos zonas de trabajo, una para atender a los clientes y la otra para las reuniones con sus colaboradores, cuando los tuvo. Dos de los guardias se quedaron en la recepción, amplia, diáfana y amueblada con piezas de diseño moderno y colores claros. La oficina, le dijo un día Regina, era un reflejo de su personalidad: una fachada racional —hasta fría— y un interior mucho más emocional.

—Comprendo que, tal y como están las cosas, aprovechen el tiempo. —Sacó el cuaderno de notas y una pluma—. No se preocupen por el madrugón.

No le dio tiempo ni a anotar la fecha, la voz del hombre lo descolocó:

—Quiero que me informe de lo que sabe sobre la muerte de mi hija.

Su aspecto era el de un buen salvaje; su dicción, en cambio, la de un hombre con una buena educación.

—No sé mucho más de lo que sabía hace unas semanas —empezó Ferrer—. Espero el informe del laboratorio de la policía. Quizá ellos hayan encontrado algo que me oriente, porque no tengo ni una sola pista viable. He hablado con las vecinas, con sus compañeras de juego, con transeúntes... y nadie vio ni oyó nada.

La ciudad era un hervidero de gente, de miles de refugiados vagando por las calles, de soldados de permiso, de hombres, mujeres y niños que se ganaban la vida como podían, de vehículos militares camino de Aragón y de carros que transportaban productos de los campos vecinos hacia el mercado del Borne. Nadie en aquel maremagno prestó atención a una niña extraviada.

—Mi mujer y García Oliver se fían de usted y yo no tengo por qué dudar de su honradez, señor Ferrer; sin embargo, sé que no va a conseguir nada.

—¿Se trata de una suposición o se basa en algo que yo deba conocer? —A aquellas horas, Ferrer no tenía la cabeza para adivinanzas.

—Es un crimen político —dijo, como si la frase, por sí sola, lo aclarase todo.

—Dadas las... circunstancias de la muerte, no se me ocurre cómo puede considerarse político el asesinato de su hija.

El hombre bufó:

—Mire, durante estos últimos meses, mis compañeros del POUM y yo hemos pasado mucho. —Le costaba hablar sin sulfurarse—. Somos una molestia para Stalin y sus cómplices; preparan un proceso grandioso, a la moscovita, para culparnos de los males de la República. Quieren que declare contra el partido y denuncie que Andrés Nin y nuestros dirigentes son unos provocadores fascistas a sueldo de Berlín.

Fue hacia la librería y fingió mirar los libros.

—Me detuvieron con acusaciones falsas y me encerraron en una prisión secreta... en una checa. Estuve en aquel agujero más de una semana, con una bombilla siempre encendida. Me interrogaban cada dos horas, noche y día. Amenazaron a mi familia si no colaboraba. —Reprimió la rabia—. Resistí y me soltaron..., pero han cumplido sus amenazas. ¡La muerte de Agustina es un aviso para los demás!

Ferrer dejó ir el aire por la nariz. Le dolía hablar:

—Escuche, Enrique, fue un crimen sexual.

Beatriz cerró los ojos, su marido se apoyó en la estantería.

—No quise conmocionar aún más a su esposa cuando le comuniqué la noticia —continuó—. En aquel instante consideré que el dato solamente aportaba un dolor añadido y gratuito, ahora creo que me equivoqué.

La reacción del militar le sorprendió.

—La forma no altera la esencia. —Plantó sus manazas sobre la mesa—. En todo caso, lo único que demuestra es que los matones se creen más fuertes que nunca y están dispuestos a ir mucho más lejos de lo que lo harían en otras circunstancias. —Miró a Beatriz—. Por eso, sigo dudando de que la policía encuentre algo o de que comparta con usted lo que sabe. Y, si ellos no hacen nada, lo haremos nosotros.

«Perfecto», pensó Ferrer, «solo nos faltaba un grupo de justicieros suelto por las calles».

El criptógrafo jefe de los Servicios se puso unos guantes blancos antes de coger el libro que había traído Regina de Francia.

—Si, como me asegura, es un artilugio de los piratas de Biarritz, se trata de un excelente trabajo —dijo.

Buscó una lente de aumento.

Se tomó su tiempo.

—No veo nada raro. —Palpó las guardas—. Ni señales de fotografías reducidas, ni marcas que hagan pensar en escritura con tinta simpática. —Miró a Ferrer con el ojo agrandado por el cristal—. Claro que no es más que un análisis superficial.

Rondaba los cincuenta años y los aparentaba. Era rechoncho, de piel pálida y cabello rubio que le clareaba en toda la cabeza. Vestía su sempiterno traje gris marengo. Don Pulcritud en persona. Lo reclutaron a través de un concurso en la prensa para resolver crucigramas y juegos de enigmas muy complejos.

—¿Qué quiere que hagamos con esta preciosidad, señor Ferrer? —El hombre cerró el libro y se quitó los guantes.

—Que lo estudien para averiguar si contiene las nuevas instrucciones y claves de comunicación de la Quinta Columna. ¿Cuánto tardarán?

—Depende de lo escondidas que estén y de lo sofisticado que sea el código con el que las hayan escrito. —Se rascó la nariz—. Varias semanas, si es un sistema complejo.

—No tengo tanto tiempo. —Ferrer había previsto todas las pegas—. Haremos una copia exacta y nos quedaremos con el original.

—Ganaremos unos días... será lento, no podemos cometer errores; si los fascistas detectan el más pequeño fallo, tanto esfuerzo no habrá servido para nada. —Se encogió de hombros—. Hay que reproducir hasta las manchas de aceite y los dobleces en las esquinas de las páginas, no sabemos si tienen algún significado.

—Pediré al director de Argila que destine los mejores falsificadores.

—Muchas gracias. ¿Ha puesto un nombre a la operación? Lo necesito para asignar tareas.

—Flor, ya he abierto un expediente en el archivo central.

—Operación Flor, muy primaveral. ¿O tiene algún significado oculto?

—Una de estas noches, el general Queipo de Llano dirá en su charla por radio que le gustaría enviar flores a sus amigos de Barcelona. —Regina tomó la mano de Ferrer al cruzar la calle—. Esa flor será mi identidad en clave.

Por la mañana, horas antes de entregar el libro al criptógrafo, charlaban sobre el plan al que luego bautizarían como Operación Flor.

—Violeta, rosa, margarita... —enumeró Ferrer—, hay muchas posibilidades.

El detective era un convencido de las bondades del diálogo —del juego de preguntas y de respuestas— como medio para solventar un problema; y más, si se practicaba durante un agradable paseo con una persona inteligente.

—Esta tarde voy a proponer en los Servicios que pases una falsificación del libro a tu enlace y que nos quedemos con el original para estudiarlo. Te presentaré como una voluntaria. —Ferrer había barajado otras alternativas pero esta era la que más le convenía—. Tendremos hombres en el cine cuando hagas la entrega y seguiremos al tipo.

El *buzón* en el que Regina depositaría el libro estaba bajo una butaca en un cine. Todavía no sabían cuál. Tampoco tenían forma de conocer de antemano la identidad del agente fascista; en Biarritz le hicieron memorizar un número de teléfono sin las dos últimas cifras: cien combinaciones, cien números, cien sospechosos, un imposible.

—Parece una broma —se resignó Ferrer—. Con una frase tan tonta como «me gustaría enviar veinte violetas a mis amigos de Barcelona», Queipo comunica la ciudad, el nombre en clave del correo y las dos cifras que le faltan al teléfono de contacto.

Se hacía cruces pensando en el caudal de información que se les habría escapado en los nueve meses de discursos, en apariencias delirantes, del viejo general.

—Cuanto más cosas voy sabiendo, menos me gusta este asunto —se quejó Regina; estaba muy nerviosa y en casa se sentía como un león enjaulado—. Solo con pensar que en unas horas tendré que soportar otra de sus soflamas se me revuelve el

estómago.

Camaron hasta la casa de los Urgell. Llevaba cinco meses vacía y Regina quería airearla y comprobar que todo siguiera en su sitio. Íntimamente convencido de que ella regresaría, Ferrer había usado sus influencias para que no la incautaran y realojaran a refugiados. Tuvo cargo de conciencia pero había comprobado el estado lamentable en el que acababan muchas viviendas que caían en manos de indeseables. La biblioteca, que tanto tiempo, dedicación y dinero había costado al señor Urgell, no hubiera tardado en ser saldada en el mercado de los Encantes.

—¿Qué pasará con el quintacolumnista, Toni?

—Primero tenemos que averiguar quién es. Si no ha llamado la atención de la policía, venderé el asunto como una operación de contrainteligencia y lo usaremos para pasar información falsa. De esta manera, nos será de mayor utilidad que en la cárcel... y dormirás más tranquila.

Con el paso de la semana, y ante la inminencia de la celebración del Primero de Mayo, el goteo de violencia se había convertido en un chorro incontenible. El perverso principio físico de *acción-reacción* se impuso en todos los órdenes de la vida pública.

—Faltan dos días para el Primero de Mayo y la gente se ha vuelto loca, Toni. — De Argila hizo un gesto para que Ferrer entrase en su despacho de la Casa Sedó—. El gobierno suspenderá los actos festivos del sábado y acuartelará a los cuerpos de seguridad; quiere evitar incidentes.

Era tarde y el director había encendido la lámpara de mesa para leer un informe.

—¿Ha visto el resumen de sucesos que ha enviado la Comisaría General de Orden Público? —preguntó.

—Parece un parte de guerra.

—¿Recuerda que se lo comenté el *día* que hablamos sobre los provocadores italianos? —De Argila esbozó una sonrisa amarga—. Decían que exageraba y me he quedado corto.

En las últimas cuarenta y ocho horas la tensión acumulada generó chispazos de una violencia inusitada; hubo enfrentamientos armados en Bellver de Cerdaña, Hospitalet y Molins de Llobregat. Más cerca, y en respuesta a la ofensiva policial contra ellos, grupos de exaltados de la CNT-FAI recorrían la ciudad armados con fusiles y bombas de mano.

—Estamos sentados sobre un barril de pólvora al que van a parar docenas de mechas encendidas —continuó el director—. Las hemos ido apagando todas con más suerte que talento, pero, tarde o temprano, alguna de ellas acabará por hacerlo estallar.

De un cajón del escritorio sacó una arrugada cuartilla impresa y la alisó sobre una carpeta. La giró para que el detective pudiese leerla.

—La han repartido en el mercado de la Boquería esta mañana —dijo—. La policía las ha requisado casi todas.

Era una hoja volante con un texto compuesto en una imprenta artesanal. Vertía acusaciones muy graves contra el gobierno que —aseguraba el autor del panfleto— permitía que los comunistas «asesinos de niños» camparan por sus respetos mientras acosaba a los verdaderos revolucionarios.

Y prometía venganza.

Nadie la firmaba. No era necesario.

—Por desgracia, me suena. —Ferrer la leyó un par de veces más.

—¿Sabe quién es el autor?

—Creo que está relacionado con la niña que apareció en Horta. El padre me advirtió de que, si no había resultados pronto, él y sus camaradas tomarían cartas en el asunto.

—Vierte acusaciones escandalosas —señaló De Argila.

—Ya sabe cómo es la gente del POUM, ven la mano de Moscú y de los comunistas detrás de cualquier cosa; si no es complejo de persecución, se le parece mucho.

De Argila se acercó a una ventana y movió la cortina. Observó el jardín oscuro.

—Recuerdo el día en el que identificó el cuerpo de la chiquilla, Toni; estaba usted descompuesto.

—He visto pocos crímenes tan brutales... y cuando hay un niño de por medio la sensación es de un completo horror.

—¿Teme que el asesinato de la pequeña sea una de las mechas que acaben por llegar al barril de pólvora?

—Ojalá lo supiera; por el momento solo tenemos una acusación anónima más a la que hay que prestar la misma atención que a las otras. —Ferrer le devolvió la cuartilla—. Sin embargo, ahora mismo cualquier bulo se extiende con rapidez y es suficiente para que una facción cargue el fusil y descerraje un tiro a la rival.

—Contra eso no podemos hacer gran cosa.

—Debemos intentarlo, al menos. Por mi parte, y aunque no he progresado, sigo investigando el asesinato de Agustina.

De Argila colocó bien la cortina y apoyó la espalda en la ventana.

—Arriésguese lo justo y cuente con los recursos de los Servicios cuando los necesite. Ya sabe que no tiene que pedir permiso.

Hacía años que la plaza de Cataluña no estaba tan poco concurrida un Primero de Mayo. El que fuese laborable y el temor de los ciudadanos a la lucha armada explicaban aquella chocante ausencia de vida. Solo algunos forasteros se hacían fotos bajo el monumento al miliciano, un gigantesco soldado de yeso que formaba parte de la escenografía montada para la fiesta del movimiento obrero junto con un arco

conmemorativo de quita y pon en la cabecera de las Ramblas.

Ferrer se dirigió a la Compañía Telefónica, su primera cita del día.

Erigido en una de las esquinas de la plaza, era un edificio alto, moderno y funcional que sustituyó en 1929 a la vieja central de la casa Laribal, en la calle de Aviñón. Por allí pasaban todas las comunicaciones telefónicas de la ciudad, automáticas y a través de operadora. Tras el intento de golpe militar fue colectivizada. Los sindicatos UGT y CNT se repartieron los servicios —y los pisos del inmueble— aunque los anarquistas se quedaron con el control real y en la fachada ondeaba su enseña rojinegra.

Ferrer había convencido a la CNT para que le cediera técnicos en escuchas y taquígrafas, que puso a las órdenes de uno de sus agentes. Habló con él para que interceptara las conversaciones de las principales comisarías de policía; quería saber lo que se cocía en torno al caso de la niña asesinada.

Le ordenó que le comunicara cualquier novedad.

—Esto va a acabar muy mal. —Se quejó el hombre—. El otro día, a un lumbreras se le ocurrió interrumpir una conversación del presidente Azaña con el ministro Indalecio Prieto; los insultó y la cortó. Los del gobierno se han cabreado mucho y no van a dejar que la cosa se quede ahí.

—Procura no mezclarte en sus guerras y esconde la cabeza si oyes tiros —le aconsejó Ferrer.

Todos los edificios públicos y los locales de partidos políticos y sindicatos estaban en alerta: hombres armados en las puertas, tiradores en las azoteas y vehículos blindados en la calle.

A la salida de la Telefónica, Ferrer se internó en la red de calles que discurría entre las Ramblas y la Vía Durruti —a la que él y casi todos los barceloneses continuaban llamando Vía Layetana— en donde se concentraban la mayoría de esas sedes. Algunas estaban separadas por menos de veinte metros; uno escupía desde la ventana de las Juventudes Libertarias y el salivazo le caía al centinela de Estat Català, y viceversa.

Una guerra en la retaguardia comenzaría allí.

Camino de su segunda cita, atravesó la plaza de la República bajo la mirada suspicaz de los mozos de escuadra y guardias de asalto que reforzaban la seguridad del palacio de la Generalitat y del Ayuntamiento.

El filósofo anarquista italiano Camillo Berneri vivía cerca, en la plaza del Ángel, una zona de dominio gubernamental y comunista que no era el lugar de residencia más adecuado para un individuo con sus antecedentes y actividad literaria. Cuando las cosas se torcieran, quedaría atrapado en una ratonera.

—¿Se ha asegurado de que no le siguieran, *signor* Ferrer?

Beneri cerró la puerta, dio dos vueltas a la llave y pasó una cadena que cualquier gorila de ochenta kilos de peso reventaría apoyando el hombro en la hoja de madera.

—Pase, por favor. —El italiano lo condujo hasta una habitación luminosa, al final de un pasillo corto al que se abrían los dormitorios y la cocina—. Estamos solos.

De un viejo aparato de radio salían loas a **la Gloriosa**, la aviación republicana, a la que se atribuía el hundimiento del acorazado fascista *España* mientras participaba en el bloqueo a los puertos del Cantábrico. Las emisoras enemigas aseguraban, en cambio, que se trató de un accidente, al tropezar el buque con una mina propia.

Mentira sobre mentira, guerra de propaganda.

Beneri atenuó el sonido del aparato.

—Nuestro común amigo Eddy me ha hablado muy bien de usted, *signor* Ferrer, por eso accedí a recibirle —dijo mientras le ofrecía asiento.

De rasgos afilados y nariz grande, sus ojos oscuros y hundidos dominaban un rostro y un cuerpo delicados. García Oliver previno a Ferrer para que no se dejara engañar por su aspecto de cuarentón frágil, Beneri tenía tanto coraje como inteligencia; fue uno de los primeros extranjeros en alistarse en las milicias y combatió en el Monte Pelado, a las afueras de Huesca, en agosto de 1936. Su aportación en la retaguardia, sin embargo, superaba a su peso específico como soldado: escribía artículos en periódicos españoles y extranjeros además de ser la voz de los programas en italiano de la radio de la CNT.

—A García Oliver le preocupa que usted resida aquí. —Ferrer entró en materia—. Este es un sector de la ciudad en manos hostiles a los anarquistas.

El detective se fijó en unos impermeables de mujer colgados en la pared; Eddy le aseguró que convivía con un hombre y dos compañeras de su misma nacionalidad.

—Y estoy de acuerdo con él —siguió—. A poco que se complique la situación, puede usted caer en manos de incontrolados comunistas o de agentes rusos.

—Temo más a la POLPOL, la Policía Política de Mussolini. —Le interrumpió Beneri—. El ministro García Oliver haría mejor preocupándose por el camino sin retorno que han tomado él y sus seguidores.

Hacía unas semanas, Beneri protagonizó un sonoro rifirrafe con Federica Montseny, otra anarquista con cartera ministerial, a cuenta de lo que el italiano consideraba colaboracionismo con un gobierno contrarrevolucionario.

No era de los que se mordían la lengua y eso hacía más precaria su posición.

—Aun así, debería hacerle caso y mudarse a un barrio controlado por su gente o a una de nuestras casas seguras. —Ferrer tomó aire para plantear el tema más peliagudo—. Este tampoco es un buen lugar para guardar unos documentos tan importantes como los que tiene; la regional de la CNT está a menos de doscientos metros de aquí, podríamos organizar un traslado en minutos.

—Le agradezco el ofrecimiento y disculpe si no me tomo en serio lo de la casa segura; usted representa al gobierno y no me fío de él. —Sonrió—. Para los suyos, amigo mío, soy persona non grata.

El filósofo levantó la tapa de un cesto de costura y sacó un pistolón.

—En cuanto a mi protección y a la de los documentos, sé manejar esto y cuento con la compañía de amigos que no dudarían en enfrentarse a un atacante.

—Eso es lo que nos preocupa más: tantos amigos; alguno puede ser un provocador infiltrado.

Beneri negó esa posibilidad con vehemencia.

—Conozco a la mayoría de ellos del exilio en París y Bruselas. Son de fiar.

Ferrer varió la táctica y sacó una copia de la nota que la policía había encontrado en el bolsillo de Giuseppe Piccone.

—Tome, la llevaba encima el italiano que voló el despacho del comisario general de Orden Público la semana pasada. Puede que encaje en el rompecabezas que está usted montando.

El rostro del filósofo se fue iluminando con la lectura de la nota. Buscó un lápiz y rodeó con círculos varias palabras.

—Gracias por su obsequio —dijo—. Me va a permitir aclarar algunos puntos oscuros en los documentos que estudio.

—¿Le importaría mostrarme alguno? Me gustaría comprobar si pueden sernos de utilidad.

—Lamento tener que defraudar sus expectativas pero estoy esperando unos expedientes procedentes de Italia y no me han llegado aún. —Alzó las cejas—. Sin ellos, casi todos los documentos que tengo son indescifrables.

—Me han asegurado que ponen al descubierto las maniobras de los servicios secretos facciosos en nuestra retaguardia.

Beneri asintió:

—Casi todo el material pertenecía al consulado italiano en Barcelona. Gracias a él hemos desenmascarado a muchos infiltrados, pero, por desgracia, para continuar necesito los papeles que unos camaradas sacaron de archivos oficiales en mi país; me llegarán la semana que viene.

—Razón de más para que extreme las precauciones durante estos días —insistió Ferrer—. Si le roban los documentos, todo su esfuerzo habrá sido en vano.

El filósofo fue hacia una estantería, apartó varios volúmenes y buscó a tientas tras los libros. Sacó unos pliegos sujetos con cintas.

—No ponga esa cara, *signor* Ferrer. Son expedientes sin importancia, un cebo.

A continuación, volteó el aparato de radio, desmontó el panel trasero y extrajo más hojas.

—Algo mejor —reconoció el detective—, pero dé por seguro que lo encontrarán.

—Es lo que quiero. Son documentos con los que espero que los ladrones se den por satisfechos y se vayan.

Tras atornillar de nuevo el panel, el filósofo acompañó a Ferrer hasta la puerta.

—Ya sabe donde vivo. —Bernerí descorrió el cerrojo y la cadena—. Sea precavido, el Primero de Mayo aún no se ha acabado y hay gente dispuesta a todo.

«Increíble», se dijo Ferrer, «¡le preocupa mi seguridad!»; era como si Blancanieves le diera consejos para llevarse bien con las madrastras.

—Piense en lo que le he dicho. —El detective sacó una de sus tarjetas profesionales y garabateó varios números—. Me encontrará en cualquiera de estos teléfonos.

—Muchas gracias. —Se la guardó en un bolsillo del pantalón—. Espero poder entregar pronto una primera lista de espías. En todo caso, la semana que viene daré un impulso a mi trabajo y seguiré en contacto con usted a través de Eddy.

Ambos ignoraban que para Bernerí no habría *semana que viene*.

El Primero de Mayo pasó por el calendario con más pena que gloria. La sangre no llegó al río y las tormentas nocturnas enfriaron los ánimos. El domingo amaneció lluvioso y tranquilo, aunque a eso de las diez de la mañana el agente en la Telefónica arruinó los planes de Ferrer y Regina: la policía había hallado el cadáver de una joven cerca de Can Tunis.

Tomó un sendero que discurría junto a las vías del tren y moría cerca del camino que unía la Barriada Nueva del Puerto con Can Tunis.

Las ruedas de la izquierda pisaban sobre la hierba mojada y el coche coleaba de vez en cuando. A su espalda, los mausoleos y monumentos funerarios del cementerio del Sudoeste se encaramaban por las laderas de Montjuich, proporcionando a los difuntos mejores perspectivas que las que disfrutaron en vida.

Al final de la vereda, el automóvil patinó sobre un charco antes de que Ferrer lo arrojara a unas cañas.

Había varios vehículos policiales estacionados en un campo de cereales; los neumáticos habían dibujado líneas paralelas con tallos aplastados. En una elevación, cuatro uniformados aburridos se protegían de la lluvia bajo una morera. Maldecían a sus superiores y al tiempo cochino que les había tocado en suerte.

—¡Me envían de la *conselleria*! —Ferrer se detuvo a diez metros del corrillo y sacó su carné de los Servicios de Información; de lejos daba el pego.

Caían chuzos de punta y, como había previsto, ninguno de los guardias salió del refugio para la comprobación de sus credenciales.

—¡Están a unos cuarenta metros de aquí en línea recta, junto al colector! —chilló uno de ellos.

El detective levantó la mano en señal de agradecimiento, se ajustó el chubasquero y caminó penosamente entre terrones que se le pegaban a las botas.

—Lo siento, tengo órdenes de no dejar pasar a nadie. —El policía que protegía el lugar del crimen era inflexible—. No hay excepciones.

Estaba plantado de forma que impedía ver algo interesante.

—¿Quién está a cargo de la investigación? —Ferrer no iba a rendirse.

—¡Yo! —Gritó una tercera voz—. Y soy el que le ha dado la orden de mantener alejados a los metomentodos como usted.

En el terreno lindante, tras un desnivel, estaba el inspector Belmonte, empapado y de muy mal humor. El agua le goteaba del ala del sombrero y había convertido su cigarrillo en un tubo blando a punto de deshacerse.

—¿Qué se le ha perdido por aquí señor... Ferrer? —le espetó.

—Veo que me recuerda.

La presencia del inspector le picó la curiosidad; no era habitual que un veterano pringara un domingo por la mañana. Belmonte, además, estaba a cargo del caso de la pequeña Agustina.

—¿Cómo olvidar aquel día? —El inspector cogió lo que quedaba del cigarrillo, lo estrujo y tiró al suelo—. ¿También ha venido hoy como amigo de la víctima o se ha inventado algo más original?

Así pues, la mala baba no era solamente fruto del clima y del tabaco aguado.

—Me mintió, señor Ferrer, me ocultó su identidad —continuó el inspector—. A los policías se nos llevan los demonios cuando nos mienten.

—No le mentí. —Se defendió Ferrer—. Fui a reconocer el cadáver en nombre de la familia de la niña. Mi intervención no tenía nada que ver con los Servicios de Información.

—Es usted un jefe, nada menos. Me enteré por el comisario. Se me quedó la cara de gilí una semana. Y me hice muchas preguntas... ahora mismo me estoy preguntando qué coño hace usted aquí.

—He venido a ofrecerle nuestra colaboración. —Era lo más indefinido que se le ocurrió.

—Nadie me ha dicho nada sobre unos colaboradores, tampoco los necesito.

—Digamos que no es oficial pero que conviene a nuestros respectivos servicios. —Ferrer abrió los brazos, las mangas le chorreaban—. Si quiere, seguimos aquí todo el día desgañitándonos, pero preferiría que hablásemos como dos personas normales.

Belmonte renegó y caminó algunos metros, alejándose de las vías:

—Venga, hemos abierto un camino en medio de estos pinchos —dijo.

Una línea de zarzales marcaba la linde entre los dos campos; la policía había desbrozado un paso de la anchura de un hombre. El detective descendió resbalando y manteniendo el equilibrio a duras penas. Prefería caerse de culo que asir una de aquellas ramas espinosas.

—Decía no sé qué sobre nuestros servicios. —Belmonte no iba a regalarle ni un segundo de más.

—El asesinato de Agustina está tomando una peligrosa deriva política —exageró

Ferrer—. De hecho, ya tenemos unos vengadores callejeros dispuestos a tomarse la justicia por su mano.

Belmonte pareció descolocado. Fue un instante, el reflejo de un relámpago en sus ojos cansados. Ferrer se fijó en el mentón, oscurecido por una barba desaseada. El trabajo le hacía mella.

—Lo último que necesito es un moscardón rondándome. —El inspector se limpió unas gotas que se le escurrían por la nuca—. Cuando me lo ordenen, no me quedará más remedio que colaborar con ustedes pero, hasta entonces, no me toque las narices.

—Nada hay más lejos de mí que molestar. —Mantuvo el argumento político, excesivo pero eficaz—. Comprendo que desconfíe de un servicio como el mío, pero le aseguro que solo quiero información para que los de arriba sepan a qué atenerse.

—¿Qué tipo de información necesita?

—De rutina. ¿Ha avanzado algo en la investigación por la muerte de Agustina?

Una ráfaga de viento les lanzó la lluvia contra la cara. Los sombreros amenazaban con salir volando en la próxima racha. El inspector miró con disgusto el cielo, casi tan nublado y oscuro como su ánimo.

—No tenemos nada que nos indique hacia dónde encaminar las pesquisas. —Cedió—. No hay testigos y el escenario estaba limpio como una patena.

—¿Qué ha dicho el Laboratorio?

—Mi comisario recibió el informe y no había nada de interés. —El detective notó una ligera acidez en las palabras de Belmonte—. Se lo enviaron a él y me pasó un resumen; a lo que parece, también lo están presionando.

Ahora el sorprendido fue Ferrer. Procuró que no se le notase.

—Ya le he dicho que hay nervios, inspector —soltó.

—Debí imaginármelo, he hablado con él un par de veces sobre el caso y he notado más tensión de la normal. —Belmonte moderó su aspereza—. Es un homicidio poco común.

—¿Ha encontrado algún caso similar en los archivos?

—No... no hay nada parecido. —Un leve trémolo en la voz alertó a Ferrer—. El asesino se empleó a fondo con el cuchillo.

Un uniformado se les acercó. Llevaba dos kilos de barro en cada pie y andaba como un gigante herido, balanceando el cuerpo mientras despegaba las botas del lodo. Reclamaban al inspector en la escena del crimen. Belmonte se dio por enterado y zanjó la conversación. Se llevó la mano al ala del sombrero a modo de despedida y empezó a caminar de regreso al colector.

—¡Inspector! —Ferrer esperó a que se girase—. Le propongo un intercambio de favores que no le comprometerá a nada más.

—Sea breve, me esperan.

—Puedo calmar a los políticos más inquietos —retomó el argumento inicial—, nuestros informes tienen aún bastante peso en el gobierno.

—¿Qué quiere a cambio?

—Que me deje ver el cuerpo que han encontrado. —Le mostró las palmas abiertas. La sinceridad hecha hombre—. Solo eso.

El cadáver estaba junto a una gran tubería que pasaba bajo las vías y avenaba el agua de los campos más altos, conduciéndola hasta una riera cercana.

Era una niña de diez años como mucho, menuda, rubia y de rostro pecoso. Otro ángel. Estaba desnuda y la piel, extremadamente blanca, le hacía parecer aún más etérea.

Tenía heridas recientes de arma blanca en los genitales.

Ferrer se agachó y observó los cortes y los hematomas, muy parecidos a los que presentaba el cuerpo de Agustina.

Todo el puñetero escenario era similar: agua, barro y soledad.

—Es el mismo cabrón que asesinó a Agustina. —El inspector le había leído el pensamiento—. Ese hijo de puta ha vuelto a matar.

IV

LA LEYENDA DEL BESO

Le amoscaba el silencio oficial. Seguía sin entender el hermetismo de las autoridades y la falta de información sobre los crímenes. Salvo por las incendiarias octavillas del padre de Agustina, era un misterio cómo se había conseguido tajar la violación y el asesinato de dos niñas en quince días.

Más aún: ¿por qué ocultar la noticia?

De existir una respuesta, estaba en la Comisaría General de Orden Público. Sin su consentimiento era imposible echar tierra sobre una cuestión tan escabrosa. Dada la escasa disposición de la policía a colaborar, Ferrer decidió tomar la iniciativa.

Al mediodía, se dejó caer por el edificio de la Telefónica.

—Caramba, jefe, le vemos más que a algunos trabajadores del centro —exclamó uno de los técnicos de los Servicios.

—He quedado con una persona por aquí cerca y he aprovechado para venir.

Ferrer puso la mano en la espalda del agente responsable del equipo y se lo llevó hacia un rincón.

—Tengo un encargo especial para usted. —Se explicó—. Necesito que pinche de la forma más discreta los teléfonos personales del comisario general de Orden Público y del comisario jefe de la Brigada de Investigación Criminal.

El tipo silbó por lo bajinis.

—Siempre hay moscones rondando por aquí —dijo el hombre—. Tendré que hacerlo a escondidas y no será fácil.

—Si tiene que untar a alguien, hágalo. —Con autorización de Marcelo de Argila, Ferrer disponía de un fondo para gastos—. Por lo demás, confío plenamente en usted.

—Se lo agradezco. —El rubor le pintó las mejillas—. Me pongo manos a la obra.

De haber intervenido aquellos teléfonos unas días antes —y escuchado las conversaciones del comisario general Eusebio Rodríguez Salas, *el Manco*—, quizá hubiesen evitado uno de los episodios más controvertidos de la guerra, un incidente que iba a cambiar el curso de la historia en la España republicana.

El barril de pólvora estaba a punto de explotar.

Era lunes, 3 de mayo de 1937.

Es paradójico que la humanidad evolucione en sus formas externas pero mantenga intactos muchos de los resortes internos desde hace siglos.

El corto paseo que llevó a Ferrer desde la Telefónica hasta los Almacenes Jorba, en Puerta del Ángel, se parecía mucho a los que, hacía casi dos mil años, describió el poeta romano Ovidio en el *Arte de amar*: tenderos ansiosos, mujeres en busca de gangas y parejas de compras por la Vía Apia.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Regina.

—Recordaba unos versos de Ovidio sobre ir de tiendas. Se me quedaron grabados de las lecturas en latín.

—Yo apenas sí recuerdo alguna cosa; a la que me sacas del *Ave Maria, gratia plena*, me pierdo. —Estaba comparando dos vestidos de colores diferentes—. ¿Cuál te gusta más?

—Tendría que vértelos puestos; coge los dos y pruébatelos.

Los almacenes estaban muy concurridos, era la primera jornada de venta de los modelos de la nueva temporada y se notaba. Regina, con buena parte de su vestuario en San Sebastián, necesitaba poner al día su armario.

Luego tomarían un refrigerio en la terraza, al pie de la cúpula que coronaba la fachada neoclásica. En un radio de quinientos metros había media docena de aquellos gigantes comerciales y la lucha por captar clientes era despiadada; unos ofrecían servicio de restaurante y otros programaban cine, conciertos o emisiones de radio susceptibles de atraer compradores.

—¿Te has pasado ya por la Telefónica? —Regina estaba al tanto de los planes de Ferrer aquel mediodía.

—Sí. Fue allí donde me acordé de Ovidio: «Se hace ligera la carga que se sabe llevar bien». Es una de las sentencias favoritas de Marcelo de Argila, la grabó en una placa que cuelga en una de nuestras salas de reuniones.

—Suenan a cita religiosa.

—Algo de eso hay. De Argila es masón y Ovidio es uno de sus autores de cabecera.

—¿Ha movido sus influencias para buscar apoyo en la policía? Los masones suelen ayudarse entre ellos.

—Tiene algunos *hermanos* en la Comisaría General, pero ninguno en la Brigada de Investigación Criminal; por lo que pueda ser, ya los ha puesto sobre aviso.

Una dependienta se les acercó y se hizo cargo de las prendas que habían escogido.

—¿Y aquel amigo tuyo del Laboratorio Criminalístico? —preguntó Regina.

—¿López de Sagredo?

Ella asintió.

—Si en unos días no obtengo resultados, le haré una visita. Ahora es el director y anda con pies de plomo: un profesional rodeado de políticos, mala cosa para ir haciendo favores.

Fueron hacia los probadores.

—Esta mañana a primera hora he hablado con los criptógrafos de la Casa Sedó —dijo Ferrer—. Han avanzado mucho.

Aunque no lo demostrara, los nervios de Regina iban a más con el paso de los días; hasta tenía pesadillas por culpa del libro de claves.

—¿Te han dicho cuándo acabarán el trabajo? Cualquier noche de estas Queipo se descolgará con el mensaje secreto y me tocará correr.

—Les he metido prisa pero no pueden cometer errores. —Ferrer trató de infundirle confianza—. Saben lo importante que es tenerlo listo cuanto antes.

—Estos días se me están haciendo eternos.

El detective tenía una réplica preparada pero no pudo usarla, le interrumpió un griterío que llegaba desde el exterior. Después, sonó una ráfaga de ametralladora.

En la calle, nadie parecía saber nada.

—¡Es en la Telefónica! —gritó un hombre mayor—. ¡Se han liado a tiros!

El tipo boqueaba en busca de aire; había bajado corriendo con su esposa desde la plaza. Ambos estaban muy asustados.

—Parece que los anarquistas han asaltado el edificio y están luchando con los guardias —añadió otro de los huidos; luego se supo que fue al revés.

Vehículos policiales y camionetas con guardias armados hasta los dientes bloquearon los accesos a la zona de combate.

—Vayámonos. —Ferrer entró en los almacenes e informó a Regina de lo poco que había averiguado—. La cosa va en serio.

La circulación estaba paralizada.

Corrieron hacia las Ramblas y bajaron hasta la calle del Carmen para buscar la Ronda de San Pablo y alejarse de la refriega. Se formaron grupos de personas que tuvieron la misma idea y trotaban pegados a las paredes de los edificios.

Frente a la iglesia de Belén, unos jóvenes libertarios les gritaron para que se alejaran del templo e, inesperadamente, empezaron a disparar contra los muros ennegrecidos. Sospechaban que había un francotirador en el interior.

Nadie respondió al fuego.

Ferrer aguardó a que acabara la lluvia de balas y atravesó el paseo a la carrera mientras protegía a Regina con el cuerpo. Dos matrimonios mayores les pisaban los talones al comprobar que el detective sabía moverse por aquel pandemónium.

En Ronda de San Pablo la situación era todavía normal.

Se habían formado corrillos en los que se comentaba lo que iba conociéndose del incidente. Ferrer pensó en su equipo de la Telefónica y confió en que hubiese sido capaz de ponerse a cubierto y no se mezclara en la trifulca.

Tomaron el tranvía para llegar a casa cuanto antes. Los transportes públicos no tardarían en verse afectados también por la lucha.

Conforme se acercaban a la Universidad observaron que los tenderos bajaban las

persianas de sus negocios. Curtidos en mil batallas urbanas, los comerciantes barceloneses tenían un olfato especial para oler los líos gordos y rara vez se equivocaban. Experiencia se llamaba esa figura.

Pocas horas después, Barcelona estaba patas arriba y se combatía con una saña propia de la guerra contra los fascistas. El control del edificio de la Telefónica fue una excusa para dar rienda suelta a los rencores acumulados.

En un bando se aliaron socialistas, comunistas, catalanistas, sindicalistas de la UGT y las fuerzas gubernamentales; en el otro, anarquistas, la gente del POUM y sindicalistas de la CNT.

No se daba cuartel. La locura y la muerte se habían adueñado de las calles.

El martes, día 4, Juan García Oliver, líder anarquista y ministro de Justicia, viajaba en avión a Barcelona para intentar calmar los ánimos de su gente; dirigentes socialistas harían lo propio con los suyos.

Los llamamientos previos a la cordura habían caído en saco roto.

Sin embargo, un asunto secundario, la protección del ministro desde el aeropuerto hasta la Casa CNT, se convirtió en un escollo para alcanzar el acuerdo. La policía no permitiría que una caravana de anarquistas armados desfilara por la ciudad y en la CNT no se fiaban de una escolta formada por elementos de las fuerzas de seguridad.

Tal para cual.

Tras horas de discusión, alguien propuso a Ferrer: pertenecía a un organismo oficial y contaba con el beneplácito de García Oliver. Una combinación perfecta y única. Y un embrollo formidable para él, también.

—No lleva insignia ni Dios. —Con la mano izquierda, Lorenzo señaló a los escasos peatones que desafiaban el peligro, con la derecha sujetaba el volante, camino del aeródromo—. Nadie se juega el cuello por una tontería.

Tras el asalto a la Telefónica, las insignias de partidos y sindicatos desaparecieron de la indumentaria de retaguardia. Durante meses —para evitarse disgustos con los incontrolados—, casi todo hijo de vecino lució brazaletes, estrellas rojas y escarapelas con los retratos de Stalin o Bakunin, según con quien se jugara los cuartos. Ahora, con la ciudad transformada en un campo de batalla, la cosa había cambiado.

—En una calle te das de bruces con una barricada anarquista y al girar la esquina te esperan los comunistas —apuntó, desde el asiento trasero, un agente veterano que Ferrer había reclutado para la misión—. Tendrías que cambiarte de insignia cada cuatro pasos.

—Hablando de cambios, recordad el orden en el que llevamos las identificaciones —advirtió el detective. Por el espejo controló que los siguiera un segundo coche con

otros dos agentes—. No quiero que nos tiroteen por enseñar el carné equivocado.

—No te preocupes, hemos ensayado. —El veterano, un antiguo policía, se palpó la chaqueta—. En el bolsillo derecho el de la CNT, en el izquierdo el de la UGT y en el pantalón, el de los Servicios.

—Por la cuenta que nos trae sacaremos el que toque en cada ocasión. —Lorenzo acarició la pistola que se había colocado entre las piernas; era tanta la tensión, que nadie había hecho el chiste obvio—. Por cierto, ¿y Regina? ¿Sigue en tu casa?

—No, ha vuelto a la de sus padres; la mía está en medio del fregado. —Ferrer estiró las piernas—. Hemos aprovechado la pausa de las siete para la mudanza.

Al alejarse del centro, los disparos sonaban más distantes y aumentaba la sensación de seguridad. Además, sabían por la policía que la carretera hasta El Prat estaba despejada. Cuando se detuvieron en el control de salida, y para no liarla en el último momento, Ferrer y su gente dieron los carnés a los centinelas con el mimo con el que un sacerdote entregaría la hostia a su obispo.

—Habéis asumido muchos riesgos al viajar juntos —le riñó Ferrer en el coche.

García Oliver había aterrizado en compañía de Mariano Vázquez, el secretario del Comité Nacional de la CNT, que iba en el otro automóvil.

—Con una simple bomba en la bodega —continuó el detective—, vuestros enemigos hubieran matado dos pájaros de un tiro.

—Acepto la reprimenda, no pensé en ello —admitió el ministro—. De todos modos, hemos volado con un seguro de vida: nos acompañaban dos gerifaltes de la UGT.

Ferrer lo había encontrado envejecido; la salud era el peaje que García Oliver estaba pagando para transitar por el poder. Tenía treinta y seis años, era de estatura media y resultaba atractivo en conjunto pese a que sus rasgos por separado no lo eran. En su cara, de gran fuerza, resaltaban la mandíbula poderosa, partida por un hoyuelo, y los ojos oscuros e inteligentes.

—¿Qué sabes de Camillo Berneri, Toni?

—No he vuelto a verle desde mi visita el Primero de Mayo. Anoche intenté acercarme a su casa, pero tuve que renunciar, las ametralladoras barrían la calle.

—Poco antes de que estallara todo, le envié un mensaje personal para que se marchara a un barrio seguro, pero no quiso abrirle la puerta al motorista. ¡Es un cabezota y un suicida!

—Está convencido de que entre sus compatriotas se encuentra a salvo.

—¡Sanjoderse! —resumió el ministro.

Muertos en combate, en 1936, sus viejos compañeros de clandestinidad Durruti y Ascaso, García Oliver se convirtió en el hombre fuerte del anarquismo español. Había pasado de alentar la violencia y la toma del poder por las armas a integrarse en el gobierno de la República, un tránsito que muchos de sus correligionarios no le

perdonarían nunca.

—¿Te enseñó los documentos que guarda?

—No se fiaba de mí —respondió Ferrer—. Me dio largas con un cuento sobre algo que estaba esperando de Francia.

—No es un cuento, necesita unos documentos para completar su investigación. Unos compañeros de Roma se jugaron el cuello para sacar material secreto del gobierno de Mussolini y enviárselo a través de exiliados italianos en Francia.

—¿Qué espera conseguir?

—Cree que pondremos en evidencia a Italia ante el resto de potencias europeas y empujaremos a ingleses y franceses a implicarse en la guerra a nuestro favor. —Inspiró profundamente—. Lo cual también desagrada a los soviéticos, que son quienes se están aprovechando de nuestro aislamiento, se forran a nuestra costa y cada vez mandan más.

—Espero que Berneri sea prudente y se esconda hasta que pase lo peor de la lucha. No podéis enviarle ayuda, vive rodeado de barricadas comunistas.

—Ha abierto demasiados frentes y se ha granjeado muchos enemigos, es el precio de ser íntegro y un tanto temerario. —García Oliver meneó la cabeza con disgusto—. Lo peor es que con su actitud testaruda nos está provocando problemas peliagudos.

—Si no te conociera diría que intentas ocultarme algo.

El ministro no respondió de inmediato. Miró por la ventanilla y pareció concentrarse en el horizonte urbano. Columnas de un humo muy negro ascendían desde distintos puntos de la ciudad.

—Tenemos informadores en otras fuerzas políticas y gobiernos, aquí y en el extranjero. —Miró a Ferrer, para quien eso no era ninguna novedad—. Sabemos que los rusos enviaron un grupo de verdugos a Barcelona hace tres meses. No conocemos sus objetivos; quizá vayan tras Berneri. Es una posibilidad. Si le siguen o controlan su casa, te habrán visto. Vigila tu espalda.

—Lo haré... aún más; ya rozo la paranoia.

La voz de Lorenzo —puros nervios— los devolvió al presente:

—Ahí está la primera barricada. No sé de quién es, no tiene bandera.

Ferrer tomó su revólver y le quitó el seguro; el veterano —sentado delante— armó un Thompson, el fusil ametrallador que manejaba Paul Muni en *Scarface*.

—Son los míos —los tranquilizó García Oliver—, gente del Ramo del Agua.

Cuando el vehículo se detuvo, el ministro saltó a tierra:

—Conozco al que nos da el alto —aseguró.

Saludó efusivamente a alguno de los combatientes y charló durante unos instantes con el que tenía el mando. Luego, muy serio, llamó a Ferrer:

—El compañero Ricard dice que es imposible llegar en automóvil hasta el centro.

—Nosotros hemos atravesado la ciudad sin problemas no hará ni dos horas —se extrañó el detective.

—La situación empeora cada cinco minutos; han salido blindados que disparan

contra todo lo que lleva ruedas. —Ricard señaló el teléfono que habían sacado de una taberna; a pesar de la que se había montado, las líneas funcionaban—. En la Casa CNT sabían que pasaríais por aquí y nos llamaron para que os avisáramos: no quieren que os juguéis el cuello.

Invirtieron dos horas largas en llegar a pie a la sede de los anarquistas. En un día normal, el paseo llevaba poco más de treinta minutos.

Divididos en dos grupos avanzaron de portal en portal y de árbol en árbol —¡Dios tenga en su gloria a quien llenó la ciudad de plátanos!— por las calles menos transitadas.

Ferrer y el veterano de la policía se hicieron cargo de la seguridad de García Oliver, la otra pareja de agentes protegió a Mariano Vázquez. Los dos tríos progresaron por aceras opuestas para cubrirse mutuamente. Lorenzo se había quedado en la barricada con los dos automóviles.

Les tirotearon un par de veces sin mayores consecuencias y solo vivieron momentos de zozobra cuando una unidad de asalto los detuvo. Los guardias estaban muy excitados porque unos civiles habían volado con granadas tres coches patrulla de la policía con sus dotaciones dentro. Reconocieron al ministro y quisieron retenerle. La labia de García Oliver y la firmeza de Ferrer los disuadieron; al final, incluso se ofrecieron para escoltarles en la zona controlada por las fuerzas gubernamentales.

—Gracias por tu ayuda, Toni; te has expuesto mucho. —Ya en la Casa CNT, el ministro lo llevó a un rincón del *hall*—. Sin ti y tu gente no habiéramos llegado nunca.

—No diré que haya sido un placer, pero daré por bueno el riesgo si ayuda a detener esta vorágine homicida.

La tensión se palpaba. La puerta del edificio —durante años propiedad de la patronal catalana— estaba protegida por sacos terreros y ametralladoras pesadas. De vez en cuando, desde el otro lado de la Vía Durruti les disparaban con más ruido que efectividad.

—Quiero que oigas parte del discurso que traigo preparado para leer en la radio. —García Oliver llevaba unas cuartillas manuscritas en el bolsillo.

En voz baja hizo una lectura pausada de varios párrafos, como si estuviera ante un micrófono. Levantó un dedo cuando llegó el momento más importante:

—Declaro que los guardias que hoy han muerto, para mí son hermanos: me inclino ante ellos y los beso. —Alzó la vista para observar la reacción de Ferrer—. Los antifascistas que han muerto, los anarquistas que han muerto, para mí son hermanos: me inclino ante ellos y los beso.

Se calló.

—¿Y bien? —preguntó tras la pausa dramática—. ¿Qué te parece?

—En su conjunto me gusta —empezó Ferrer—, pero esta parte de los besos es...

algo forzada, demasiado melodramática.

—¿Melodramática? —el ministro se quedó pasmado—. ¿Qué quieres decir con melodramática?

—La cosa no está como para besar a tus enemigos, no se lo creerá nadie. —Ferrer no quería resultar ofensivo—. Esta matanza lleva meses gestándose y todas las fuerzas políticas y sindicales sois culpables de la escalada de violencia.

—Tenemos que decir basta y tender la mano si queremos ganar la guerra. Lo de besar el cuerpo sin vida de tu rival caído me parece una buena metáfora.

—Tú eres el experto en discursos. —Ferrer no iba a enredarse en un combate dialéctico contra un maestro en la materia—. Recuerda que te enfrentas a genios en el arte de engañar; el comisario Rodríguez Salas ordenó el ataque a la Telefónica y os echaron la culpa a vosotros.

—El pobre diablo ha perdido el oremus desde que el italiano aquel intentó volarle el trasero. —García Oliver devolvió las cuartillas al bolsillo de la chaqueta.

Precedidos por una lluvia de balas, entraron media docena de hombres armados que juraban contra el santoral cristiano completo y la mitad comunista del martirologio revolucionario.

En medio de ellos, Ferrer reconoció el rostro anguloso y las gafas redondas de Diego Abad de Santillán, uno de los escasos intelectuales anarquistas españoles.

—Ya estamos todos. —No había aprecio en la mirada que García Oliver lanzó al recién llegado—. Enseguida va a empezar la reunión del Comité Regional; veremos si sirve para algo.

Durante la tarde y la noche de aquel martes, líderes de todas las formaciones políticas se dirigieron por radio a sus militantes para que depusieran las armas. Salvo por un breve alto el fuego a la mañana siguiente, fue un fiasco. García Oliver leyó un emotivo discurso; sus enemigos lo titularon jocosamente *La leyenda del beso*.

Todos los cristales de la Casa Sedó vibraron. El ruido del motor del avión ahogó los demás sonidos.

—¡Ahí viene otro! —dijo el centinela mientras miraba al cielo a través de la ventana de la cocina—. Es el quinto que pasa en vuelo rasante.

—Intentan intimidar a los blindados y meter miedo en las barricadas —comentó Ferrer—. Aunque les debe resultar difícil distinguir de qué bando es cada cual aquí abajo.

—En algunas barricadas han dibujado banderas en el suelo, para que se vean bien desde el aire. —El guardia estaba llenando una calabaza con agua para llevársela al jardín—. Les habrán dado consejos para no recibir un bombazo por error.

—Seguramente. —Retiró un cazo del fuego y preparó dos tazas de achicoria—. Desde luego, el gobierno de Valencia no va de farol; en Binéfar la aviación ha ametrallado a una columna del POUM para que no siguiera en dirección a Barcelona.

—Una guerra civil en la guerra civil... ¡hay que joderse! Puestos, podríamos ponerles una alfombra a los fascistas, para que entren con mayor comodidad.

Todavía con una medio sonrisa amarga en la cara, por el comentario del centinela, Ferrer dejó una taza sobre la mesa de su secretaria.

—¡Oh, muchas gracias! —Se sorprendió Irene—. No debió molestarse.

—No ha sido ninguna molestia. —Se dirigió a su despacho y se giró en el umbral—. Debería usted volver a casa; lleva aquí dos días seguidos. Puedo pedirle a Lorenzo que le acompañe en coche.

—Se lo agradezco, pero no sabría qué hacer allí, mas que aburrirme o ponerme mala escuchando la radio. —Irene era soltera y vivía sola tras la muerte de su madre hacía un par de años—. Aquí, al menos, soy útil.

—En esto último tiene toda la razón.

Ferrer se sentó y levantó el teléfono en una comprobación rutinaria de que seguían sin comunicación exterior; no sabía si se trataba de un corte general o si alguna bomba había afectado sus líneas. Quería tranquilizar a Regina y saber qué tal le iba.

Era jueves y, como la mayor parte del personal de los Servicios, estaba encerrado desde el martes. Los combates se habían endurecido en una secuencia en la que a la violencia le sucedía una calma que solo servía para que los contendientes lamiesen sus heridas y contaran los cadáveres.

Entretanto, habían caído dos víctimas ilustres: el comunista Sesé, cuando iba a tomar posesión como *conseller* de la Generalitat, y Domingo Ascaso, el segundo de los célebres hermanos anarquistas que caía en un combate callejero.

—¿Cree usted que los ingleses nos atacarán? —Irene estaba en la puerta.

—No, en absoluto.

Un destructor británico había anclado frente a la costa y circulaban rumores malintencionados sobre la posibilidad de que disparase contra Barcelona si los anarquistas y sus aliados se hacían con el control de la ciudad.

—Han venido por si es necesario evacuar a la colonia extranjera —la tranquilizó Ferrer—. Hay muchos médicos, enfermeras, periodistas y voluntarios ingleses.

La mujer prosiguió con sus dudas:

—Uno de los chicos de la emisora me ha dicho, también, que el gobierno de Valencia ha enviado dos barcos de guerra y miles de guardias de asalto.

—Eso sí es verdad; los destructores ya están en el puerto y los guardias llegarán mañana. A esta estúpida guerra le quedan horas de vida, aunque los más fanáticos no quieran verlo. —Suspiró—. Mucho me temo que la represión será terrible.

Irene iba a decir algo más, pero se calló y volvió a su escritorio.

La causa del brusco mutis apareció dos segundos después:

—Hola, Toni. —De Argila se asomó al despacho, sin llegar a entrar—. ¿Me puede acompañar?

Si la cara era el espejo del alma, pensó Ferrer, el espíritu de Marcelo de Argila

estaba herido de muerte.

—Tome, lea esto. —De Argila le entregó un telegrama—. Me lo ha enviado un amigo desde Valencia.

Un amigo muy bien situado: el texto llevaba la firma del gabinete de la jefatura del gobierno.

—¿Lo ha confirmado? —A Ferrer se le había atravesado un nudo en la garganta.

—He hablado con el presidente Companys; ha mareado la perdiz un rato pero ha reconocido que es verdad. —Estaba hundido—. Hoy se anunciará de forma oficial.

Eran seis palabras. Seis cargas explosivas que dinamitaban el *statu quo* de la política republicana desde el golpe de julio del 36.

—¿Pueden hacerlo? —preguntó Ferrer.

—Van a hacerlo, qué más da si pueden o no.

—Retirarle a la Generalitat sus competencias en defensa y gobernación es muy grave, si no hay un respaldo legal.

De Argila se encogió de hombros.

—La legalidad es maleable en estos tiempos —dijo—. Quien tiene la fuerza la moldea a su gusto.

—¿Qué pasa con nosotros? —se interesó Ferrer—. ¿Qué harán con los Servicios?

—No lo sé. Somos un organismo independiente nacido de la voluntad de varios poderes, entre los que estaba la Generalitat. Punto. —Tomó el telegrama por un lado y le prendió fuego con el mechero de sobremesa. Dejó que las cenizas cayeran en un cenicero—. Por tanto, no creo que, de momento, la medida nos afecte.

—Vamos, Marcelo, no juegue conmigo —protestó—. Se está callando algo.

El director le lanzó una mirada amistosa y se puso en pie. Fue hacia una cajonera sobre la que descansaban varias fotografías. Tomó la de un niño, su hijo, y la miró con ternura. De Argila rara vez hablaba de su vida privada; Ferrer conoció a su madre por casualidad, cuando coincidieron en un restaurante. Leonor, una dama italiana encantadora.

—Tenemos los días contados, Toni. —Devolvió la fotografía a su lugar—. Mi amigo de Valencia me aseguró que el gobierno lleva meses trabajando en un nuevo servicio de información. Y nos absorberá, por lo civil o por lo militar.

—Podemos ofrecerles nuestra colaboración y experiencia a cambio de que se respete nuestra independencia. Hasta el momento no hemos dado motivos de queja.

—El nuevo servicio nacerá con el beneplácito y el asesoramiento de los rusos. —Se apoyó en el mueble—. Y, para ellos, encarnamos el peor de los pecados: vamos por libre.

Ferrer removi6 con un dedo las cenizas del telegrama.

—Tenemos una especial habilidad para ir haciendo enemigos —dijo.

—La FAI y el POUM nos ven un instrumento del estado burgués. —De Argila

empezó a contar adversarios—. Los catalanistas no nos consideran lo bastante nacionalistas; para Valencia, somos muy independientes; los comunistas y socialistas recelan de quien no controlan y somos la mosca cojonera de los servicios secretos italianos y soviéticos.

—¡Menuda nómina!

—Y se están envalentonando. —Se sentó de nuevo. No había dramatismo en su actitud—. Alguien me ha puesto ya en su punto de mira.

El detective enmudeció.

—Aunque al principio pensé que eran simples accidentes, usted me enseñó a desconfiar de las casualidades. —El director parecía ahora más tranquilo—. Apliqué lo que he aprendido estos meses y llegué a la conclusión de que iban a por mí.

—¿Qué sucedió? —La voz le salió chillona, no la reconoció.

—Hará unos quince días, en las costas del Garraf, un automóvil casi me lanza por un acantilado. Me salvó un arbusto. Pensé que fue accidental. —Alzó las cejas, tenía los hechos muy frescos—. La semana pasada, otro coche por poco me atropella al regresar a casa. No había buena iluminación y, más allá del susto, no le di mayor importancia.

—Hasta que empezó a sumar detalles y el resultado no le cuadró.

—En ambos casos era de noche y, por cuestiones personales, había prescindido de la escolta durante unas horas.

—Una decisión que pudo costarle muy cara.

—Ahora lo sé y por eso un agente me acompaña dondequiera que vaya —se defendió de Argila—. Ninguno de los dos automóviles se detuvo pero me quedé con la impresión de haberlos visto antes, durante el día; como es obvio, me seguían a la espera de una oportunidad.

El teléfono interior le echó un capote para poner el punto y final a la confesión.

—Sí, Irene, el señor Ferrer está todavía conmigo. —Tomó una nota en una hoja llena de garabatos—. Descuide, se lo diré.

Colgó.

—¿Algo urgente? —preguntó Ferrer.

—Eso parece. Un motorista de la policía acaba de traer un mensaje del Laboratorio Criminalístico: le esperan en la morgue.

Los muertos en los combates de Barcelona superaban los tres centenares y sus cadáveres no cabían en el Depósito del Hospital Clínico. Se improvisaron morgues para que los servicios sanitarios —de un comportamiento heroico— pudieran retirar los cuerpos de la vía pública y evitaran que, a la catástrofe de la guerra, se sumase una epidemia.

—Me alegra verle vivo, señor Ferrer.

El policía, un rubio bajito de veintipocos años, le estrechó la mano. Vestía bata

blanca sobre un ajado traje azul que, a juzgar por el olor, no se debía haber quitado desde hacía días.

—Veo que ha cambiado de profesión. —Ferrer señaló las insignias de la Cruz Roja que llevaba prendidas en la ropa.

—No, no, sigo trabajando en el Laboratorio. —Se sonrojó—. Lo que pasa es que los pistoleros solo respetan al personal sanitario. Y no siempre.

El lugar apestaba a desinfectante. Era un antiguo almacén en el que se amontonaban muertos anónimos. Dos servidores de ambulancia dejaron un cuerpo más, cubierto con una sábana sucia.

—Quiero que identifique a un fiambre. —El muchacho lo guio hacia un local contiguo.

—¿Por qué cree que lo podré identificar? —Estaba intrigado desde que leyó la nota en la que se pedía su colaboración para reconocer el cadáver de un hombre—. Que yo sepa, no ha muerto nadie a quien conozca.

—Llevaba esto en el bolsillo del pantalón. —El policía buscó en la bata, sacó una cartulina manchada de sangre y se la dio—. Creo que es suya.

Ferrer reconoció su tarjeta profesional.

En el dorso leyó los teléfonos que había escrito, hacía unos días, a Camillo Berneri.

Giró la palomilla del timbre y oyó la campana por tercera vez.

Nadie respondió, también por tercera vez.

Sin abrir la boca, Ferrer se apartó e hizo una seña a uno de sus tres acompañantes. El agente sacó una cartera de piel y escogió una ganzúa. Abrir la puerta le llevó menos de quince segundos. No se oía un sonido, aunque les alcanzaban los ecos lejanos de tiroteos y de alguna bomba.

El detective empujó la hoja y la abrió. Llevaba el revólver en la mano, como sus colegas. Asomó la cabeza y la retiró en menos de lo que dura un estornudo.

Nada.

Entraron con las armas apuntando hacia ambos lados del pasillo. Más silencio. Revisaron una por una todas las habitaciones.

Vacías y sin signos de violencia.

—¡Jefe! —gritó uno de los agentes—. ¡En la cocina!

La mesa y las sillas estaban tiradas a un lado. Dos piezas del zócalo descansaban junto a un hueco rectangular practicado en la pared. Las dos baldosas encajaban y tapaban el agujero; lo disimulaban a la perfección.

Ferrer metió la mano dentro y palpó las paredes: lisas y forradas con madera para evitar la humedad, un escondrijo bien buscado y mejor construido. Pasó la mano por la base y encontró un papel pequeño que debió caerse de alguna caja o carpeta. Era un recibo con el sello tampón del consulado de Italia, fechado en 1935. Ni rastro de

los documentos ni del original del libro que estaba escribiendo Berneri.

—¡Mierda! —exclamó Ferrer.

El «caso italiano» se había evaporado.

El cuerpo de la morgue correspondía al filósofo anarquista. Una ejecución sumaria: disparos a bocajarro.

—Hay que averiguar si algún vecino vio algo. —Esperaba no reflejar en su tono el desánimo que sentía.

Mientras los tres agentes salían, fue a la sala.

Apartó los libros de la estantería y encontró los papeles inútiles que el italiano había puesto como cebo. Comprobó, también, que había polvo detrás y debajo de la radio, nadie había apartado el mueble para desmontar la tapa y descubrir el segundo señuelo.

Los asaltantes fueron a tiro hecho.

Quien los dirigiera conocía las costumbres de la casa y de sus habitantes; unos desconocidos hubieran torturado a Berneri y habrían dado, primero, con aquellos documentos estúpidos. Alguno de sus *amigos de toda la vida* desaparecería en los próximos días camino de Roma o de Moscú.

—Tenemos un testigo, un abuelo que oyó el jaleo de madrugada y espió por la mirilla. —Sus hombres habían interrogado a todos los vecinos—. Vio a un grupo armado arrastrando al italiano escaleras abajo.

—¿Reconoció a alguien? —preguntó Ferrer—. ¿Eran españoles o extranjeros?

—No los oyó hablar, aunque le parecieron forasteros. Únicamente nos ha podido decir que era una patrulla mixta de civiles con brazalete comunista y de gente con uniforme, pero no sabe si eran guardias o militares —concluyó el agente—. No había luz y estaba acojonado, el pobre.

Lorenzo encendió el motor cuando los vio, después se pasó al asiento de atrás y abrió las puertas traseras. No pudo acercarse al edificio por culpa de los esqueletos de unos vehículos quemados; estaban en una de las zonas más castigadas por los combates.

Dos viandantes temerarios cruzaron la plaza a todo correr.

No sonó ningún disparo. Buena señal.

Los pacos, los tiradores solitarios, habían vuelto tras unos meses de inactividad. Los equipos de los Servicios recibieron órdenes de actuar como si uno de aquellos cazadores estuviera siempre al acecho. Prevenir antes que lamentar.

A resguardo en el portal, Ferrer echó un vistazo a las casas circundantes. Los balcones y las ventanas estaban protegidos con colchones, para evitar los impactos de bala, y era difícil ver si había algún emboscado.

—Soy el más rápido, abuelos, me pido el primer turno. —El agente más joven, un antiguo guardia civil, respiró con fuerza—. ¡Allá voy!

Zigzagueó unos pocos metros y se lanzó de cabeza al interior del automóvil.

Nadie tiró contra él. Ya a salvo, sacó el cañón del fusil con el que cubriría a sus compañeros.

—Yo seré el último —dijo Ferrer—. Salid juntos y corred en distintas direcciones; si hubiera un paco, lo despistaréis.

Los dos agentes le guiñaron el ojo y salieron zumbando para ponerse a salvo.

Le tocaba a él.

Cubrió unos metros como alma que lleva el diablo. Estaba a punto de alcanzar el coche cuando Lorenzo saltó, se le abrazó a la cintura y lo derribó.

No oyó el disparo. Sintió un picotazo en la sien y la cabeza golpeó contra los adoquines. Después, todo fue oscuridad.

V

EL MILAGRO DE LOS PECES Y DE LAS NARANJAS

Las sales lo despabilaron.

—¡Huele a rayos! —Ferrer miró a su alrededor. Vio a Lorenzo con una enfermera—. ¿Dónde estoy?

—En un dispensario provisional; estábamos al lado. —El joven le puso la mano en el hombro para que no se bajara de la camilla—. Espera, tiene que curarte.

El detective se tocó la sien y se miró los dedos. Sangre. Hizo una mueca.

—La cabeza me duele horrores. ¿Qué ha pasado? —preguntó—. Recuerdo que corría hacia el coche.

—Vi un movimiento raro en una azotea y te derribé antes de que te alcanzara un disparo. —Lorenzo intentaba no darse pisto—. La bala solo te rozó, pero te pegaste un buen cabezazo contra el suelo.

La enfermera se acercó con material para sutura, gasas y esparadrapo:

—Ahora tumbese y estése quieto —ordenó—. Va a dolerle.

Lorenzo esperó a que acabase la cura para dejar un objeto metálico sobre la bandeja del instrumental.

—Es la bala que te ha herido —le explicó a su jefe—. Quedó encajada en la espuma del asiento.

—Ha tenido mucha suerte, un centímetro a la derecha y no lo cuenta. —La enfermera le ayudó a incorporarse—. Le quedará una cicatriz y una pequeña calva; la bala se ha llevado un centímetro de cuero cabelludo.

Al ponerse en pie, Ferrer notó un leve mareo que no fue a más. Sabía que sentiría náuseas durante unas cuantas horas.

—¿Hay otros heridos? —se interesó.

En cada acción, los pacos disparaban varias veces para que cundiera el pánico.

—No, no hay ningún herido más. —Respondió Lorenzo—. No hubo más tiros.

—¿Solo disparó contra mí?

El agente sopesó sus palabras:

—Estoy convencido de que te estaba esperando.

—¡Maldita sea! —A pesar del dolor, Ferrer comenzó a correr—. Vamos, ojalá no sea tarde. ¡He sido un estúpido!

—¡Agarraos! —gritó Lorenzo al tomar un giro muy cerrado.

Conducía como un poseso con el plano de Barcelona encima del volante. Era un

mapa sencillo, de los que regalaban los almacenes El Siglo a los turistas; tenía marcadas todas las barricadas, los controles y las calles cortadas.

Seguían una ruta que bordeaba el centro de la ciudad. Daban un buen rodeo pero evitaban los puntos calientes, en los que un coche tenía todas las papeletas para que lo reventaran los dinamiteros de uno u otro bando.

—Este barrio es más tranquilo, Toni —Lorenzo redujo la velocidad, ya que las calles se estrechaban y había coches aparcados—. Hemos seguido tus órdenes como autómatas, ¿por qué no nos explicas qué pasa?

—Fuiste tú quien conectó los hechos. —Ferrer notó un sudor frío en la espalda—. Si iban a por mí, han debido seguirme durante días y conocerán a Regina. Son profesionales, saben que a través de ella pueden hacerme mucho daño.

Pasaron frente al edificio de la familia Urgell sin detenerse, atentos a los vehículos sospechosos; las aceras estaban vacías, anochecía y nadie se arriesgaba a pasear.

Aparcaron en la esquina y caminaron pendientes de azoteas, balcones y ventanas. No había moros en la costa.

Ferrer sacó un manojito de llaves, abrió el portal y penetraron en el zaguán con todo el sigilo que podía permitirse un grupo de cinco hombres agotados.

Subieron a pie. El ascensor no funcionaba desde hacía meses y seguiría así hasta que acabara la guerra; los mecánicos estaban en el frente o trabajando para la industria bélica. Ferrer tuvo que hacer un alto para que la cabeza no le estallara.

Cuando llegaron al rellano del tercero, el detective pegó la oreja a la puerta. Oyó un runrún lejano en el que se distinguía una voz masculina.

Abrió sin que los goznes se quejaran.

El pasillo estaba a oscuras aunque al final, y a través de los cristales emplomados, se colaba la luz del salón. Ferrer pidió a Lorenzo que le acompañara en solitario; si iban todos podrían estorbarse o, peor aún, herirse accidentalmente en caso de un rifirrafe. Demasiadas pistolas para un espacio pequeño.

Mientras avanzaba, se le erizó el vello de los brazos por la sensación de *déjà vu*. Medio año antes, en aquel mismo lugar, se enfrentó a una situación similar. El hombre, decía el proverbio, es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra y el detective, alguna más.

Se pegaron a la pared.

Ferrer giró el pomo con la mayor delicadeza. Un cirujano operando una fimosis.

Irrumpieron en la sala dando grandes voces.

Regina gritó sobresaltada y se le cayeron los platos que llevaba en las manos. El hombre que la acompañaba, si se asustó, no lo manifestaba:

—Hacer de espía te ha echado a perder los modales, Toni. —Eddy estaba colocando los cubiertos en la mesa—. Hay formas más educadas de invitarse a una

cena.

El tiempo, en contra de lo que muchos sostienen, lejos de poner a cada cual en su sitio, es un sumidero por el que se escurren hacia el olvido personajes de notable valía.

Asclepiades de Bitinia, por ejemplo, no ha recibido los honores que se merecería uno de los precursores de la medicina moderna. Claro que era un pájaro de cuidado. Nacido en el 124 a. C. en Prusa, actual Turquía, aunaba unos profundos conocimientos médicos con una no menor capacidad para la charlatanería y un desmedido amor al dinero. Así, junto con aportaciones científicas capitales, como la distinción entre enfermedad aguda y crónica, fue el mayor defensor de las bondades de los baños relajantes acompañados de una generosa jarra de vino.

—¿Vas a explicarnos ahora cómo te han herido? —preguntó Regina, sentada en el borde de la cama de matrimonio—. Lorenzo ha sido una tumba.

Ferrer se estaba abotonando una camisa limpia tras haber tomado un baño caliente que arrastró la fatiga acumulada durante el día. Llevando a la práctica las teorías de Asclepiades de Bitinia, tenía a mano una copa de tinto.

—Un paco me ha disparado en la plaza del Ángel —respondió a regañadientes.

—¿No vive allí Berneri? —Eddy se había apoyado en el marco de la puerta.

—Sí, sí, es allí... —Ferrer miró a su amigo—. Hubiese preferido otro momento para decírtelo, Eddy: lo han asesinado. Me dispararon cuando salía de su casa.

Fantômas encajó el golpe.

Bajo su apariencia mundana había un hombre duro como los diamantes que robaba; en su trabajo era imprescindible saber ocultar los sentimientos.

—Lo mataron de madrugada —continuó el detective—. Me llamaron a primera hora de la tarde para que reconociese el cadáver y luego fui a su casa.

—¿Sabes quién ha sido? —preguntó Eddy.

—No, aún no. Hay varios candidatos y pocas certezas. —Ferrer le notó la conmoción bajo la máscara en que se había convertido su rostro—. Los asaltantes se llevaron sus papeles, eso reduce los sospechosos: rusos o italianos... y sus secuaces españoles.

Un silencio incómodo se adueñó del dormitorio. Lo rompió Regina:

—¿Por qué te quisieron matar?

—Supongo que no querían dejar cabos sueltos y aprovecharon el operativo que habían montado para acabar con Berneri. Cobrarse dos piezas en una sola cacería no está mal.

—Pero, entonces... ¿pueden volver a intentarlo!

—No lo creo, pero no tengo forma de estar seguro. —Ferrer le acarició la cara—. Tienen las notas, el manuscrito y todos los documentos con los que trabajaba Berneri. Sin ellos no podemos hacer nada.

—Pero antes has dicho que ya tenían los papeles y aun así quisieron matarte — protestó ella.

—Con la ciudad sumida en el caos, la oportunidad era inmejorable. Le dejaron mi tarjeta en el bolsillo para que me reclamaran en la morgue; sabían que aparecería por la casa. Son profesionales muy buenos, por eso dudo de que se arriesguen cuando vuelva la normalidad; no tienen nada que ganar si me eliminan, ya tienen todos los triunfos.

Más tranquila, lo besó.

—Le he pedido a Lorenzo que vele por ti —dijo con una sonrisa tímida.

—Hoy me ha salvado la vida. —La mirada de Ferrer se ensombreció—. Claro que existe la posibilidad de que me equivoque y lo intenten de nuevo...; no quiero que estés en la línea de tiro.

—¿Qué quieres decir?

—Que vivir juntos ha sido un error y no solo por lo que ha sucedido hoy. —Le tomó las manos—. Hay mucha gente que conoce mi vinculación con los Servicios. Si los fascistas descubren que les has mentado y uno de sus agentes nos ve juntos, harán sus cálculos y te eliminarán. Serás un peligro y te culparán de la caída de cualquier grupo de quintacolumnistas.

Se abrazaron.

—Encontraremos la forma de vernos, no te preocupes —la consoló.

Eddy, ladrón, sí, pero un caballero, se había retirado con discreción cuando la conversación derivó hacia temas íntimos.

Decidieron cenar en el comedor familiar de los Urgell. Con su mesa vestida con un sencillo mantel blanco, su aparador sin adornos, sus sillas de madera lisa y sus paredes desnudas, se adecuaba mejor al estado de ánimo de los comensales que el ostentoso salón principal.

—Cuando la dirección del hotel anunció que, para cenar, teníamos una sardina por persona salí huyendo —comentó Eddy con humor sombrío.

Había estado alojado en el Continental desde que acomodó a la delegación británica que acompañaba a la duquesa de Atholl en su visita oficial a Barcelona; fueron quince días de los que los cinco últimos resultaron de pesadilla.

—Tuvieron que desalojar el comedor principal porque entraban balas disparadas desde la plaza de Cataluña. —Eddy siguió con su relato—. Además, era imposible abastecer la cocina con suficiente comida para todos los huéspedes.

—Por suerte tiene una bodega fantástica —recordó Ferrer.

—Sí, pero los vinos baratos nos los bebimos enseguida. Solamente quedan las mejores añadas de los años veinte. Y piden una fortuna por ellas.

Regina tomó un frutero del aparador:

—Nos ha traído una docena de naranjas.

—Es lo único que abunda en el hotel. Dos camioneros franceses pagaron con un cargamento su alojamiento y el de sus amantes. —Eddy cogió una fruta—. Si fuese un episodio bíblico hablaríamos del milagro de los peces y de las naranjas.

En otras circunstancias los tres hubiesen reído.

—¿Y tus *ladies*? —preguntó Ferrer—. ¿Se quedó alguna?

—No, la duquesa y su séquito regresaron a Londres antes de esta guilladura colectiva. Se han ido hasta las *cocottes* francesas.

—Te debes aburrir mucho sin mujeres —bromeó Regina.

—Me ha salvado una inglesa preciosa con la que no tengo esperanza alguna: está casada y enamorada, que es peor; Eileen, se llama. —Los ojos del casanova se iluminaron por primera vez—. Su marido es un inglés larguirucho que vino para pelear con el POUM en Aragón. Ahora el hombre está aquí, en el teatro Poliorama disparando contra los guardias que se atrincheraron en el café Moka.

Eddy sacó un libro del bolsillo de su chaqueta. *Burmese Days*. Tenía la cubierta rota y las esquinas dobladas por muchas lecturas.

—Es escritor, aunque usa un seudónimo para firmar. —Le pasó el libro a Regina.

—George Orwell —leyó ella—. No he oído hablar de él.

—Yo tampoco, hasta que Eileen me regaló el libro; estoy convencido de que algún día será famoso. —Eddy volvió a guardarse el volumen—. Escribe bien y ha vivido mucho, ¿qué más se le puede pedir?

Eran como dos gotas de agua. Nadie, salvo el falsificador y el personal técnico implicado, distinguiría el original de la copia. El criptógrafo jefe de los Servicios estaba más que satisfecho con el resultado.

—El de la derecha es el libro que me entregó usted y el de la izquierda es la falsificación —dijo emparejándolos sobre la mesa del despacho de Ferrer en la Casa Sedó—. La única diferencia es que en el original encontramos un texto oculto que hemos revelado con ácido y se puede leer; en la copia no se ve porque lo hemos vuelto a escribir con tinta simpática.

Ferrer buscó defectos que se le hubieran pasado por alto al falsificador. Ni uno; había imitado, incluso, los hilos rotos del cuadernillo central.

—Ese texto oculto nos ha permitido descubrir la nueva clave que usarán los espías fascistas en sus transmisiones.

Era la mejor noticia que recibía Ferrer en muchas semanas.

—El sistema es sencillo, pero sin esto sería imposible descifrar los mensajes. —El hombre palmeó el libro que trajo Regina de Biarritz—. Ábralo por la página 61, por favor.

Una escena amorosa algo subida de tono. Entre líneas estaba el texto escrito con tinta simpática, era de tamaño microscópico.

—¿Cómo supieron dónde buscar? —preguntó el detective.

—El 61 es una cifra que gusta mucho a nuestros enemigos y la utilizan a menudo. Simboliza el día del pronunciamiento: 18 de julio del 36; si a 18 le sumamos 7, por el mes, y 36, obtenemos 61. La reiteración es un error por su parte, pero no vamos a quejarnos.

—¿Qué dice? Se necesita una lupa potente para leerlo.

—Son las instrucciones para cifrar un mensaje. Una vez leídas, el espía tiene que cortar la página y quemarla, por si el libro cae en nuestras manos.

Puso sobre la mesa un calendario.

—La clave se basa en las semanas del año. Esta es la número 19 de 1937. ¿Lo ve?
—Las había numerado con lápiz—. Por tanto, si hoyuviésemos que enviar un mensaje, usaríamos la página 19 del libro como punto de partida.

—Y la semana que viene, la 20 —dijo Ferrer—. Muy ingenioso, nunca se repite.

—Cada palabra del mensaje se escribe con tres números de dos cifras, por ejemplo: 12 - 06 - 11.

—¿Qué hay que hacer para descifrarlo?

—Contar y ya está. El primer número, el 12, corresponde a una página: la duodécima a partir de la página 19.

Ferrer contó las doce planas.

—El segundo es el de una línea: la sexta. ¿La tiene? Ahora busque la undécima palabra.

—Aquí está: «el».

—¡Ya conoce la mecánica! Ahora yo seré un agente fascista en Cataluña y usted mi enlace en Biarritz. —El criptógrafo se ajustó la pajarita—. Le dictaré una lista de números para que me la traduzca al cristiano.

Ferrer trabajó durante un par de minutos.

—¡Listo! —exclamó al acabar.

—¿Qué dice el mensaje?

—«El barco zarpa mañana a las siete».

Con una sonrisa de oreja a oreja, el criptógrafo sacó una nota de su cartera y se la dio. Coincidió palabra por palabra con el texto que acababan de descifrar.

—Suenan muy bien, pero es un mensaje hecho a medida. —Ferrer no quería dejarse llevar por la euforia—. ¿Cómo sabemos que funcionará con los verdaderos? Quizá usen algún criterio más que desconocemos.

El criptógrafo se dio un manotazo en la frente.

—Discúlpeme, me olvidé de explicarle un detalle muy importante. —Los ojos le brillaban tras los lentes de las gafas—. La lista de números que le he dictado es real. La captó anteanoche una estación de Tarragona y hemos comprobado su veracidad.

¡Los piratas de Biarritz habían activado el nuevo libro de claves!

El engranaje estaba girando y no tardaría en atrapar a Regina entre sus dientes. En cuanto Barcelona se calmara, los servicios de inteligencia rebeldes le darían las órdenes. Era una cuestión de horas. Los combates disminuían en número e intensidad

y aquella misma tarde entrarían en la ciudad los cinco mil guardias de asalto y carabineros enviados por el gobierno.

Empezaba la lucha contra el reloj.

La disolución de los Servicios era segura y, sin su apoyo logístico, Ferrer no tendría forma de ayudar a Regina. Se movían, además, en el peor de los escenarios posibles: ella no podía echarse atrás sin delatarse ante los fascistas, mientras que la presión policial contra la Quinta Columna iba en aumento.

Más que entre la espada y la pared, Regina estaba entre dos espadas.

El sábado, 8 de mayo, fue la primera jornada sin combates. La CNT había pedido por radio a sus militantes la retirada de las barricadas y esta vez hicieron caso. Los guardias de asalto enviados por el gobierno desfilaron por la Diagonal y el paseo de Gracia; su comportamiento, a partir de ese día, se asemejaría más al de un ejército de ocupación que al de unas fuerzas amigas.

El domingo, fruto, quizá, de la euforia del superviviente, los bares de la ciudad se llenaron de bote en bote. Atrás quedaron los cuerpos de centenares de muertos. Empezaba el tiempo de la venganza ciega.

—La lluvia aclara la atmósfera y limpia la sangre de las calles, Toni.

—Necesitamos mucho más que lluvia para lavar tanta muerte y tanto odio, Pepe.

—Ferrer sacudió el sombrero para que se escurrieran unas gotas de agua. Entró en el edificio y miró a su alrededor—. Bonito lugar.

—Bienvenido al Laboratorio Criminalístico, amigo mío. —Se abrazaron—. Tanto tiempo sin vernos y tenemos que encontrarnos en unos momentos tan difíciles.

José López de Sagredo dirigía el nuevo laboratorio policial de Barcelona, inaugurado en enero. No era muy alto —bromeaba sobre el tema con Ferrer, que superaba el metro ochenta—, pero su forma de andar y unos trajes bien cortados lo compensaban visualmente. Adornaba con un escueto bigote el rostro alargado e inteligente.

—¿Te he pillado en un mal momento? —Ferrer había reparado en unas inusuales bolsas moradas bajo los ojos de su amigo.

—Claro que no; si lo dices por esto —se señaló las ojeras—, es tensión. El gobierno de Valencia ha entrado a saco en la policía. Los antiguos jefes están cayendo uno tras otro como fichas de dominó y no sabemos cuándo se detendrá la cadena.

En su despacho, el policía hizo sitio en el escritorio y colocó dos tazas.

—He pedido que nos traigan algo que pueda pasar por café —dijo—. El sábado nos presentaron a los nuevos mandos, ya veremos cuánto duran... y cuánto resistiremos los demás.

—¿Temes por tu cargo? —Se extrañó Ferrer—. Sabes que no hay nadie con tu

capacidad y experiencia que pueda sustituirte.

—Los políticos prefieren policías dóciles a policías capaces.

Hizo una seña para que entrase un ordenanza con la cafetera y sirviese la infusión, antes de continuar:

—No me hagas caso. —Sustituyó el rictus de amargura por una sonrisa triste—. Llevo tantos años lamentándome, que se me escapan las quejas.

López de Sagredo luchó durante más de una década por modernizar la policía española, sin que su esfuerzo —y el de muchos otros— hubiese servido de mucho.

—¡Ya está bien! Te estoy dando la matraca con mis cuitas, Toni, y eres mi invitado. —Buscó una carpeta—. Tengo lo que me pediste.

Ferrer la abrió. Hojeó los papeles y evitó detenerse en las fotografías.

—Los combates de la semana pasada nos están desbordando y faltan aún algunos informes, sobre todo de la última niña —matizó López de Sagredo—. Pero te puedo adelantar que el asesino es el mismo degenerado que mató a las otras dos chiquillas en marzo.

—¿A qué chiquillas te refieres?

Ambos podrían haberse presentado a un concurso de mandíbulas desencajadas.

—En marzo encontraron otros dos cuerpos. —El policía movió perplejo la cabeza—. ¿Te han encargado la investigación y no te han dicho nada?

La cara de Ferrer era un poema. Ni años curtiéndose en compañías de seguros le habían preparado para disimular un desconcierto absoluto.

—Pasé los informes personalmente, aquí tengo las copias. —López de Sagredo fue hacia un armario para archivos—. El mismo *modus operandi*, la misma violencia... los mismos cortes en la zona genital. Tomamos algunas muestras prometedoras en el último cuerpo, espero que podamos hacer algo con ellas.

Sacó un cartapacio grueso sujeto con una banda elástica. Se lo dio a Ferrer, que lo llevó hacia la mesa de reuniones y lo abrió, distribuyendo carpetas por el tablero. Leyó las fichas de las dos niñas y tomó algunas notas en un cuaderno.

—No veo oficios de la policía, ni una triste petición de nuevas diligencias forenses. —Ferrer se había recuperado de la sorpresa—. ¿No te han informado sobre las pesquisas?

—La verdad es que no me han dicho ni pío y no es normal... no en un caso de estas características; siempre hay solicitudes para ampliar los informes. Pero tampoco estos son tiempos normales.

El detective recogió el material de la mesa. Sabía que López de Sagredo le facilitaría una copia si se la pedía.

—¿Conoces a un tal Belmonte? —preguntó Ferrer—. Es inspector.

—De oídas, un tipo inteligente por lo que sé. Lo han destinado no hace mucho a Barcelona desde Madrid... un drama familiar, me dijeron.

—He visto en los papeles que él solo investiga las dos últimas muertes, ¿sabe lo de las niñas de marzo?

—Por el bien de la policía, espero que sí. —López de Sagredo devolvió el cartapacio al armario—. De lo contrario, alguien está metiendo la pata hasta las ingles en la Brigada de Investigación Criminal. ¿Por qué me lo preguntas?

Ferrer estaba digiriendo aún la información y no respondió.

—¿Qué estas rumiando, Toni? Tú no eres de los que hacen preguntas sin ton ni son.

—¿Los informes se los envías a él?

—¿A Belmonte? —Aguardó a que Ferrer asintiera—. No, siempre a sus superiores; me lo ordenaron así desde la Comisaría General para evitar filtraciones.

—¿Crees que se los han ocultado?

Ahora fue López de Sagredo quien demoró la respuesta:

—¿No me vendrás ahora con historias de conspiraciones, verdad?

—No he dicho nada de conspiraciones —replicó Ferrer—. Me gustaría saber si Belmonte conoce esos dos asesinatos; he hablado con él dos veces en los escenarios del crimen y no ha mencionado a las niñas de marzo ni de pasada.

—¿Y qué esperabas? Tú no eres policía y al inspector le habrán ordenado que no abra la boca.

La conversación había llegado a un callejón sin salida.

—Por cierto —López de Sagredo rompió el embarazoso silencio—, la bala que me enviaste es muy interesante. ¿Tiene algo que ver con esa herida que luces en la sien?

—Creía que no me lo ibas a preguntar nunca. —Ferrer se la tocó, ya no le dolía—. Casi me envía al otro barrio.

—Hace un año es lo primero que me hubiera preocupado, pero, tal y como están las cosas, con ver a mis amigos vivos me doy por satisfecho. Una herida más o menos ya no me inquieta. —Apuró su café—. Ven, nos esperan en la sección de balística.

La inventiva del ser humano para matar a sus semejantes no tiene límites. La sala de balística estaba atestada con todo tipo de armas de fuego y municiones: pistolas, revólveres, trabucos, pistoletas, carabinas, fusiles y cacharros artesanales de lo más variopinto.

—Esta es una parte de nuestra colección. —López de Sagredo se puso en medio de la habitación—. Mi idea es crear un museo que reúna todo lo que tenemos almacenado, desde pruebas de crímenes famosos a uniformes de la policía, pasando por las colecciones de armas blancas y de fuego.

—Con lo morboso que es el público, sería un éxito seguro. —Ferrer señaló un revólver—. ¿Es original?

—Sí señor. Un Colt 45 Peacemaker, de los que se usaban en el antiguo oeste americano. —Lo tomó de la estantería—. Pesa un kilo, gramo arriba gramo abajo. El primer revólver fiable de la historia.

Lo dejó en su lugar y leyó la ficha que lo identificaba:

—Lo usaron en un ajuste de cuentas en el puerto a finales del siglo pasado. Lo llevaba un marinero norteamericano que participó en la refriega.

—Colt Pacificador. Buen nombre.

López de Sagredo le invitó a pasar a una salita anexa. Era como un taller mecánico cualquiera, aunque las paredes, en lugar de chicas ligeras de ropa, estaban forradas con carteles de despieces de pistolas y revólveres.

—Aquí, Tobías, uno de nuestros expertos en balística, ha estudiado el proyectil que casi se te lleva por delante.

El mentado Tobías era un hombre de aspecto vulgar que rozaría la cincuentena. No tenía buen tino al elegir estilográficas; vestía una bata blanca con florones de tinta en todos los bolsillos. Saludó con la cabeza a su jefe y a Ferrer, sin moverse de un taburete alto desde el que manipulaba un microscopio.

—¿Tienes por ahí la bala que te di el otro día? —le preguntó López de Sagredo.

—Aquí está. —Tobías le alcanzó una bolsita—. Toda una belleza.

El director del laboratorio la depositó en la palma de la mano de Ferrer.

—Toma, es tuya —le dijo—. Un espécimen de lo más raro.

—¿Qué tiene de especial?

—Es casera; la fabricaron con paciencia y buenos conocimientos. —Mientras hablaba, López de Sagredo observaba la reacción de su amigo—. Se fragmenta al dar en el blanco. Si te hubiese acertado de lleno, tu cabeza hubiera reventado como si fuese una sandía.

Ferrer sintió que se le aflojaban las rodillas.

—Las usan asesinos profesionales —continuó el policía—. Tanto el calibre como la aleación utilizada son rusos. Sea lo que sea en lo que estés metido, has irritado a alguien muy peligroso.

El hombre llegaba tarde, como siempre.

Aquel miércoles, sin embargo, a Ferrer la espera se le hizo entretenida. Los parroquianos de la tasca rajaban contra el reclutamiento de jóvenes de entre dieciocho y veinte años para recibir instrucción premilitar en Pins del Vallés.

—Se te llevan al mozo durante un mes —se quejaba el camarero— y encima tienes que pagar cien pesetas por la manutención.

—En lo del dinero no entro —replicó un carabinero echándose al colete un trago de vino—, pero te recuerdo que pueden ser llamados todos los hombres hasta los cuarenta y cinco años.

Ferrer asintió. Su incorporación a los Servicios no dejaba de ser una forma de movilización. Claro que él no iría al frente, a causa de la herida en la pierna; a veces la rodilla se le encasquillaba y, si la humedad era excesiva, cojeaba. Un recuerdo de la investigación en los estudios de cine Orphea.

—Doy un duro por tus pensamientos. —El hombretón se sentó y pidió una cerveza—. No parecen muy agradables.

—Recordaba el día en que me hirieron.

—Una acción temeraria por tu parte. —Sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente—. No debiste presentarte solito en la guarida de aquellos ladrones.

—Aquí está tu cerveza, Felipe. —El camarero dejó una jarra de medio litro sobre la mesa de madera desportillada—. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias, tengo prohibido picar entre horas. —Miró los bocadillos dispuestos en la barra—. Cuando caigo en la tentación, mi mujer siempre me descubre; no sé cómo se lo hace, la *jodía*.

Felipe resoplaba. Había cumplido los sesenta años y acumulaba más de ciento veinte kilos de peso en un cuerpo que, con benevolencia, podría considerarse de estatura media. Era periodista y llevaba casi cuarenta años ocupándose de la crónica de sucesos de varios periódicos. Se movía por las comisarías como Pedro por su casa.

Se conocían desde mediados de los años veinte. Felipe y el director de la compañía de seguros para la que trabajaba Ferrer habían llegado, por entonces, a un acuerdo tácito de colaboración por el que la aseguradora le facilitaba datos de sus casos más sonados a cambio de que los publicara con alarde tipográfico. El periodista conseguía artículos sensacionales y la aseguradora publicidad gratuita.

—Tu llamada me ha puesto la miel en los labios, amigo Ferrer. Últimamente la información policial es de lo más aburrida y previsible.

—Me dolería haber alimentado en vano tus esperanzas. Voy a hablarte de un asunto confidencial y del que, mucho me temo, no vas a poder publicar nada aunque se resuelva.

—Deja que de eso último me ocupe yo. —Vació media jarra—. ¿Tiene que ver con tus actuales ocupaciones?

—Depende de lo que sepas de mis... actuales ocupaciones; supongo que muchas cosas. —Quería que Felipe pusiera antes sus cartas sobre la mesa—. No seré yo quien subestime tu capacidad para estar al día de lo que se cuece en Barcelona.

El periodista se inclinó en una medio reverencia:

—Gracias por darme la píldora. Lejos de disminuir con la edad, mi vanidad crece con mi peso. —Miró al resto de clientes por si alguno mostrara demasiado interés en la conversación. Nadie—. Sé que eres responsable de un departamento de los Servicios de Información de la Generalitat.

El hombretón hurgó en el bolsillo de su chaqueta. Sacó un objeto metálico que puso sobre la mesa cubriéndolo con la mano. Cuando la apartó, Ferrer vio un llavero. Lo adornaba una medalla con un símbolo masónico. Marcelo de Argila tenía una igual en la cadena del reloj.

—Puedes estar tranquilo. —Felipe se guardó otra vez el llavero—. Además, estoy retirado, aunque siga yendo cada día a la charla del comisario general y me pase de vez en cuando por la redacción de *La Vanguardia*.

—¿Sabes algo de la violación y muerte de cuatro chiquillas? —Ferrer fue al grano.

Los ojos del periodista se abrieron y se le dilataron las fosas nasales, reacciones de un cazador que duraron lo que un chispazo.

—Oficialmente no se ha dicho nada —dijo el hombre.

—¿Y extraoficialmente?

—Circulan rumores sobre unos crímenes muy... truculentos. —Miró el interior de la jarra de cerveza, estaba vacía—. Intenté sonsacar a unos conocidos de la Brigada de Investigación Criminal, pero me aconsejaron que me olvidara de la cuestión. La presión desde arriba debe ser muy grande; siempre se filtra algo y ahora las comisarías parecen selladas.

—¿Cómo se consigue eso?

—Concentrando la información esencial en unos pocos mandos, un par de comisarios a lo sumo, y amenazando a quienes directa o indirectamente se vieron mezclados en el asunto, desde uniformados a inspectores. En un país en guerra hay mil maneras de cerrar una boca.

—Necesito que me hagas un favor, Felipe. —Ferrer dibujó unas líneas con gotas que habían caído en la mesa—. Tengo la identidad de esas niñas pero en los archivos del Laboratorio no constaban los domicilios de las familias, ni siquiera en el trámite de identificación.

El periodista alzó las cejas. Otra anomalía. No dijo nada.

—¿Puedes conseguírmelos? Prefiero no ir haciendo preguntas, ni siquiera a mis conocidos en la Comisaría General; pondría sobre aviso a quien sea que quiera ocultar los crímenes —acabó el detective.

—Veré qué puedo hacer... y de paso comprobaré qué tal andan mis influencias, hace tiempo que no las pongo a prueba. —Se apoyó en Ferrer para levantarse—. Vamos, acompáñame hasta la redacción y empezaré a tocar algunas narices, por ser bien hablado.

Los años y los kilos le hacían andar a paso de tortuga camino de *La Vanguardia*, en la calle Pelayo. Ferrer adecuó su ritmo al del viejo periodista.

—No queda ni una farola entera. —Felipe apartó con el pie unos cristales que yacían sobre la acera—. Vamos a pagar muy caro esta loca guerra interna.

Esquivaron una cola de mujeres con cestos de mimbre frente a una verdulería en la que apenas quedaban algunas lechugas mustias y unos manojos de rábanos.

—Han comenzado las represalias —continuó el hombretón—. Cerca de Bellaterra han aparecido los cadáveres de ocho jóvenes anarquistas asesinados a sangre fría. Alguno era poco más que un niño.

—Van a conseguir que una parte de la población se sienta avasallada y pierda la esperanza en la victoria.

—Eso se llama perder los ideales, Toni, y son ellos los que permiten al pueblo armado plantar cara a militares de carrera y a un ejército mejor dotado. Sin ideales, la derrota es segura.

Se les acercaron unos chavalitos sucios y cubiertos con ropa demasiado holgada; rebuscaron en los bolsillos y les dieron unas monedas.

—Desgraciadamente, hay mil motivos para el desánimo, querido amigo. —El viejo reportero miraba cómo los niños se alejaban contando la calderilla—. No me gusta el mundo que se dibuja en el horizonte, Toni, y no hablo solo de España.

—Me lo imagino; somos muchos los que pensamos que Europa camina hacia el abismo y que lo nuestro es el primer paso.

—No sé si querré vivir para verlo. —Soltó un reniego—. Mejor no darle más vueltas. —Llegaron a la puerta del periódico—. Si todo va como debe, mañana te haré llegar una nota muy discreta con las direcciones de las niñas.

Un conserje se apresuró a abrir la puerta.

—¿Qué sabes de un inspector que se llama Belmonte? —preguntó Ferrer antes de que Felipe entrase.

—Santiago Belmonte. —Masticó el nombre—. En Madrid estaba muy bien considerado, aquí no lleva el tiempo suficiente como para que me haya formado una opinión.

—Seguro que has oído cosas sobre él.

El viejo sonrió.

—Es de los de la escuela profesional —dijo—. Le gusta su trabajo, es concienzudo y no le hace ascos a los comunistas; un hombre de orden.

Ferrer recordó el comentario que le hizo el director del Laboratorio Criminalístico el día anterior:

—Pepe López de Sagredo me habló de un drama familiar.

—Belmonte no habla nunca sobre el tema. Una bomba fascista alcanzó su casa y mató a su mujer y a su hijo. Él salió bien parado dadas las circunstancias. —Se llevó la mano a la cara—. Le ha quedado alguna cicatriz.

El ojo achinado, recordó Ferrer.

—Pero en estos casos, lo peor son las cicatrices del alma. —Felipe se dio unos golpecitos con los dedos en la sien—. No sé si puede superarse algo así.

Los habitantes del barrio de Sarriá hablaban de «bajar a Barcelona» cuando iban al centro de la ciudad, ya que fue un municipio independiente hasta 1921. Dieciséis años después aún mantenía el aire de pueblo próspero, con una mezcla de calles con sabor rural, de nuevas construcciones de carácter urbano y de espléndidas torres de veraneo. Estuvo al margen de los combates más duros de la primera semana de mayo y no se veían restos de barricadas.

Un botones del periódico le había dejado a primera hora de la mañana una

cuartilla con los nombres y las direcciones.

La casa que buscaba era un hotelito modernista con un pequeño jardín delantero y una cerca de hierro forjado que lo rodeaba por completo. Le costó dar con él.

—Pase, pase, señor Ferrer.

El anciano abrió la puerta enrejada, esperó a que entrara y la cerró con una vuelta de llave. La verja estaba coronada por unas afiladas puntas de hierro. Un hombre precavido, o escarmentado. Era la primera de las visitas que Ferrer tenía previstas para aquel día y los siguientes; quería entrevistarse con las familias de las cuatro niñas asesinadas.

—Gracias por recibirme. —Olió el aroma de la tierra regada—. No les robaré mucho tiempo.

—No se preocupe por el tiempo, ya no tiene valor para nosotros. —Unas losas marcaban el camino hacia el portal—. Tenga cuidado, las piedras están húmedas y resbalan.

El zaguán era una hermosa pieza con murales que reproducían unas estampas medievales sobre la vendimia. A pesar de la abundancia de pan de oro, el conjunto resultaba elegante.

—Dediqué medio siglo de mi vida a la exportación de vinos. —El hombre se había fijado en la reacción del detective al ver la decoración—. Ahora, la empresa la dirige el comité de empleados con un chupóptero que les ha enviado el sindicato.

Subieron unas escaleras hasta un descansillo al que daban el dormitorio principal y el cuarto de baño.

—Mi mujer tiene la salud muy delicada y necesita calor, yo que usted me quitaría la chaqueta o se consumirá como una pasa.

Una humedad insana y el tufo a flores pasadas le abofetearon al entrar. El cuarto era un museo en memoria del hijo y de la nieta muertos. Fotos, floreros y candeleros con velas ocupaban todas las superficies horizontales.

—Este es mi José María. —La mujer, piel arrugada hasta la exageración y luto riguroso, tomó una de las fotografías—. Fue un milagro, nació siendo nosotros bastante mayores.

—Murió el 19 de julio, combatiendo en la plaza de Cataluña. —El viejo meneó la cabeza—. Simpatizaba con la Falange y tenía muchos amigos militares; le pedimos cien veces que no bajase a Barcelona para luchar..., pero era un idealista.

Y murió acribillado. Solía pasar con los idealistas cuando se mezclaban con la gente de acción.

—Luego vino la pesadilla de las dos monjitas —añadió el hombre.

—¿Qué sucedió? —Ferrer no sabía qué información le sería de utilidad y prefería que se explayara si así se sentía más cómodo y recordaba más cosas.

—Debió denunciarme algún vecino. —El viejo endureció el rostro—. Escondimos a dos religiosas a las que conocíamos y las ayudamos a escapar.

—Unos días después se presentaron esos salvajes de la FAI a buscarlas —

intervino la mujer—. Rompieron las estampas religiosas que teníamos y se llevaron a mi marido.

—¿Estaba su nieta con ustedes? —Ferrer tenía la espalda y las axilas empapadas de sudor.

—Sí. Mi nuera y ella se vinieron a vivir con nosotros cuando la cosa empezó a ponerse más fea, hará cosa de tres meses. —El hombre señaló hacia la parte trasera de la casa—. Tengo un huerto y algunas gallinas; comida no nos falta.

—Decía su esposa que se lo llevaron, ¿dónde le retuvieron?

—Estuve en San Gervasio. Me interrogaron para que les dijera quién más estaba compinchado en lo de las monjas; pensaban que formaba parte de una red para sacar curas y gente perseguida. —No eran recuerdos agradables y se le notaba en la tensión de la voz—. Me pegaron y me tuvieron un par de días con los ojos vendados, sin comer ni dormir.

—Mi marido ha sido siempre muy buena persona y sus trabajadores movieron cielo y tierra hasta dar con él.

—Ya creía que me iban a llevar al Tibidabo para *pasearme*, se lo oí decir a gritos a un sudamericano que mandaba bastante. Supongo que era para asustarme y ver si me derrumbaba y les decía lo que querían oír.

—¿Le sacaron de allí los empleados de su empresa? —Ferrer admiraba la serenidad del anciano.

—No de inmediato, pero las condiciones de mi arresto se suavizaron.

—La nena y yo pudimos llevarle comida. —La mujer cogió también un retrato de la niña—. Yo no quería que viniera conmigo; aquel no era un sitio para que fuese una criatura, pero adoraba a su abuelo y me acompañaba.

—¿Qué vida llevaba aquí su nieta? —preguntó Ferrer—. ¿Tenía amigas?

—No —respondió la abuela—. Era muy casera y por aquí no hay niños con los que jugar.

—¿No iba a la escuela?

—Su colegio está muy lejos; la íbamos a cambiar cuando... —La mujer se calló, los ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a balancear el cuerpo, meciendo la foto de la pequeña.

Pocas notas tomó Ferrer en la media hora siguiente; nada que pudiera arrojar luz sobre el crimen.

—¿Y su nuera? ¿Puedo hablar con ella? —Ferrer prefería no tener que volver otro día, no le sobraba el tiempo.

En la mirada del viejo asomó una tristeza profunda, infinita:

—También la hemos perdido. —Clavó sus ojos en los del detective—. Cuando murió la nena se encerró en su mundo y no ha vuelto a salir de él. Está en un sanatorio, pero los médicos no creen que se recupere nunca.

Construir barracas había sido un negocio floreciente desde los años veinte. La avalancha de murcianos y de almerienses que vinieron a deslomarse en las obras del metro y de la Exposición de 1929, brindó a los espabilados de turno la oportunidad de ganar mucho dinero; unas tres mil pesetas al mes se sacaban algunos, más de diez veces el sueldo de un obrero no cualificado. El método era sencillo: se arrendaba un terreno baldío a un payés y se llenaba de barracas para alquilárselas a los recién llegados.

Aquel poblado era de tamaño mediano, nada que ver con el Somorrostro y sus más de mil construcciones, por ejemplo. Estaba cerca del Matadero General, cuya pestilencia lo impregnaba todo.

—Me podríais dejar tranquilo de una vez, joder. —El tipo lo fichó a la primera; las únicas corbatas que se veían por allí eran las de los policías—. ¡Estoy limpio!

El hombre, Indalecio se llamaba, estaba llenando el aljibe de su barraca con agua del pozo comunitario. Otro fulano vigilaba la operación, a final de mes le exigiría el pago de los litros consumidos.

—No vengo por tus trapicheos —replicó Ferrer con un punto de acritud—. Estoy investigando la muerte de tu hija y necesito hacerte unas preguntas.

Indalecio tardó unos segundos en asimilar la frase. Superaría por muy poco los treinta años, aunque aparentaba quince más; la ropa tampoco le ayudaba, vestía unos pantalones azules muy remendados y una camiseta blanca llena de lamparones.

—A buenas horas os espabiláis. —En sus palabras había más resignación que rabia—. Siéntate, enseguida acabo.

Ferrer arrastró una silla de anea y se depositó —esa era la expresión— en ella, tenía rota una de las patas y el asiento desfondado. Había dos sillas más atadas a un árbol raquítico, supuso que no cabían dentro de la minúscula vivienda.

No esperó mucho.

—Ya tenemos agua para unas semanas. —Indalecio buscó otra silla destartada y movió una mesita de hierro oxidado—. ¡Maruja, sácanos el aguardiente!

La mujer salió de la casa y pasó un paño por la mesita. Después trajo dos vasos y una botella de anís del Mono que habían rellenado con un sospechoso líquido de tonos ambarinos. Maruja era grandona y algo cargada de espaldas; llevaba una bata de faena, sin forma ni gracia, que competía en negrura con las ojeras que le avejentaban la cara.

—Quédese con nosotros, por favor —le rogó Ferrer.

Ella miró a Indalecio pidiendo permiso y se sentó a su lado, sobre una caja de fruta vacía.

—Está buscando al canalla que mató a la Clara —le explicó su marido mientras servía el aguardiente.

Por cortesía, Ferrer lo probó.

Le abrasó el aparato digestivo al completo. Lucifer debió de beber un trago de aquel mejunje antes de diseñar el infierno.

—Lo destilo yo mismo para sacarme unas pesetillas en los bares —dijo el hombre.

Durante casi una hora hablaron sobre la vida de Clara en el poblado de barracas. Allí, a los doce años ya no se era una niña.

—Tenemos cuatro hijos pequeños y ella les hacía de madre; soy limpiadora en un café del Paralelo y estoy fuera todo el día. —Se justificó la mujer—. Cuando se llevaron al Indalecio, la cosa se nos puso muy cuesta arriba.

—Fue una tontería y me tuvieron encerrado casi una semana —se quejó el susodicho.

Ferrer estuvo en un tris de dejar pasar el comentario, para no desviarse en exceso, pero pudo más la curiosidad.

—¿Por qué te detuvieron?

—Recogí unas cajas con papeles en un local que estaba vacío. Me paró una patrulla y me registraron el carro. —Indalecio le dio otro tiento al licor—. Encontraron documentos de no sé que *jodio* partido de derechas y me enchironaron. Me acusaron de hacer propaganda fascista. Les dije que no tenía ni idea de lo que llevaba. ¡Joder, si no sé leer!

—Estuvimos sin saber de él, hasta que se presentaron unos hombres que pusieron la casa patas arriba —intervino Maruja.

—Como no encontraron nada, me creyeron. Dejaron de zurrarme y le pidieron a la Maruja que me trajera comida. Me habían tenido en ayunas. —Se aclaró la garganta, aún le costaba hablar de la experiencia—. Pasé más hambre que un lagarto *atao* a una pita.

La letra era diferente pero a Ferrer le sonaba la música.

—¿Dónde estuviste detenido, Felipe? —preguntó.

—Por encima de la Diagonal. —Miró a su mujer—. Aquello es San Gervasio, ¿verdad?

—Sí, lo que no sé es el nombre de la calle... la Clara se acordaría. —Le asomaron unas lágrimas—. Yo pasaba al mediodía y la niña le llevaba la cena.

Ferrer cruzó los dedos antes de formular una última pregunta:

—¿Recuerdas algo de la gente que te interrogó?

—Que eran unos hijos de la gran... —Felipe se contuvo—. Estuve con los ojos vendados tres días, pero se me quedó grabada la voz de un bujarrón sudamericano. Era el que cortaba el bacalao.

¿Qué número de coincidencias es necesario para que la casualidad sea certeza? Ferrer se hacía esta pregunta mientras conducía de vuelta a casa. Oscurecía y era peligroso aventurarse por las calles una vez caía la noche. Por fin tenía una pista, un elemento

común en dos de los crímenes; necesitaba, al menos, un tercero para que el azar se convirtiera en evidencia y comenzara la caza del asesino.

VI

LA RUTA DE LOS PARTERRES

—**E**s muy peligroso. —Beatriz no daba su brazo a torcer—. La policía ha detenido a muchos de sus compañeros y de algunos no hemos vuelto a saber nada.

Ferrer llevaba un buen rato intentando convencerla de que necesitaba hablar con su marido; Enrique sobrevivió a los combates y estaba escondido por miedo a las represalias. Ella temía que se expusiera a un riesgo innecesario.

—Creo que estoy tras una pista buena, pero necesito hablar con él para estar seguro de que no se trata de una simple casualidad. —Ferrer buscó la mirada de la mujer—. Confió en mí cuando me pidió que buscara a su hija y luego le prometí que perseguiría al asesino, ¿lo recuerda?

—La situación ya no es la misma. —La mujer desvió la vista—. Mi marido es ahora un desertor, un proscrito, y usted trabaja para el gobierno que le persigue.

—Pueden fijar el lugar y la hora que quieran; estoy dispuesto a aceptar cualquier condición que les dé mayor seguridad. No tengo ningún interés en detener o delatar a su marido; esa guerra no es la mía.

—No insista, Toni, por favor. Si Enrique aceptase entrevistarse con usted pondría en riesgo a sus compañeros y por ahí no pasará.

Ferrer cambió de estrategia. Si ella cerraba la puerta, entraría por la ventana:

—Respóndame a una última pregunta y me iré: ¿visitó su hija a Enrique cuando estuvo detenido?

—Sí... un día me acompañó; nos dejaron llevarle comida. —La alarma le dilató las pupilas—. ¿Por qué me lo pregunta?

El detective se mantuvo hermético.

—Aquella visita a la prisión está relacionada con la muerte de Agustina, ¿verdad? —Beatriz fue atando cabos hasta claudicar—. Hablaré con él, ¿qué quiere que le diga?

No llegó tarde por los pelos. Había quedado atrapado en el atasco provocado por un accidente de carro en la calle de Badal y no tuvo forma de escabullirse; un carretero calculó mal la altura del puente, se golpeó la cabeza y cayó con tan mala fortuna que murió arrollado por su propio vehículo. Los guardias tardaron una eternidad en dispersar a los curiosos y en volver a ordenar el tráfico.

Beatriz lo había citado en aquel portal, lo único que quedaba en pie de un edificio destruido por una bomba de aviación. En el muro medianero de la casa vecina se

dibujaban los perfiles de las habitaciones desaparecidas y colgaban tuberías de plomo, rastros de vidas evaporadas. Una rata correteó entre los cascotes; si los víveres seguían escaseando, el bicho no tardaría en acabar en algún guiso. Tiempo al tiempo.

La vio acercarse con paso rápido, mirando a un lado y a otro.

—Vamos —dijo ella al llegar a su altura—. Sígame.

Caminaron por el dédalo de callejuelas que se extendía entre la playa, los tinglados del puerto y los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima. La concentración de industrias navales, siderúrgicas y mecánicas era un imán que atraía el fuego de los buques y de los aviones fascistas. En pocos meses, la Barceloneta se había convertido en uno de los lugares más peligrosos del mundo.

Un buen sitio para ocultarse.

—Esta noche vamos a desmontar el refugio y a trasladarnos. —Enrique se estaba secando las manos con un pañuelo—. No conviene estar más de tres días en el mismo lugar.

Había salido de un cuarto de aseo improvisado. Antes de que cerrara la puerta, el detective vio a Beatriz refrescándose la cara en una jofaina; tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Cree que la policía los ha localizado o es que no se fía de mí? —preguntó Ferrer.

—A usted no lo tengo catalogado, aún; sin embargo, no estoy seguro de que sus compañeros de la policía no nos controlen y, antes de montar una redada, aguarden a que se nos sumen otros compañeros más significados en el partido. —Señaló el techo—. Ahí arriba hay cuatro fugitivos y no podemos jugar con fuego.

Ferrer se sorprendió cuando, al entrar en la casa, Beatriz apartó una alfombra y abrió la trampilla para bajar al sótano. Era una sala bastante más grande que el resto de la vivienda, un edificio pequeño con bajos y dos alturas.

—Por aquí hay muchos más lugares como este —señaló Enrique—. En el barrio la gente se busca la vida como puede más allá de la pesca y le aseguro que los contrabandistas saben cómo ocultar las cosas.

—No tengo ninguna duda sobre eso.

—Mi mujer me ha dicho que ya tiene un hilo del que tirar para desenredar la madeja.

—No es nada definitivo, desde luego, pero señala un camino que quizá conduzca a la resolución de los crímenes. —Más evasivo, imposible. Ferrer *la anguila*.

Enrique parecía otra persona. Se había afeitado la barba y cortado las greñas; llevaba gafas con cristales de pega. Si la policía contaba con una foto reciente de él buscaría a un miliciano peludo y no repararía en un intelectual fornido.

—¿Para qué me necesita? —No había variado, en cambio, su forma de abordar

los temas: directo a la yugular.

—Tengo que hacerle una pregunta.

—¿Solo una? —Se cruzó de brazos y se apoyó en una mesita sobre la que quedaban restos de comida—. Eso quiere decir que tiene algo sólido.

—Lo bastante como para meterme en la boca del lobo.

Ferrer empezaba a hartarse de que lo trataran como a un sospechoso.

—Tiene razón, perdóneme... se está comprometiendo más allá de lo profesional.

—Enrique esbozó una sonrisa tímida—. Le agradezco que actúe como un amigo.

—Me alegra que lo reconozca.

Beatriz salió del lavabo. Había disimulado con polvos cosméticos el rastro de las lágrimas. Ferrer volvió a admirar su entereza.

—Quiero saber —continuó el detective— si entre los que le interrogaron en la checa había algún sudamericano.

—Sí. —No dudó ni un segundo—. Aunque no participó directamente. Oí su voz varias veces en la sala en la que aquellos cabrones se reunían. Por la noche, si no cerraban bien la puerta, podías escuchar sus conversaciones.

—¿Se fijó en algún detalle peculiar: su acento o la forma de hablar?

—Desde luego, no era argentino ni uruguayo, he convivido con muchos milicianos de allí. —Pensó un poco más—. Tampoco me pareció mexicano; los he tratado menos pero alguno conozco. Era un acento poco común.

Beatriz tomó la mano de su marido. El recuerdo de la niña muerta era doloroso para ambos y la huida permanente no ayudaba a cicatrizar las heridas.

Los caló en el paseo de Colón, aunque ya notó su aliento en la Barceloneta. Enrique y sus compañeros hacían bien en salir volados: los habían descubierto.

Eran dos, uno a cada lado de la calle. El más bajito le pisaba los talones por la acera de Capitanía, mientras que el otro se arriesgaba entre los raíles del tren que discurría en paralelo a los almacenes portuarios.

Apeataban a policía.

Vestían con colores apagados y sin estridencias que llamasen la atención. Se coordinaban, además, de una forma tan perfecta que hacía poco naturales sus movimientos; era difícil que le pasaran desapercibidos a un tipo con experiencia en seguimientos y con la mente algo paranoica desde que intentaron volarle la sesera.

Ferrer pasó de largo cuando llegó a la altura de su coche y continuó caminando hacia las Ramblas. Tuvo la tentación de girarse y mostrarles su identificación de los Servicios, pero no tenía preparada una excusa que justificase el encuentro con un desertor del frente de Aragón que había combatido en la retaguardia contra la legalidad republicana.

Al llegar a la Puerta de la Paz apretó el paso y se subió a un tranvía en marcha. La acción pilló desprevenidos a sus sombras, que corrieron tras él inútilmente.

Las dos figuras fueron empequeñeciéndose mientras el convoy enfilaba hacia la plaza de Cataluña haciendo sonar la campana.

Estaban tiesos como si se hubiesen tragado un palo, aunque el refranero era bastante menos respetuoso al indicar el lugar por el que se insertaba la madera en estos casos. La conversación discurría por derroteros de pura y fría cortesía burguesa. Ferrer tuvo que insistir mucho para que lo recibieran; movió, incluso, alguna influencia política en las Industrias de Guerra.

—¿Cómo prefiere el té, señor Ferrer? —la mujer le clavó los ojazos verdes.

—Con una cucharadita de azúcar y una nube de leche, por favor. —Era un lujo imprevisto—. Es muy grato encontrar las tres cosas juntas en el mismo lugar.

—Miguel trata con navieras extranjeras y siempre aparece con algún detalle, ¿verdad, cariño?

—Hmssi... —respondió Cariño con el entusiasmo que había mostrado desde el principio.

Era una pareja guapa y si se juzgaba a ella por separado, el nivel de belleza ascendía hasta la categoría de despampanante; el elegante vestido de luto se ajustaba como un guante a su silueta curvilínea y combinaba muy bien con el cabello rubio y la piel clara.

Eros y Thanatos. Sexo y muerte.

Turbador.

Ambos estarían sobre la treintena, aunque él parecía algo mayor que su esposa. Vestían con ropa que les hubiese sido imposible lucir en la calle unos meses atrás. Miguel llevaba un brazalete negro cosido en la manga de la chaqueta, un buen ejemplar de sastrería a medida.

Controlaban el dolor con la misma aparente displicencia con la que servían el té a un convidado de circunstancias. Era algo que se mamaba desde la cuna en los hogares más pudientes. El desgarró estaba reñido con los buenos modales.

—Se parecía mucho a usted. —Ferrer decidió romper el cerco de cortesía y entrar en materia—. Es una fotografía muy bonita.

—Nos la hicieron el año pasado, en Londres... antes de que todo se viniese abajo. —La mujer tomó el retrato del aparador—. Era un encanto, un verdadero ángel.

Ferrer recordaba el cabello claro, el rostro pecoso y el cuerpo delgado en el barrizal de Can Tunis.

—Como le he comentado por teléfono, no tenemos nada que añadir a la declaración que hicimos a la policía. —Miguel, mucho más tenso que su mujer, miró la hora—. Tenemos que irnos enseguida, nos esperan en una recepción en el puerto.

—Mi marido dirige un taller de mecánica naval —le aclaró ella—. Revisan y reparan buques extranjeros. Nos han invitado a comer en un mercante inglés.

—La empresa era de mi familia hasta que los sindicatos la incautaron. —Él se

sentía más cómodo hablando del trabajo que de la niña—. Luego la Generalitat la asoció a las Industrias de Guerra y me ofrecieron dirigirla de nuevo.

Algo en la puesta en escena no cuadraba.

Ferrer investigó durante dos décadas casos de compañías de seguros y entrevistó a docenas de familias rotas. Lo normal era que se abriesen en busca de consuelo, de una explicación racional a la muerte del ser querido; esa ansia se multiplicaba cuando el difunto era un niño.

Sin embargo, aquel matrimonio esquivaba sus preguntas y rehuía el tema.

Era insólito.

Entonces cazó una mirada de reojo de Miguel, casi un gesto reflejo. No era la primera. Ángela, su esposa, lo hizo antes. Ferrer miró en la misma dirección. Vio una puerta abierta un par de dedos. Daba a una habitación en la que no se apreciaba luz.

Curioso.

La casa era moderna y con amplios ventanales; todos estaban abiertos menos el del cuarto de marra.

¿Por qué?

Había varias explicaciones, pero solo una de ellas justificaba el deseo de la pareja de eludir el encuentro, primero, y su tirantez y resistencia a que la conversación girase sobre la niña, después.

En un minuto, saldría de dudas.

—Discúlpenme, debo ir al baño. —Ferrer se dirigió a Miguel—: ¿Me acompaña?

Ya en el pasillo se detuvo frente a una litografía iluminada por un aplique eléctrico.

—¡Daumier! —dijo el detective en voz muy alta—. ¿Es original?

—Sí. —Miguel se quedó boquiabierto por la pregunta y por el cambio de actitud—. Se la regalé a Ángela durante nuestra luna de miel en París.

El hombre señaló otros dos cuadros:

—Es una serie corta de tres estampas; el precio era razonable y fue una buena inversión.

—¡Me encanta Daumier! —Ferrer seguía hablando en un tono elevado—. Hace unos años visité el museo de Luxemburgo en París para ver sus obras.

Se paró frente a la última litografía. Sin mirar a su anfitrión, añadió en voz muy baja:

—Hay alguien en la habitación que da al salón, ¿verdad?

Miguel asintió en silencio; levantó un dedo: una persona.

—Una luna de miel en París es una experiencia maravillosa —continuó Ferrer, y añadió en un susurro—: Quédese junto a la puerta del lavabo y hábleme del viaje... lo que se le ocurra.

Más alabanzas en voz alta a las litografías y nuevas instrucciones murmuradas:

—Le haré algunas preguntas; un parpadeo suyo será un sí, dos parpadeos, un no. ¿Lo ha entendido?

Un parpadeo.

El baño estaba al final del pasillo. Ferrer entró y dejó la puerta entornada. El intruso no podía verlos desde la habitación oscura, pero aun así no quería jugársela.

Miguel empezó a disertar sobre las bondades de la capital francesa y a repasar de pe a pa su luna de miel.

—La persona que está en el cuarto, ¿es un amigo o un conocido? —preguntó el detective a través del intersticio que quedaba entre la puerta y el marco.

Dos parpadeos.

—¿Un delincuente?

Dos parpadeos.

—¿Es un policía?

Un parpadeo.

—¿Ha estado usted detenido en alguna checa?

Un parpadeo.

—¿Fue su hija a verle en algún momento?

Un parpadeo.

—¿Recuerda si entre sus captores había un sudamericano?

Un parpadeo.

Acierto pleno en el caso. Cuatro sobre cuatro; no cabía la casualidad, tenía una pista.

Ferrer sintió el impulso de ir a la habitación y arrancarle la información al mamarracho que se ocultaba allí, pero no era una opción inteligente: se delataría y el tipo podía resultar un simple mandado.

—Después le pediré que escriba su teléfono en una de mis tarjetas. —Ferrer vació la cisterna del retrete—. En vez de eso, anote la dirección de la checa, si la recuerda. ¿De acuerdo?

Un parpadeo.

Regresaron al salón charlando sobre la torre Eiffel.

—Si alguna vez deciden vender los Daumier, avísenme. —Ferrer fue hacia el balcón—. Es tarde, no les molesto más.

Observó la calle.

Allí estaban. Los dos tipos del día anterior; iban tras sus pasos, no los de Enrique ni de los fugitivos de la Barceloneta.

No muy lejos, un tercer elemento aguardaba en un automóvil.

Conocían sus movimientos y hasta se le habían adelantado: sabían que iba tras el asesino de las niñas. Le costaba imaginar por qué la policía —si es que, en verdad, se trataba de la policía— se interesaba por sus pesquisas y se entrometía en la investigación.

—Les agradezco mucho el tiempo que me han dedicado. —Buscó una tarjeta en su cartera—. Miguel, ¿le importa darme el número de teléfono de su despacho por si tuviera que ponerme de nuevo en contacto con usted?

El hombre garabateó unas letras y se la devolvió.

Ferrer leyó la dirección de la checa. Era la misma que le habían dado en las otras visitas.

En *El arte de la guerra*, Sun Tzu, el eminente tratadista militar chino de la antigüedad, ensalzaba las virtudes del conocimiento del enemigo y del disimulo como pilares fundamentales de la buena estrategia.

Asumiendo estos principios, Ferrer ignoró a los supuestos policías que le seguían y caminó paseo de Gracia abajo hasta la calle de Aragón; en la esquina con Claris, a diez minutos de la Casa Sedó, estaba el Rugby. Fue uno de los pocos bares que desafió los combates de mayo y permaneció abierto en momentos críticos. Unos héroes.

—¡Buenas tardes! —Saludó a los camareros que atendían la barra—. ¿Puedo usar el teléfono?

La llamada duró menos de un minuto. Cuando colgó se sintió tan satisfecho que estuvo a punto de sonreír. Craso error. Los tipos que andaban tras él eran profesionales y hubiesen sospechado de un cambio de humor repentino.

De vuelta a casa dio un pequeño rodeo, pasando frente al hotel Continental. A partir de allí, una nueva persona se sumó a la comitiva.

Irene Bordoni, con su voz coqueta, le animaba a ser travieso y a portarse mal. El disco estaba algo deteriorado por los años pero el *Let's Misbehave*, de Cole Porter, seguía sonando igual de irreverente que cuando lo escuchó por primera vez en 1930.

Se sirvió un vaso del oportó que le trajo Regina y pensó en ella. La echaba de menos. Su relación era una sucesión enervante de encuentros y separaciones, una de esas óperas en las que el amor y la tragedia se daban la mano hasta que uno de los amantes la palmaba mientras cantaba un aria.

El teléfono lo sacó del ensimismamiento.

Corrió hacia el recibidor y descolgó. Era ella.

—Lo tuyo es telepatía, querida —la saludó.

No pudo continuar. Regina estaba muy nerviosa y necesitaba verle cuanto antes. El general Queipo de Llano había lanzado el mensaje radiofónico que tanto temía y no sabía cómo actuar sin comprometerse.

—No hagas nada hasta que yo llegue. Escribe todo lo que recuerdes del discurso. —A través de la puerta oyó el ruido del ascensor—. Tranquila, no tardaré... resuelvo un asunto y voy para allá. —Pasos en el rellano—. Lo despacharé enseguida.

Colgó un segundo antes de que llamaran al timbre.

—Hacía mucho que no usaba una entrada secreta —dijo un sonriente Eddy—. La tuya, además, es una de las más bonitas que conozco.

Había accedido al edificio sin pasar por el portal, saltando el muro del patio trasero desde los jardines de la Universidad; la ruta de los parterres, la llamaba Ferrer.

Ya en el salón, Eddy curioseó en el gramófono y encontró el disco de Irene Bordoni. Aplaudió con entusiasmo.

—Una mujer extraordinaria, Toni, y una buena amiga; la conocí a finales de los años veinte. —Accionó la cuerda del aparato—. Tiene los ojos más bonitos que yo haya visto, castaños e inmensos.

La voz afrancesada de la cantante volvió a sonar.

—En aquella época, Irene actuaba en el Music Box Theatre, en la calle 45. —Se recostó en el sofá mientras marcaba el ritmo con la mano; su mente estaba a miles de kilómetros de allí—. Yo residía algo más arriba, en la 63; a dos minutos en taxi.

Durante sus años de esplendor como ladrón de guante blanco, Fantômas fijó su residencia en Nueva York. Tenía una habitación reservada todo el año en el hotel Empire, donde Broadway tropezaba con Central Park. Para sus amigos norteamericanos, Eddy era el arquetipo de caballero español, un noble que dilapidaba sus rentas en la Gran Manzana.

—Me encantaba hacer travesuras con ella —suspiró cuando acabó la canción.

—No se te ocurra volver a poner el disco —le advirtió el detective—. Regina me está esperando.

Eddy bajó la tapa de madera del gramófono para no caer en la tentación y comenzó su informe:

—Os estuve siguiendo desde que pasasteis por delante del hotel. —Ferrer le había pedido que averiguara quiénes eran los individuos que le acechaban—. Son policías, cuatro agentes en total: dos a pie y dos en un automóvil.

—¿Cómo sabes que son policías?

—Dos de ellos han vuelto a la comisaría de Vía Layetana cuando ha acabado su turno; gente confiada, no se han girado ni una sola vez. —Señaló hacia el exterior—. Los otros dos continúan ahí fuera, en el coche.

Ferrer se acercó a una ventana y corrió el visillo. Vio el Ford en el chaflán.

—Tendré que salir por el jardín para despistarlos —dijo—. Como aparqué a un par de manzanas de aquí no me verán.

—Si no te importa que un viejo zorro te dé un consejo, mueve tus contactos en la policía y búscate un amigo. —Eddy le apretó el brazo con cariño—. A mí no me llegaría la camisa al cuerpo si fuese tan popular entre esa gente.

—Conozco a la persona indicada, un policía capaz de hacer las cosas como es debido. —Cabeceo de asentimiento—. Un profesional honrado en los tiempos que corren no es mala compañía.

Pisó el acelerador y pasó de largo sin que se inmutaran; un agente dormitaba mientras su compañero tenía un ojo puesto en el edificio y el otro en el bocadillo que se estaba

zampando.

El relojero de los Servicios le había fabricado un mecanismo que permitía conectar o desconectar cualquier aparato eléctrico a una hora determinada. Ferrer lo había enchufado a una lámpara de forma que la apagase a medianoche. A pesar de las normas de oscurecimiento, dejó que se filtrara algo de claridad a través de las cortinas para convencer a los vigilantes de que seguía en casa.

Antes de escabullirse, había hecho caso a Eddy y telefoneó a su posible aliado entre las fuerzas del orden. Quedaron en verse al día siguiente, en la inauguración de la nueva temporada del complejo lúdico y deportivo Piscinas & Sports. Ambos sabían que, en caso de ir mal dadas, una multitud festiva era la mejor protección.

Regina estaba con el alma en un hilo.

El dique que durante semanas contuvo sus temores se había roto y un torrente de miedos arrastraba cuanto encontraba a su paso. Ferrer sabía que no podía luchar contra la crecida y que lo mejor era dejar pasar la riada para encauzar luego las aguas.

Ella se explayó, le habló de sus pesadillas y de sus dudas. Temía que en Biarritz la hubiesen desenmascarado y quisieran tenderle una trampa; por eso —sostenía— habían tardado tantos días en radiar el mensaje.

—Con la que está cayendo, tres semanas no es un plazo desmedido para comunicarse con un agente al que se ha enviado a territorio enemigo. —Ferrer notó que el momento más crítico había pasado—. Primero tenían que esperar a que llegases a la ciudad y pasaras los controles. Debían contar con que levantarás sospechas e, incluso, que la policía te retuviese unos días; tu perfil no es el de una revolucionaria, precisamente.

Acurrucada en su sillón favorito, ella le escuchaba atenta. El tamaño de la sala, los techos altos y los muebles grandes, oscuros y macizos, hacían que pareciera más pequeña y frágil.

—El final de ese margen de seguridad coincidió con los combates en la ciudad —continuó el detective—. Y no tuvieron más remedio que esperar a que se calmase la situación para lanzarte a las calles.

—Debes pensar que soy una boba —dijo medio en broma medio en serio.

—Claro que no. Este es un juego en el que apuestas tu vida. —Ferrer se agachó junto a ella y le besó las manos—. Sin darte cuenta vas acumulando tensión y mucho miedo; el discurso de Queipo de Llano los ha hecho aflorar.

—Hablando del discurso...

De un salto, Regina fue hacia el aparato de radio para coger una hoja de papel.

—He anotado sus palabras textuales. —Carraspeó para aclararse la voz—: «A mis amigos de Barcelona les envió cinco rosas, una por cada mes de este año. Ya falta menos para que aplastemos a la pandilla de facinerosos que os chupan la sangre y nos podamos abrazar».

—Al menos no nos ha llamado chulos y pederastas.

—Sí lo ha hecho, pero he preferido no escribirlo. —Estaba recuperando el humor, buena señal—. Ojalá repitiera el mensaje para asegurarme de que lo he entendido bien: cinco rosas.

—No lo hará, sabe que estamos a la escucha y que una frase tan curiosa nos llamaría la atención. Ellos también oyen nuestras transmisiones. —Ferrer relejó el texto—. Me fío de tu oído y de tu letra. Lo peor que te puede pasar es que llames a un teléfono equivocado.

—Tienes razón... en fin, allá voy.

Cogió el teléfono y marcó el número que memorizó en Francia, acabado en 05.

—Hola, soy Rosa, ¿está tu hermana? —Le respondieron a la primera—. Quedamos en que nos llamaríamos hoy para ir mañana al cine. ¿A qué hora vuelve? —Con gestos perentorios pidió la pluma a Ferrer—. Un momento, que lo apunto. ¿Te ha dicho a qué cine quiere ir? —Escribió varias palabras más—. De acuerdo, muchas gracias.

—¡Misión cumplida! La Operación Flor ha empezado a rodar.

—¿He estado convincente?

—Hasta yo te he creído. —Ferrer puso los ojos en blanco—. Tengo unas ganas locas de conocer a tu amiga. ¿Es guapa?

Regina le sacó la lengua. Su desahogo era evidente.

—Voy a llamar al agente de guardia en los Servicios. —También él se sentía aliviado—. Citaré a mi equipo en la Casa Sedó a primera hora de la tarde para preparar el seguimiento.

Una nueva luz de alarma iluminó los ojos de Regina. La perspectiva de verse involucrada en una operación de calle le inquietaba.

—¿Con el número de teléfono no podéis averiguar las señas? —se extrañó.

—Sí, y pediré que lo intervengan esta misma noche. —Ferrer quería calmarla—. Lo que pasa es que no sabemos si el fulano que recogerá el libro en el cine es el mismo con el que has hablado; el del teléfono puede ser un simple enlace. Además, tenemos que comprobar si se queda el libro, se lo entrega a otra persona o lo deja en un *buzón*.

La mujer exhaló un suspiro resignado y abrió el mueble bar.

—Necesito algo fuerte. —Rebuscó entre las botellas—. No me cabe el corazón en el pecho, o me anestesio o no pegaré ojo.

Ferrer le besó detrás de la oreja.

—No hace falta que te tires a la bebida, querida —le susurró al oído—, puedo ayudarte a conciliar el sueño. Conozco métodos muy eficaces y placenteros para luchar contra el insomnio.

Ubicado en la zona de expansión urbana que articulaba la Diagonal y la carretera de

Sarriá, el complejo lúdico Piscinas & Sports era el más importante de España en su clase. Fue inaugurado en 1935 y ocupaba diez hectáreas. Los usuarios disponían de piscinas, gimnasio, canchas de tenis y frontón, pista de patinaje y campos polideportivos.

A pesar del cielo nublado, aquel domingo miles de personas abarrotaban el recinto para participar en la inauguración de la nueva temporada de verano. Por una módica cantidad se podía disfrutar de las instalaciones deportivas, de un *aperitif dansant* al mediodía y de un baile con orquesta por la tarde.

Ferrer estaba sentado sobre la toalla con las piernas cruzadas. Vestía un bañador de una pieza y tirantes estrechos algo pasado de moda. Proyectaba el tronco hacia delante para leer la prensa.

Alguien tiró una toalla y un periódico a su lado.

—¿A qué tanto misterio, Ferrer? —soltó el recién llegado.

—Buenos días inspector. —Siguió leyendo, como si nada—. Relájese, este es un encuentro casual, no lo olvide.

Belmonte se quitó el albornoz. Estaba muy flaco; el maillot le colgaba de los hombros formando bolsas en el pecho y en la cintura. Era la suya una delgadez enfermiza cuyo origen —supuso el detective— iba más allá de la escasez alimenticia general para adentrarse en el terreno de las emociones, del abandono personal provocado por la tragedia que sufrió en Madrid.

—Su llamada de anoche me tiene intrigado. —El inspector también se sentó—. Espero que tenga una buena historia para justificar esta cita ridícula.

—Como le dije por teléfono, tiene que ver con el caso de las niñas asesinadas. —Lo miró por encima de las gafas de sol, poco útiles aquella jornada—. Y no debe considerarlo tan ridículo cuando ha venido.

Touché.

—¿No podíamos haberlo hablado en la comisaría?

—Es el último lugar al que iría. —Ferrer agregó unas gotas de suspense—. Algo se está cociendo entre sus superiores, inspector, y temo que mis indagaciones les está escamando.

—¿A qué se refiere?

—¿Quiere hacerme creer que no sabe nada? —Cerró el periódico—. Entonces es que tampoco se fían de usted.

—Déjese de adivinanzas y dígame de una vez de qué va todo esto.

—Cuatro de sus compañeros me han estado siguiendo los dos últimos días; no sé por qué. Es más, en un caso hasta se me adelantaron y me esperaban en casa de una familia con la que había concertado una entrevista.

Observó la reacción del inspector.

—¿Está seguro? —la sorpresa parecía legítima.

—¿De qué? ¿De que me seguían o de que eran policías?

—De lo primero no tengo duda, es usted un profesional demasiado bregado como

para dejarse llevar por la imaginación. —Las implicaciones de las palabras de Ferrer le hicieron abandonar, por unos instantes, la actitud hostil—. De lo segundo, estará de acuerdo conmigo en que necesito pruebas o nombres.

El detective le describió los hombres que le siguieron a pie y lo poco que pudo ver de los del automóvil. Buscó la cartera bajo la toalla; sacó un papel.

—Es la matrícula del coche. Verifíquela. —Le dio la nota—. Hay un teléfono en las oficinas, seguro que no le ponen ninguna pega si les pide permiso para llamar a la jefatura de Vía Layetana.

Belmonte no tardó ni dos minutos en hacer las comprobaciones.

—El automóvil es de los nuestros —dijo al salir del despacho del gerente del complejo.

Ocuparon dos taburetes en un rincón de la terraza del bar, desde donde podían ver sin ser vistos.

Era temprano y el lugar estaba casi vacío. Solo un trío de bebedores solitarios y una pareja joven ocupaban mesas alejadas.

—No sé por qué le siguen —empezó el inspector—. Estos días todos andamos entregados a la caza del fascista camuflado y usted no encaja en la categoría. —Sonó sarcástico—. Buscan culpables de los combates de la semana pasada; vamos a trincar a la mitad de los anarquistas y los del POUM que todavía quedan en libertad.

—Y, por tanto, han aparcado el resto de causas —completó Ferrer—. ¿No es eso?

Belmonte inspiró con fuerza:

—Ya le avisé de que la muerte de estas niñas sería difícil de esclarecer. —El detective le notó un poso de amargura—. Hay demasiado refugiado y demasiada gente de paso. Muchas posibles víctimas y mucho hijo de puta.

—Yo, en cambio, creo que sus superiores están dejando morir el caso, inspector.

—¿De qué estás hablando?

El policía se había pasado al tuteo de una forma inesperada y deliberada, marcando una posición de superioridad. Un truco de interrogador.

—Me has tomado por un lila. —Ferrer aceptó el duelo verbal—. Me mentiste de forma descarada cuando nos vimos en el barrizal con el último cadáver.

Belmonte no quiso escuchar más.

—Ocultarte información, quizá; mentirte, desde luego que no. Hasta ahora el único que ha mentido eres tú.

—¡Por favor, Belmonte! —Ferrer se indignó—. Te pregunté si os habíais encontrado con casos parecidos y me aseguraste que no.

—Y era verdad... no sé a dónde quieres ir a parar.

Ferrer se inclinó hacia delante para dar mayor énfasis a sus palabras.

—En marzo aparecieron los cuerpos de otras dos niñas muertas en las mismas circunstancias que Agustina y la chiquilla de Can Tunis.

Desconcierto durante unos segundos, cara de póquer después.

El inspector no sabía nada.

—Nadie me ha hablado ni he encontrado ningún informe o formulario en que se haga referencia a ellas —se defendió.

—Eso es porque alguien de muy arriba los ha enterrado en algún archivo.

El rostro del inspector se tiñó de rojo.

—Es una acusación muy grave, ¿cómo sé que no eres tú quien miente?

—Tienes mi palabra... o, si no te sirve, puedes hacer algunas averiguaciones. — Ferrer dejó a un lado el tono recriminatorio, ya no lo necesitaba—. Te daré los nombres de las dos primeras niñas; los papeles tienen que estar en algún cajón. El Laboratorio Criminalístico envió los informes a vuestros jefes.

—Con el desorden en el que vivimos instalados desde hace meses quizá se traspapelasen y no los llegaran a enviar. —Belmonte se agarraba a un clavo ardiendo.

—He revisado la documentación oficial e incluye copias de los recibos de entrega sellados y rubricados en las comisarías correspondientes.

Ferrer siguió acorralando al policía, notaba su vulnerabilidad y no quiso perder la ocasión de ponerlo de su lado:

—Tú mismo reconociste que estáis recibiendo mucha presión. ¿Te acuerdas?

Belmonte, a regañadientes, le dio la razón.

—Nos enfrentamos a cuatro asesinatos perpetrados por el mismo criminal, inspector. Los exámenes forenses son concluyentes: aparte de edades y de características físicas similares, las niñas presentaban heridas idénticas en los genitales, realizadas con el mismo cuchillo.

Dejó que Belmonte asentase los datos, tenía preparado el golpe final:

—He hablado con las familias de las pequeñas y hay un elemento en común entre todas ellas, los padres estuvieron detenidos en la misma checa de San Gervasio.

Belmonte abrió la boca pero no llegó a pronunciar una palabra.

La ruidosa irrupción en la terraza de un grupo de niños los distrajo y les dio un pretexto para poner fin a la conversación.

—No voy a insultar a tu inteligencia fingiendo que sabía algo, me temo que cada vez me cuesta más ocultar las emociones. —El inspector recuperó el habla—. Si lo que me has dicho es cierto, alguien en la Comisaría General está con la mierda hasta el cuello y voy a removerla a ver qué sale. —Miró a los niños, que se perseguían entre las mesas—. Según lo que encuentre, estudiaremos cómo podemos ayudarnos. Yo fijaré el día y el lugar de nuestro próximo encuentro, ya me pondré en contacto contigo.

VII

DOS PECES ATRAPADOS EN LA RED

La guerra española era el primer conflicto bélico de envergadura en el que se contaba con una nueva arma de propaganda masiva de gran eficacia: el cine sonoro.

Durante la Gran Guerra de 1914 a 1918, británicos y alemanes utilizaron el cine para elevar la moral en la retaguardia y animar a la población civil a aceptar con resignación los sacrificios personales y colectivos. Eran, sin embargo, películas mudas con una capacidad de persuasión limitada.

En 1927 todo cambió. Aquel año, la Warner produjo *El cantor de jazz*, el primer largometraje *hablado* de la historia. El sonido, con su gran potencial evocador, abría posibilidades insospechadas. Las imágenes acompañadas de música, de diálogos y de discursos que *salían* de la pantalla misma, eran infinitamente más enardecedoras que los fotogramas desnudos. El cine político tenía el terreno abonado para crecer.

Pero, ante la desesperación de los revolucionarios, en la España republicana los filmes mejor acogidos seguían siendo los norteamericanos, de evidente contenido *burgués* y poco mensaje social. Para los espectadores, la realidad era ya lo bastante cruda como para añadir las penurias de los personajes de ficción.

En 1936, los anarquistas produjeron unos magníficos documentales de guerra. Su objetivo era estimular el alistamiento popular, aunque provocaron el efecto inverso: al futuro recluta se le ponían por corbata cada vez que iba al cine y veía la muerte real —heroica, eso sí— de los milicianos. Se sentía carne de cañón. Con dos sesiones de muertos y mutilados se aplacaba el ardor guerrero más desafortunado.

A pesar del gran despliegue publicitario con el que se anunciaban los estrenos —tranvías y autobuses lucían enormes carteles promocionales—, las películas soviéticas no cuajaron entre el gran público. Su grandilocuencia y unos personajes planos que lo sacrificaban todo en aras de la revolución apestaban a propaganda descarada. Ante su escaso tirón en taquilla, se les buscó una salida digna: camiones con equipos de proyección recorrían el frente para adoctrinar a los combatientes.

Fue un acierto.

Largometrajes estilo *Los marinos del Cronstadt* enaltecían a los soldados y favorecían su comportamiento heroico. Se había hecho célebre, por ejemplo, la hazaña del joven marinero Antonio Coll quien, después de ver esta película, se enfrentó en solitario a seis carros de combate fascistas en Carabanchel y destruyó cuatro de ellos con bombas de mano. Lo ascendieron a sargento.

A Ferrer le gustaba el cine, en especial las películas de misterio y los grandes musicales. Aquella tarde, proyectaban *Charlie Chan en Shanghai*, acompañada de la

habitual ración de dibujos animados y de documentales de actualidad.

Estaba en la cabina de proyección de la sala que el quintacolumnista escogió para la entrega del libro de claves, a menos de diez metros de la butaca que ocuparía Regina, protagonista principal de la Operación Flor.

La forma de señalar el asiento que usarían como *buzón* era muy ingeniosa. Cuando ella habló por teléfono con su enlace y le preguntó a qué hora regresaría «su hermana» a casa, el fulano le dio una hora y un minuto que correspondían al número de la fila y al de la butaca, respectivamente.

En la *fila de los mancos*, dos novios le metían mano a un cucurucho con mixtura de altramuces y frutos secos. Él formaba parte del equipo de Ferrer y ella era su prometida, una enfermera que no sabía nada de la operación. Estaban muy enamorados. En la parte delantera se sentaba otro agente, un abuelo que daba cabezadas de vez en cuando.

Regina llegó a la hora prevista.

Todos los solitarios se fijaron en ella. No era normal que una mujer tan hermosa se internara a solas en un lugar que pronto estaría a oscuras. Tomó asiento, ignoró las miradas libidinosas y se concentró en la lectura del libro de claves. Una representación estimable. Espantó a un par de moscones y leyó hasta que se apagaron las luces. No pasó ni un cuarto de hora de proyección cuando se inclinó hacia delante y se agachó. Aguardó unos minutos más antes de dirigirse hacia la puerta. Ya no llevaba el libro.

A media película un hombre se cambió a la butaca que había dejado libre Regina; en apariencia trataba de ver mejor la pantalla. Ferrer apenas pudo distinguir sus rasgos aunque le pareció muy joven.

El tipo tenía la sangre de horchata. Aguantó toda la sesión como si tal cosa.

Al encenderse las lámparas, el fulano se puso en la cola y, pasito a pasito, caminó hacia la salida. Llevaba el libro sujeto bajo el brazo. El detective se fijó mejor en él: era tan joven como le había parecido en la penumbra. Una cojera explicaba que no estuviera en el frente. Claro que médicos de derechas se vanagloriaban, en privado, de librar a jóvenes de la incorporación a filas; un vendaje rígido en la rodilla, un informe amañado y una propina a la persona adecuada obraban milagros.

Cuando el sujeto llegó a la altura del enamorado y de la enfermera, estos se sumaron a la marea humana por delante de él; unos pasos atrás avanzaba el abuelo. En la calle, los tortolitos se despedirían y los dos agentes iniciarían el seguimiento.

Ferrer salió por la puerta de servicio; supervisaría la operación desde un automóvil. Pan comido.

Vieron al joven dirigirse hacia la parada de tranvía en Aribau. El enamorado y el abuelo lo seguían desde ambas aceras, a una distancia prudencial pero lo bastante corta como para actuar con rapidez en caso de emergencia.

Ferrer estaba apoyado en el estribo del coche, aparcado en una bocacalle desde la que controlaba la puerta del cine.

—Me cambio de sitio —le dijo Lorenzo por la ventanilla; llevaba horas al volante—. Según dónde viva el pollo luego podemos tenerlo más difícil.

Ferrer ocupó el asiento del conductor mientras su colega se pasaba al del acompañante retorciendo el cuerpo y esquivando palancas.

—Cuando se suba al tranvía, ¿quién irá con él? —Lorenzo comprobó el revólver y lo dejó en la guantera.

—Mateo; es un maestro. —Ferrer señaló al abuelo—. Pasaría desapercibido en una procesión de monjas.

El joven se detuvo junto al poste de la parada, pintado de rojo y negro, los colores de la CNT, el sindicato que había colectivizado el transporte público. Mateo también se quedó allí, sacó un periódico del bolsillo de la chaqueta y lo hojeó con pose distraída. El enamorado continuó caminando calle arriba; para él se había acabado la operación, no podían exponerse a que el chaval lo reconociera después y sospechase.

—Ahí llega un 17. —Lorenzo se retrepó en el asiento—. Te apuesto un café a que se monta en él.

Se montó.

—Bien visto. —Ferrer puso el motor en marcha—. ¿Por dónde pasa esa línea?

Lorenzo sacó la *Guía Rápido* y buscó el recorrido:

—Atraviesa medio San Gervasio por la calle de Bélgica.

Ferrer dio al tranvía unos metros de ventaja. No se despegaron de él hasta el final del trayecto, en la plaza de Frederic Soler, a dos pasos de la comisaría del distrito policial XI y del cuartelillo de la guardia urbana. Un sitio pésimo para robar carteras.

Media docena de pasajeros descendió del tranvía. El sospechoso fue el último, luego se encaminó hacia la calle de San Gervasio de Cassoles.

—Allá voy. —Lorenzo saltó del coche; se haría cargo del último tramo de vigilancia.

No tuvo que esforzarse mucho. El tipo entró en un portal cercano a la plaza.

—Esta dirección no coincide con la de la casa a la que intervinimos el teléfono —se quejó Ferrer cuando su compañero estuvo de vuelta—. ¿A qué piso ha subido?

—No lo sé. —Lorenzo puso cara de pocos amigos—. No ha usado el ascensor y, como es de día, no ha encendido ninguna luz.

—¡Menudo panorama! Vigilaremos hasta que vuelva a salir. Más tarde llamaré a la Casa Sedó para que nos envíen un relevo. —El detective se tapó los ojos con el sombrero para descansar—. Te ha tocado el primer turno.

No hubo necesidad de aguardar al relevo.

—Tenemos compañía. —Ferrer tomó los prismáticos.

Un automóvil grande se había detenido frente a la casa. Sin apagar el motor, el

conductor, un hombre maduro y bien trajeado, descendió del vehículo. Estaba inquieto. Miró la hora en un reloj que sacó del bolsillo del chaleco, introdujo el brazo por la ventanilla abierta e hizo sonar el claxon dos veces. Miró hacia arriba.

—¡En el tercer piso! —Lorenzo señaló una ventana—. Alguien se ha asomado.

El joven apareció dos minutos después. Llevaba el libro de claves en la mano.

Era una finca grande y señorial en cuya fachada destacaba una columnata corintia que iba desde el primer piso hasta el ático. Un antepecho con bajorrelieves de inspiración clásica rodeaba la azotea. A ambos lados del portal, otros dos bajorrelieves mostraban escenas de *La Odisea*, de Homero. En cada piso, un mirador ofrecía vistas espectaculares del Arco del Triunfo.

El automóvil de los sospechosos entró en el edificio por la antigua puerta de carruajes.

—Esta sí es la casa que consta en el registro de las líneas de la Telefónica. — Ferrer leyó los datos en una hoja de la compañía—. El teléfono es de un tal Hortons.

Anochece y localizaron con facilidad el piso al que subieron los dos hombres; las ventanas estaban mal oscurecidas y vieron la luz y el movimiento de las sombras.

En poco más de una hora llegaron otras cinco personas en automóvil y a pie. El número de sombras en los ventanales aumentó, también.

Las células de los quintacolumnistas se estructuraban en triángulos, en los que cada agente conocía únicamente a otros dos compañeros de su mismo nivel, de forma que, en caso de caída, era difícil desarticular la trama completa.

A esos grupos clandestinos, sin embargo, les perdía una tendencia suicida a reunirse con cualquier excusa, fuese para celebrar misa, para ayudar a un fugitivo o para planificar el auxilio a sus camaradas que permanecían escondidos. Aún estaba fresco el juicio y condena a casi una veintena de detenidos en la calle de Santaló. La mayoría de ellos eran falangistas, hombres y mujeres que participaban en una acción del Socorro Blanco cuando irrumpió la policía. Pasarían en prisión un buen puñado de años.

Toda la imaginación que los Piratas de Biarritz invirtieron en la entrega del libro —buzones, enlaces, mensajes cifrados— y el esfuerzo que les supuso la creación de aquella célula de la Quinta Columna se vinieron abajo en el momento en el que sus miembros decidieron juntarse en una vivienda.

—¿Vas a llamar a la policía? —le preguntó Lorenzo.

—No, todavía no. —Ferrer midió sus palabras—. Vamos a usarlos para pasar información falsa, así nos serán más útiles que en la cárcel.

—Están sentenciados. La presión policial aumenta cada día y acabará por serles insoportable. —Observó la casa con los prismáticos—. Los nuevos mandamases van a ir a por los del POUM y los anarquistas pero, una vez que tiren la red, atraparán a cualquier bicho que nade por ahí.

A la luz de una linterna, Ferrer empezó a tomar notas para redactar un informe que explicase por qué no había denunciado al grupo de fascistas y justificara el uso de los recursos de los Servicios. Si no colaban sus medias verdades, él y Regina se meterían en un berenjenal; pasarían de ser agentes leales a convertirse en colaboradores del enemigo: dos peces atrapados en la red.

El miércoles siguiente, ya no cargaba con las dos *sombras*; aquella mañana se habían evaporado.

Mientras caminaba hacia las Ramblas, Ferrer realizó maniobras de distracción para comprobar si aún andaban tras sus pasos. Nadie le seguía. Quizá los había convencido de que su interés por las niñas muertas era puramente coyuntural y no había ido más allá de unas cuantas preguntas de rutina a los familiares.

El domingo por la noche, tras localizar la célula de la Quinta Columna, volvió a casa con la misma discreción con la que se fue el sábado: a través de la ruta de los parterres. Para un observador externo —los dos pollos del automóvil de la policía, por ejemplo—, el detective se había pasado la jornada entera descansando en su domicilio.

La persecución le había obligado a mantenerse alejado de Regina para no exponerla a riesgos; no se veían desde hacía tres días, cuando le dio el beso de despedida antes de ir a Piscinas & Sports a entrevistarse con Belmonte.

Compró el periódico. Un impulso malsano.

Leyó los titulares y, de nuevo, se le encogió el estómago. No por conocida la noticia dejaba de preocuparle: la crisis gubernamental se había precipitado, Juan Negrín era el nuevo jefe de gobierno en tanto que García Oliver había cesado en el ministerio de Justicia.

Maldijo su suerte cien veces: había perdido a su único aliado y protector en las alturas; de Dios no esperaba gran cosa, dadas sus circunstancias personales.

Las arterias principales y los puntos estratégicos del centro estaban ocupados por guardias de asalto. El nuevo orden era ya muy visible, demasiado visible en una ciudad que convalecía de sus heridas.

Llegó a la plaza Macià y buscó el Suizo, uno de los restaurantes barceloneses más afamados antes de la guerra. Tenía una cita al mediodía con el inspector.

Según las instrucciones que este le había hecho llegar a través de Eddy, debía entrar en el local por la puerta de la plaza, no por la de las Ramblas. No le dijo por qué.

Ferrer empezaba a estar hasta las narices de tanto toque cinematográfico.

Le había reservado una mesa en el rincón.

Pidió el menú. No había mucho donde elegir y costaba un ojo de la cara; la

ternera se pagaba a precio de caviar Petrossian y al pollo había que tratarlo de usted.

Las conversaciones de los clientes y del personal reflejaban excitación. Alguien había instalado una radio junto a la barra y los camareros se acercaban a ella y subían el volumen cada vez que sonaban las fanfarrias que precedían a los noticieros.

Durante toda la mañana había circulado el rumor de que, en breve, se anunciaría un acuerdo de paz con los fascistas. Incluso se aseguraba que el presidente de la República, Manuel Azaña, lo comunicaría en una alocución radiofónica por la tarde.

Era tal la hartura de la gente con la guerra que cualquier bulo colaba como información de la buena; quizá esa fuese la esencia del periodismo en tiempos oscuros.

—¡Hombre, Ferrer, me alegra verte!

Belmonte le estrechó la mano y se sentó en la mesa contigua. Tampoco parecía muy feliz haciéndose el encontradizo.

—Si te sirve de consuelo, no creo que tengamos que montar más comedias —le dijo Ferrer con el mismo falso desenfado—. Parece que tus colegas se han rendido; hoy ya no me ha seguido nadie.

—A lo peor te han puesto a dos agentes de los buenos y no los has visto.

Directo al mentón.

Si Belmonte acertaba, se había tragado el anzuelo hasta el esófago. Era un truco viejo: al principio te siguen dos policías a los que calas enseguida; un buen día desaparecen, te confías y descubres, demasiado tarde, que te han colocado a dos sabuesos de verdad.

Ferrer miró a su alrededor, no le sonaba ningún careto. Alivio relativo.

—No te hagas mala sangre —le aconsejó el inspector sin humor—. Te he observado cuando llegabas a la plaza y, a menos que sea el hombre invisible en persona, no te sigue nadie.

—¿A qué viene entonces el susto que me has dado? El corazón casi se me sale por la boca.

—Hasta que no sepamos a quién nos enfrentamos, no podemos bajar la guardia bajo ningún concepto. —El uso de la primera persona del plural era una novedad—. Es gente con poder y muy peligrosa.

—Poder y peligro siempre van de la mano.

Comieron en silencio, cada cual a lo suyo; los dos optaron por un plato único, guiso de pollo y pimientos con guarnición de tomates asados.

En los postres, Belmonte avisó al camarero.

—Voy a pasarme a la mesa de mi amigo —le dijo—. Tráiganos... ¿café?

—Sí; solo, por favor —aceptó Ferrer.

Charlaron de temas intrascendentes mientras esperaban a que les sirvieran. Ferrer se interesó por la estancia del policía en Barcelona, pero este levantó una barrera infranqueable ante su vida privada.

—Decías que nos enfrentamos a gente poderosa. —Ferrer retomó el tema que los

había reunido.

Antes de contestar, Belmonte echó media cucharadita de azúcar en la taza, aquellos cristallitos minúsculos valían su peso en oro. Midió la respuesta con el mismo esmero:

—Tienen que serlo, han conseguido que no se levante polvareda con lo de las niñas. —Removió el café hasta marearlo y dejó ir la bomba—: estabas en lo cierto, hubo otros dos asesinatos en marzo.

—¿Y no sabías nada? —Sonó entre la incredulidad y la recriminación—. Me extraña mucho.

—Tienen mil armas para mantener en secreto cualquier cosa. —Se defendió el policía—. Una acusación falsa de tus superiores, una nota al margen en tu expediente y acabas en el frente persiguiendo desertores... o en algún sitio peor.

—¿Te han presionado también a ti?

Belmonte movió la cabeza:

—Mi comisario me contó una fábula sobre la lucha contra el fascismo y me ordenó mantener la boca cerrada. —Se llevó la taza a los labios—. Los que participaron en las dos primeras investigaciones han sido destinados a la represión del espionaje; va a crearse un tribunal nuevo sobre la materia y dicen que los necesitan.

—Muy oportuno. ¿Te destinarán a ti también?

—No lo sé. Por el momento me han encargado temas menos comprometidos para que me mantenga al margen. Se supone que aún no tengo aquí los suficientes contactos como para tocarles los cojones.

—¿Qué vas a hacer? —Ferrer borró cualquier rastro de suspicacia de sus palabras.

—En apariencia seré un chico obediente..., pero sin obligaciones familiares ni sociales, dispongo de tiempo de sobra para seguir con el caso por mi cuenta.

—Te juegas mucho.

—Igual que tú, ya lo has comprobado. —Se frotó los ojos, rojos de fatiga—. Aunque suene a tópico, soy policía y creo en mi trabajo. Han muerto cuatro ángeles y no voy a dejar que el hijo de puta que las mató se quede sin castigo... aunque luego me pongan a cazar ladillas en un burdel. ¿Y tú, estás dispuesto a jugártela?

El detective se removió en el asiento; sopesaba sus opciones en un asunto en el que se enfrentaba a enemigos cuya fuerza real apenas intuía.

La decisión estaba cantada:

—He hablado del tema con López de Sagredo, del Laboratorio Criminalístico; somos amigos —empezó—. Me aseguró que os envió informes de los dos primeros casos.

—Nadie los ha visto; los recibió un jefe y no circularon. Luego, los reclamó alguien desde la Comisaría General... y allí deben continuar, en algún agujero, supongo.

—No importa, puedo conseguir copias. —Estaban en el mismo barco y Ferrer

decidió mostrarle sus bazas—. He encontrado un elemento en común entre los padres de las cuatro niñas.

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta una de las fichas que utilizaba para las anotaciones. La puso bocabajo en la mesa y se la pasó al inspector.

—Son las señas de una checa en San Gervasio; los cuatro estuvieron allí y las niñas fueron a visitarles. Recuerdan a un sudamericano del que nadie me ha podido dar razón. —Esperó a que el policía leyera los datos—. He pasado por delante del lugar; es un chalet con banderas comunistas en los balcones.

Belmonte se guardó la cartulina.

—Intentaré averiguar quién está detrás de ese centro de detención y qué se sabe del sudamericano. —Dejó un billete sobre la mesa, su parte—. Seguiremos en contacto a través de ese amigo tuyo del hotel Continental.

—Eddy.

—Sí, Eddy. ¿Te fías de él?

—Solo pondría mi vida en manos de dos personas —aseguró Ferrer—. Él es una de ellas.

Los Servicios se habían agenciado una vivienda vacía para vigilar la casa en la que vivía Hortons, el quintacolumnista al que seguían desde hacía una semana. En el salón, un técnico ajustaba los controles de un receptor de señal eléctrica.

—... nueve y diez. —La voz que salía por el altavoz sonaba nítida aunque nasal—. Jefe, asómese a la ventana si nos ha recibido alto y claro.

Ferrer apartó las cortinas y agitó los brazos. Desde el edificio de enfrente le devolvieron el saludo.

—Lo hemos colocado de forma que oigamos las transmisiones por la emisora y todas las conversaciones en un radio de varios metros —dijo la voz nasal—. Por cierto, hemos visto el libro que nos describió usted; lo tiene al lado del aparato.

Fantástico.

Con el micrófono oculto escucharían cuanto se cociera en la vivienda.

—Ya está más que probado, es una instalación muy simple. —El técnico daba por acabado el montaje—. Solo tiene que mover este control, es el regulador del volumen.

—No se oye ruido de fondo. —Giró el mando hasta el tope y escucharon la discreta salida del equipo—. Suena muy bien.

—Hemos usado un micrófono americano muy fiable. —Sacó una hoja de autorización, Ferrer la firmó—. Es de lo mejorcito que tenemos y está solicitado.

—Me lo imagino. —Lo acompañó hasta la puerta—. Haga llegar mi agradecimiento a sus compañeros.

—Lo haré. —Se estrecharon la mano—. No se aburra mucho durante la guardia.

El carillón dio la una de la tarde. Los técnicos habían trabajado a una velocidad

asombrosa. Vestidos con uniformes de la Compañía Telefónica entraron en el edificio y tendieron los cables por la fachada en un par de horas y sin levantar sospechas.

Hortons se lo había puesto a huevo, la verdad. El fulano asistía al concierto matinal de la Orquesta de Cámara de Barcelona, en el Palau de la Música; el programa era atractivo: Haendel, Elgar, Respighi y un concierto para piano y orquesta de Bach por una célebre solista norteamericana. Cuatro horas fuera de casa. Había comentado sus planes a un amigo y el agente de las escuchas en la Telefónica tomó buena nota.

—He acabado todos los informes sobre tus niñas, Toni.

López de Sagredo le pasó unas hojas manuscritas; el papel era corriente, sin el sello del Laboratorio Criminalístico. Llevaba la fecha del día anterior, lunes 24 de mayo.

—Espero que entiendas la letra —continuó—. Es un resumen extraoficial de las principales conclusiones, pensé que podrías necesitarlo.

—Sin duda, muchas gracias. —Ferrer hizo una lectura en diagonal, el lenguaje era aséptico—. Supongo que ratifica los informes preliminares que me enseñaste.

—Sí y no. Hay cosas nuevas.

El policía abrió el cajón superior de su escritorio y sacó una cinta de tela encolada de unos cuarenta centímetros de longitud y diez de anchura.

La estiró en la mesa.

—En el último cuerpo encontramos indicios muy esperanzadores —dijo—. Pedí consejo a Locard, de Lyon, porque teníamos que utilizar una técnica nueva y no quería estropear las pruebas.

Edmund Locard, palabras mayores.

Locard era a la criminología lo que Mozart a la música, sintetizó lo mejor del pasado y sentó las bases para su desarrollo posterior. Suya era la teoría que revolucionó el mundo de la investigación policial: en todo contacto entre dos personas u objetos siempre hay un intercambio de materia entre ambos. Así, cuando un delincuente actúa, deja en el escenario del crimen rastros de su paso y se lleva algo del lugar.

Hacía unos años, López de Sagredo había propuesto un nuevo sistema de clasificación de las huellas dactilares; fue ninguneado por sus superiores pero contó con la simpatía del prestigioso criminólogo francés.

El Laboratorio de Barcelona se inspiraba en el que Locard dirigía en Lyon.

—¿La cinta encolada tiene que ver con esos indicios? —preguntó Ferrer.

—Creemos que el asesino amordazó a las niñas con una cinta como esta. Encontramos una sustancia extraña en la boca de la pequeña que apareció en Can Tunis; la hemos analizado e identificado: es el mismo tipo de adhesivo.

Ferrer presionó el trozo de tela encolada, como si esta pudiera contarle algo de los

terribles crímenes.

—Adelante, cógela y dale la vuelta —lo animó el policía.

El detective obedeció. Tomó la cinta y la giró. Estaba impresa con caracteres cirílicos.

—Es rusa —anunció López de Sagredo.

En 1905, Perico Milà y doña Rosario, su esposa, encargaron al arquitecto Gaudí la construcción de La Pedrera —la Casa Milà— en la confluencia del paseo de Gracia con la calle Provenza. Las obras acabaron de forma oficial en 1912. El edificio fue, desde el primer día, objeto de polémica; las revistas satíricas se cebaron en él y muchos intelectuales de renombre le dedicaron las críticas más feroces.

El padre de Toni había hecho negocios con los Milà y conocía a Perico desde que era un niño. El viejo Ferrer no tenía un buen concepto de él, lo consideraba un lechuguino que acabaría por dilapidar su patrimonio y el de doña Rosario, viuda del antiguo propietario de unos ricos cafetales en Guatemala.

Sin embargo, fue Eudald, el hermano mayor de Toni, quien arruinó la empresa de la familia. Cosas de la vida. Huyó a Brasil dejando atrás deudas millonarias, mujer e hijos; no volvieron a saber de él. Los Ferrer lo perdieron todo excepto unas pequeñas propiedades inmobiliarias. A pesar de todo, Toni pudo acabar la carrera de derecho y se empleó en una compañía de seguros de la que, a finales de los años veinte, se independizó para crear su agencia de detectives.

Ahora, Ferrer observaba La Pedrera desde la acera opuesta, al otro lado del paseo.

Los comunistas se habían adueñado del edificio. Los servicios secretos soviéticos y los agentes del Komintern, la Internacional Comunista, ocupaban las plantas superiores. Allí estaba su archivo en España; cualquier ruso que anduviera por la ciudad tenía su ficha en aquellas oficinas. Nada que procediera de la Unión Soviética —persona, animal o cosa— se movía en Barcelona sin que se supiera en la Casa Milà.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y jugueteó con un trozo de la cinta de tela encolada que le había entregado López de Sagredo. Por desgracia, se trataba de una muestra sin valor judicial alguno. Cuando hallara la original, tendría al asesino.

—Es un adhesivo de uso militar. —Una hora antes, en el Laboratorio, el policía le había enseñado diferentes cintas fabricadas en Rusia—. Su aspecto físico y la composición química son diferentes del adhesivo que contienen el esparadrapo de la ayuda sanitaria o el de los precintos que se usan en las cajas de alimentos procedentes de los puertos del Mar Negro.

—¿Es fácil de conseguir? —le preguntó Ferrer.

—En España, desde luego que no. —Fue tajante—. He enviado técnicos a los almacenes del puerto y a los talleres del aeródromo de El Prat y no han encontrado nada parecido. Preguntamos en varias empresas químicas y nadie fabrica este

adhesivo aquí.

—En otras palabras: la cinta la ha traído un ruso o alguien procedente de allí.

—Puedes apostar lo que quieras —concluyó López de Sagredo antes de despedirse.

Los ciclistas debían completar dos vueltas a un circuito urbano en el barrio de Sants. El recorrido estaba engalanado con carteles y pancartas de los almacenes El Siglo, patrocinador de la prueba, y de la Unió Esportiva de Sants, la organizadora. Era el último domingo de mayo, la gente abarrotaba las aceras y aplaudía con ganas cada vez que pasaba un grupo de corredores; había niños encaramados a lugares inverosímiles para ver mejor la carrera.

Allí, la bicicleta era una religión.

—Ve hacia la esquina de Galileo. —Belmonte se detuvo a su lado el tiempo preciso para darle las instrucciones.

Ferrer se desplazó con dificultad entre la multitud; cuanto más se acercaba a Galileo más le costaba esquivar a los espectadores. Se ganó varios empujones y un par de insultos. La meta estaba en esa calle y la expectación a su alrededor era máxima.

Encontró un hueco junto a un portal y se apoyó en la pared; el público prefería apelonarse en el borde de la acera para jalearse a los deportistas.

—Suenan raro pero estamos solos. —Belmonte se situó a su lado—. Lo mejor del gentío es que se ve a la legua el movimiento de cualquiera que se desplace unos metros; no nos sigue nadie.

El inspector se llevó un cigarrillo a los labios.

—Hojas de avellano picadas —aclaró mientras lo encendía—. Una mierda a peseta el paquete.

—Los herboristas se están poniendo las botas, venden más sustitutivos del tabaco que hierbas medicinales.

—Hay mucho listo que se aprovecha de los vicios ajenos. —Hizo una mueca de desagrado y guiñó el ojo achinado cuando le entró humo—. Es para mear y no echar gota.

Ferrer arqueó las cejas. Belmonte no se había destacado por su lenguaje castizo.

—Te noto irritado, inspector —dijo.

—Es el cansancio, supongo. No he pegado ojo desde que ayer me despertaron las alarmas por los bombardeos.

«Ayer» era la madrugada del viernes al sábado. Llevaba más de treinta horas sin dormir.

—Esta vez las bombas cayeron cerca de casa —comentó Ferrer—. Por suerte, tenemos un refugio a menos de cincuenta metros, detrás de la Universidad.

Las alarmas sonaron a las cuatro de la mañana. Siete aviones italianos

procedentes de Mallorca se lanzaron contra la ciudad con bombas explosivas e incendiarias. Sus objetivos estaban dispersos: una escuadrilla atacó la Telefónica, la vía férrea de la calle Aragón y la Comisaría General; otra, La Maquinista y los tinglados portuarios. Por el camino, dejaron recados en Sants y Collblanc.

—Me acerqué a la Barceloneta para echar una mano, estaban desbordados: manzanas enteras con las casas reventadas. —Belmonte dio una calada profunda al cigarrillo, tiró la colilla al suelo y la aplastó—. Me recordó Madrid.

No había que ser muy perspicaz para notar un inmenso dolor tras sus palabras y sus gestos excesivos. La negativa a mencionar, siquiera fuese de pasada, su tragedia personal era un síntoma de lo mucho que le afectaba.

—En Méndez Núñez había un cráter de tres metros de profundidad —señaló el detective—. Utilizaron bombas muy potentes.

—Me pregunto que sentirán esos hijos de puta ahí arriba mientras mujeres y niños se fríen aquí abajo. ¿Viste las fotos de Guernica?

La ciudad vasca fue arrasada en abril por la aviación facciosa. No había quedado piedra sobre piedra. Las fotografías se publicaron con mucho retraso.

—Hasta ellos mismos se han asustado de lo que hicieron —dijo Ferrer—. En sus emisiones de radio nos acusaron a nosotros de haberla destruido cuando huíamos.

—Viendo este gentío gritando se me hace difícil pensar que media ciudad está abierta en canal a bombazos. —Conforme hablaba, el humor del inspector se iba volviendo más sombrío.

—Es la euforia del superviviente mezclada con unas gotas de «no vais a cambiar nuestra forma de vivir».

Dos muchachas muy bonitas les abordaron. Vestían faldas largas, blusas amplias con insignias de las Juventudes Comunistas, zapatones planos y calcetines.

—Disculpados, compañeros. —La que parecía más lanzada hacía sonar una hucha metálica llena de monedas—. Estamos recaudando fondos para ayudar al pueblo soviético a construir un nuevo *Komsomol*.

Belmonte rebuscó en los pantalones y sacó dos billetes de cinco pesetas. A las chicas se les iluminaron los ojos.

—¡Muchas gracias! —Les pusieron un recordatorio en la solapa.

Aquella era una más de las iniciativas para recaudar dinero con el que compensar a los rusos la pérdida del barco *Komsomol*, hundido por la marina fascista cuando transportaba ayuda y suministros para la España republicana.

—Has sido muy generoso —comentó Ferrer mientras las jovencitas se alejaban—. El camarada Stalin acabará cobrándonos hasta por respirar.

—Por el momento es el único que nos ayuda, no lo olvides. Por muchas pruebas que presentemos contra Alemania e Italia en la Sociedad de Naciones, no nos hacen caso.

Observaron en silencio a las muchachas perdiéndose entre la muchedumbre.

—¿Has averiguado algo sobre el centro de detención? —Ferrer aplaudió al paso

de los líderes de la carrera.

—Me ha costado lo mío; lo controla un grupo de agentes sin muchos escrúpulos y presunta filiación comunista. —El inspector no pudo evitar un rictus de disgusto—. Hay un muro de silencio a su alrededor; llevan a desgraciados con acusaciones bastante endebles y los interrogan de forma extrajudicial.

—Tortura, hablando en plata. —Notó que se le erizaba el vello de los brazos—. ¿Quién está detrás de ellos?

Belmonte se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —dijo el inspector—. Un amigo me insinuó que abundan los asesores extranjeros que traen nuevos métodos científicos. —Pronunció con cierto asco esa palabra—. No necesitan molerte a palos para que no vuelvas a levantar cabeza.

—Y ahí es donde entra en juego nuestro amigo el sudamericano.

—Sí señor. Se hace llamar Emilio; así, a secas, sin apellidos.

Ferrer miró el cielo sereno. Hizo memoria para resumir lo que se sabía en los Servicios sobre aquellos personajes.

—Sospechamos que muchos de ellos son agentes de la NKVD, la policía secreta de Stalin —empezó—. En Rusia tienen autonomía para investigar delitos políticos sin necesidad de dar explicaciones. En España usan nombres y apellidos comunes para ocultar su identidad: señor Rodríguez, José... Emilio. Algunos son soviéticos, pero los hay de otras nacionalidades que vienen como enviados de la Internacional Comunista.

—A lo que parece, nuestro amigo Emilio es peruano.

—¿He notado cierto retintín en la forma en que has pronunciado peruano?

—Quizá. —Belmonte enseñó los dientes en un remedo de sonrisa—. No conozco a muchos peruanos, pero la descripción que me han dado de Emilio no me cuadra con lo poco que sé de ellos.

—¿Qué te han dicho de él? —Ferrer empezaba a adivinar la respuesta.

—Que es alto, fornido, rubio, de ojos azules y facciones eslavas. —Sacó otro de los cigarrillos de hojas de avellano—. En fin, que tiene más pinta de haber nacido en Moscú que en Lima.

VIII

EL ASALTO A LA PEDRERA

En un edificio anodino de siete plantas en el noveno *arrondissement* de París, 122 rue de Provence, se encontraba el burdel más famoso del mundo. Y el más caro y exclusivo, por supuesto.

Artistas, empresarios y políticos de paso por la capital francesa reservaban un hueco en sus agendas para acercarse al *One-Two-Two* —nombre por el que era conocido— y disfrutar de sus bellas meretrices y de sus habitaciones temáticas. *Monsieur* Jamet y su esposa, Dorienne, satisfacían cualquier capricho carnal de sus ricos clientes.

Una de las habitaciones reproducía el camarote y la cubierta de una nave pirata en la que una prisionera, vestida con un collar de perlas, aguardaba los embates de su captor. Los amantes de ambientes exóticos podían retozar con muchachas negras en la gran tienda de campaña que recreaba un lujoso safari africano. También era muy demandada la Cámara de los Suplicios, en la que una gran cruz de madera con argollas de acero recibía al usuario, que elegía entre ser *crucificado* o convertirse en *verdugo*.

En Barcelona, a falta de burdeles tan sofisticados, los *meublés* cubrían la demanda de fantasía erótica de la burguesía. A ellos acudían las parejas que no disponían de un rincón discreto para folgar y las que querían añadir unas gotas de excitación a su vida sexual.

—¿Estás seguro de que no me podrán relacionar con este lugar? —Regina salió del baño envuelta en una gran toalla; con otra más pequeña se secaba el pelo.

—Segurísimo —Ferrer se miraba en el gran espejo suspendido sobre la cama.

El *meublé* de la calle de Santa Ana tenía, que él supiera, dos salidas secretas, aparte de la puerta principal. Por una de ellas se accedía a un bloque de viviendas en la calle Canuda, en la trasera del hotel; la segunda daba a un garaje en la finca contigua. Un conserje evitaba que dos usuarios distintos coincidieran en el mismo lugar.

—¿Cómo conociste al dueño? —Regina se sentó en el borde del lecho.

—Hace unos años, uno de los empleados de la casa anotó matrículas de automóvil, fechas de las citas e hizo fotografías. Luego quiso chantajear a los clientes y a la dirección del hotel.

—Hasta que te llamaron para solucionar el tema.

—Sí, y me prometieron amistad eterna cuando lo conseguí. Me acordé el otro día, mientras hacía juegos malabares para poder verte sin que se enterasen mis guardianes. El director nos dejará una habitación cada vez que se la pidamos.

—Es un lugar curioso. No me gusta sentirme una amante por horas, ya lo sabes, pero hacer el amor y ser una *voyeur* ha sido más excitante de lo que pensaba.

—Pues hay habitaciones todavía más estimulantes. —Pilló su mirada suspicaz—. Lo sé porque las vi durante las pesquisas, no porque las haya probado.

—Te has excusado con demasiada rapidez. —Se frotó el cabello con más fuerza—. Y ya sabes...

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta* —le interrumpió el detective—. Este no es el caso.

—¡Ya! —Entre risas se dejó caer de espaldas, sobre las piernas de Ferrer—. Es una broma, tonto; no me importa tu vida sentimental antes de que nos conociéramos.

—Era de lo más aburrida, ya lo sabes. —Ferrer solo tuvo una novia y lo abandonó cuando se arruinó su familia.

—No sabe lo que se perdió.

—Ahora mismo yo también me alegro. —Intentó enlazarle la cintura.

Regina le pellizcó para que la soltase.

—No me líes otra vez con tus juegucitos. —Se alejó de la cama—. Tengo cosas que hacer.

—¿Un domingo por la noche?

—Le prometí a una vieja amiga de mi familia que me pasaría por su casa para charlar un rato; he tropezado con ella por casualidad este mediodía y estuvo muy cariñosa. —Frunció los labios en un mohín de disculpa—. Además, mañana madrugaré, me toca hacer cola para conseguir algo de comida; la alacena está vacía.

—¿Y el payés que te vendía verdura de extranjis?

—Lo han detenido y encarcelado. Enriqueta se pasa el día llorando. —La tal Enriqueta era la portera del edificio de Regina y pariente del infortunado contrabandista de vegetales.

Ferrer saltó de la cama.

—Entonces, yo también madrugaré. —Se dirigió hacia el cuarto de baño para ducharse—. Tengo que encontrar la manera de llegar hasta Emilio.

Había explicado a Regina los pormenores del caso. Se fiaba de ella: era inteligente y tenía una forma de pensar muy estructurada.

—¿Por qué no pides ayuda a García Oliver?

—Lo pensé pero ya no es ministro. —Ferrer levantó la voz para hacerse oír por encima del ruido del agua—. Tal y como está el panorama dudo mucho que tenga fuerza para presionar a los rusos.

—No lo digo por eso. —Regina se asomó al baño—. Leí que se enorgullecía de su amistad con el cónsul soviético en Barcelona.

—Olga, mi esposa, es una pianista competente.

Antonov-Ovseenko acarició el piano de cola que reinaba en el enorme *hall* del

consulado de la Unión Soviética. El cónsul general hablaba español con un fuerte acento; en los encuentros oficiales, le dijo García Oliver, se hacía acompañar por un traductor, aunque ya se arreglaba bastante bien sin él. Le seguía un guardaespaldas que le doblaba en tamaño.

—Como le comenté a nuestro amigo Juan García Oliver, lamento no poder dedicarle mucho tiempo, señor Ferrer. —Con un gesto ampuloso, Antonov-Ovseenko le invitó a tomar asiento en los butacones que rodeaban una mesita para el té—. A pesar de mi insistencia, Juan no quiso adelantarme el tema que le trae a usted aquí.

Era un hombre de unos cincuenta y tantos años. Bajito y de aspecto delicado, tenía el cabello y el bigote muy rubios y unos ojos acuosos perdidos tras unas gafas con cristales de culo de botella. A Ferrer se le hacía difícil imaginárselo como agitador de masas y cerebro militar; sin embargo, dirigió el asalto al palacio de Invierno de los zares, en San Petersburgo, una de las acciones más importantes de la revolución rusa. En vida de Lenin, se le consideró el número cuatro de los dirigentes bolcheviques.

En 1936, fue nombrado cónsul general en Barcelona. Su posición, según García Oliver, era ahora precaria por culpa de su vieja amistad con León Trotski, el enemigo más odiado por Stalin. Se sabía que en la Unión Soviética se estaba produciendo una purga contra los sospechosos de simpatizar con las tesis trotskistas.

—Se trata de un tema de carácter policial. —Ferrer no quería ponerle en guardia a las primeras de cambio.

—Entonces, creo que yo no soy la persona adecuada. —Antonov-Ovseenko estaba deseando librarse de él—. Venga conmigo, le presentaré a alguien que podrá ayudarle.

El hombre se cuadró al entrar el cónsul general. Ferrer hubiese jurado que hasta hizo chocar los tacones. Taconazo: el sonido del poder en cualquier régimen totalitario.

—El camarada Ardatov es nuestro responsable en temas de seguridad. —Inició las presentaciones Antonov-Ovseenko—. Durante años fue policía en Moscú.

Ardatov era tan bajo como ancho; superaría por muy poco el metro setenta pero lo compensaba con un cuerpo de levantador de pesas. Ferrer imaginaba que, en la Unión Soviética y con una profesión como la suya, si no se llegaba al metro ochenta convenía ser fuerte como un oso.

—Este es el señor Ferrer, un agente del servicio secreto de la Generalitat. —En realidad, el cónsul pronunció una palabra bastante parecida—. Viene por una cuestión policial en la que espero que usted pueda ayudarle, camarada Ardatov.

El policía estrechó la mano de Ferrer y amenazó con arrancársela de cuajo. Los ojos, azules y perspicaces, adornaban un rostro chato, de pómulos altos y reminiscencias asiáticas. El cabello moreno le clareaba en la coronilla; era mayor de lo que aparentaba.

—Encantado, señor Ferrer. —Su español sonaba bien aunque algo gutural—. Ojalá le sea de utilidad, como ha dicho el camarada cónsul general.

—Yo también lo espero.

Antonov-Ovseenko se despidió y los dejó solos.

El policía amontonó a un lado las carpetas que cubrían una silla y la arrimó a la mesa tras la que trabajaba.

—Póngase cómodo. —Aguardó a que Ferrer se sentara—. Usted dirá.

—Estoy investigando, por cuenta del gobierno catalán, unos crímenes especialmente brutales. —Ferrer no sabía si exagerar la cosa, mentir a medias o insinuar una parte de la verdad—. Hemos dado con un nombre que puede corresponder a uno de sus compatriotas.

—¿Se le acusa de algo concreto?

—No. —Se decidió por el medio embuste—. Creemos que tiene información sobre los crímenes; es un posible testigo.

Si la mentira coló, no se notaba ni en la cara ni en la actitud de Ardatov. Era un tipo bregado, se movía como pez en el agua entre la cortesía profesional y el distanciamiento personal.

—¿Puedo saber el nombre de su... testigo?

—Emilio. —El ruso no movió ni una pestaña al oírlo—. No sé su apellido. Estamos bastante seguros de que es uno de sus asesores; nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

Ardatov tomó aire y fingió pensárselo. Se le agradecía el esfuerzo.

—Me encantaría ayudarle, señor Ferrer, pero le sugiero que trate el asunto por los cauces establecidos: a través de la policía española. —Se puso el disfraz de burócrata—. De todos modos, los temas disciplinarios e, incluso, criminales en los que esté implicado un ciudadano soviético preferimos que se diriman ante nuestros tribunales.

—Lo entiendo.

—Y convendrá conmigo que ahora no es el mejor momento para pedir a nadie que abandone sus obligaciones para testificar por un crimen; nos jugamos demasiado en esta guerra.

Ferrer decidió apretar a ver qué pasaba:

—Lo que sucede es que para nosotros es muy importante resolver los asesinatos. No me gustaría acudir a mis superiores para que soliciten su colaboración por vía diplomática.

El farol no funcionó:

—Le recuerdo que el gobierno catalán ya no tiene competencias en orden público y, aunque las tuviera, no veo cómo podría modificar la posición de la Unión Soviética. —Una sonrisa luminosa le llenó el rostro—. Tenemos que ser inflexibles porque, como usted conoce por experiencia propia, señor Ferrer, nuestros enemigos aprovechan cualquier síntoma de debilidad para atacarnos.

De no ser por la sonrisa, las palabras de Ardatov hubiesen parecido una amenaza;

bien mirado, hasta con ella lo parecían.

Cruzó la avenida del Tibidabo esquivando el tranvía que subía hacia Vallvidrera.

El consulado de la Unión Soviética se encontraba en la torre del doctor Andreu, un prohombre que se forró con unas populares píldoras para la tos y varias operaciones inmobiliarias. De hecho, aquella avenida debía articular una ciudad jardín de lo más exclusivo, que no llegó a edificar. El doctor sí construyó, en cambio, el famoso parque de atracciones del Tibidabo, que formaba parte del grandioso proyecto.

A derecha e izquierda se levantaban mansiones de cuento de hadas. Prácticamente todas ellas habían sido requisadas. Las que no permanecían cerradas lucían las banderas del partido o del sindicato que se las habían apropiado; en los jardines, milicianos aburridos hacían guardia en sillas de mimbre. Algunos de aquellos palacetes fueron transformados en sanatorios para los heridos en el frente y para enfermos del pulmón; se distinguían por sus gallardetes rojiblancos.

Si antes de entrar en el consulado, Ferrer creía que los soviéticos podían estar liados en el asunto, ahora estaba convencido.

Ardatov había esquivado sus preguntas y ofrecido excusas poco creíbles; además, no había negado la mayor: que Emilio existía y era uno de los suyos.

Tomó conciencia también de que la *vía rusa* para acceder a la información estaba cegada, incluso contando con la colaboración de García Oliver.

Además, le preocupaban las palabras de despedida del policía.

Cuanto más pensaba en ellas más clara veía la advertencia.

Al principio no cayó en la cuenta, pero la expresión «como usted conoce por experiencia propia» sugería que aquel cantamañanas sonriente sabía mucho más de lo que admitía.

El joven alzó la lámpara de minero con la que iluminaban la sala.

Caminaban con precaución porque el suelo estaba lleno de maderas quemadas y de hierros retorcidos. El comercio, una antigua tienda de modas con taller de confección, fue saqueado durante los días de descontrol en julio de 1936.

Ferrer se acercó a los tablones que tapiaban el escaparate, a través de los resquicios espionó la calle y la fachada de La Pedrera.

—Se ve el puesto de guardia frente a la entrada principal —constató— y la fachada, la puerta y parte del patio de la calle Provenza.

—Ya le comenté que era un buen sitio —respondió el joven, un técnico que se ocupaba del mantenimiento eléctrico en la Casa Sedó.

—¿Dónde está el dormitorio?

—Atrás, venga conmigo.

Pasaron a la trastienda, apartaron los restos de un mueble que entorpecía el paso y atravesaron por lo que parecía el esqueleto de un armario calcinado.

—Estaba camuflado detrás de este ropero —explicó el joven.

El cuarto estaba vacío. Del techo y de las paredes salían cables eléctricos pelados. Alcayatas solitarias señalaban los lugares en los que colgaron cuadros.

—Tendría que haber visto esto en su momento de esplendor. —El técnico sonrió—. Trabajaban las aprendizas más guapas de Barcelona.

El muchacho se crio a dos portales de allí y conocía toda la manzana, escenario de sus juegos infantiles y de sus correrías juveniles.

—Los hombres entraban por donde lo hemos hecho nosotros, por la puerta que comunica la trastienda con el zaguán de la casa de vecinos —siguió—. Las chicas los esperaban aquí a la hora convenida.

—Sabe mucho de las rutinas de este lugar —comentó Ferrer.

—Estuve medio enamorado de una de las dependientas. —Se sonrojó.

La tienda ocultaba un negocio ilícito con el que los propietarios redondeaban sus ingresos: una habitación para citas amorosas. Las mujeres que ofrecían sus encantos eran o bien las aprendizas, muchas de ellas menores de edad, o bien señoras de buena cuna que necesitaban dinero y no se lo podían pedir al marido.

Había cambiado de manos varias veces y uno de los dueños hizo frente a acusaciones que iban desde proxenetismo a corrupción de menores y estupro.

—¿Cree que lo podrá acondicionar en dos días? —preguntó Ferrer.

—Si hay que hacerlo, se hará. Esconderemos toda esta porquería en el patio interior de manzana; si la sacamos a la calle, los guardias sospecharían.

El escaparate era el observatorio ideal para vigilar La Pedrera. Destinaría dos hombres a la labor; esperaba que no les ocupase muchas jornadas porque aquel agujero maloliente podía desquiciar al agente más equilibrado. Estudiarían el número de centinelas, sus turnos, horarios y rutinas, incluso, de los controles a los viandantes aun cuando parecieran aleatorios.

Ferrer volvió a estudiar el edificio de Gaudí.

En algún sitio de aquella mole de piedra y hierro forjado, los servicios secretos soviéticos guardaban el expediente de Emilio. Le habían cerrado los caminos legales para conseguirlo, así que recurriría a una medida extrema: el asalto a La Pedrera.

Sobre el tablero no había ni un papel más; se amontonaban planos, dibujos, diagramas y fotografías de La Pedrera. Tuvieron que buscar la mesa más grande de la Casa Sedó, en una de las salas de reuniones de la planta baja.

Ferrer y su equipo se pasaron el día recopilando la documentación disponible sobre el edificio. Fueron al Registro y visitaron despachos de arquitectos y oficinas de empresas constructoras.

Llenaron cajas enteras con papeles.

A partir de los permisos localizaron también a industriales —carpinteros, fontaneros y pintores— que habían realizado obras recientes en alguna de las viviendas; les pidieron las facturas, los planos y los dibujos o fotografías que conservasen.

Consiguieron, incluso, una copia del proyecto original de Gaudí por si hubiera lumbreras o respiraderos ocultos.

Quien entrase en el edificio a examinar la ficha de Emilio se jugaría la vida y debía conocer hasta los detalles más nimios de la casa y de sus actuales ocupantes.

—El señor de Argila le espera —anunció Irene, la secretaria de Ferrer—. Me ha dicho que se dé prisa porque tiene una cena en el palacio de la Generalitat y no puede retrasarse.

Aunque cada cual en los Servicios tenía sus propios informadores, en especial los agentes procedentes de la policía, Marcelo de Argila era el único autorizado a ponerse en contacto con un selecto grupo de soplones.

Se trataba de infiltrados en partidos, sindicatos, *consellerias* y, de ser ciertos los rumores, en el mismísimo gabinete del presidente de la Generalitat.

—Aquí me tiene, Toni, como un moderno Lucio Elio Sejano. ¿Ha leído sobre él, verdad? —De Argila había abierto la caja de caudales y sacó un cuaderno—. Fue contemporáneo de Jesucristo y el primer político que comprendió la importancia de tener informadores tanto en territorio enemigo como en campo propio.

—Espero que usted acabe mejor que él. —Ferrer se apoyó en la pared, junto a la puerta—. Por lo que recuerdo, el emperador Tiberio mandó estrangularlo.

El director sonrió ante el comentario y fue pasando rápidamente las hojas de la libreta.

—No midió bien sus fuerzas. —De Argila encontró la página que buscaba; anotó en un papel unas letras y unas cifras—. Cuando se es ambicioso es imprescindible saber hacerlo.

Guardó el cuaderno y cerró la caja. Realizó unos cálculos rápidos; las letras y los números que había apuntado estaban codificados. Los descifró.

—Será la primera vez que utilicemos a Tamino —dijo—. Es el único informador que tenemos en la cúpula de los comunistas.

Por el aire mozartiano de su nombre en clave, Ferrer supuso que Tamino debía de ser también masón.

—Este Tamino, ¿conoce las plantas reservadas a los soviéticos en La Pedrera?

—Mejor que eso. —De Argila arrastró el teléfono y pidió línea exterior a la operadora de la Casa Sedó—. Trabaja en ellas como traductor. Muchos de los agentes comunistas de la NKVD no son rusos y hablan entre ellos en francés. Por lo que sé, hasta sus informes a Moscú los envían en esa lengua.

Sonó el teléfono. Ya tenía línea. Marcó y esperó a que respondiesen.

—Buenas noches. —De Argila no se presentó, sabía que podían tener pinchadas las líneas y no iba a dar pistas gratuitas—. Debe estar a punto de cenar, no le entretendré, querido amigo. —Intercambiaron unos comentarios intrascendentes—. ¿Puede pasarse mañana por casa? ¿A la hora del almuerzo? —Miró a Ferrer, este asintió—. De acuerdo. Nos vemos mañana, pues.

Tras colgar, anotó una dirección.

—Tenga, Toni, guárdela. —Le dio el papel—. Le esperan a las doce y media. Preséntese como Amadeo.

Ferrer estaba sorprendido por la forma en la que se había concertado la entrevista.

—Ha palidecido —soltó De Argila con humor—. Tranquilícese, no he hablado con Tamino; no iba a exponer así a nuestro hombre. He iniciado un proceso que acabará en un discreto apunte a lápiz en un periódico que le dejarán mañana en el buzón.

—¡Jefe! —Un operador entró corriendo, parecía muy excitado—. Tiene que ir a la sala de radio ahora mismo. ¡Es una noticia bomba!

Al entrar oyeron la voz grave, inconfundible, del locutor de Radio Castilla de Burgos, una de las principales emisoras fascistas.

—¿Qué sucede? —preguntó De Argila.

Él y Ferrer se abrieron paso entre la docena de agentes y técnicos que rodeaban el aparato receptor.

—Aguarden un minuto —respondió el operador—. Van a repetir la noticia.

El director echó un vistazo al reloj que colgaba en la pared. Pasaban unos minutos de las siete y media. Ya iba con retraso a una cena con el presidente y media docena de personas de su confianza en temas de seguridad. Un mes después del inicio de los combates de mayo, la situación continuaba inestable; aquel mismo día habían dimitido o cesado los principales mandos del orden público en Cataluña. Fabuloso.

—Callaos, por favor —el operador mejoró la sintonía, el sonido les llegó más limpio de parásitos.

Ferrer contuvo la respiración mientras el locutor leía un parte oficial.

Cuando acabó la lectura, el silencio en la sala fue absoluto.

—Discúlpenme —dijo Ferrer—. Tengo que irme.

Marcelo de Argila, el único que sabía lo que le sucedía, se despidió de él con una cariñosa palmada en la espalda.

—¿Estás seguro? —Regina se sentó, estaba exangüe.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

—Te lo agradecería.

Mientras bebía, miró a los ojos de Ferrer.

—No me has respondido a la pregunta, Toni —insistió—. ¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy. Radio Castilla ha dado los nombres de los oficiales que acompañaban al general Mola; tu marido era uno de ellos.

—¿Han dicho lo que les ha sucedido?

—Parece ser que volaban de Vitoria a Burgos cuando les absorbió una tormenta y su avión se estrelló.

—¿Te lo crees?

—Mi opinión no es objetiva, he hecho de la desconfianza mi profesión. Me escama que los dos generales que podían hacer sombra a Franco hayan muerto en dos accidentes aéreos distintos. —Ferrer se refería a Sanjurjo y Mola—. No soy un experto en estadística, pero no me parece normal.

Ella no dijo nada más. Unas lágrimas le resbalaron por la mejilla. Aunque hacía años que ya no amaba a Martín, su muerte repentina acentuaba la sensación de pérdida tras los fallecimientos de su madre y, no hacía ni dos años, de su padre.

—Soy una tonta sentimental. —Se enjugó los lagrimones—. No lo puedo remediar.

Ferrer le acarició la espalda.

—Eres una persona maravillosa —le susurró al oído.

—Abrázame, Toni, por favor.

Ferrer se fijó primero en el suelo ajedrezado de mármol y luego en el sobrecargado ornato de las paredes; espejos, candelabros y lápidas con inscripciones alegóricas se disputaban el espacio disponible. Por sus dimensiones, destacaba un tapiz con el símbolo más conocido de la masonería, la escuadra y el compás, bordado en plata sobre brocado.

—¿Es su primera visita a una logia masónica, Amadeo?

Lo de Amadeo le pilló desprevenido y casi no se dio por aludido.

—¿Tanto se me nota? —Ferrer se giró.

—Digamos que no sabe qué mirar. —El recién llegado se situó en el centro del salón—. Todo tiene un orden y un porqué; algún día quizá pueda explicárselo.

—Le advierto que soy un incrédulo... Tamino.

El hombre hizo un gesto para que le acompañara a una habitación adyacente.

—La guerra me está volviendo también más descreído —Tamino le cedió el paso—, aunque me mantengo fiel a algunos principios éticos que me permiten seguir a flote.

El cuarto estaba decorado con mayor sobriedad que el salón; apenas unos grabados decimonónicos de edificios clásicos, todo columnas y racionalidad geométrica. En un aparador brillaban una docena de vasos grandes y dos botellas de *whisky*.

Ferrer llevaba varios planos que dejó sobre una mesa de comedor.

—El asunto que se traen entre manos debe de ser muy delicado para que se hayan puesto en contacto conmigo —dejó ir Tamino—. ¿Tiene algo que ver con esta noche de locos?

De madrugada, patrullas de control anarquistas y guardias de asalto se liaron a tiros en el Paralelo, Ronda de San Pablo y en los alrededores de las Ramblas. Hubo, al menos, cinco muertos y otros tantos heridos.

—No, en absoluto —respondió el detective—. No es un tema de... dominio público.

Tamino se sirvió un dedo de licor.

—Usted dirá, Amadeo, dispongo de una hora para hablar de lo que quiera.

A Ferrer, la cara le sonaba de alguna fotografía de prensa; un rostro en segundo plano tras el de Joan Comorera, el líder de los comunistas catalanes. Vestía un traje sobrio y elegante, hecho a medida, seguramente. Los ojos verdes, enmarcados por unas pestañas largas y femeninas, daban personalidad al rostro maduro y vulgar.

—Tengo entendido que trabaja para el PSUC en La Pedrera —empezó Ferrer.

—Soy traductor de francés y actúo de enlace con los miembros de la Internacional Comunista en Barcelona. También recibo a los representantes de partidos hermanos de todo el mundo cuando vienen.

—De los que residen en Barcelona, ¿cuántos son agentes secretos soviéticos?

—Muchos, no lo sé con exactitud. Es difícil calcularlo porque usan tapaderas muy buenas.

Ferrer lo sabía mejor que nadie.

—¿Quién es el jefe?

—Yo apostaría por Ernő Gerő; tiene un cargo relevante en el Komintern. — Tamino se humedeció los labios—. Es húngaro y se hace llamar Pedro.

—¿Puede usted entrar en su despacho?

—¿En el de Pedro? Sí, aunque debo pedir cita. A los rusos no les gusta que los españoles subamos a la quinta planta; es su reino de taifa.

—¿Tiene algún archivo personal en el edificio?

—Ha habilitado una sala para guardar los documentos importantes. —Las preguntas de Ferrer empezaban a incomodarle—. Instalaron estanterías y cajoneras.

—¿Quién tiene acceso?

—Es muy restringido, entran Pedro y un par de secretarios.

Ferrer fue desenrollando los planos hasta que encontró el del quinto piso; lo extendió sobre la mesa y lo mantuvo abierto con un vaso en cada esquina.

—¿En dónde está ese archivo?

Tamino estudió el plano con detenimiento.

—Aquí. —Señaló una sala con el dedo.

—¿Está seguro?

—Del todo. —Indicó otra estancia—. Este es el despacho de Pedro.

El detective sacó la pluma y las marcó.

—¿Puede describirme las medidas de seguridad? Me interesan los lugares en los que haya centinelas y los puntos de control interior.

—No quiero oír más. —Tamino había adivinado sus intenciones—. Ha perdido el juicio si cree que puede penetrar en La Pedrera sin que lo maten.

—Permita que eso lo evaluemos nosotros.

El hombre movió la cabeza con impaciencia.

—Olvídese, Amadeo, por su bien y por el mío. Si fracasa, que fracasará, habrá una caza de brujas y yo también caeré. —La cara había perdido el color—. Es el edificio mejor protegido de España, solo un fantasma podría entrar.

—¡Ni hablar del peluquín! Es un suicidio.

Pocas veces las palabras de Eddy habían sonado tan contundentes.

—Si no detenemos a ese monstruo, continuará matando —porfió Ferrer.

Llevaban un buen rato discutiendo en el comedor delantero del hotel Continental, el que daba a la plaza de Cataluña. Todavía quedaban huellas de los combates de mayo aunque habían sustituido los cristales agujereados por las balas.

Era media tarde y estaban solos. Ferrer, además, pidió al *maître* que no les molestaran.

Eddy había trasladado allí su centro de operaciones desde el hotel Majestic, muy vigilado por culpa de la presencia continua de autoridades españolas e internacionales. En el Continental la clientela era menos famosa y más cosmopolita. Por su situación privilegiada, abundaban los extranjeros —desde periodistas a delegaciones de buena voluntad— que necesitaban un guía con don de lenguas. Y él era el cicerone perfecto.

—Me indigna tanto como a ti que un asesino ande suelto, Toni, y que tengas que jugarte el cuello para saber quién es —resumió sus argumentos—. Pero esa idea tuya de asaltar La Pedrera es descabellada.

—Solamente te pido que estudies la propuesta, que la mires con los ojos de Fantômas.

—No, amigo mío, no voy a hacerlo. La Pedrera no es un hotel de París ni los tipos que hay dentro son millonarios aburridos y podridos de dinero. —Señaló hacia el paseo de Gracia—. Aquel puñetero edificio es una trampa mortal.

Se cruzó de brazos en actitud defensiva.

—Por eso mismo, Eddy. Es un desafío al que solo puede enfrentarse alguien excepcional. —Ferrer cambió de táctica—. Tú eres el único que tiene la experiencia y el valor para superar ese reto.

—No sigas por ahí; haciéndome la rosca no vas a conseguir nada.

Eddy se levantó, apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia el detective.

—Si me hubiese dejado llevar por el orgullo hace tiempo que estaría muerto o pudriéndome en la cárcel. —Se colocó bien la chaqueta—. Ahora, Toni, con tu

permiso o sin él, vuelvo a mi habitación. En dos horas voy a cenar con una encantadora periodista holandesa y tengo que arreglarme.

Ferrer no intentó retenerle. Conocía bien a su amigo y sabía que no iba a ceder. Al menos no con los argumentos que había empleado hasta ahora. Chascó la lengua con disgusto: fue muy torpe al apelar a la vanidad de Fantômas, el fantasma.

Pegó la frente al cristal de la ventana y siguió las carreras de dos niños por la plaza. Enfrente vio el antiguo hotel Colón, ahora en manos del PSUC, cubierto de banderas rojas y de grandes pancartas. Desde una foto gigantesca, Stalin no le quitaba el ojo de encima. El muy jodido.

—Por favor. —Alzó la mano y llamó a un camarero—. Le importaría mandarme un botones. —Sacó la pluma y una tarjeta—. Que traiga un sobre, tendrá que entregar un mensaje fuera del hotel.

—El miércoles la acompañé a la velada del Gran Price. —Eddy acabó de extenderse la espuma de afeitar y entró en el baño—. Gritaba como una posesa cada vez que Sanz le atizaba a Guillén.

—Leí que fue un buen combate —comentó Ferrer, al que el boxeo no le hacía ni fu ni fa.

—Emocionante, al menos. Ganó Sanz a los puntos; se zurraron bien. Hasta nos salpicó la sangre porque nos ubicaron cerca del *ring*; inconvenientes de ir con una periodista demasiado lanzada.

Ferrer estaba sentado en la única silla de la habitación de Eddy, frente al secreter. Dibujaba garabatos en un papel de carta con membrete del hotel. Poco después de la discusión en el comedor, subió para pedirle disculpas y aguardar acontecimientos.

Le comían los nervios. Hacia hora y media que había enviado el mensaje y aún no tenía respuesta.

—Va a quedarse en Barcelona una semana más. —Eddy seguía acicalándose—. Le he pedido que se mude aquí; el periódico de La Haya le paga una pensión de mala muerte cerca del puerto.

—Supongo que habrás escondido el cofre.

—Naturalmente. —Asomó la cabeza—. Me costaría mucho explicárselo.

En sus viajes, Eddy tonteaba con mujeres de aquí y de allá hasta que, en Guatemala, una de ellas se suicidó en la habitación que compartían. El seductor escapó de la justicia por muy poco. Meses más tarde pagó a un sepulturero para que le consiguiese el cráneo descarnado de la joven. Lo guardó en un cofrecillo rojo que le acompañaba siempre; un recordatorio del riesgo de jugar con los sentimientos ajenos.

Cuando llamaron a la puerta, el casanova del crimen aún andaba perfumándose.

—¿Te importa abrir, Toni? Salgo en dos minutos. —Cerró la puerta del baño.

Era el inspector Belmonte.

—Traigo lo que me pedías en la tarjeta —dijo al entrar.

Dejó sobre la cama un maletín negro. Miró a Ferrer con un signo de interrogación en la cara.

—Nuestro hombre está en el cuarto de baño —le explicó el detective—. Tiene una cita; has llegado a tiempo.

—Me ha costado Dios y ayuda conseguir todo esto y sacarlo de la comisaría. —Abrió el portafolios, estaba lleno de carpetas.

Belmonte se sentó en la cama y tomó el primer *dossier*, se lo pasó a Ferrer.

—He tenido que pedir favores —se quejó el inspector.

El detective simuló ojear su contenido pero estudió al policía. Su aspecto era desaliñado, alejado del atildado inspector con el que tuvo el primer roce hacía más de dos meses.

Se consumía, esa era la palabra que mejor definía su paulatino deterioro físico.

—Mis superiores me ponían tantos obstáculos que opté por trabajar a escondidas. —Belmonte sacó el sucedáneo de tabaco y se llevó un cigarrillo a la boca—. ¿Hay algún cenicero por ahí?

—No, Eddy no fuma y pide que se los retiren. —Ferrer cerró la carpeta—. Jura que el tabaco afecta a su fuerza física.

—¡Acabáramos! —Devolvió el cigarro al paquete—. La verdad es que toso mucho.

—Deberías cuidarte, Belmonte. —Buscó palabras que no hirieran—. Me preocupa tu salud, necesitamos que estés al cien por cien de tu capacidad.

—Lo estoy, Ferrer, lo estoy. Lo que pasa es que me irrita tanto silencio y tantos obstáculos burocráticos. —El inspector se pasó la mano por la barbilla mal afeitada—. Me ofrecí para el turno de madrugada y pude copiar los expedientes. Por cierto, tuve que aflojar la mosca a un par de compañeros de Vía Layetana para que miraran hacia otro lado.

—No te preocupes, pediré más fondos al director de los Servicios.

—El único alivio es que ese hijo de puta ha dejado de matar.

—Yo no estaría tan seguro, cualquier día puede aparecer un cadáver que haya permanecido oculto.

La puerta del baño se abrió y salió Eddy. Vestía unos pantalones oscuros recién planchados y camiseta blanca; los tirantes le colgaban a la altura de las rodillas. En el perchero colgaba una camisa almidonada.

Se sobresaltó al encontrarse con compañía inesperada.

—Este es el inspector Belmonte —lo presentó Ferrer—. Le he pedido que viniera porque necesito comentar con él mis gestiones en el consulado soviético. Hasta ahora lo conocías por las notas que dejaba en tu casillero de recepción para mí.

—Encantado. —Eddy le tendió la mano.

—Lo mismo digo. —Belmonte se puso en pie—. Su cara me suena mucho, señor...

—Eduardo Arcos, ¿no le ha dicho Toni quién soy?

—No. —El inspector miró a Ferrer—. ¿Tendrías que haberlo hecho?

—Tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos no lo consideré necesario —adujo el detective—. Hasta hoy.

Ferrer hizo un sucinto, y algo edulcorado, resumen biográfico de Fantômas.

—Durante la Gran Guerra europea trabajé en España más de lo aconsejable y, en 1916, me detuvieron en Madrid por primera vez en mi vida —remató la historia Eddy.

—¿Le arrestó el comisario Fernández-Luna, por un casual? —Belmonte hizo memoria.

—Por casualidad, no; el puñetero era muy bueno —replicó el ladrón—. Ni Scotland Yard en Inglaterra ni la Sûreté francesa me habían inquietado nunca.

—Cuando me destinaron a la Brigada de Investigación Criminal me enseñaron el informe. Su captura fue un verdadero hito.

Ferrer empezó a jugar con una de las carpetas con fotografías de las niñas y cambió de tema.

—Los soviéticos no quieren colaborar —dijo—. El responsable de seguridad me lo ha dejado muy claro.

—¿Le explicaste el caso? —se extrañó Belmonte.

—No entré en detalles, pero le hablé de crímenes y de asesinatos. Ni se alteró.

—A lo mejor tendrías que haber sido más explícito —objetó el policía.

—Por la razón que sea, los rusos no van a mover un dedo ni les interesa que nosotros lo movamos.

Eddy miró impaciente el reloj, no quería interrumpir la discusión pero la hora de la cita se acercaba.

—Puedes intentarlo de nuevo. —Belmonte señaló el maletín—. Ahora contamos con más elementos para hacerles cambiar de idea.

—Vamos, inspector, no harán nada. ¿Qué más tiene que pasar para que te convenzas? Alguien con mucho poder presiona a la Comisaría General para que eche tierra sobre el asunto. ¿Conoces a alguien con más fuerza que los rusos?

Ferrer se acercó a Belmonte para subrayar la fuerza de sus palabras:

—O a lo mejor ya te has dado cuenta de lo que sucede y es eso lo que te está carcomiendo.

El inspector apretó los puños pero no dijo nada.

Ferrer continuó:

—En La Pedrera guardan los expedientes de todos sus agentes en España. —Dejó que el contenido de la carpeta se desparramara sobre la colcha—. Fantômas es el único que puede entrar en ese edificio y acceder a los archivos, pero dice que no tiene sentido arriesgarse, que no vale la pena.

Extendió las fotografías con la mano. Correspondían al hallazgo del último cadáver: el pelo rubio sucio, los ojos sin vida, el pequeño cuerpo desmadejado en el

barrizal.

—¿Verdad, Eddy?

La genialidad, entendida como la capacidad extraordinaria de un ser humano para la excelencia en una actividad, ha estado sujeta a controversia durante siglos. La teoría más común sostiene que el genio aúna la inspiración en unos momentos concretos con la capacidad permanente de trabajo y de observación.

Sin embargo, algunas corrientes de pensamiento de finales del siglo XIX, encabezadas por el eminente antropólogo y criminólogo italiano Cesare Lombroso, asimilaron la genialidad con la neurosis. Como prueba irrefutable citaban los trastornos psiquiátricos y la tendencia suicida de numerosos personajes tenidos por geniales.

Si se acepta que el crimen —y en concreto el robo de guante blanco— puede ser considerado una actividad susceptible de excelencia, Eddy encajaba en ambas categorías de genio. Su amor al peligro rozaba la neurosis, pero, por otro lado, era un trabajador infatigable que preparaba los golpes a conciencia y no dejaba nada al azar. Por eso no fallaba nunca.

—Acerca la lámpara, por favor —pidió Eddy desplegando el plano de la planta quinta de La Pedrera.

Ferrer movió la lámpara hasta que iluminó el lugar que señalaba su amigo.

Eddy llevaba más de una hora revisando los datos sobre las rutinas de los guardias, los mapas del barrio y los planos del edificio con las notas de Tamino; situaba fotografías en los lugares correspondientes, realizaba recorridos con los dedos y anotaba las distancias aproximadas.

Ferrer sabía que, en su época dorada, Fantômas era capaz de memorizar hasta el más pequeño detalle de una estancia tras estudiarla unos segundos. Algún día la medicina acabaría bautizando esa habilidad: memoria instantánea, memoria fotográfica o algo por el estilo. Esa destreza le permitía actuar a oscuras y emplear la linterna solo en el momento de forzar la caja de caudales.

El equipo de limpieza de los Servicios había hecho un magnífico trabajo en el nido de amor de la tienda de moda. No quedaban restos del incendio y habían montado algunos muebles y un infiernillo para calentar comida y hacer más llevaderas las guardias.

—El muchacho que ha arreglado todo esto me ha sido de gran utilidad —comentó Eddy—. Conoce al dedillo los edificios en ambos lados de la calle.

—Ha vivido toda su vida aquí y sabe en dónde están todos los escondrijos, legales e ilegales.

—Hay un depósito en el edificio contiguo a La Pedrera que puede irnos muy bien —hizo una señal con un lápiz rojo en uno de los planos.

Fueron hacia la parte delantera del comercio. Eddy contempló de nuevo el

panorama a través de los tablones del escaparate y ahogó una carcajada. Murmuró un par de cosas para sí mismo.

—Toni, ¿conoces a alguien en la compañía eléctrica?

Fantômas había vuelto.

—Parece que por fin se han acabado los tiros —dijo Eddy desde el camastro.

Era el primer domingo de junio.

—Desde luego, los vigilantes de La Pedrera están ahora más tranquilos. —Ferrer había cubierto con su guardia el último tramo de la madrugada—. Incluso han retirado parte de los sacos terreros.

El gobierno había decidido disolver las patrullas de control y se había armado la marimorena durante varios días seguidos.

—Los taxis están circulando con normalidad —comentó el detective—. Es una buena señal, son un termómetro de los conflictos.

Fantômas se desperezó. Ferrer admiraba su capacidad para dormir cuándo y dónde le apetecía. Tenía un interruptor en el cerebro que conectaba y desconectaba su cuerpo a voluntad. Era un rival temible, siempre descansado y listo para la acción.

—¿Ha llegado ya el relevo, Toni?

—Sí, señor. Han traído unos bollos. —Ferrer hizo rotar los hombros para desentumecerlos—. ¿Quieres desayunar con nosotros?

—No, gracias. He quedado con mi holandesa. —Sacó el reloj del bolsillo del pantalón—. Tengo el tiempo justo para hacer ejercicio, adecentarme un poco y presentarme en el comedor del hotel.

—Gracias por el sacrificio.

La periodista neerlandesa se había instalado por fin en el Continental y Eddy, en lugar de disfrutar de su más que grata compañía, se había pasado las tres últimas noches —viernes, sábado y domingo— con Ferrer en aquel tugurio.

Aguardaban a que una alarma aérea oscureciera por completo la zona y dejara sin electricidad La Pedrera.

La oscuridad, ese sería el momento.

—Si lo miramos por el lado positivo, los retozos matinales con ella son más apasionados y no hay silencios incómodos después, porque no tenemos tiempo.

Eddy saltó de la cama, colocó una pequeña alfombra en el suelo, se sentó con las piernas cruzadas e inició una curiosa tabla de movimientos que descoyuntarían a cualquier otro. Se trataba de una técnica hindú que había aprendido en Inglaterra. Le permitía mantener las articulaciones flexibles y evitar los calambres cuando se veía obligado a permanecer mucho tiempo en la misma postura.

—La guerra es un terrible contenedor de trágicas paradojas. —De vez en cuando, Eddy se quitaba la máscara mundana.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te has dado cuenta de que para resolver unas muertes aguardamos un bombardeo que provocará otras?

Las primeras alarmas habían sonado a las seis y media de la tarde del lunes. Demasiado pronto para sus planes.

Esta vez, sin embargo, la alerta se estaba prolongando mucho más de lo habitual.

—Puede que la suerte se haya aliado hoy con nosotros, Eddy —dijo Ferrer.

Hacia las ocho, el cielo encapotado y una neblina pegajosa empezaron a oscurecer la ciudad.

—Toca madera. —Fantômas golpeó con el puño lo que quedaba del marco de una puerta.

Tanto el uno como el otro se habían personado en la tienda en cuanto se dieron cuenta de que aquella podía ser su oportunidad.

A las nueve, el Ensanche seguía sin electricidad. Los tranvías vacíos y abandonados en medio de las calles acentuaban la sensación de ciudad muerta.

Todo el mundo estaba a resguardo, fuese en refugios públicos o en sótanos particulares; estos últimos eran, en su mayoría, lugares seguros siempre que no impactara un obús de los grandes contra el edificio o les cayera una bomba incendiaria.

—Espero que no le peguen ningún bombazo a La Pedrera y me pille dentro —soltó Eddy—. Con lo que abulta, es un blanco fácil para un avión.

—Tranquilo. García Oliver me explicó una vez que, por muchas bombas fascistas que cayeran sobre Barcelona o Madrid, ninguna acertaba a los lugares ocupados por los rusos.

—Debe ser cosa de magia potagia.

—Prefiero no pensar en otras alternativas, me indignaría.

—Las nueve y diez. —Ferrer acercó el reloj al candil para ver bien la hora—. Tenemos garantizada la oscuridad hasta las diez menos cinco, como poco.

—¿Estás seguro de que vuestro hombre cumplirá?

—Le hemos ofrecido una pequeña fortuna de la que ha percibido una cuarta parte. Si quiere cobrar el resto, tendrá que hacerlo.

En cuanto Eddy aceptó participar en el asalto a La Pedrera, dejó muy claro que solo podría hacerse a oscuras y con los centinelas más pendientes de las bombas que de los intrusos. Ferrer sobornó a un técnico de la central eléctrica para que alargase el corte de fluido tres cuartos de hora más de lo que durase la alarma por bombardeo.

—¿No levantará sospechas un apagón tan prolongado? —preguntó Eddy sacando de una maleta su ropa de trabajo.

—De ninguna manera —lo tranquilizó Ferrer—. Las centrales eléctricas suelen

ser blanco de los aviones y nadie se extrañará, créeme.

El detective fue a echar un ojo a su objetivo a través de los tablones. La masa negra de La Pedrera se recortaba contra el cielo gris.

—Ha llegado el momento, Toni.

Fantômas vestía el pijama negro que le había hecho famoso en Francia, creando un mito que pronto pasó a la literatura de la mano de Pierre Souvestre y Marcel Allain. Se ajustaba al cuerpo y llevaba una capucha que le tapaba la cara por completo, salvo dos agujeros para los ojos. No se la había puesto aún.

—Toma. —Ferrer le entregó una cámara—. Es una Leica con la óptica adaptada para fotografiar documentos. La calidad óptima la da a unos cuarenta centímetros.

Ferrer y Fantômas estaban junto a la medianera de La Pedrera. La oscuridad era total. Habían forzado la puerta principal de la casa vecina y subido a la azotea sin llamar la atención.

Eddy comprobó una vez más el material: linternas, cuerdas y la Leica. Lo guardaba en una bolsa negra que colgaba en su espalda. El detective le había hecho practicar la carga y rebobinado a ciegas de la película fotográfica.

Eddy se encapuchó, se subió al depósito del agua y de allí pasó a la pared.

Ferrer lo había visto sujetarse con la punta de los dedos en el marco de una puerta y levantar el cuerpo, a pulso, veinte veces seguidas. Trepas por aquel muro, apoyándose en las irregularidades de la piedra, era pan comido.

Entre la oscuridad, el pijama negro y la niebla, diez segundos después de iniciar el ascenso, Fantômas se confundía con la noche.

IX EMILIO

La alarma duró hasta las nueve y media; fue la más larga en lo que iba de año. La Pedrera permaneció a oscuras cincuenta minutos más. El tipo de la central eléctrica cumplió con creces el encargo y Ferrer le hizo llegar a la mañana siguiente el resto del dinero. Lorenzo, que actuó de correo, bromeó sobre la posibilidad de fugarse con la pasta. No sería el primero ni el último; desde hacía una semana, la policía buscaba a un capitán belga de las Brigadas Internacionales que se había escapado con dieciocho mil pesetas de la caja del cuartel de la avenida de Icaria.

Los pisos superiores de La Pedrera, en donde se encontraban las oficinas de los soviéticos y el archivo de Pedro, eran los más peligrosos en caso de impacto de una bomba. Por eso, durante la alerta, los centinelas se refugiaron en las plantas inferiores dejando el terreno libre a Fantômas.

Eddy fotografió el expediente de Emilio y los de otros agentes, además de documentos que, por su título y número de sellos, le parecieron importantes. Disparó dos carretes completos.

La huida fue tan discreta como la entrada y, a eso de las diez, ambos descansaban —es un decir— en la tienda de modas.

Permanecieron en aquel cuchitril hasta las seis de la mañana, cuando las calles cobraron vida. Eddy regresó al hotel en busca de su holandesa —la acción le estimulaba la libido— y Ferrer fue directamente a la Casa Sedó. Al entregar los negativos cruzó los dedos para que no hubiese ningún problema en el laboratorio.

El positivado de las fotografías fue más lento de lo que los nervios de Ferrer podían soportar sin que le entraran unas ganas locas de darse cabezazos contra las paredes del despacho.

El técnico del laboratorio apareció a primera hora de la tarde con un sobre grande de papel marrón y un buen número de excusas.

—Perdone el retraso, señor Ferrer, pero hemos tenido mucho trabajo porque las imágenes fueron tomadas en unas condiciones de luz deplorables.

—Utilizamos linternas.

El hombre sacó una de las fotos. Ferrer apartó los restos del almuerzo para no mancharla.

—El resultado, y perdóneme la inmodestia, creo que justifica la espera. —El técnico buscó una lupa en el bolsillo de su bata blanca y se la pasó.

El detective examinó la copia del documento con el cristal de aumento. El texto era legible. Sacó el resto de fotografías.

—Excelente trabajo. —Todas eran de una calidad más que aceptable—. Les agradezco el esfuerzo.

No bien hubo salido el técnico, Ferrer buscó el expediente de Emilio.

Allí estaba: seis hojas escritas en francés, la *lingua franca* de los agentes soviéticos en el extranjero.

Leonid Shájtinski, *Emilio*. Oficial de la NKVD, la policía política de Stalin y su brazo ejecutor.

Nació en 1900 en una explotación minera de los montes Urales, la frontera natural entre Europa y Asia. Boris Shájtinski, su padre, era ingeniero y activista político. Tras la fallida revolución de 1905, la familia huyó de Rusia y se estableció en Inglaterra.

Un año después volvieron a mudarse. Boris aceptó la gerencia de una mina de cobre, de propiedad británica, en el departamento de Cajamarca, en el norte de Perú. El pequeño se educó en la escuela para los hijos del personal directivo y técnico de la compañía; a los dieciséis años hablaba ruso, inglés y español.

En 1920, el joven Leonid Shájtinski dejó los estudios de ingeniería en Lima y regresó a Rusia para luchar en la guerra civil. Se enroló en el Ejército Rojo y pronto destacó por su inteligencia, crueldad y habilidad con las armas. Ascendió a oficial y fue asignado a una unidad de contraespionaje, convirtiéndose en uno de los mejores interrogadores de los servicios de información militar. Nada decía el expediente sobre sus métodos pero no se necesitaba excesiva imaginación para adivinarlos.

Al acabar la guerra, en 1922, fue asignado a la recién nacida GPU, una fuerza policial que juzgaba y ejecutaba, sin garantías legales, tanto a ciudadanos soviéticos como de otras nacionalidades, dentro y fuera de la Unión Soviética.

La GPU convirtió la tortura en una ciencia e hizo del crimen de estado su gran especialidad.

En 1934, los servicios policiales y de inteligencia soviéticos se reorganizaron bajo una remozada NKVD. Gracias a su dominio del español y del inglés, Leonid Shájtinski se convirtió en el principal interrogador y ejecutor itinerante de la organización.

Un asesino profesional en perpetuo movimiento.

A finales de 1936, aterrizó en España, como asesor, con el nombre en clave de Emilio. Primero trabajó en Valencia y, en febrero, fue trasladado a Barcelona, en el marco de una operación contra elementos contrarrevolucionarios relacionada con alguien, o algo, llamado Nikolai.

Una nota manuscrita en un francés deficiente aconsejaba a su supervisor que lo atara corto. En varios de sus destinos, Shájtinski había protagonizado oscuros episodios sexuales con niñas y adolescentes, incluyendo dos denuncias por violación. En ambos casos, sus jefes se limitaron a trasladarlo a otra ciudad.

Era su hombre.

Ferrer buscó el retrato de aquel cabrón. Eddy disparó la cámara cuatro veces, cambiando la luz y la distancia focal, para conseguir una imagen nítida: pelo rubio, rostro lampiño, pómulos altos y ojos claros que parecían fríos —¿o era sugestión?

Revisó el resto del material.

Encontró dos documentos muy interesantes que duplicaría para el inspector Belmonte: una relación de casas francas rusas en Valencia, Barcelona y Madrid y una lista con policías de confianza de los soviéticos en las tres ciudades.

Escogió la mejor foto de Emilio y separó las imágenes de otros dos agentes rubios.

—Llévelas al laboratorio, Irene, por favor. Necesito una copia ampliada de las caras de estos tipos. —Entregó las fotografías a su secretaria—. Voy a asearme y volveré en una hora para recogerlas.

Cuando guardó el resto de fotografías en el sobre, se fijó en una petición de Emilio a sus superiores. Solicitaba materiales para fabricar munición artesanal. Ferrer tocó la bala que casi le voló la cabeza y que guardaba en el bolsillo como un amuleto; ahora ya conocía su origen. Saberlo no le tranquilizó nada.

El secuestro de las cuatro niñas, ejecutado con limpieza y sin dejar rastro, no podía ser fruto de la improvisación o de un impulso repentino. Una, quizá; cuatro, imposible.

Emilio había calculado al milímetro cada uno de sus movimientos; el detective sabía, por los informes de la NKVD, que la planificación era su punto fuerte como agente.

Se aprovecharía de eso.

Del mismo modo que en la lucha japonesa se utilizaba la fuerza del rival en beneficio propio, Ferrer usaría a su favor lo mejor de su enemigo: la preparación previa de los asaltos.

Para planificar las acciones, Emilio tuvo que acechar a sus presas durante unos días y con un físico como el suyo era difícil que hubiese pasado desapercibido.

Hasta ahora, nadie había mencionado a un sospechoso rubio, pero no era lo mismo apelar a la memoria de una persona que mostrarle una fotografía.

Pronto lo comprobaría.

Los niños jugaban a fútbol en la polvorienta explanada junto al poblado de barracas. Perseguían una pelota de trapo a patadón limpio. Casi todos ellos iban descalzos, unos porque no tenían calzado y otros porque no querían que les cayera una bronca por destrozar las alpargatas. A una prudente distancia de aquellos brutos, las niñas, sentadas en corro, se divertían con un sencillo juego de palabras y canciones.

Ferrer se acercó al círculo femenino y se agachó.

—Hola, me llamo Toni y soy investigador —se presentó.

—¿Y eso qué es? —preguntó una chiquitaja de sonrisa mellada.

—Es como un policía —le respondió la espabilada del grupo—. ¿A que sí?

Siete pares de ojos se clavaron en él.

—Eso es —corroboró Ferrer.

Sacó las fotografías de los tres rusos. Se las dio a la niña que tenía más cerca para que las distribuyera entre sus amigas.

—Mirad bien estas fotos y decidme si habéis visto a alguno de esos hombres —dijo—. Tomaos el tiempo que necesitéis.

Las imágenes corrieron de mano en mano y las voces excitadas por el reconocimiento sonaron enseguida.

—¿Habéis reconocido a alguien?

Cuatro de ellas señalaron entre gritos una de las fotografías, la de Emilio.

—¿Estáis seguras? —insistió Ferrer.

—Sí —la espabilada se convirtió en portavoz—. Nos pensábamos que llevaba caramelos y que nos daría.

—Pero no llevaba —aclaró la mellada.

—¿Cuántas veces vino?

Miradas de consulta. Espabilada tomó de nuevo la palabra:

—No lo sé, nosotras lo vimos una o dos veces.

—¿Qué hacía aquí? ¿Hablabas con alguien?

La niña agitó la cabeza con vigor en una clara negación.

—No hacía nada. —Se iba envalentonando—. Se quedaba allí *parao* como un pasmarote.

El comentario fue recibido entre carcajadas por sus compañeras. Ferrer también se rio.

—¿Lo visteis hablar alguna vez con Clara?

—¿Quién es esa? —se extrañó la portavoz.

—La niña mayor que mataron hace muchos días —la mellada la socorrió—. Yo la conocía porque era mi vecina, pero no jugaba con nosotras.

—¿Habló con el rubio? —Ferrer repitió la pregunta.

Nuevo meneo general de cabezas.

—Aquel señor no hablaba con nadie.

Cuando llegó a Sarriá empezaba a oscurecer y solo el arrullo de las palomas animaba las calles vacías. Ferrer dejó que el aire fresco le acariciase la cara; soplaban una brisa muy suave que mantenía la temperatura unos grados por debajo de la del centro de la ciudad, inmersa en el bochorno típico del final de la primavera barcelonesa.

Se quitó el sombrero, se aflojó el nudo de la corbata y empezó a caminar sin

rumbo, disfrutando de aquellos inusuales momentos de paz.

Tras la conversación con las niñas de las barracas y con los padres de Clara —que no aportaron nada nuevo—, se había dirigido a Pedralbes, al palacete en el que vivía Beatriz. No estaba y nadie le pudo dar razón de su paradero. Ferrer no sabía nada de ella desde su accidentado recorrido por la Barceloneta. Tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, no descartaba que hubiese huido con su marido ante la presión que sufrían los mandos del POUM.

Esta segunda visita le confirmó que Emilio había vigilado a sus víctimas.

Interrogó a todos los refugiados del palacete, niños y mayores, pero solamente una mujer joven, cargada con un mocoso de dos años, reconoció la fotografía de Shájtinski; entre las risotadas de sus amigas confesó que se había fijado en él «por lo buen mozo que era». Las mujeres advirtieron a Ferrer de que, con el marido en el frente del Norte desde hacía meses, la muchacha tenía sed y necesitaba que un hombre le arrimara el cántaro. El detective se fue educadamente de allí antes de que la cosa se le complicara.

Paseó por las calles de Sarriá quince minutos mientras meditaba sobre lo que tenía y lo que necesitaba para actuar judicialmente contra Emilio.

Disponía de unas cuantas pruebas de indicios, cinco testimonios nada concluyentes y un montón de convicciones; necesitaba alguna prueba irrefutable, algo tangible que ligara a Shájtinski con alguno de los cuatro asesinatos. De ahí que decidiera apurar el día para reunirse con las familias de las niñas y mostrarles el retrato de Emilio.

Esta vez dio enseguida con el hotelito de los abuelos.

Estaban en casa; vio luz a través de los cristales decorativos de la puerta principal. La verja exterior estaba cerrada. Tiró de una cadena y sonó la campanilla. No respondieron. Un minuto después volvió a hacerla sonar y volvieron a ignorar el tilín.

Paciencia, era gente muy mayor.

A la tercera, oyó ruido. Un cerrojo.

—¿Quién es? —El abuelo asomó la cabeza.

—Toni Ferrer, el agente de la Generalitat que vino a hablar sobre su nieta.

El hombre acabó de abrir la puerta.

—¡Ah, es usted! —saludó a Ferrer con la mano—. Discúlpeme, voy a buscar la llave; a estas horas no esperaba nada bueno.

Apestaba a cera y a humo de cirio recién apagado.

Los abuelos debían de tener alguna capilla oculta; era imposible que el tufo de las velas encendidas en el dormitorio de matrimonio llegara hasta allí abajo. Su llamada había interrumpido el rezo: tardaron en abrir la puerta porque tenían que esconder las imágenes. A pesar de que los grupos de incontrolados ya no andaban de casa en casa a la caza del católico emboscado, no estaba de más ser precavido.

Ferrer fingió no oler nada.

—Traigo unas fotografías que me gustaría que viera —dijo.

El hombre abrió un cajoncito de la vitrina del salón y sacó unas gafas de lectura.

—Me pondré los ojos postizos, señor Ferrer. —Encendió una lámpara de pie—. Veamos lo que nos ha traído.

Sostuvo las fotos bajo la luz. Se tomó su tiempo con cada una.

—No me suena ninguno de ellos. —Miró a Ferrer por encima de la montura—. Son extranjeros, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y tienen algo que ver con la muerte de mi nieta?

—Eso creemos, pero aún no estamos seguros; por eso se las he traído.

—A mí no me dicen nada, pero a lo mejor mi esposa recuerda alguna cara. Hasta que murió la nena salía cada día a hacer la compra y a pasear.

—¿Está en condiciones de volver a revivir unos días tan duros? —Ferrer recordaba a la anciana consumida en el dormitorio, rodeada de flores mustias y candelabros.

—Su visita, mi querido señor, le devolvió parte de la energía que había perdido; saber que alguien se preocupa la animó mucho. —Dejó las fotografías sobre una silla—. Aunque aún no sale a la calle, está empezando a hacer cosas en casa.

Con las gafas en la mano, el anciano se dirigió hacia lo que Ferrer supuso que era la cocina, porque la buena mujer salió secándose las manos con el delantal.

—Buenas noches —dijo con voz insegura; los ojos habían recuperado algo de vida—. Me ha dicho mi marido que quiere que mire unos retratos.

Su esposo le dejó las gafas.

—Veamos si puedo ayudarle. —Cogió las fotografías y se dispuso a estudiarlas.

Con la segunda, las rodillas se le aflojaron. Gracias a su marido no se cayó. Entre él y Ferrer la pudieron sentar en una butaca.

—*Mare de Déu de Montserrat!* —se santiguó la mujer.

Dos de las fotos le resbalaron hasta el suelo. Se quedó con el retrato de Emilio en la mano.

El hombre corrió hacia la vitrina, sacó una licorera y un vasito.

—Ten, mamá, toma un poco. —Le acercó el vaso a los labios; olía a Agua del Carmen.

El color tardó cinco minutos largos en volverle a la cara.

—Es él, ¿verdad? —dijo la mujer a la que recuperó el habla.

—Quizá —respondió Ferrer—, pero aún no tenemos ninguna prueba.

Los formalismos legales sonaban ridículos frente al dolor de la anciana.

—Lo vi una vez, en un coche. —Nuevo trago de agua milagrosa—. Fue por pura casualidad.

—¿Qué pasó? —Ferrer tomó una silla y se sentó frente a ella.

—La bolsa del pan se me rompió y se cayó la ración. —La mujer representó la

escena con las manos—. Hacía días que la bolsa se estaba descosiendo pero como ya no tengo bien la vista no la había cosido.

—Decía usted que ese hombre iba en un coche.

—El pan se me cayó debajo de un automóvil. Yo no me podía agachar y me daba miedo venir hasta casa y que, mientras tanto, alguien se lo llevara. Entonces vi a ese hombre sentado en otro auto aparcado al lado.

—¿Dónde era eso?

—Aquí, en la esquina.

—¿Pidió ayuda al hombre?

—Sí, señor. —La mujer miró la fotografía—. Primero hizo como que no me oía pero insistí y se bajó.

Emilio hubiese llamado más la atención quedándose en el coche que ayudando a la anciana a recuperar el pan: optó por el mal menor.

—Fue muy amable —la anciana continuó con su relato—. Sacó el pan de debajo del coche y me dijo: «Aguarde un momentito».

—¿Recuerda su acento?

—Sí, me pareció sudamericano. —Estaba más entera—. Entonces sacó una cinta y me arregló la bolsa para que no se me cayera el pan otra vez.

Ferrer controló la voz cuanto pudo:

—¿Guarda aún esa bolsa?

—Está en el tercer cajón, papá. —La mujer hizo un gesto hacia el aparador.

El marido sacó una bolsa doblada y se la dio al detective.

Ferrer la desdobló.

Buscó el parche. Allí estaba, un trozo de cinta encolada e impresa con caracteres cirílicos.

Era la misma que le había enseñado López de Sagredo en el laboratorio.

Llevaba veinte minutos sentado en el *hall* del consulado de la Unión Soviética, esperando a que Ardatov, el responsable de seguridad, le recibiera. Ferrer tuvo ganas de levantarse y tocar alguna pieza elemental al piano —estilo, *Frère Jacques*— una y otra vez hasta que el policía muriese de un colapso musical o saliera rogándole que cesara la tortura.

Iba desarmado y superó sin problemas los controles de seguridad hasta tropezar con el asistente que actuaba como filtro.

—Lo siento, pero no le puede recibir. —El burócrata salió del despacho de Ardatov moviendo los brazos—. Está muy ocupado.

Ferrer abrió su portafolios con parsimonia y cogió un sobre pequeño.

—Tenga. —Lo puso entre las manos del asistente—. Déselo, a lo mejor lo convenzo.

El tipo se quedó paralizado y pálido. El detective comprendió lo que sucedía:

—No es dinero —le aclaró—. Está abierto, puede mirar; es una nota para él. Era una jugada atrevida, su último recurso para ser recibido.

—Gracias, Liosha, puede dejarnos solos —el policía soltó también una parrafada en ruso con tono menos amable. O eso le pareció a Ferrer.

El asistente se puso firme, inclinó la cabeza y salió del despacho de Ardatov tras lanzar una mirada de odio al detective español. Ferrer solía causar aquella buena impresión cuando se ponía pesado.

En cuanto la puerta se cerró, el responsable de seguridad dejó el sobre y la nota en el centro de la mesa; subrayó con una pluma las dos únicas palabras que aparecían escritas en el papel: Leonid Shájtinski.

—¿De dónde ha sacado este nombre, Ferrer? —Mantuvo el trato de usted pero omitió la palabra «señor».

—Usted es policía y comprenderá que no le responda, Ardatov. —Donde fueres, haz lo que vieres—. Su reacción me ha confirmado que sabe por qué estoy aquí.

Ferrer sacó una carpeta del maletín.

Ardatov estudió su contenido: fotografías de las niñas. Las miró una a una, demorándose lo suficiente como para demostrar un interés profesional.

—Trabajó en homicidios, ¿verdad? —dedujo, más que preguntó, Ferrer.

El policía asintió y continuó pasando imágenes. Leyó sucintamente el resumen de uno de los informes forenses.

—Ardatov, usted y yo sabemos que ha sido él —dijo el detective—. Entréguenlo a la justicia española para que sea juzgado.

El ruso cerró el *dossier*.

—Se ha arriesgado mucho viniendo aquí para tratar sobre esto, Ferrer. Podría detenerle... este es territorio soviético, sometido a nuestras leyes. Y nos está amenazando. —Puso las manos sobre el escritorio—. Aunque imagino que un profesional curtido como usted se habrá guardado las espaldas antes de venir y alguien más tendrá esta información. ¿Me equivoco?

No, no se equivocaba. La tenía Belmonte.

Se reunieron la noche anterior, después de que el detective consiguiera la cinta adhesiva en casa de los abuelos. Era la prueba física que necesitaban.

Ferrer hizo a Belmonte un resumen de sus pesquisas y le entregó copias de parte del material que Eddy fotografió en La Pedrera: el expediente de Emilio-Shájtinski y las listas de casas francas y de policías de confianza de los rusos; Belmonte conocía a casi todos y los consideraba buenos profesionales.

Con cada nuevo dato que Ferrer le proporcionó, con cada palabra que le tradujo del expediente del asesino ruso, Belmonte encajó un puñetazo moral.

El inspector era comunista y, como tantos otros, admiraba a la Unión Soviética. La constatación de que su diplomacia daba cobertura a asesinos de la peor calaña y de que sus compañeros de la policía se avenían a enterrar el asunto, suponía socavar los cimientos de las convicciones que, tras su drama personal, aún lo mantenían en pie dispuesto a luchar.

Belmonte quedó muy tocado.

Acordaron verse al mediodía en casa de Regina. Fue ella quien propuso el lugar a Ferrer, pese a los reparos de este; estuvo muy misteriosa y solo quiso adelantarle por teléfono que ya no tenían nada que temer de la Quinta Columna en caso de que los vieran juntos.

Convinieron que si el detective no aparecía a las doce en punto, era un signo inequívoco de que lo habían detenido y el inspector entregaría una copia del informe a García Oliver y otra a Marcelo de Argila. Ambos estarían muy contentos de devolver a los comunistas y a los rusos los golpes recibidos tras los hechos de mayo.

—Salgamos al jardín —dijo Ardatov—. Quiero enseñarle unos árboles exóticos que plantó el doctor Andreu.

Quis custodiet ipsos custodios?, se preguntó Juvenal, el poeta satírico romano que ironizó sobre los usos de su sociedad y criticó los vicios del poder.

¿Quién vigila a los vigilantes?

En el caso de los rusos, la pregunta podía repetirse hasta el infinito. Un ciudadano soviético en el extranjero tenía a otro que le espiaba y este, a su vez, tenía a un tercero que le acechaba. Su sistema policial era una gigantesca muñeca *matrioska* en la que cada cual tenía a alguien por arriba que lo controlaba.

—He comprobado que no me han instalado micrófonos en el despacho —confesó Ardatov—, pero un largo encuentro privado con un español daría lugar a habladurías y a preguntas que prefiero no responder.

Caminaban por los estrechos senderos del jardín. De vez en cuando, Ardatov explicaba algo a Ferrer sobre una determinada planta y aprovechaba para formular preguntas sobre los asesinatos de las niñas.

—Comprendo lo que siente —concluyó el ruso—. Como usted dijo antes, fui policía de homicidios y luché durante años contra individuos como Shájtinski. Pero ahora soy un funcionario consular y me debo a mi país.

—Estamos hablando de la violación y asesinato de cuatro niñas, el patriotismo no tiene cabida.

—Este asunto va más allá de lo que usted o yo podemos manejar. Hágame caso, olvídese; el daño ya está hecho y es irreparable.

—Sabe que no lo haré.

—Es su vida. —El ruso inspiró profundamente—. Quiero que sepa que hice lo que estuvo en mi mano cuando tuve noticias de que Shájtinski había vuelto a las

andadas en Barcelona; presioné al supervisor y lo controlaron.

Ardatov saludó a un guardia armado que hacía la ronda alrededor del muro de la finca.

—La muerte de esas cuatro criaturas ha sido un accidente lamentable, Ferrer; el precio que hemos pagado por una cuestión de seguridad muy importante para la Unión Soviética.

—No hay accidente que valga, Ardatov; cuando te sirves de canallas no debes esperar que limiten sus canalladas a aquello para lo que te son útiles.

El policía volvió a sonreír. Ferrer se dio cuenta de que era un tic, una señal física de un conflicto interno.

—Ya que no puedo convencerle —Ardatov daba por concluida la *tourné* por el jardín—, lo mejor que puedo hacer por usted es olvidarme de que ha estado aquí. No voy a hacer ningún informe; usted y yo no nos hemos visto nunca.

—¿Cómo sabéis que Emilio sigue en Barcelona? —Regina se sentó en una de las butacas del salón de su casa y recogió las piernas bajo el cuerpo.

Ferrer acababa de hacer un resumen de su visita al consulado soviético.

—No lo sabemos, pero Ardatov no insinuó en ningún momento que lo hubieran devuelto a Rusia —respondió el detective—. Han traído a Emilio para algo concreto y grande; es un especialista de primer nivel y han asumido muchos riesgos por su culpa. No lo hubieran hecho si su pericia no fuese fundamental.

—De momento no ha pasado nada fuera de lo común —intervino Belmonte—. A menos que consideres que entrenar a unos cuantos mamporreros para las checas justifica su presencia.

El tono fue despectivo y dejaba traslucir sentimientos que iban desde la frustración al desprecio.

—¿Y si vino para matar a aquel italiano amigo de Eddy? —lanzó Regina.

—¿Berneri? —Ferrer hizo un gesto apreciativo con la cabeza—. Lo he pensado. Desde luego, el asesinato atufa a crimen de estado.

—Me dijiste que la bala que casi se te lleva por delante en su casa era rusa, de un profesional —apuntó Belmonte—. Si tuviera que jugarme los cuartos apostarí por Emilio.

—Yo también, aunque no creo que viniera solo para liquidar a Berneri. —Ferrer no parecía convencido del todo—. Tal y como se desarrollaron los acontecimientos, no necesitaban a un tipo de su categoría únicamente para esa acción. La especialidad de Emilio son los interrogatorios y a Berneri lo detuvieron y le pegaron cuatro tiros.

Regina alargó el brazo y buscó la foto del ruso en la carpeta que Ferrer había entregado a Belmonte por si no salía por su propio pie del consulado ruso.

—¿Por qué intentó matarte? —Sostenía la imagen de Shájtinski.

—Oportunidad. —Ferrer había mirado aquel retrato docenas de veces haciéndose

la misma pregunta—. Cuando el inspector se interesó por mí en comisaría, el día en el que nos conocimos, llamó la atención de alguno de los colaboradores de los soviéticos. Este los alertó e imagino que me siguieron hasta asegurarse de que investigaba los asesinatos de las niñas. Me convertí en un factor que no controlaban y que podía estropearlo todo.

—Y cuando te involucraste con Berneri, les diste la ocasión de solucionar dos problemas de una tacada —remató Belmonte.

El detective tomó el *dossier* y sacó una hoja. Había dibujado un círculo alrededor de la palabra Nikolai.

—A lo mejor está aquí por este Nikolai —apuntó—. Obviamente es un nombre en clave pero no sé si se refiere a una persona o a una operación de mayor envergadura.

—Tal vez demos con Emilio si vigilamos a los policías de la lista de los que colaboran con los rusos, la que fotografió Eddy en La Pedrera —sugirió el inspector.

—¿Podrías hacerlo?

—La verdad es que me sobra el tiempo. Aunque oficialmente sigo en activo, en la práctica me han apartado del servicio. Les importa un rábano si entro o salgo de comisaría, mientras no moleste.

Ferrer sabía, por uno de los antiguos policías de los Servicios, que Belmonte se había peleado con su jefe, un prometedor comisario llamado a ocupar responsabilidades de carácter político. Se aseguraba, incluso, que llegaron a las manos. Belmonte desobedeció órdenes y se negó a perseguir a dirigentes del POUM mientras los delincuentes —decía— se mofaban de la justicia.

El alcohol había influido en ese enfrentamiento.

Últimamente, Belmonte bebía más de lo aconsejable. Se anesthesiaba. Aun así, a Ferrer le costaba creer que el inspector se jugase el trabajo, a menos que su desesperación fuese mayor de lo que aparentaba.

Lo miró. El desaseo que, al principio, atribuyó a un exceso de trabajo era el reflejo de un dolor más profundo.

—Tengo compañeros que están tan hasta los cojones como yo. —Belmonte redondeaba el plan—. Les pediré que me avisen cuando alguno de los granujas del listado se mueva.

—Es la única conexión con Shájtinski que nos queda —le advirtió Ferrer.

—Está muy mal, Toni.

Regina sacó dos copas del aparador. Belmonte había declinado la invitación para almorzar con ellos.

—Llevo semanas asistiendo a su declive físico. —Ferrer abrió una botella de vino—. Este caso está minando su salud.

—Es más que eso.

—¿Habéis hablado sobre el tema?

—El pobre hombre necesitaba descargar la rabia que lo consume y charlamos mientras te esperábamos.

El detective sirvió dos dedos de tinto en cada copa; ella cogió una y lo probó.

—*Grosso modo*, Toni —soltó de sopetón—, dime qué tres cosas nos ayudan a ir tirando cuando nos vienen mal dadas. —Era una pregunta retórica—. La familia, el trabajo y la fe, no necesariamente religiosa. El inspector Belmonte ya no puede apoyarse en ninguna de las tres.

Ferrer conocía la capacidad de Regina para sumergirse en los sentimientos ajenos y dejó que siguiera con su discurso.

—Perdió a su familia en un bombardeo, está a punto de quedarse sin trabajo y, como tú bien sabes, su fe marxista en una sociedad más justa se tambalea por culpa de la actitud de los rusos y de sus compañeros comunistas en el caso de las niñas.

—Esta investigación es su tabla de salvación —apuntó él—, una forma de mostrar su valía y sentirse de nuevo un verdadero policía.

—Creo que es algo más profundo. —Regina tomó un sorbo de vino—. En el desamparo de aquellas niñas muertas ha visto reflejado el de su mujer y el de su hijo; no puede vengarse de un avión pero detener al asesino le serviría para liberarse del peso de la culpa por haber sobrevivido a las bombas que se llevaron a quienes más quería.

—Espero que no se hunda mientras esperamos a que Emilio o sus jefes muevan pieza. —Un suspiro—. Ojalá no tarden mucho.

Permanecieron en silencio durante un minuto, mirándose y bebiendo.

—¿Qué quisiste decir ayer con lo de que ya no tenemos que temer a los de la Quinta Columna si nos ven juntos? —preguntó, al fin, Ferrer.

—¿Recuerdas cuando nos citamos en el *meublé* de Santa Ana?

—Sí. —Hizo memoria, habían transcurrido diez días—. No pudimos pasar la noche juntos porque tenías que ir a visitar a no sé quién.

—A una vieja amiga de la familia —aclaró Regina—. Me había encontrado con ella por la mañana y quedamos en vernos en su casa; le afectó mucho la noticia de la muerte de mi madre.

—¿Y?

—Aquel encuentro callejero no fue fortuito —dejó caer.

—¿A qué te refieres?

Regina se sirvió un poco más de vino. Se lo llevó a los labios pero no lo probó.

—Con la excusa de recordar tiempos mejores me sometió a algo parecido a un interrogatorio; la buena mujer no fue muy sutil, estaba más nerviosa que yo.

—¿Qué quería saber?

—Le preocupaba mi regreso, no entendía que tras haberme escapado de Barcelona hubiera vuelto. —Una medio sonrisa tensa—. Por fortuna, tenía la respuesta preparada desde que decidí dejar San Sebastián: le hablé de los negocios de mi padre y de bienes que quiero poner a buen recaudo.

—Por lo que me has explicado hasta ahora, su actitud no me parece sospechosa. Es natural que se extrañe de que alguien regrese a una ciudad en llamas.

—Al principio a mí tampoco me llamó la atención. —Jugueteó con el vaso—. Luego se interesó por amigos comunes a los que vi en San Sebastián, pero le preocupaba más mi opinión sobre la guerra y sobre la actitud que debíamos mostrar en retaguardia.

—Mostrar, ¿quiénes?

—Nosotros, los ciudadanos respetables. —Regina se sentó en su butaca favorita, un refugio—. La gente de orden, misa diaria y empresas prósperas; el mundo al que se supone que pertenezco.

Ferrer se apoyó en la librería.

—Esquivé sus preguntas como pude —siguió Regina—. Solté las mentiras justas, no quería que me pillara luego en un renuncio si nos volvíamos a encontrar y me olvidaba de ellas.

—Lo peor de las mentiras es que nunca sabes cuándo te pondrán en evidencia.

—Ayer coincidimos de nuevo en el paseo de Gracia y me invitó a comer en su casa, no pude negarme. —Tragó saliva, llegaba al meollo del asunto—. Fue una encerrona.

—Había más gente esperándote... —supuso Ferrer.

Ella asintió:

—Dos de sus hijos y otro tipo, un tal Carlos. —Se estremeció—. Me lo presentaron como un antiguo militar, un hombre de acción. —Hizo una pausa y miró a Ferrer—. Creo que era el encargado de hacerme desaparecer si la cosa se complicaba.

Él notó que las piernas le flojeaban y se sentó.

—¿Te amenazó en algún momento? —La voz, sin embargo, le salió firme.

—No, apenas abrió la boca; fue una sensación, transmitía miedo. —Bebió un poco de vino—. Aún recuerdo su mirada fría y despectiva.

—¿Quién llevaba la voz cantante?

—El hijo mayor, un... cabrón de cuidado, la tomó conmigo desde el principio; desconfiaba de mí y no se molestó en disimularlo. —Levantó la mano para que Ferrer no le interrumpiera—. Me atosigó a preguntas y dudaba de todas mis respuestas. Me sentí acorralada.

—Hay algo que no entiendo, ¿por qué esa animadversión? En teoría eres una de ellos.

Regina clavó la vista en el vaso vacío, como si leyera en el poso del vino.

—Me han estado siguiendo desde que hice la entrega del libro en el cine. —Tomó aliento—. Conocen nuestra relación, Toni, y saben que eres uno de los responsables de los Servicios de Inteligencia.

—¿Quién es esa gente?

—Los conozco desde que era una niña. Tenían una planta química en Badalona e

hicieron algunas inversiones con mi familia. —Puso cara de asco—. El mayor heredó el negocio hace un montón de años e intentó comprarnos la empresa a la muerte de mi padre. Fue de los más críticos cuando decidí dirigirla.

—Se nota que no hay simpatía mutua... Dijiste que en la comida había otro hermano.

—Hermana, es una solterona mayor que yo. Nunca lleva la contraria a su hermano aunque fingió ponerse de mi lado en algún momento, a ver si me ablandaba. Forman parte de una célula de la Quinta Columna.

—¿De qué te acusaban?

—De ser una traidora que pasa información al gobierno a través de ti.

—Por menos que eso muere gente en ambos bandos.

—Eso pensé. —Tragó saliva, el recuerdo era vivido—. Me asusté, aunque intenté que no se notara mucho y me hice la ofendida.

Ahora fue Ferrer el que esbozó la media sonrisa:

—¿Qué les dijiste?

—Les pregunté dónde estaban ellos cuando me detuvieron en el puerto y un comisario asqueroso me manoseaba en el calabozo... Me temo que le eché algo de imaginación y un bastante de dramatismo.

—Te estás convirtiendo en una actriz de primera.

—Explicué que te conocí antes de la guerra y que te gustaba... que sabía que habías ascendido en los servicios de seguridad y por eso mencioné tu nombre a los carceleros. Les aseguré que te utilicé para salir de allí y luego mantuve la relación por puro interés.

—Y se lo tragaron.

—De otra forma hoy no estaría aquí.

El detective admiraba su determinación.

—¿Te dejaron ir así por las buenas?

—¿Qué otra cosa podían hacer? Las razones que les di encajaban con los hechos y respondían a todas sus dudas. —Regina alzó los hombros—. En ningún momento me mostré más nerviosa de lo que estaría un inocente ante una denuncia falsa. Y si les quedaba la más mínima sospecha, les recordé quién soy: la hija de unos viejos amigos, y viuda de un oficial de Estado Mayor, que puso en riesgo su vida trayendo las nuevas claves de comunicación.

Poco más podía añadir.

—¿Te pidieron algo? —preguntó Ferrer.

—Son unos hipócritas. Se santiguan cada vez que tienen un pensamiento carnal pero casi me ordenaron que continúe acostándome contigo para sonsacarte información.

Desde hacía unos años, la gente *à la page* hacía chascarrillos sobre la teoría de la

relatividad del físico alemán Albert Einstein. Nadie la había entendido, pero todos la tenían en la boca. Ferrer recordaba la visita del sabio a Barcelona en 1923. Fue uno de los acontecimientos del año y hubo tortas para asistir a sus conferencias.

Durante la semana que había transcurrido desde el encuentro con Ardatov y el establecimiento de algo parecido a un plan para vigilar a los policías a sueldo de los rusos, los días habían volado.

Se habían acumulado los acontecimientos y el tiempo, ya se sabe, es relativo.

Ja, ja.

—Era de esperar; cómo van a darnos fiesta en plena guerra. —El joven Lorenzo ayudaba a Ferrer a empaquetar archivos en la Casa Sedó—. ¿Dónde pongo esta caja?

—Déjala junto al armario.

El detective revisaba sus carpetas para separar los temas rutinarios, que guardaban en las cajas, de los delicados, cuyo destino decidiría más adelante. Las notas y otros papeles inútiles los quemaría en la chimenea.

Nada como una mudanza para hacer una buena limpieza.

—Lo de las vacaciones —aseguró Ferrer— es ahora mismo el menor de nuestros problemas.

La Generalitat acababa de anunciar que no habría vacaciones retribuidas. Desde algunos sectores hubo quejas por considerar que los trabajadores necesitaban unos días de asueto para seguir rindiendo en las Industrias de Guerra.

—Hoy se ha despedido Carolina, la telefonista del turno de tarde. —Lorenzo montaba otra caja de cartón—. La han trasladado a la *conselleria* de Cultura; se aburrirá como una ostra.

—Habrá que acostumbrarse. En diez días nos habrán quitado todo el personal administrativo y tendremos que espabilarnos solos hasta que nos pongan de patitas en la calle.

—¿Cuándo crees que pasará eso?

—En la reunión con el gobierno de Valencia nos adelantaron que preparaban el decreto de creación de los nuevos servicios de información; lo publicarían en la *Gaceta de la República* a finales de julio o a principios de agosto.

—¡Un par de meses como mucho! —Lorenzo apilaba las carpetas que le daba Ferrer—. Me incorporaré a filas, mi reemplazo hace tiempo que está en el frente.

—Antes de eso tendremos que cerrar algunos capítulos que siguen abiertos.

—Lo de Aragón ha escocido mucho, ¿eh?

—Van a rodar cabezas; menos mal que afecta al ejército y no a nosotros. Nos han pedido ayuda.

En el frente aragonés saltaron las alarmas por la infiltración de espías fascistas. Su aviación bombardeó Caspe con precisión de cirujano durante la celebración del Primero de Mayo; después hubo un atentado contra el Estado Mayor en Alfambra y, hacía unos días, aviones de caza provocaron una carnicería entre comandos de dinamiteros que se disponían a volar un fortín en Farlete.

En los tres casos, la información al enemigo fue facilitada desde dentro.

—Nuestros técnicos inspeccionarán sus equipos de transmisiones —explicó Ferrer—. Y desde la semana que viene nos enviarán los soldados que deserten y se pasen a nuestro bando; hasta que no los interroguemos no serán aceptados en primera línea.

Lorenzo cogió un rollo de papel de precinto y cerró la última caja.

—Empezaré a llevarlas al almacén —dijo.

—Te lo agradezco, yo iré a la biblioteca a quemar todo esto.

Los papeles se consumían en llamaradas breves y brillantes. La chimenea tiraba bien y no le costó mucho preparar una buena hoguera.

—Señor Ferrer —un auxiliar le hablaba desde la puerta de la biblioteca—, tengo al teléfono a un tal Santiago, pregunta por usted.

Tardó un segundo en ligar a Santiago con Belmonte. Inconvenientes de usar siempre el apellido.

Fue una conversación corta. El inspector lo esperaba en el hotel Continental y le pidió que llevase las fotos de los rusos porque ya sabía quién era el misterioso Nikolai.

Belmonte estaba en un rincón del *hall*, fumando uno de sus cigarrillos de hojas de avellano. Parecía muy nervioso. En cuanto apareció Ferrer, lo tomó del brazo y arrastró hacia las Ramblas.

—Creo que el hijoputa ha salido de la madriguera —dijo cuando pisaron la acera.

—¿Quién?

—Emilio, ¿quién si no? —El inspector señaló a un grupo de personas que alborotaba unos metros más abajo—. Mira, en ese edificio está el Comité Central del POUM. Hace unas horas se llevaron de allí a Andrés Nin. ¡Él es Nikolai!

Ferrer se quedó sin habla.

Nin. Nikolai.

Una pareja que salía del hotel casi tropieza con él.

—Vamos a sentarnos, Belmonte; aquí no podemos hablar con tranquilidad.

Cruzaron hacia el paseo central. Un taxi frenó en seco para no llevárselos por delante. El conductor estuvo insultándolos en varios idiomas hasta que se mezcló con el tráfico de la plaza de Cataluña.

Apenas había sillas ocupadas y nadie les molestaría. Intimidad entre el gentío, milagros de la gran ciudad.

—¿Qué ha pasado? —abrió fuego el detective.

—La policía ha montado una redada contra el POUM. —Belmonte hablaba en voz muy baja—. Un montón de agentes ha ocupado el cuartel general del partido en el hotel Falcón y han arrestado a los principales dirigentes; a los militantes de a pie los han encerrado en varias salas del mismo hotel.

—¿Y Nin?

—A eso iba. —Bajó aún más la voz obligando a Ferrer a acercársele—. Lo han secuestrado aquí mismo, en plenas Ramblas, delante del Comité Central.

Secuestrado.

Belmonte desvariaba. Aquel fue el primer pensamiento que cruzó por la cabeza del detective.

Su aspecto, desde luego, era para desconfiar de él. Llevaba la misma ropa que el día anterior en casa de Regina. No se había afeitado desde sabía Dios cuándo y la barba oscura hacía que los ojos azules parecieran más brillantes.

Sin embargo, eran ojos de cazador, no de demente.

Quizá había sido un *lapsus linguae*.

—Quieres decir que lo han detenido, ¿no? —preguntó Ferrer.

El inspector movió la cabeza. No, no era un lapsus.

—Han repartido a los detenidos por varias comisarías, pero Nin no está en ninguna. —La voz era firme—. He llamado a varios colegas y me han cantado la identidad de los arrestados. Nada. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—¿Por qué dijiste que Emilio ha salido de la madriguera? ¿Qué tiene él que ver con esto?

—Una oficinista del Comité del POUM lo ha visto todo. Hablé con ella hasta que nos interrumpieron un par de inspectores que están registrando la oficina en busca de pruebas de traición. —Una sonrisa feroz—. Volveremos cuando desaparezcan.

—¿Esa chica ha visto a Emilio?

—Por eso te he pedido las fotografías. Me ha descrito a un tipo rubio que aguardaba en un automóvil mientras los policías se llevaban a Nin. Uno de ellos es un tal Peñarroya. —Belmonte sacó la copia de la lista de policías que colaboraban con los rusos; había subrayado su nombre—. Lo conozco, trabajamos juntos un tiempo. Es un capullo pelirrojo.

Si el inspector estaba en lo cierto, los soviéticos habían dado una vuelta de tuerca más a su estrategia en España. Además de ser un personaje muy conocido, Nin era un intelectual de prestigio internacional; su desaparición no iba a despacharse con un breve en la prensa. Ningún agente con dos dedos de frente se metería voluntariamente en un embrollo tan descomunal. Las órdenes debían proceder directamente de Moscú.

Malo.

El tío José Stalin se la tenía jurada al político catalán, al que consideraba un estorbo, y actuaba en consecuencia. El problema era que los había pillado a ellos en medio.

La muchacha era una beldad. Nin tenía fama de contar con las secretarias más guapas de Barcelona, tanto en el partido como en la Generalitat durante el tiempo en el que ocupó la *conselleria* de Justicia. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar pero

aguantaba bastante bien el tipo pese a su juventud.

Por la ventana de la oficina se veía la acera en la que los policías redujeron a Nin y lo introdujeron en un automóvil que salió quemando rueda.

—El rubio estaba en el asiento de atrás, con la puerta abierta. —La chica repetía la historia una vez más—. Miró un instante hacia arriba y le vi la cara.

—He traído unas fotografías. —Ferrer las sacó del bolsillo de la chaqueta—. Dime si el hombre al que viste es alguno de ellos.

No dudó ni un segundo.

Levantó la foto para que el detective y Belmonte la vieran bien. Era Emilio.

X

¡QUÉ PEQUEÑO ES EL MUNDO!

Denis Diderot, uno de los padres de la Enciclopedia, atribuía a los distintos vientos que soplaban en Francia la diversidad de caracteres de sus paisanos. No fue un caso aislado. La influencia del clima sobre el comportamiento humano fascinó también a filósofos y a hombres de ciencia de la talla de Kant o Buffon.

A mediados del siglo XIX, el extraordinario caso de un matrimonio alemán afincado en Japón sacudió a la comunidad científica; los hijos nacidos en Europa mostraban una inequívoca pinta germánica, mientras que los que vinieron al mundo en tierras niponas destacaban por su escasa estatura y los ojos rasgados. Eminentemente doctores estudiaron las temperaturas y las precipitaciones del lejano archipiélago para buscar la relación entre el clima y el aspecto físico de los niños. No la hallaron. Visto en perspectiva, los rasgos orientales de las criaturas parecían más atribuibles a la ligereza de la madre que a la levedad de los vientos.

Fuese o no a causa del cielo gris plomizo que amenazaba tormenta —en línea con lo sostenido por Diderot—, la ciudad había amanecido con un humor de perros.

Las noticias, incluso maquilladas, no daban para muchas alegrías: el gobierno vasco había ordenado la evacuación de Bilbao, al tiempo que una explosión en el acorazado *Jaime I*, fondeado en Cartagena, costó la vida a más de trescientos marineros. En Barcelona, la CNT y los comunistas intercambiaban fuego cruzado a propósito de la liquidación —política y física— del POUM por unas supuestas órdenes directas de Moscú; los soviéticos acusaban de traición a los dirigentes de ese partido, asegurando que tenían pruebas y confesiones. Claro que, después de una sesión con los especialistas de la NKVD, hasta Caperucita Roja admitiría haberse comido a su abuela en un momento de enajenación.

—Tienes que ayudar a la pobre mujer, es su única hija —dijo la señora Julia abriendo las ventanas del despacho—. Está para que le cueste la vida.

La señora Julia era la portera del edificio en el que vivía y tenía su oficina Ferrer. Empezaron a tutearse en el verano anarquista de 1936, se acostumbraron y lo mantuvieron después.

—Pondré un telegrama a un colega de Londres, pero no servirá para nada. —Ferrer limpiaba sus plumas estilográficas—. Las sacan de España con documentación falsa y es difícil seguirles la pista. Dudo que vayan a Inglaterra.

—Se aprovecharon de la inocencia de la pobre chica y la engañaron bien engañada.

—Son redes organizadas que acuden como buitres a los lugares en conflicto; es

muy sencillo embaucar a mujeres desesperadas.

—Me dijo su madre que le prometieron que trabajaría como criada en casa de un ricachón. —La señora Julia empezó a recoger los bártulos—. Le pidieron el pasaporte para los permisos de trabajo, la citaron en un hotel y no ha vuelto a saber nada de ella.

—Es el método habitual. —El detective conocía más casos—. La mantendrán encerrada hasta que se someta, por las buenas o por las malas.

—Las autoridades tendrían que pelearse menos y preocuparse un poco más por la juventud.

—Hay avisos en prensa, lo que pasa es que pocos los leen. El único que expide los permisos de trabajo es el consulado británico y está harto de advertir a las chicas de que no se fíen de los tipos que les ofrecen empleos de bailarina, de camarera o de criada en Inglaterra.

La señora Julia paseó la visual por la habitación y pareció satisfecha.

—¿Dónde crees que acabará la muchacha, Toni?

—La venderán al mejor postor; si es tan guapa como dices la comprará algún burdel argentino o norteamericano. —A Ferrer no le gustaba mentirle—. Esos sinvergüenzas trabajan para gente con buenos contactos al otro lado del charco.

—¡Pobreta! Aún no ha cumplido los diecinueve, angelito mío.

La mujer se fue renegando contra el mundo en general y contra los hombres putañeros en particular.

El portazo sonó fuerte como un cañonazo.

Hacía semanas que Ferrer no pasaba más de una hora seguida en el despacho de su antigua agencia.

Siguió ordenando papeles hasta que un trueno lo distrajo. Miró la hora. Mediodía. La mañana había volado. Se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar. Llovía. Inspiró con fuerza el aire húmedo y tragó saliva; la conversación con la portera le había dejado un regusto ácido en la boca.

Lo vio doblar hacia Balmes desde Cortes. No llevaba paraguas y caminaba encorvado, con la cabeza entre los hombros, como si con ese gesto evitara acabar empapado.

Debió de subir las escaleras corriendo porque entró jadeando.

—¡Vamos avanzando, Ferrer!

El inspector había trocado el humor sombrío de los últimos días por una fiera determinación.

—Siéntate y me lo explicas. —El detective le ofreció una de las sillas para los clientes—. ¿Quieres beber algo?

—Agua, por favor. Tengo la lengua como el papel de lija. Llevo toda la mañana colgado al teléfono.

Ferrer fue a por la jarra y los vasos. Colgó el sombrero y el chubasquero de Belmonte en el baño, para que se escurrieran.

—Gracias. —El policía apuró el vaso de un trago—. Me he cobrado viejos favores y he avanzado un poco.

—Por como vienes de excitado había supuesto que progresaste un mucho.

Belmonte le enseñó los dientes. Era una sonrisa. Se había afeitado y mostraba, con toda limpieza, un rostro de delgadez inquietante. Un asceta pintado por El Greco.

—La detención de Nin ha sido cosa de agentes de la Brigada Especial de Madrid —dijo el inspector—. Estuve en ella un tiempo, hasta que me trasladaron a Barcelona. Aún conservo amigos.

—¿Ha sido cosa de ellos o hay alguien detrás?

—Me han asegurado que es una operación bendecida en Valencia por la Dirección General de Seguridad.

Ferrer silbó.

—¿Están allí? —preguntó.

—No. —Belmonte se sirvió otro vaso—. Pedí a un telefonista que llamase a las principales comisarías valencianas preguntando por Peñarroya, uno de los agentes implicados. No sabían nada de él ni del grupo. Están en Madrid, seguro.

—Yo también lo creo. —Sacó su cuaderno de notas—. He estudiado todo lo que Eddy fotografió en La Pedrera y he hecho algunas indagaciones. —Pasó algunas páginas de la libreta—. Los trabajos sucios de los soviéticos los supervisa un tal Orlov. Tiene su cuartel general en el hotel Gaylord's de Madrid.

—¡Tenemos que ir!

—Necesitamos otra documentación. —Ferrer ya lo había sopesado—. No podemos viajar con nuestros papeles ni solicitar ahora salvoconductos y permisos. Si sospechan, nos exponemos a que nos lo denieguen todo o, peor aún, a que nos arresten en aras de la seguridad de la República.

—¿Qué sugieres?

—Tengo un amigo que nos puede echar un capote.

Por fin, aquel viernes el gobierno admitió las detenciones de militantes y dirigentes del POUM. Las disimuló, eso sí, en un comunicado en el que se vanagloriaba por la desarticulación de una supuesta red de espionaje fascista. De paso, y para dar mayor empaque a la presunta trama enemiga, se ordenó que cualquiera que tuviese un inquilino en casa, incluso si se trataba de un familiar, lo comunicara a las autoridades.

A mediados de junio, la paranoia estalinista empezaba a dejarse notar en todos los órdenes de la vida.

—Aquí los tenéis. —El hombre puso dos sobres en la mesa.

Estaban en el barrio de Gracia, en un edificio que García Oliver habilitó, en el verano de 1936, como casa segura para sus colaboradores. Ferrer se alojó allí durante un tiempo, mientras resolvía el asesinato de los tres patrulleros anarquistas.

—Albert, además de un buen amigo, es quizá el mejor falsificador de nuestro país

—Ferrer puso al día a Belmonte—. También tiene buena mano con las cajas fuertes.

El tipo, cincuentón, delgado, de mediana estatura, moreno y con poco pelo, había asaltado el consulado de Italia al principio de la guerra. García Oliver le pidió que buscara papeles comprometedores y Albert se llevó la valija diplomática entera. Un golpe sonado. Gracias a eso, la policía y los Servicios de Información trabajaron con material de primera mano sobre la infiltración de fascistas italianos en Cataluña y sobre los planes de Benito Mussolini en España.

Buena parte de esos papeles se perdieron con la muerte de Berneri y el asalto a su domicilio.

—Los dos sois inspectores de la Brigada de Investigación Criminal de Madrid. — Albert vació los sobres y les mostró los documentos; las fotografías se las hicieron en un fotomatón de Vía Layetana—. Disponéis de todo lo necesario para viajar sin problemas: salvoconductos, cédulas y permisos con vuestras nuevas identidades.

Belmonte cabeceó asombrado.

—Es lo mejor que he podido preparar en las veinticuatro horas que me diste — dijo el falsificador a Ferrer.

—Están mejor que bien, Albert. —Ferrer guardó su sobre—. Nuestras jetas de mala leche ayudarán a que los papeles cuelen en cualquier control. Belmonte, además, es del oficio.

De una gran caja de cartón llena de trastos, el falsificador cogió un paquete envuelto en papel de periódico.

—Un amigo de confianza me ha fabricado esto. —Desenvolvió el paquete y sacó dos matrículas para automóvil—. No corresponden a ningún vehículo que esté en circulación. En el sobre está la documentación para el coche, con el modelo y características que me dijiste.

—Cambiamos las placas ahora mismo y salimos para Madrid —dijo el detective.

En la puerta, Albert se acercó a Ferrer y le dio un abrazo.

—Cuídate, amigo —le dijo—. Te estás enfrentando a gente muy peligrosa y yo ya he enterrado a demasiados camaradas.

La botella, con la chaquetilla roja, el sombrero cordobés y los brazos en jarras, observaba la Puerta del Sol desde la azotea del hotel de París, en la confluencia de la Carrera de San Jerónimo con la calle de Alcalá. Milagrosamente, ninguna bomba había alcanzado aún el enorme cartel de fino Tío Pepe. La imagen de la botella gigante había sido modificada tras la victoria del Frente Popular y el estallido de la guerra; la original tenía el brazo derecho en alto y daba lugar a equívocos ideológicos.

En el asiento del automóvil, al otro lado de la plaza, Ferrer movió la cabeza hacia atrás y a los lados para relajar la musculatura del cuello.

Era muy temprano. Acababan de llegar a Madrid después de toda una madrugada

lidiando con carreteras infames —agujereadas por las bombas y llenas de caravanas interminables de refugiados hacia Levante y de suministros para el frente— y pendientes de que ningún fulano uniformado examinara con lupa sus documentos de viaje falsos.

Se habían detenido unas horas en Valencia para recoger la relación de las prisiones secretas del Partido Comunista en Madrid. Se la entregó un funcionario del ministerio de Justicia, antiguo subordinado de García Oliver.

Aun habiendo sido testigo de los estragos que los bombardeos habían provocado en Barcelona y Valencia, nada preparaba al viajero para la visión de Madrid en guerra: docenas de edificios en ruinas, solares llenos de cascotes, por los que correteaban niños pelones, y miles de sacos terreros —omnipresentes sacos terreros— cubriendo los principales monumentos y las fachadas de edificios públicos. En un solo día, hacía una semana, habían caído más de quinientos obuses.

Madrid se había convertido en una ciudad mártir.

Uno de los misterios de los primeros meses de la guerra fue por qué en el verano de 1936 los mandos fascistas prefirieron desviar sus esfuerzos hacia Toledo en lugar de estrechar el cerco sobre la capital. Casi todo el mundo coincidía en que hubiese caído y, por ende, la República. Después, durante el otoño, una mejor organización de las fuerzas populares madrileñas y la llegada de miles de voluntarios de las Brigadas Internacionales y de columnas procedentes de toda España, permitieron salvar la ciudad.

Ferrer se incorporó en su asiento cuando vio a Belmonte salir de la Casa de Correos, sede del Ministerio de Gobernación y de la Dirección General de Seguridad. Era un elegante edificio de ladrillo y piedra construido con el impersonal estilo académico francés propio de finales del siglo XVIII. En su fachada destacaba la torre del reloj, que la coronaba y daba carácter; desde hacía unos lustros, Madrid saludaba al Año Nuevo con sus campanadas.

En el portal, el inspector se despidió de un conocido, corrió hacia el automóvil y se puso al volante.

—¡Están aquí! —soltó mientras arrancaba el motor.

Belmonte conducía con la pericia que daba el profundo conocimiento de las calles por las que circulaban.

Aunque estaban agotados y matarían por un desayuno, quisieron estudiar primero el hotel en el que vivían los rusos. Necesitaban saber a qué atenerse si se veían obligados a seguir a alguno de ellos o a establecer una base de vigilancia.

—Condujeron a Nin a la Brigada Especial hace tres días, el jueves pasado, y luego volvieron a por él —empezó el inspector.

—¿Se lo han llevado? —se extrañó Ferrer.

—Sí. Jacinto Ucedo, el jefe accidental, no se fiaba de la seguridad del edificio y

solicitó que le buscaran un lugar más apropiado. —De un volantazo esquivó un cráter de bomba—. Un asesor ruso les ofreció una prisión provisional, se lo llevaron y no han vuelto a saber de él.

Aminoraron la velocidad al llegar a un control policial junto a las Cortes. Mostraron los carnés y pasaron sin problemas.

Se detuvieron unos metros después, en el cruce con el paseo del Prado, ocupado por un convoy de camiones militares que se dirigía hacia la estación de Atocha.

Un vendedor ambulante se les acercó con el carro cargado de cucuruchos de pipas; aquella primavera eran un ingrediente fundamental en la dieta de los madrileños.

—¿Hacen unas pipitas, caballeros? —les ofreció el hombre.

Belmonte sacó un billete y le pidió un cartucho. Con ellas esperaba engañar al estómago.

—Perdona, compañero, pero me has *pasao* un billete *catalino*. —El tipo se lo devolvió.

Ante la escasez de moneda fraccionaria, la Generalitat y el ayuntamiento de Barcelona habían emitido billetes propios que no se aceptaban fuera de Cataluña.

—Disculpa, no me había dado cuenta. —El inspector rebuscó en la cartera.

Los vehículos que iban detrás hicieron sonar las bocinas para que se apresurara, el camino ya estaba despejado.

—¿Quieres matar el gusanillo, Ferrer?

Belmonte se había colocado el paquete entre las piernas para ir picando mientras conducía.

—No gracias, soy incapaz de comer pipas y hacer otra cosa a la vez... la edad.

Dejaron a la derecha la mole majestuosa del museo del Prado, cuyos cuadros más valiosos habían sido trasladados a Valencia, y siguieron hacia el parque del Retiro.

—¿Te han dicho en dónde puede estar Nin? —Ferrer retomó la conversación.

—Nadie lo sabe; bueno, al menos, no lo saben ni Ucedo ni sus hombres.

—Vamos... ¿y tú te lo crees?

Belmonte enseñó los dientes en una mueca que cada vez repetía más. Se suponía que era una sonrisa.

—A un par de ellos los tengo bien cogidos por los cojones... cosas del pasado; no se atreverían a mentirme. —Negaba con la cabeza—. Les he apretado un poco y me han confirmado punto por punto lo que me dijo Ucedo.

A Ferrer le preocupaba la actitud obsesiva de su compañero. Obcecarse solo servía para perder la objetividad; era como mirar la realidad a través de unos prismáticos: uno se centraba en detalles concretos e ignoraba el panorama general.

—Lo peor es que no ha quedado constancia documental de los policías implicados en la operación y nadie suelta prenda —concluyó Belmonte—. Lo único seguro es que donde esté Nin, estará Emilio.

Pasaron frente al elegante hotel Gaylord's, en la no menos distinguida calle de

Alcalá Zamora, la antigua Alfonso XII. Estaba bien custodiado pero, por su ubicación frente al Retiro, no ofrecía mayores problemas para una vigilancia. El parque brindaba mil lugares donde ocultarse.

Ya en su hotel, Ferrer dibujaba círculos en un mapa. Eran los lugares en los que los soviéticos disponían de pisos francos, según la lista de La Pedrera; después, señalaría las prisiones clandestinas de los comunistas, a partir de los datos facilitados por el hombre de García Oliver en Valencia.

—¿Has conseguido café? —preguntó Belmonte al entrar en la habitación.

—Nos lo subirá un botones; me ha costado un ojo de la cara.

—Los precios se han desbocado más que en Barcelona. —Dejó las llaves del automóvil en la mesilla. Había ido a llenar el depósito con unos vales para gasolina que consiguió en la Dirección General de Seguridad—. Un compañero de la Brigada me ha comentado que hace unos días cambió un traje por una docena de huevos.

—Es un disparate... uno más en este desatino general. —Ferrer se llevó las manos a los riñones y arqueó la espalda—. Estoy molido.

—Una ducha te sentará bien.

—Me la daré en cuanto sitúe los lugares en los que pueden esconder a Nin.

Belmonte se acercó a la cama y echó un vistazo al mapa, extendido en la colcha.

—Yo empezaría por la periferia; más allá del Manzanares, al oeste, y del paseo de Ronda, al este. Cuanto más lejos, mejor. —Puso el dedo en varios puntos—. A Nin lo conoce mucha gente y tenerlo en el centro de la ciudad es arriesgado.

Se alojaban en el Gran Vía, un hotel de precio medio. Hubiese sido un hospedaje sensacional si no fuera porque estaba frente a la Telefónica, el lugar más bombardeado de la capital. El edificio de la compañía era una verdadera provocación para los artilleros: un rascacielos enorme —el más alto de Madrid— y de un color blanco resplandeciente.

—¿Dónde has puesto las fotos? —Belmonte apartó un par de periódicos y algunos papeles que Ferrer había dejado sobre la mesilla.

—Están en mi portafolios. ¿Para qué las quieres?

—Me voy a acercar al Gaylord's, no sea que aparezca alguno de estos pájaros.

—A Emilio lo deben tener encerrado al lado de Nin. —Le dio la cartera—. Deberías descansar tres o cuatro horas, llevamos dos días sin pegar ojo. Si nos enfrentásemos a ellos estaríamos en clara inferioridad. —Ferrer siguió marcando el mapa—. Es domingo y hasta ellos necesitan alguna mañana libre.

No lo decía por decir. Los padres de las niñas habían coincidido en que el domingo sus interrogadores los dejaban en paz.

—¿Y si suena la flauta? —Belmonte observó de nuevo la jeta de Shájtinski—. Dudo que pueda dormir algo. Y puestos a perder el tiempo prefiero perderlo allí. Sentado en el automóvil también reposaré.

Además del retrato de Emilio, Ferrer consiguió del archivo de los Servicios la ampliación granulosa de una imagen de Orlov, el señor de las cloacas rusas, y un primer plano de Ernő Gerő, *Pedro*, el jefe de los agentes soviéticos, saliendo de La Pedrera.

—¿Crees que aparecerán estos dos? —preguntó Belmonte señalando a Orlov y a Pedro—. Me parecen demasiado importantes para mancharse las manos.

—De la tortura se ocupará Emilio. Ellos se limitarán a esperar a que Nin se derrumbe y confiese lo que sea que tenga que confesar. El que le dé la noticia a Stalin se garantizará la gratitud eterna del gran líder.

El botones llamó a la puerta. Belmonte abrió y recogió una bandeja con el desayuno: dos piezas de fruta, dos rebanadas de pan negro y una cafetera. Un lujo.

—Nos veremos en la entrada a las dos en punto para visitar los pisos francos. — El inspector empezó a servir el café—. Tenemos que evitar andar por ahí a la hora de la salida de los espectáculos, es la favorita de los que nos bombardean.

Entre la tarde del domingo y lo que llevaban de lunes habían allanado cinco pisos vacíos; un camastro sin sábanas y algunas latas de conserva fue todo el ajuar que encontraron en ellos. La economía rusa no se tambalearía por culpa de sus decoradores.

Tampoco hallaron rastros de ocupación reciente; claro que, tal y como les iban las cosas, los soviéticos no necesitaban esconderse.

—En la zona norte no nos queda nada más por ver. —Ferrer dobló el mapa y buscó el círculo más cercano al lugar en el que se encontraban—. ¿Probamos suerte en Puente de Vallecas?

Tomaron el paseo de Ronda, que bordeaba la ciudad por el este hasta coincidir en el sur con el paseo Blanco —un apéndice de la larguísima calle de Embajadores— y con el de la Chopera, parte final de la Ronda del Oeste. Aunque con tramos inconclusos, la Ronda rodeaba ya prácticamente todo Madrid.

Parte del recorrido discurría entre descampados en los que familias enteras recogían hierbas y plantas comestibles o, en el peor de los casos, raíces cuya ingesta no provocase diarreas o retortijones.

Mulos y borricos famélicos pacían junto a improvisados campamentos de refugiados procedentes de Extremadura, Andalucía y las comarcas de Castilla ocupadas por los rebeldes; eran campesinos que transportaban sus enseres a lomos de animales de carga. Una estampa de otra época para alguien criado en la gran ciudad.

—Es sobrecogedora la capacidad de resistencia de esta gente. —Ferrer saludó a un chiquilín que agitaba la mano cada vez que pasaba un vehículo; no debía tener más de tres años—. Lees sobre Madrid pero no te haces una idea de lo que supone vivir un año entero rodeado de enemigos y con la ciudad a reventar de civiles hambrientos.

—La chulería que nos atribuíis a los madrileños ayuda lo suyo. —Belmonte redujo la velocidad para no estamparse contra una tartana—. Ayer me enteré de que han organizado un concurso de belleza para pelones.

—Rapados pero guapetones. —Ferrer soltó una carcajada.

Los piojos se habían convertido en una plaga y las autoridades municipales habían recomendado a la población que se cortase el pelo al rape para evitar la propagación de los bichos. Junto a pulgas y chinches, los piojos eran los compañeros inevitables de la guerra y de la miseria; los únicos que podían derrotar a la Revolución, llegó a decir Lenin.

—Hemos llegado. —Belmonte arrimó el auto a la acera. No había ningún otro.

Un grupo de niños se les acercó en cuanto bajaron. El inspector sacó un billete de cinco pesetas y lo alisó con mimo. Se lo dio al chaval que parecía el cabecilla de la partida.

—Si alguien quiere llevarse el coche, silbas —le dijo.

Por toda respuesta, el zagal se guardó el dinero y, con dos voces, distribuyó a sus compañeros alrededor del vehículo. Quien no se organiza es porque no quiere.

Era una casa de vecinos estrecha y de cuatro alturas. Destacaba entre dos casitas de una sola planta como un voluntario alemán entre soldados españoles. En uno de los lados del edificio se abrían cuatro balcones en los que, salvo en uno —el de los rusos —, sobresalían estructuras hechas de metal y cuerdas de las que colgaban sábanas y trapos húmedos.

Subieron hasta el tercer piso tomando mil precauciones.

Con la pistola en la mano se situaron en posición de combate, uno a cada lado de la solitaria puerta de aquel rellano. Ferrer pegó la oreja a la hoja de madera. Oyó ruidos, quejidos amortiguados por una puerta interior. Asintió.

Belmonte sacó una cartera con ganzúas y manipuló la cerradura.

Al entrar, el sonido se hizo más nítido. Gemidos. En segundo plano se distinguía el chirrido metálico y rítmico de un somier puesto a prueba por dos cuerpos.

La vivienda era minúscula y estaba casi tan vacía como las demás.

El jaleo procedía de la única habitación que disponía de puerta. Caminaron de puntillas por delante y entraron en el cuarto principal, al que se abrían el balcón y un excusado cuya intimidad protegía una cortina sucia; Belmonte la apartó, no había nadie.

En una mesa brillaban dos vasos y una botella. Ferrer la destapó y olió el contenido: orujo de ínfima calidad.

Volvieron sobre sus pasos.

Ferrer asió el pomo de la puerta y, con un movimiento brusco, la abrió de par en par. Belmonte entró como una exhalación apuntando hacia el frente. El detective le siguió con el revólver amartillado pero dirigido al suelo; aquello era muy pequeño y

no quería herir al inspector por accidente.

Una mujer empezó a gritar.

La muchacha, cabello rubio platino y pubis negro azabache, solo vestía unas medias de rejilla en las que había embutido los muslos rollizos. Cabalgaba sobre un hombre en lo que había sido una cópula salvaje. El tipo estaba tumbado boca arriba y, bajo el voluminoso corpachón de la valquiria, solamente se le veían las piernas flacas y la cabeza pelirroja.

En la mesilla había una pistola. Ferrer la tomó y descargó.

—Ten, guapa. —Belmonte recogió una bata del suelo y la dejó sobre la cama—. Vístete.

La chica descabalgó y, sin dejar de mirar las armas, empezó a vestirse. Lo hacía con la naturalidad de quien está acostumbrada a que los hombres la viesan en cueros.

El inspector registró los pantalones del fulano y sacó un billetero.

—¿Te ha pagado ya? —le preguntó a la chica.

La pobre fue incapaz de articular una palabra y negó con la cabeza. Belmonte sacó un generoso billete de diez pesetas, se lo dio y tiró la cartera a un rincón.

—Ahora lárgate. —Le mostró la identificación de policía—. No tengo ganas de detenerte, he venido a hablar con tu Romeo.

La chica salió deprisa y sin mirar atrás.

—Hola, Peñarroya —dijo Belmonte cuando oyó que se cerraba la puerta—. Tan lejos de Barcelona los dos y hemos tenido que coincidir en este tugurio. ¡Qué pequeño es el mundo!

Con un gesto, el inspector ordenó al policía pelirrojo que se sentara en el borde de la cama. Peñarroya quiso cubrirse los genitales pero el otro se lo impidió golpeándole la mano con el cañón de la pistola; luego, prolongando el movimiento, le rozó el pene con el metal frío.

La humillación sexual formaba parte del manual del interrogador implacable.

Ferrer no quiso intervenir, ni lo haría si la cosa no se salía de madre.

Ambos policías se conocían y eso era una ventaja para Belmonte, porque cazaría a su antiguo compañero cada vez que intentase tomarles el pelo.

—¿Dónde está Emilio? —empezó el inspector.

—No conozco a ningún Emilio —mintió el pelirrojo.

El brazo de Belmonte trazó un arco de abajo arriba a la velocidad de la luz. Alcanzó a Peñarroya en la cara y lo tumbó de lado sobre el colchón. El tipo se llevó la mano a la mejilla, la mira de la pistola se la había rajado.

—Me parece que no entiendes la situación, amigo mío. —Belmonte pegó su boca a la oreja del caído—. No te hago preguntas, te estoy exigiendo respuestas. Sé que viniste a Madrid con él, escoltando a Andrés Nin.

El inspector se irguió, se apoyó en la pared, a medio metro del lecho y esperó a que Peñarroya se incorporara.

—Mira estos papeles y dime si el apellido que está marcado es el tuyo. —Le dio

la copia de la lista de policías españoles que consiguieron en La Pedrera; Peñarroya la leyó y palideció—. Tengo más hojas de ese estilo, sacadas de los archivos soviéticos; así que cada vez que me sueltes una trola, me daré cuenta y te atizaré. ¿De acuerdo?

El pelirrojo volvió a asentir. Unas gotas de sangre resbalaron desde el mentón a las piernas desnudas.

—Te repetiré la pregunta: ¿dónde está Emilio?

—No lo sé... ¡te lo jura! —Se protegió la cara con el antebrazo—. Viajamos juntos desde Barcelona; íbamos policías españoles y agentes rusos. Al llegar aquí nos presentamos en Gobernación, en la Puerta del Sol, entregamos a Nin a la Brigada Especial y yo me fui. Eso es todo... un simple traslado.

El inspector miró el techo y se echó el sombrero hacia atrás, descubriendo la frente. Sudaba. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un pañuelo y se secó el sudor.

Eran movimientos precisos, calculados para asustar cada vez más a su presa.

—Peñarroya, Peñarroya... me molesta tanto que me tomes por un idiota. —Voz lineal, casi inexpresiva—. Mira a tu alrededor.

Belmonte abrió los brazos en una pose teatral:

—Yo también he hecho traslados, amigo mío. ¿Te olvidas de que trabajé para la Brigada Especial? —Cogió una almohada sucia del suelo y se la enseñó—. Cuando viajábamos no nos alojábamos en pocilgas así, no señor; este es uno de los escondites de tus colegas rusos. Tu viaje no es de servicio, es un favor a tus amiguetes.

—Te juro que lo que te he dicho es verdad. ¡Pregúntaselo a los de la Brigada!

El inspector pareció pensárselo. Atusaba la almohada con ademán triste y distraído.

—¡Hijoputa! —chilló de repente.

Antes de que Ferrer se interpusiera o de que Peñarroya se defendiera, Belmonte cubrió la pistola con la almohada, para ahogar el estampido, y le voló la rodilla derecha al pelirrojo.

El tipo empezó a aullar de dolor, pero el inspector le cubrió la boca con el mismo cojín y lo tumbó sobre la cama echándose encima con todo su peso.

Ferrer le lanzó una mirada de reproche. Belmonte ni se inmutó, su actitud era de una resolución ciega.

—Nos está tomando el pelo. —Formalmente se dirigía a Ferrer pero el destinatario era el policía caído—. Intenta toearnos desde el principio.

Peñarroya seguía debatiéndose.

—Escúchame porque solo te lo diré una vez. —Belmonte apoyó la boca del cañón en los testículos—. O te callas o tendrás que joder a la gorda con un dedo.

La habitación apestaba a pólvora y a ropa chamuscada.

Belmonte fue aflojando la presa. El pelirrojo rabiaba de dolor pero no abrió la boca; se hizo sangre mordiéndose los labios para no gritar.

—Ahora vas a decirme la verdad o te reventaré los huevos y después la otra

rodilla.

El inspector sonaba muy creíble.

—El jefe de la Brigada Especial no hubiese entregado directamente un preso español de esa categoría a los rusos, por muy bien que le caigan, que no lo sé. — Belmonte volvió a la carga—. Se juega el pescuezo si trasciende.

Ferrer se puso a su lado, por si lo tenía que frenar.

—Así que fuiste tú quien se hizo cargo de Nin y se lo devolvió a los soviéticos — concluyó el inspector—. Repito la pregunta por tercera vez: ¿dónde está Emilio?

—Está en Alcalá de Henares —gimoteó Peñarroya.

—¿En qué sitio? —insistió el inspector—. Alcalá es muy grande.

—No lo sé exactamente, los rusos no querían que lo supiera.

Belmonte envolvió, de nuevo, el arma con la almohada. Ferrer le agarró el brazo pero el inspector, ahora sí, le devolvió una mirada más serena e hizo como si se soltase violentamente. Comedia.

Peñarroya se encogió aún más; una mancha de orina se extendió por el colchón. Miedo en estado puro.

—Les oí comentarios sobre la casa de un piloto y de la marquesa. —El pelirrojo se había rendido—. Por lo que deduje, está en las afueras de Alcalá pero no conozco el lugar exacto.

Ferrer y Belmonte intercambiaron una mirada de complicidad.

El inspector soltó a Peñarroya y tiró la almohada. Esperó a que el herido le prestara atención:

—Yo que tú mantendría la boca cerrada sobre lo que ha pasado aquí —le aconsejó—. A tus amigos rusos no les gustará saber que te fuiste de la lengua; Emilio no me parece un tipo de los que perdonan debilidades así.

Cuando estaban a punto de salir, Ferrer notó un movimiento extraño en la cama. Se giró con el revólver en alto.

Belmonte fue más rápido. Disparó dos veces sobre Peñarroya y, a tan corta distancia, no falló.

El pelirrojo, un profesional del trabajo sucio al fin y al cabo, tenía escondida un arma de repuesto bajo el colchón. Era una pistola pequeña de las que se llevaban en el tobillo como último recurso. No fue un recurso efectivo, aunque sí resultó ser el último.

No había un alma en la calle. Los niños tomaron las de Villadiego a la que oyeron tiros. Notaron la presencia de mirones tras algunas ventanas pero nadie les salió al paso. Se subieron al automóvil y partieron en dirección a Alcalá de Henares. Casi podían tocar a Emilio.

—¡Mecagoensupadre! —Belmonte se palmeó la cara—. Me están acribillando.

Estaban junto a una charca para abrevar al ganado y los mosquitos se los comían vivos. Llevaban escondidos día y medio, aburridos como una ostra.

Aunque había anochecido, la luna iluminaba el paisaje y daba un aire espectral a la casa del piloto y de la marquesa.

Encontraron el chalet tras unas cuantas llamadas a amigos del inspector.

Al parecer, pertenecía a uno de los jefes de la aviación republicana —el *piloto*— y a su esposa, emparentada con la aristocracia madrileña —la *marquesa*—, ambos de filiación comunista y más que demostrada simpatía por Moscú.

El casón y los campos circundantes fueron usados como acuartelamiento de blindados durante los momentos más duros de la batalla por Madrid, en otoño e invierno. Ahora, les dijeron, tenía triste fama como centro de detención en manos de comunistas; un lugar del que los alcalaínos preferían no hablar mucho y saber aún menos, por lo que pudiera ser.

—Pásame los prismáticos —pidió Ferrer.

Belmonte se los descolgó del cuello y se los dio.

El detective volvió a revisar las paredes y el tejado de la casa; tras tantas horas de espera conocían hasta la última grieta.

Se habían ocultado en unos matorrales altos y espesos, al pie de una loma que les permitió camuflar el automóvil. Si se agachaban, podían ir y venir del coche al escondrijo, y viceversa, sin que los vieran los centinelas. A lo lejos se oía el retumbar de la artillería.

—No se mueve nada desde hace horas. —El inspector se había ocupado de la última guardia de la tarde; Ferrer tomaría el relevo durante la noche.

—¿Y los centinelas?

—Siguen igual de aburridos. Se han pasado horas charlando y fumando a la sombra. —Belmonte se había quedado sin cigarrillos y se le notaba la envidia—. A los cabrones de los rusos nunca les falta el tabaco.

—¿Ha salido alguien?

—No, desde ayer no se ha asomado nadie.

El día anterior, a las nueve y media de la noche, salieron dos sujetos de la casa para no regresar hasta la mañana siguiente. Uno de ellos era Orlov, aunque ni Ferrer ni Belmonte lo jurarían ante un tribunal porque la oscuridad, a la ida, y el sombrero, a la vuelta, les impidieron verle bien la cara.

Eso fue todo.

—Ve a descansar, conviene que repongas fuerzas. —Ferrer se acomodó en un hueco que habían acondicionado con unas mantas de viaje—. He dejado pan y un botijo con agua en la parte delantera.

—Gracias. —Le palmeó la espalda y se fue a dormir en los asientos traseros del

automóvil.

La persecución, con sus dosis de insomnio, tensión y cansancio físico, empezaba a pasarles factura. Todas sus esperanzas estaban depositadas en que Emilio estuviera en la casa; lástima que no tuvieran forma de saberlo, a menos que el asesino saliera a tomar el aire o que ellos entraran a las bravas y se expusieran a un tiroteo con agentes rusos entrenados para acciones como aquella. Mala cosa, la verdad.

El conductor debió de salir por una puerta trasera porque Ferrer no lo vio hasta que puso en marcha uno de los automóviles que guardaban en el cobertizo.

En el silencio del campo fue como si hubiese estallado una traca.

—¿Qué pasa? —Belmonte apareció alarmado.

—No lo sé, alguien se va.

—¿A estas horas? —Eran las cuatro de la madrugada.

Los faros del coche apenas iluminaban el portal de la casa; estaban cubiertos por unas tapas protectoras antiaéreas que dejaban pasar poca luz a través de unas rendijas. La luna, sin embargo, les permitía seguir cuanto sucedía en el patio.

—¿Qué es lo que cargan aquellos fulanos? —preguntó Belmonte.

Ferrer ajustó el foco de los binoculares pero la luz de la luna era insuficiente para ver los detalles.

—Parece un cuerpo —el corazón se le detuvo cuando pensó en Nin.

Cuatro individuos arrastraban un bulto pesado envuelto en un saco o en una alfombra. El conductor abrió el portaequipajes y, no sin esfuerzo, lanzaron el fardo dentro. Tuvieron que apretarlo y darle algunos golpes para que cupiera bien y se pudiera volver a cerrar la portezuela.

Dos de los hombres se subieron al vehículo; los otros dos corrieron hacia el cobertizo.

—Van a usar los dos coches. —Ferrer dirigió los prismáticos hacia el segundo automóvil—. Hay otro tipo más y uno de los centinelas.

—Están cogiendo algo.

—Diría que son herramientas. —El conductor encendió los faros—. Picos y palas, hay un montón; imagino que es una gentileza de la antigua unidad de blindados. ¡Van a enterrar el cuerpo!

—¿Has visto a Emilio?

—No, no se les distinguían los rasgos; no paraban de moverse y estaba demasiado oscuro.

Belmonte accionó la corredera de su pistola y comprobó que llevaba balas de repuesto.

—Pues vamos a cerciorarnos —dijo con dureza—. Si nos mantenemos a cubierto los sorprenderemos.

Ferrer le puso la mano al hombro para evitar que se levantara.

—¿Estás loco? Son seis agentes y dos guardias... y disponen de armas largas. No podríamos con ellos ni pillándolos a traición. —El detective bajo el tono voz—. ¿Y qué pasa si hay alguien más en la casa?

Mientras Belmonte rumiaba la respuesta, los dos vehículos arrancaron y se perdieron en la oscuridad.

—¡Mierda! —El inspector pegó un puñetazo en el suelo—. Ahora ya es tarde.

La puerta del chalet se había quedado abierta. Salía luz aunque no se apreciaba movimiento alguno, ni dentro ni fuera.

—Se ha quedado uno de los centinelas, como mínimo —apuntó Ferrer—. Comprobemos si está solo.

Amparados en la noche, bajaron de la loma y rodearon la casa hasta la parte trasera.

Había una camioneta aparcada. Belmonte sacó la navaja y le pinchó las ruedas.

—Si está Emilio, no quiero que se dé el piro con este cacharro —se explicó.

Ferrer se acercó a una ventana y espió el interior.

—No se ve un alma; tenemos que localizar e inmovilizar al vigilante —dijo en voz baja—. Hay que entrar antes de que vuelvan los sepultureros.

El guardia, sin embargo, se lo puso fácil. Sacó de la casa una bolsa grande, que dejó en el cobertizo, y cerró la puerta principal. Después, se montó en su bicicleta y se alejó dando pedales.

Olía a tabaco rancio y a fritanga; un grupo de hombres había permanecido encerrado allí durante días y la nariz lo apreciaba.

Sin intercambiar una palabra, Ferrer y Belmonte fueron cubriéndose mutuamente y registrando todas las dependencias de la casa. No podían estar seguros de que no hubiese alguien durmiendo.

La casa estaba vacía.

Belmonte soltó una maldición y encendió una lámpara de petróleo. Iluminaba bastante más que las linternas.

Habían dejado para el final la puerta del sótano.

Descendieron las escaleras con cuidado. Conforme bajaban, un fuerte olor a lejía iba haciéndose más penetrante.

El último escalón se fundía con el suelo del pasillo, no muy alto y estrecho, que conducía hasta una antigua bodega o despensa vacía.

Era una habitación grande y cuadrada, de paredes forradas con ladrillos de aspecto basto. El suelo de baldosas rústicas se inclinaba hacia un sumidero. La habían limpiado a fondo; aún había manchas de humedad y el aire era casi irrespirable por los vapores del desinfectante.

Una silla de madera maciza atornillada al suelo ocupaba el centro de la sala; en una de las paredes se apoyaban un somier de muelles y un brasero.

—Mira. —Belmonte dejó la lámpara junto al somier—. Lo han convertido en una parrilla.

El inspector sostuvo unos cables eléctricos que estaban conectados a la base de la estructura metálica.

—Y me temo que el brasero no lo han usado para calentar la habitación. —Ferrer se apoyó en el respaldo de la silla y pasó el índice bajo el asiento; lo sacó manchado de hollín—. A los desgraciados que hayan atado aquí los han asado.

—Esos hijos de puta han montado su propia versión del infierno.

—Ven, acércame la lámpara. —Fue hacia el sumidero—. Déjame tu navaja, por favor.

Ambos se agacharon junto a la rejilla. Con el cuchillo, Ferrer removió el borde hasta que la pudo sacar. El agua estancada en el fondo del tubo del desagüe era de un color rojizo, sangre diluida.

—Parece que han limpiado el suelo baldeando agua. —Belmonte buscó un buen ángulo de visión—. Inclina la luz. —Metió la mano en el agujero—. Mira.

De la punta de los dedos le colgaba una tira húmeda. Tragó saliva:

—Es piel humana.

El cobertizo, una antigua cuadra, se había convertido en garaje y trastero. No contenía nada de interés: viejos aperos de labranza, una caldera estropeada y polvo, mucho polvo.

Ferrer buscó la bolsa que el guardia había dejado allí antes de abandonar la casa. La abrió y tuvo que alejarse unos metros porque apestaba a vómito y a heces. Con un palo fue sacando trapos húmedos; debajo, aparecieron varias toallas empapadas de sangre. De una de ellas cayó un objeto, unas gafas rotas de montura redonda. Las había visto docenas de veces en fotografías y, en un par de ocasiones, en persona. Eran de Andrés Nin.

XI

TAMBIÉN MUEREN ÁNGELES EN PRIMAVERA

—**D**ebimos actuar cuando tuvimos la ocasión. —Era la enésima vez que Belmonte despotricaba contra la decisión de no atacar a los rusos en la casa de Alcalá—. Hemos dejado que Emilio se nos escurriera entre las manos sin hacer nada para evitarlo.

También por enésima vez, Ferrer utilizó la misma defensa:

—Era un suicidio. Son asesinos profesionales y nos hubiesen despachado en un plis plás.

—Pero no antes de que nosotros dejáramos seco a Emilio. —Cabeceó obstinado—. La vida de dos adultos desengañados a cambio de la de quién sabe cuántas niñas en el futuro. No hubiese sido un mal trueque.

Ferrer se mantuvo en silencio, perplejo por el cariz que estaba adquiriendo la amargura del inspector.

—Nos faltó valor. —Cinco minutos después, Belmonte insistía con la misma copla—. Y ahora es demasiado tarde.

Regresaban al hotel para recoger el equipaje. Habían permanecido en el escondite de la loma hasta el mediodía, cuando se convencieron de que los rusos no volverían. No podían esperar más, cada minuto perdido era irrecuperable.

Oyeron el sonido penetrante de una ambulancia y arrimaron el coche a la acera para que pasara.

La guerra continuaba, ajena a sus discusiones.

—Todavía nos queda algún margen. —Ahora fue Ferrer quien sorprendió a su interlocutor—. Los jefes de Emilio actúan de una forma metódica y previsible, como haría cualquier otro servicio secreto. Yo, en su lugar, hubiera seguido los mismos pasos; por eso sé cuál será el siguiente.

A Ferrer le gustaban los mapas antiguos. Aquel era de 1892, seis años antes de la pérdida de las últimas colonias españolas tras la guerra con los Estados Unidos. En el grabado, Cuba destacaba como punto de origen y de destino de un montón de líneas marítimas de la naviera que había editado el mapa con fines publicitarios.

—Lo encontré tirado en uno de los almacenes del puerto de Barcelona y me pareció un hermoso recordatorio de lo que fuimos y no volveremos a ser. —Roberto Herrera le ofreció la mano. A pesar del calor vestía un traje de tres piezas de color azul marino—. Me alegra volver a verte, Toni.

—Lo mismo digo, Roberto. —Un abrazo—. El ordenanza me ha dicho que podía

esperarte aquí mientras te sacaban de una reunión.

—Me has rescatado de un peñazo. —Se sentaron; el funcionario mantuvo la pierna izquierda estirada.

—No estaba seguro de encontrarte, pero los dioses me han bendecido.

En noviembre, Roberto Herrera fue uno de los altos cargos del ministerio de Marina que optó por quedarse en la capital cuando el gobierno en pleno se trasladó a Valencia.

—Siento no poder ofrecerte un café, se nos han acabado las existencias y nos han suministrado una mezcla imbebible de cacahuete tostado y malta. —Se rio con ganas—. No hay narices para subir a la sierra a buscar achicoria entre combate y combate.

Era capitán de la marina mercante. Estuvo embarcado durante años en buques que cubrían las rutas con Oriente. Perdió la pierna en una refriega con piratas camboyanos en aguas de la Indochina Francesa, a mediados de los años veinte, y cambió el barco por el despacho de una empresa consignataria en el puerto de Barcelona. Se ocupó de los seguros de la compañía y trató a menudo con Ferrer, con quien trabó una buena amistad. Al estallar la guerra, Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire, le ofreció un puesto de responsabilidad y se mudó a Madrid.

—Tengo lo que le pediste por teléfono a mi secretario. —Herrera sacó un tarjetón con el membrete del ministerio y varias notas manuscritas—. Has tenido suerte, en los próximos tres días solo zarpa un barco ruso hacia la Unión Soviética. Estos son los datos que nos ha facilitado. Espero que te sirvan.

—Encomiéndate a algún santo, por si acaso.

La grúa elevó el enorme fardo sobre la popa del barco y lo depositó en el muelle. Un enjambre de estibadores soltó los ganchos y retiró la red de protección. Con ayuda de grúas más pequeñas y plataformas rodantes fueron repartiendo la carga para distribuirla por los almacenes.

—¡Veinte sacos de harina! —cantó un capataz.

Ferrer anotó la cifra en la casilla correspondiente y se apartó para que pasase un grupo de personas con maletas; en el puerto de Alicante siempre había tránsito de pasajeros.

—¿Qué tal lo lleva? —El gordo se puso a su lado y le dio una taza humeante—. No me pregunte qué es, nos lo regaló un capitán griego y aún no lo hemos averiguado.

—Sabe bien. —El detective se sintió reconfortado; era un amanecer fresco y se había pasado la noche al volante—. Muchas gracias. —Mostró la tablilla con los papeles de la mercancía—. En cuanto a esto, creo que interpreto bien mi papel.

Se había unido a los supervisores que comprobaban que la mercancía descargada se correspondiese con la declarada en el manifiesto del buque. No se les ocurrió un disfraz mejor para controlar a quienes se acercaban al barco ruso.

—Tenemos que andarnos con cien ojos, señor Ferrer. —Levantó la mano y saludó a varios hombres—. De la gente de este turno de trabajo me fío, pero siempre puede colarse un sinvergüenza que se descuente a propósito y desvíe productos al mercado negro.

El sol se levantaba sobre el horizonte creando unos juegos de luces y colores de belleza cautivadora.

—Tendría que ver los atardeceres. —El gordo también se había dejado seducir por el espectáculo natural—. Creo que me quedé en Alicante por ellos.

El tipo era uno de los responsables de la recepción de la ayuda extranjera y dirigía una oficina con inmejorables vistas de los muelles. Durante un tiempo trabajó en la misma naviera que Roberto Herrera, con el que se mantenía en contacto. Y fue Herrera, precisamente, quien le pidió que recibiera a Ferrer y atendiera sus peticiones. Dado el peso que su amigo tenía ahora en el ministerio, el gordo no puso objeciones ni hizo preguntas.

—Vuelvo a mi redil —se despidió—. Ya sabe que tiene la oficina a su disposición para lo que necesite.

—Lo sé y se lo agradezco.

Ferrer vio a lo lejos a Belmonte. Estaba apoyado en un muro, como un curioso más; una docena de personas, en especial hombres mayores, observaba la febril actividad que rodeaba al recién llegado *Héroes del Pueblo*, buque soviético que zarparía para Odessa en dos días. El inspector estaba atento a los automóviles que accedían al muelle.

Al mediodía hicieron una pausa para almorzar. Muchos operarios llevaban fiambreras y se sentaron a la sombra de los tinglados para dar cuenta de la comida. Ferrer salió del recinto portuario para buscar un bar en el que le preparasen un bocadillo.

—¿Qué crees que harán: embarcarlo ahora o aguardar hasta que estén a punto de levar anclas? —preguntó Belmonte—. Si aparecen, claro.

Se habían hecho los topadizos en el paseo de los Mártires, una preciosa avenida que discurría en paralelo al puerto. Era la arteria más conocida de la ciudad, gracias a sus edificios elegantes, enfrentados al mar, y a las filas de palmeras que la recorrían en toda su longitud.

—Creo que lo traerán en unas horas, cuando se acabe este caos. —Ferrer señaló los muelles—. En un barco es más fácil de vigilar que en un hotel... y menos arriesgado.

—Lo encierras en el calabozo de a bordo y no abres la puerta hasta que estés en alta mar, ¿no?

—Es lo que yo haría después de los crímenes de Barcelona.

—Paciencia, pues. —Belmonte había descargado su rabia hacía horas y mantenía una actitud entre melancólica y cautelosa.

—Ya te dije en Madrid que los rusos son metódicos. —Abajo, los estibadores volvían al trabajo—. Emilio es imprevisible, sus jefes no.

Caminaron hacia el control de entrada.

—Una vez acabada la misión, yo me apresuraría a sacar a Emilio de España. Es una bomba que ya ha estallado cuatro veces. —Ferrer buscó el pase que le había dado el gordo—. Es incapaz de controlar sus impulsos y eso es muy peligroso para un servicio secreto; la NKVD necesita mucha discreción para ser eficaz en el extranjero.

—Confío en que estés en lo cierto...; hemos hecho una apuesta a todo o nada.

Notó, más que vio, la agitación en el control de entrada.

Tres coches negros estaban detenidos frente a la barrera. Un tipo discutía con el oficial de guardia.

A unos metros, Belmonte se quitó el sombrero para rascarse el cogote, la señal convenida para indicar que Emilio iba en uno de los automóviles.

El oficial cedió y los tres vehículos se encaminaron hacia el muelle en el que estaba amarrado el *Héroes del Pueblo*.

Ferrer se despidió de los hombres del gordo y fue al encuentro del inspector, que había entrado también en la zona de acceso restringido.

Los tres coches trazaron una curva amplia para evitar la grúa y se estacionaron frente al barco. Se apearon ocho individuos, la mayoría de indudable aspecto eslavo.

Eran más agentes de los que Ferrer y Belmonte habían previsto.

Emilio bajó el último. No parecía muy feliz.

—¿Qué pasa? —Belmonte desabrochó el cierre de la pistolera.

Un oficial del buque explicaba algo a los rusos; gritaba y señalaba la borda.

—Ha habido algún problema con la pasarela y la están reparando. —Ferrer se lo había oído a un capataz—. Van a tener que esperarse un rato antes de embarcar.

Miró de reojo a Belmonte. Se fijó en la dureza de su expresión y en los latidos de la cicatriz en la sien derecha, un síntoma de agitación interior. Ante el asesino, la melancolía, el dolor, los sentimientos contradictorios que le habían ido alterando el estado de ánimo se estaban transformando en uno solo: odio.

—Esta es nuestra oportunidad —Belmonte sonaba contenido.

Los visitantes se dividieron en dos corrillos. A un lado, los soviéticos; al otro, los españoles.

—Es imposible, no podemos retener a dos grupos por separado y arrastrar a Emilio hasta el coche —se opuso Ferrer.

El inspector se había empeñado en aparcar lejos del puerto. Alguien podía haber tomado nota de la matrícula en Alcalá —cualquier policía explicaba mil historias de casualidades imposibles— y no quería jugársela.

—Echaremos mano del plan que te comenté durante el viaje. —Ferrer le había expuesto una alternativa por si no podían enfrentarse directamente al asesino—.

Comprobemos que se embarca y llamamos a García Oliver para que movilice a los suyos en Valencia y Barcelona. Les tiene muchas ganas a los comunistas. Esta noche, pedirá a Regina que entregue la documentación del caso a un periodista amigo mío.

Confiaba en que cuando se hicieran públicos los asesinatos, el escándalo fuese mayúsculo. La indignación popular, sumada a la presión política, pondría a los soviéticos contra la pared. A los representantes de Moscú no les sería fácil explicar por qué un asesino de criaturas se iba de rositas. En el peor de los supuestos, los estibadores podían asaltar el barco; era gente acostumbrada a la lucha y solamente se necesitaba un agitador que tocara las teclas adecuadas.

—Reitero lo que te dije en el coche: el plan depende de factores externos y tenemos muy poco tiempo. —Belmonte no estaba convencido—. Sé que confías en García Oliver y que los trabajadores del puerto los tienen bien puestos, pero eso no quita que los rusos salgan de aquí a toda máquina a la que se huelan el percal. Y más, al estar Emilio envuelto en la desaparición de Nin. Eso lo cambia todo.

A setenta metros de ellos, los dos corros seguían en animada conversación.

—Creo que necesitamos un apoyo inmediato, alguien que sea capaz de ponerles trabas y retenerlos el tiempo suficiente para que tu montaje funcione —concluyó el inspector.

—¿En quién estás pensando? —Era la primera vez que Belmonte le exponía esa idea.

—Se llama Matías Campillo, es el comisario jefe de Alicante. Me he enterado por casualidad, charlando con un policía en el paseo.

—¿Qué tiene de especial ese hombre?

—Somos amigos. Fuimos compañeros de promoción y compartimos varios destinos. Con la guerra le perdí la pista. —Belmonte hablaba sin apartar la vista de los rusos—. Es un profesional como la copa de un pino, vendrá si se lo pedimos. Y mucho tendría que haber cambiado si no monta en cólera cuando sepa de qué va lo de Emilio.

No era un mal plan. De perdidos al río.

—Ve a la oficina del gordo, hay un teléfono —propuso Ferrer—. Yo me quedo aquí vigilándolos.

—No, prefiero que vayas tú. —Movi6 la cabeza en direcci6n a los agentes espa6oles—. Si intentan algo raro, me presentar6; estuve en la Brigada Especial y eso es algo que no puedes fingir.

Ferrer analiz6 las circunstancias:

—De acuerdo. —Acab6 por ceder—. ¿Qu6 le digo a ese Campillo?

—Que est6s conmigo en una operaci6n policial encubierta y que necesitamos ayuda. Si duda de lo que le cuentas, le dices que se acuerde de la juerga que nos corrimos en Logro6o cuando Josefina Baker actu6 en el Teatro Moderno. —Belmonte alz6 las cejas—. Fue en 1930, alg6n d6a te lo explicar6.

—Tenga, aquí tenemos los números más importantes.

La muchacha, una chiquilla guapa de no más de dieciocho años, le dio una hoja con la lista de teléfonos de los organismos oficiales en Alicante.

Marcó el de la jefatura de policía.

Desde el despacho del gordo se controlaba todo el puerto. Ferrer miró por la ventana. Tenía a sus pies el muelle en el que se mecía el *Héroes del Pueblo*; buscó a Belmonte con la mirada y lo pilló desarrugándose el traje y rehaciendo el nudo de la corbata.

En la comisaría, le respondió un agente desganado. El detective se presentó como un compañero de Barcelona, de paso por la ciudad, y preguntó por el comisario Campillo. Silencio en la línea, ligero desconcierto del fulano.

Fuera, Belmonte se alisó el cabello con los dedos y se puso bien el sombrero.

El telefonista de la comisaría aseguraba que allí no había ningún comisario Campillo.

—Disculpe, me he debido confundir. —Se le fue la sangre a los talones.

Belmonte se acercó al grupo de rusos con el carné de policía en la mano. Hizo alguna broma porque los tipos se empezaron a reír.

Ferrer se maldijo por haber estado ciego: el inspector no había parado de enviarle señales sobre sus intenciones. Buscó un pestillo o una manilla para abrir la ventana y gritar pero era un simple marco acristalado empotrado en la pared.

—¿Se encuentra mal? —la chiquilla se le acercó; estaba demudado.

—No, no... estoy bien, gracias —mintió.

Sabía lo que pretendía el inspector.

En el muelle, Belmonte se llevó la mano al costado, sacó la pistola, apuntó a Emilio y le descerrajó dos tiros en la cabeza.

Fue en un visto y no visto.

Antes de que pudiera huir, los agentes rusos lo abatieron.

Ferrer hubiese jurado que, una vez caído el monstruo, Belmonte bajó los brazos y sonrió en sus dos últimos segundos de felicidad.

—Llegará en diez minutos. —La señora Julia dejó un tazón con caldo caliente en la mesilla—. También les he puesto un plato a los muchachos.

Los *muchachos* eran Lorenzo y otro agente de los Servicios, encargados de velar por la seguridad de Ferrer. Marcelo de Argila había desaparecido hacía unos días y el director provisional, Saturnino Meca, temía que el detective fuera el siguiente.

—Eres un incauto, Toni. —La mujer levantó la persiana y corrió las cortinas para que entrara luz en el dormitorio—. Sabiendo que iban a homenajear a Durruti debiste coger un paraguas.

—Son supercherías.

—¡De eso nada! Desde su funeral, cada vez que le hacen un homenaje diluvia. Lo

mismo le pasó al doctor Robert, el alcalde; llovió a mares cuando se murió, cuando pusieron la primera piedra en su monumento y el día en que lo inauguraron. Demasiadas casualidades para ser supercherías.

—La próxima vez lo tendré en cuenta, no te preocupes. —Ferrer se incorporó en la cama, dobló la almohada y se la colocó a la espalda para mantenerla recta—. Te importa darme el termómetro, creo que ya no tengo fiebre.

—¿No estarás pensando en volver a trabajar, verdad? —La señora Julia le puso la mano en la frente—. Te ha bajado, pero puede subirte en cualquier momento.

—Tranquila, estoy demasiado débil para salir. —Se puso el termómetro bajo la axila—. Me he levantado para ir al baño y me he mareado.

—Ya, ya... como te conozco, le pediré a Lorenzo que no te deje hacer locuras.

El médico había achacado la fiebre a la tormenta monumental que le cayó encima el domingo, a su regreso de Alicante. Llegó empapado a casa. En su fuero interno, sin embargo, el detective estaba convencido de que la calentura era consecuencia de la tensión y del agotamiento físico acumulados durante las últimas semanas, sumados al impacto traumático de las muertes de Belmonte y —presumiblemente— de Marcelo de Argila. Si lo remató un enfriamiento o un microbio era una cuestión anecdótica.

Una semana después de producirse, nada había trascendido a la prensa sobre el incidente en el puerto alicantino. Ni una línea.

El episodio se había perdido en el pozo negro de los intereses soviéticos.

No era descabellado pensar que los cadáveres de Emilio y Belmonte descansaran en la misma fosa común o en el lecho del Mediterráneo, dentro de un saco lastrado. El día de la resurrección sería muy entretenido en cualquiera de los dos lugares.

Tras el tiroteo, hubo en los muelles unos minutos de confusión que Ferrer aprovechó para huir. El despacho del gordo estaba alejado de la acción y no tuvo problemas para perderse por las calles de la ciudad. Se registró en una pensión y volvió al puerto al día siguiente para comprobar que el *Héroes del Pueblo* había zarpado a toda prisa. El coche seguía estacionado donde lo dejaron sin que, en apariencia, nadie le hubiese prestado atención.

Ferrer permaneció en la pensión tres noches, para evitar los primeros controles de carreteras. El domingo regresó a Barcelona, devolvió el vehículo —con sus placas originales— y se puso hecho una sopa.

—Seguro que estás dándole vueltas a lo de Alicante. —Regina apareció antes de los diez minutos anunciados por la señora Julia.

—Me es difícil pensar en otra cosa. —Se había olvidado del termómetro y lo sacó—. Treinta y seis con siete; está muy bien.

—No te confíes. Has estado tres días con fiebre muy alta. —Regina lo besó en la frente y le acarició la cara—. ¿Sigues culpándote por lo de Belmonte?

—Depende del rumbo que tomen mis pensamientos en cada momento. —Se llevó el caldo a los labios—. Me culpo de no haber evaluado bien su desesperación. Belmonte lanzó muchos avisos desde hace semanas y no les concedí la suficiente

importancia.

—Si estaba decidido a sacrificarse no podías hacer mucho más de lo que hiciste.

—Lo sé... aunque debí intentarlo; tuve en menos su inteligencia. —Dejó que las manos absorbieran el calor de la taza—. Fue siempre un paso por delante de mí, pero no permitió que me diera cuenta. Me apartó de la escena del crimen y me abrió una vía de escape aparcando el automóvil lejos de donde pudiera levantar suspicacias.

—Un amigo hasta el final, no te implicó en su *vendetta*.

—Los cadáveres de las niñas nos unieron más que cualquier bandera o ideología.

—Vuestras niñas, vuestros ángeles.

Regina tomó la taza y ayudó a Ferrer a tumbarse. Aunque la calentura había remitido, estaba débil; hubo momentos puntuales, durante los días anteriores, en los que su temperatura alcanzó los cuarenta grados.

—Por cierto, ayer una mujer entregó un sobre para ti. Quiso verte, pero estabas dormido y prefirió no molestarte. —Fue hacia la puerta—. Julia lo dejó en el recibidor hasta que te recuperases, voy a buscarlo.

Era un sobre de buena calidad, sin remitente.

—¿Dijo quién era? —preguntó Ferrer.

—Según Julia, era una mujer extranjera, madura y elegante.

—No se me ocurre quién puede ser. Pariente de alguna de las niñas, quizá.

El papel de la carta era de color crema. Sin membrete, por lo que vio Regina: Ferrer la leyó varias veces hasta que cerró los ojos y suspiró con fuerza.

—¿De quién es, Toni? Estás pálido.

—Es de Marcelo de Argila, una carta póstuma. —Continuaba con los ojos cerrados—. La mujer de ayer era su madre, Leonor; es italiana.

—¿Qué dice la carta?

—Marcelo sabía que iban tras él. Son unas instrucciones por si le sucedía algo; quería que me ocupase de sus papeles en los Servicios. —Titubeó—. Guardaba algo... delicado en un doble fondo de su escritorio y me pide que lo destruya.

—¿Tienes idea de lo que se trata?

—Tengo indicios, pero prefiero comprobarlo antes de explicártelo. Es una locura.

Regina no insistió. Sabía que él no hablaría hasta estar seguro de lo que afirmaba. Ferrer odiaba lanzar información falsa o difundir rumores infundados, incluso en la intimidad.

—¿Sabéis quién está tras su desaparición?

—Lorenzo me ha comentado que en los Servicios se inclinan por los incontrolados de la FAI, gente de Escorza. —Ferrer dobló la carta y la guardó en el sobre—. Es uno de los peces gordos de los anarquistas, un partidario de usar las pistolas contra el enemigo real o imaginario.

—Menudo elemento.

—Hay que echarle de comer aparte, aunque dudo que lo de Marcelo sea cosa suya. De Argila era amigo de García Oliver y Escorza nunca se le enfrentaría; sería

como si un peso ligero retara a un peso pesado.

—Veo que tienes tus candidatos.

—Fue un trabajo demasiado perfecto y discreto para un grupo de incontrolados, son muy chapuceros. —Estiró la sábana y se tapó bien—. Marcelo y su escolta iban hacia la Casa Sedó y se los llevaron sin dejar rastro. Huele a agentes secretos de primera categoría: rusos o italianos. Les estorbamos a los dos; yo apuesto por los de Mussolini, les hemos hecho la vida imposible. Los rusos pronto controlarán los servicios de información y no necesitaban acabar físicamente con De Argila.

—Es terrible. Cada cual va a lo suyo pasando por encima de quien sea, incluso en el mismo bando.

—La guerra de los servicios secretos se libra en las cloacas, ahora tú también lo sabes... y participas; allí solo hay ratas y las ratas no se mueven por ideales.

—Es duro asumir una cosa así —quiso añadir «para unas personas como nosotros», pero no lo hizo.

—Hace tiempo que perdí la inocencia... sé que los niños no vienen de París, que no existen los Reyes Magos y que también mueren ángeles en primavera.

—¿Son estos los últimos papeles, señor Ferrer? —El conserje levantaba un atado de documentos.

—No, todavía me quedan tres cajones por vaciar; en cinco minutos tendré listo otro paquete y habremos acabado. —Estaba sentado en la butaca que había ocupado Marcelo de Argila durante casi un año—. Si se lo pregunta el director Meca, dígame que esta tarde se podrá instalar aquí.

Ferrer siguió sacando carpetas y revisándolas. Encontró la autorización para la Operación Flor —operación Regina, en realidad— con las órdenes de seguir al sospechoso, pinchar el teléfono e instalar un micrófono en casa del quintacolumnista Hortons; la dobló y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

El nombre de Andrés Nin saltó desde un tarjetón con el sello de la *conselleria* de Justicia. Era una nota autógrafa convocando a De Argila a una reunión en la Generalitat.

Nin.

La prensa seguía con el cuento de su implicación en una trama de espionaje a favor de los fascistas. Un burdo montaje de los soviéticos con la anuencia —o, al menos, el silencio— de sus aliados españoles. Solamente los anarquistas y algunos medios cercanos al POUM se atrevían a levantar la voz y a pedir explicaciones por lo que ya era una persecución en toda regla.

No había trascendido nada sobre la desaparición del político ni, mucho menos, de su presunto asesinato. Ferrer conservaba las gafas rotas que había encontrado en el casón de Alcalá de Henares. Él sabía que eran de Nin pero no podía demostrarlo, había miles de monturas como aquella en España.

De hecho, no tenía una sola prueba creíble ni un testimonio de lo que había sucedido en Madrid y Alcalá. Los rusos, por razones obvias, no dirían haches ni erres; los dos policías que sabían algo, Peñarroya y Belmonte, estaban muertos y no conocía la identidad del resto de agentes implicados.

Había charlado con Regina durante horas sobre cómo actuar, si debía hablar con sus superiores, acudir a García Oliver o denunciar lo que se pudiera a través de la prensa.

Decidieron que lo mejor era morderse la lengua.

En caso de que los soviéticos descubrieran que era el único testigo vivo, lo convertirían en un testigo muerto. Un escándalo internacional, con crimen de estado incluido, no convenía a Stalin; sus matones no dejarían un cabo suelto.

—¡Carlos, por favor! —Se asomó al pasillo y llamó al conserje—. Puede usted llevarse el último paquete.

Ya a solas, Ferrer cerró la puerta del despacho y pasó el pestillo de seguridad.

En una bandeja del cajón superior del escritorio, De Argila guardaba un llavero; la figurita era de plata, una ficha de dominó mellada.

Siguiendo las instrucciones de la carta, sacó de sus guías el cajón central y lo giró. Una de las esquinas de la base parecía rota, era una hendidura rectangular en la que introdujo la ficha mellada. La presionó y un resorte soltó la plancha de madera, descubriendo el doble fondo. Un sistema muy ingenioso; sin las instrucciones, nadie hubiera dado con el escondite.

Los documentos estaban encajados entre espuma para que no se desplazasen ni hicieran ruido al abrir y cerrar el cajón. Ferrer estudió las primeras notas y confirmó un pálpito, un presentimiento que nunca llegó a cuajar en sospecha: De Argila colaboraba con el *Deuxième Bureau* francés.

De la lectura de los papeles no se desprendía si era un espía *comme il faut* o si lo suyo fue una cooperación puntual.

En cualquiera de los dos casos, se trataba de una infiltración al más alto nivel y un factor inesperado que alteraba todas las hipótesis sobre la desaparición y presumible asesinato de Marcelo. Eso explicaba, también, su reticencia a estudiar las fugas de información hacia París.

Quizá algún día, Ferrer indagara en las circunstancias del suceso, pero en aquellos momentos tenía otras prioridades. La guerra no dejaba tiempo para las despedidas: el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Guardó la documentación en una carpeta sin etiquetar; la ocultaría en su despacho. Después, la destruiría junto con otros papeles que no quería que cayesen en manos de los nuevos servicios de inteligencia. No iba a juzgar las razones que habían llevado a De Argila a convertirse en agente doble, pero fue un buen amigo y realizó un trabajo encomiable. Por poco que pudiera, evitaría que tirasen basura sobre él o lo convirtieran en un arma arrojada entre Valencia y Barcelona.

Antes, sin embargo, debía resolver un problema que le preocupaba más porque

ponía en riesgo a Regina.

Llegó a la plaza de Cataluña acalorado y muy sudado, el bochorno era insoportable.

Había más presencia policial de la habitual; grupos de guardias de asalto buscaban la sombra de los árboles mientras vigilaban las paradas de tranvía. La tarde anterior, la pelea entre un refugiado y un conductor de tranvía se saldó con un transeúnte muerto por un disparo accidental, si cabía hablar de accidente cuando alguien sacaba la pistola durante una trifulca. Los ánimos andaban todavía muy alterados.

Desde hacía unas semanas, el edificio de la Telefónica contaba también con una mayor protección. Ferrer se identificó en el control de entrada y un guardia lo acompañó hasta una de las salas con paneles de circuitos y conmutadores.

—¡Hola, jefe! No le esperábamos. —El técnico se quitó los auriculares—. ¿Qué le trae por aquí?

—Burocracia, qué si no. Venía a recoger los informes de la Operación Flor.

—Hay poca cosa. —Rebuscó entre unas hojas mecanografiadas—. El tipo ese, Hortons, no es de los que se pasan la vida al teléfono.

—¿Están disponibles las transcripciones de hoy?

—Sí, señor. —El hombre movió un ventilador para que les enviara aire fresco; había colocado delante un cubo con hielo—. Nos mandaron unas taquimecanógrafas muy eficaces. ¿Por qué lo pregunta?

—Vamos a regalar el caso a la policía, con lazo y tarjeta, y quiero dárselo todo. —Agitó los papeles—. No me gustaría que empezaran a reclamarnos cosas y a dudar de nosotros.

—Me lo imagino... por aquí tengo el papeleo. —Sacó una carpeta de fuelle de un pequeño estante y fue pasando compartimentos—. Estos son los permisos y los boletines que ha generado la dichosa operación.

Ferrer reconoció las copias de algunos de los originales que él conservaba y notas internas de la Telefónica. Se lo quedó.

—Me alegro de que nos lo quiten de encima; cada vez somos menos gente y no damos abasto. —El técnico se encasquetó de nuevo los auriculares—. De todos modos, el mengano iba a dejarnos tranquilos unos días, tiene previsto un viaje de negocios.

—¿Negocios? ¡Ja!

Lorenzo había oído lo suficiente, a través del micrófono oculto, como para saber que el pájaro quería escaparse de la jaula.

—Le ha amoscado la detención de los padres escolapios en la calle Baja de San Pedro. —El joven se refería a una reciente operación policial contra *desafectos al*

régimen—. El amigo Hortons está convencido de que él será el siguiente.

—No va descaminado. Con el cuento del POUM, la policía presiona muchísimo a los grupos clandestinos; están sacando partido a las camionetas con radiogoniómetro y es cuestión de tiempo que caigan los que tienen emisoras secretas.

Los fascistas buscaron sistemas de comunicación alternativos que no llegaron a fructificar; incluso probaron con palomas mensajeras pero la mayoría se quedó por el camino, en alguna cazuela.

—¿Está en casa? —preguntó Ferrer mirando por la ventana el edificio de Hortons.

—No. Aún es pronto, últimamente suele aparecer hacia las ocho.

—Son los nervios... las paredes se le caen encima y prefiere distraerse fuera.

Ferrer puso las transcripciones telefónicas sobre la mesa. Había subrayado los párrafos que se referían al posible viaje de negocios.

—¿Por qué piensas que Hortons quiere escaparse? —Encaró las hojas hacia Lorenzo—. Habla de ir a Manresa por razones de trabajo.

—No se fía del teléfono y por eso dice lo justo. —Leyó los párrafos que había destacado su jefe—. En su casa tampoco habla de temas delicados; gracias al bocazas del comisario general sabe que los falangistas de Santaló cayeron por culpa de un micrófono oculto.

—... pero es imposible mantenerse siempre en guardia. ¿No es eso?

—Se le escapó el nombre de un hotel. —Repasó sus notas—. El Mirador.

—No lo conozco.

—A mí tampoco me sonaba... porque no está en Manresa, es de Andorra. Lo comprobé en una guía.

Buena pista.

—Habló de un viaje de cinco días —siguió Lorenzo—, ya sabes lo que eso significa.

Lo sabía: una ruta de escape larga, en cinco etapas, hasta Andorra y Francia.

No conocían nada de ella, apenas la duración y que, presumiblemente, pasaba por Manresa.

El día de San Juan, la policía de fronteras atrapó en Port Bou a un enlace norteamericano, un tal Finley, y asestó el golpe de gracia a la ruta corta; se cubría en tres jornadas, pernoctando en Gerona y Figueras. El descubrimiento de los itinerarios que usaban los fascistas para escapar de Barcelona era uno de los objetivos prioritarios de los Servicios y de las fuerzas de seguridad.

—¿Sabes cuándo se va? —Ferrer colgó la chaqueta en el respaldo de la silla.

—Lo decidirán esta noche. Viaja con un amigo que quiere salir mañana. —Se desesperó—. Iba a avisarte en cuanto lo averiguara.

—Llevas muchas horas aquí sentado, vuelve a casa y duerme. —Necesitaba quedarse solo y el cansancio de su compañero le allanó el terreno—. Tengo órdenes de traspasar la operación a la policía, nosotros ya no contamos con recursos

suficientes.

Ferrer había preparado una historia convincente:

—No creo que quieran detenerlos —dijo—. Supongo que los seguirán para localizar las casas o los hoteles en los que se refugien. Dejarán que se escapen para atrapar más adelante a alguna figura destacada de verdad.

—Ellos sabrán lo que se hacen. —Lorenzo se tragó el embuste o, al menos, se alegró por librarse del marrón—. Que tengas suerte y que la espera te sea leve.

El cielo empezaba a clarear anunciando la salida del sol.

¿En una república cabía hablar de astro rey?

Había perdido la cuenta de las veces que miró el reloj, la madrugada se le estaba haciendo inacabable. Las guardias eran lo que peor llevaba de la profesión, aunque esa noche se quejaba de vicio: la casa era cómoda, todavía le quedaba vino y el altavoz conectado al micrófono oculto le permitía una cierta libertad, ya que se oía desde casi todas las habitaciones.

El quintacolumnista también estaba nervioso. Ferrer captó el movimiento de sus cortinas varias veces durante la noche.

Puntual, a las seis de la mañana, el coche con el otro individuo se detuvo frente al portal. Ferrer los había oído conversar durante la cena; confirmaron las suposiciones de Lorenzo y se citaron a primera hora. Para reforzar la comedia del viaje de negocios, acordaron llevar un par de mudas y catálogos de una empresa de calzado para la que había trabajado Hortons hacía unos años.

Con el cansancio —solamente dormitó unos minutos— crecieron en Ferrer el temor y los escrúpulos.

Se jugaba mucho si la apuesta salía mal.

No podía descartar que los dos quintacolumnistas levantasen sospechas en algún control o se detuvieran en un restaurante cuyo personal colaborara con las fuerzas de seguridad.

Si caían, no resistirían los métodos de interrogatorio desarrollados por la NKVD soviética.

Cantarían *La Traviata*.

Hortons acusaría al enlace enviado por Burgos, Rosa, y la policía seguiría su rastro hasta el registro de pasajeros de un barco que llegó en abril. «Caramba —dirían—, si hasta fue retenida una mujer durante varias horas».

Y sanseacabó.

En cuanto a los escrúpulos, tenían más que ver con su compromiso profesional que con aspectos morales: iba a dejar en libertad a dos agentes enemigos; aquellos tipos, sin embargo, no tenían delitos de sangre, no habían llegado a emitir información útil para los bombardeos y no pasaron de la fase inicial como agentes de información.

En un libro de contabilidad, la columna de beneficios no admitía comparación con la de los posibles perjuicios.

Hortons apareció, al fin, por el portal con el aire desenvuelto que se le supone a un buen vendedor. Saludó a su colega con una efusividad algo exagerada —la ansiedad es mala consejera— y guardó su maletín en el portaequipajes.

En menos de un minuto, el automóvil se perdió calle abajo.

El nuevo director de los Servicios lo llamó a las nueve de la noche del sábado, coincidiendo con la primera parada en la ruta de los quintacolumnistas hacia Andorra, y lo citó para el día siguiente.

¿Habrían caído Hortons y su compañero y querría explicaciones por su actitud con ellos?

Meca no quiso adelantarle nada. Se trataba —aseguró el director— de hablar del futuro.

Cuando colgó, Ferrer se preguntó a qué futuro se refería, si al del Servicio o al suyo.

Esta vez, ni la música de Cole Porter fue capaz de tranquilizarle del todo.

Meca era un veterano —en edad y militancia— de la lucha sindical. Lo llevaba escrito en cada una de las arrugas que le surcaban la cara. Era masón, como De Argila, y su pertenencia a la CNT venía de antiguo; fue uno de los firmantes de la propuesta histórica por la que, en 1919, el Congreso del sindicato declaró que el fin último de la CNT era implantar el comunismo libertario.

Aseguraban las malas lenguas que su adscripción a los Servicios, como subdirector, respondía a la desconfianza que despertaba en ciertos sectores la independencia intelectual y política de Marcelo de Argila.

Cuando Ferrer llegó a la Casa Sedó, a las ocho y media de la mañana, Meca lo esperaba. El edificio estaba casi desierto. El desmantelamiento era ya muy evidente; el personal administrativo había sido distribuido por diferentes organismos oficiales y parte de los agentes recuperaron sus antiguas ocupaciones en el ejército, la policía o las Industrias de Guerra.

—Siéntate, Toni. —Meca era de los pocos que seguían manteniendo el tuteo en los niveles altos de la administración—. Lamento estropearle la mañana del domingo.

—No te preocupes, no tenía gran cosa que hacer. —Disimulaba bien la inquietud; se estaba convirtiendo en un actor más que aceptable.

El director carraspeó, también estaba azorado, y se lanzó sin más preámbulo.

—Esta semana tengo que presentar un informe sobre los Servicios: la situación a día de hoy y los asuntos que permanecen abiertos —empezó—. El gobierno de Valencia publicará en agosto el decreto por el que se creará el nuevo servicio,

unificando los que existen en el ejército, la policía, el ministerio de Exteriores... y nosotros.

Ferrer sintió alivio, la cita no parecía relacionada con la fuga de Hortons o el asesinato de Emilio.

—Por lo que he sabido —siguió Meca—, van a controlarlo cuadros socialistas y comunistas asesorados por los soviéticos, lo cual no es ninguna novedad. —Tomó aire, llegaba al meollo de la cuestión y era un tipo directo—. Aunque pretenden unir todas las fuerzas, se reservan el derecho de admisión: no te quieren.

Ferrer iba a intervenir pero el jefe hizo un gesto para que no le interrumpiera:

—Te tacharon de la lista de personas que yo recomendaba, no se fían de ti.

—¿Te dijeron por qué? —volvían los nervios, volaba la imaginación.

—Te consideran demasiado cercano a García Oliver. —Sacó el expediente de Ferrer—. Me pidieron una copia y consta tu petición de ingreso avalada por él. Imagino que también han hecho preguntas por ahí.

Callaron durante unos segundos que parecieron más largos de lo que fueron en realidad.

—¿Puedo hacer algo en contra de esa decisión? —preguntó el detective, fingiendo interés por seguir en el tajo.

—Por desgracia, no. —A Meca se le notaba el alivio por la buena disposición de Ferrer—. Mi llamada de anoche y el hacerte venir hoy tan temprano es porque necesito tus archivos. Me he comprometido con Valencia a que mañana les enviaría nuestro material más sensible y me falta lo tuyo. —Se levantó—. Te agradezco que ordenaras los papeles de Marcelo, tu trabajo me ha sido muy útil.

—Es lo mínimo que podía hacer. —También se puso en pie—. Me pongo con los míos, te los dejaré en el archivo.

Le llevó menos de lo que había calculado, el aparente desorden de las carpetas despistaba.

Hizo tres pilas: asuntos abiertos, casos cerrados y documentos de trabajo; entre estos últimos incluyó agendas, directorios e información práctica que no comprometía a ninguna de sus fuentes personales. Una vez bien empaquetados y con cartelones de identificación visibles, los guardó en el área reservada del archivo general, a la que solo tenían acceso el director y los jefes de sección.

Dejó para el final la documentación que afectaba a sus contactos personales, la que se había llevado del despacho de Marcelo de Argila sobre el Deuxième Bureau y el expediente completo de la Operación Flor. Comprobó que no se hubiese traspapelado nada, lo metió en una caja y bajó al sótano.

La caldera tiraba a media potencia. Abrió la trampilla con el hierro largo de atizar las brasas y arrojó los papeles al fuego. Lo hizo poco a poco, procurando que antes de meter los nuevos se hubieran consumido los que estaban en la cámara de combustión.

Al final, tomó la pala y lanzó un buen puñado de carbón sobre las cenizas.
Que supiera, la NKVD aún no podía leer el humo.

Dejó en el recibidor la bolsa con los objetos personales que había recogido en su despacho de la Casa Sedó.

Sentía alivio, un inmenso alivio. Hubiera dimitido antes de ponerse a las órdenes de los supervisores de Moscú y eso hubiese sido una declaración personal de incompatibilidad política, algo poco recomendable.

Oyó ruido en el dormitorio.

—Estás invadiendo mi mitad —se quejó desde el umbral de la habitación.

—Necesitamos un armario más grande —se defendió Regina—. Y eso que aún no he traído lo de invierno.

Regina sacaba ropa de un baúl de viaje y la colocaba en el armario de luna.

El arcón se interponía entre ambos, Ferrer pasó por encima —cuidando de no pisar nada delicado— y se abrazaron.

Cayeron sobre la cama.

—No sigas que me pierdo —soltó Regina con una carcajada mientras se deshacía del abrazo—. Me quedan muchas piezas por colgar y tengo que llevar mis potingues al baño.

—¿Cómo has conseguido traer todo esto? —Junto al baúl había una maleta de buen tamaño.

—Tardabas tanto que le pedí a Eddy que me ayudara y se presentó con un mozo de cuerda.

—Tendremos que invitarle a cenar un día de estos.

Las labores de intendencia no les llevaron más de media hora.

—¿Te apetece ir a la piscina? —Ferrer había envuelto la maleta en periódicos y la escondía bajo la cama.

—Creía que odiabas tumbarte encima de una toalla. —Estaba encantada con la propuesta, hacía muchas semanas que no salían juntos.

—Necesito que me dé el sol y seque la humedad que se me ha metido en el cuerpo desde que empezó esta maldita primavera de barro y muerte. —Tomó su bañador de un cajón de la cómoda—. Hacía años que no tenía tantas ganas de que llegara el verano.